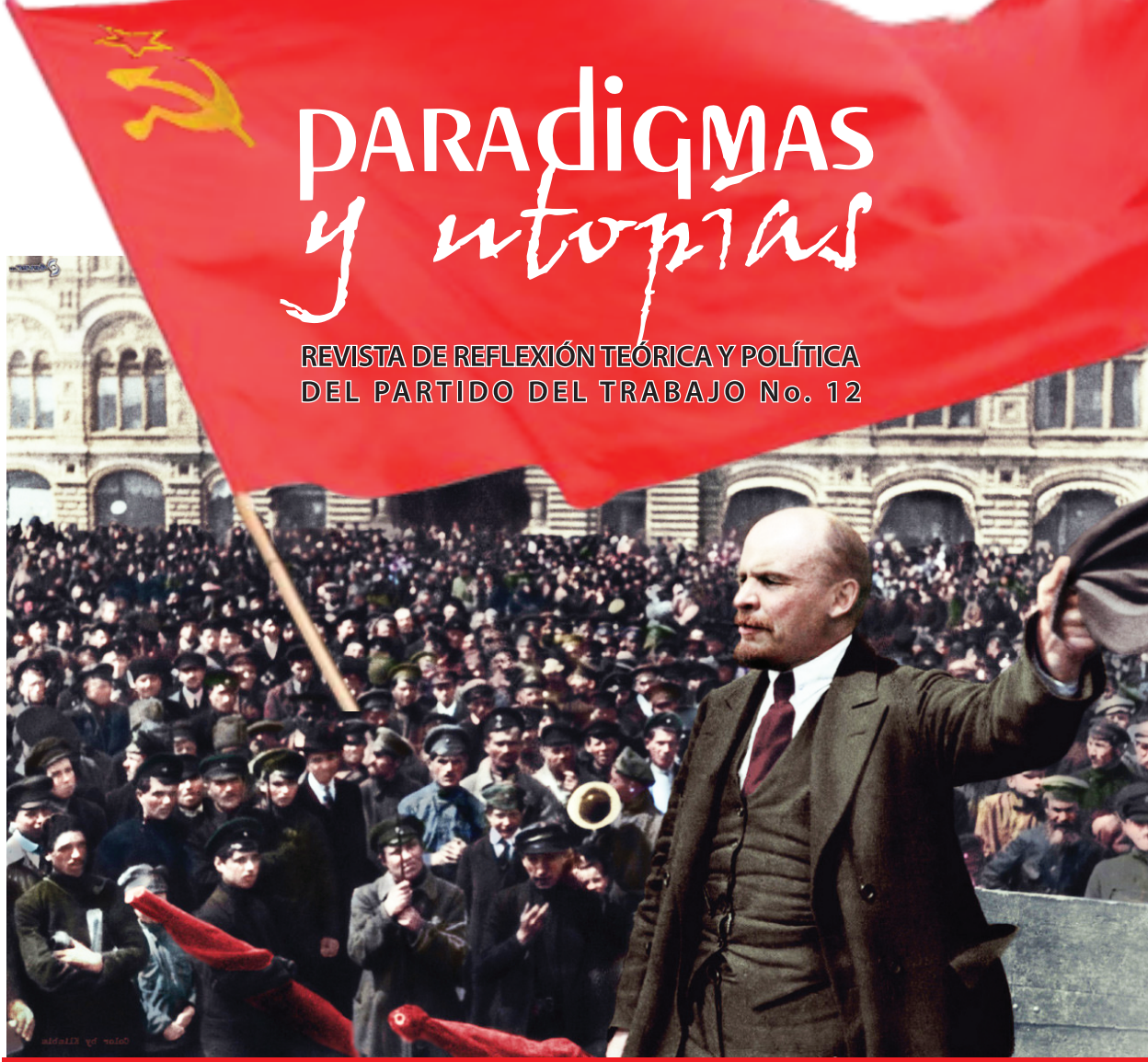
# PARADIGMAS y utopías

REVISTA DE REFLEXIÓN TEÓRICA Y POLÍTICA
DEL PARTIDO DEL TRABAJO No. 12



# Cien años de la Revolución Bolchevique

Primera edición, marzo 2017
Ciudad de México, México

Núm. 12
**Consejo Editorial**: Comisión Ejecutiva del PT

D.R.
ISBN en trámite

La revista de *Paradigmas y Utopías* no tiene fines lucrativos.

# CIEN AÑOS DE LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE

# ÍNDICE

**PRESENTACIÓN** 9

**CRONOLOGÍA** 13

**CAPÍTULO I**

EL PARTIDO BOLSHEVIQUE DURANTE EL PERÍODO DE PREPARACIÓN Y REALIZACIÓN DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA DE OCTUBRE (ABRIL 1917-1918) 19

*Jossif V. Stalin*

**CAPÍTULO II**

LENIN COMO ORGANIZADOR DEL PARTIDO 69

*Nadieszhda Krupskaya*

**CAPÍTULO III**

TEXTOS DE LENIN 77

*V. I. Lenin*

1. La dualidad de poderes 79
2. El Estado y la revolución. La experiencia de la Comuna de París de 1871. El análisis de Marx 82
3. Los bolcheviques deben tomar el poder 98
4. ¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder? 101
5. Carta al C.C., a los Comités de Moscú y Petrogrado y a los bolcheviques miembros de los Soviets de Petrogrado y Moscú. 143
6. Consejos de un ausente. 145
7. Carta a los camaradas bolcheviques que participan en el Congreso de los Soviets de la Región del Norte 148
8. Carta a los miembros del Partido Bolchevique 153
9. Carta a los miembros del C.C. 157

10. ¡A los ciudadanos de Rusia! 159
11. Llamamiento del Comité Central del Partido Obrero Social Demócrata (bolchevique) de Rusia. 160
12. Congreso Extraordinario de los Soviets de diputados campesinos de toda Rusia. 164
13. Informe sobre la situación económica de los obreros de Petrogrado y las tareas de la clase obrera, pronunciado en la reunión de la sección obrera del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. 166
14. Tesis sobre la Asamblea Constituyente 168
15. Por el pan y la paz 173
16. Proyecto de Decreto sobre la puesta en práctica de la nacionalización de los bancos y las medidas indispensables derivadas de ella 174

**CAPÍTULO IV**
LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE 177
*León Trotski*

**CAPÍTULO V**
LA REVOLUCIÓN CONTRA *EL CAPITAL* 199
*Antonio Gramsci*

**CAPÍTULO VI**
LA REVOLUCIÓN RUSA
(UN ANÁLISIS CRÍTICO) 205
*Rosa Luxemburgo*

**CAPÍTULO VII** 243
OCTUBRE DE 1917
*Samir Amin*

**BIBLIOGRAFÍA GENERAL** 275

# PRESENTACIÓN

A cien años de la Revolución Bolchevique de Octubre de 1917, que permitió romper el eslabón más débil de la cadena imperialista, representada por la Rusia zarista a principios del Siglo XX, se hace necesario un balance y una evaluación de sus avances y retrocesos, de sus éxitos y fracasos, por parte de los partidos, organizaciones políticas, personalidades y estudiosos de la izquierda mundial.

Indudablemente, la Toma del Palacio de Invierno de San Petersburgo, dirigida y encabezada por los bolcheviques, fue una acción revolucionaria muy meritoria, ya que permitió la toma del Poder por los Soviets de obreros, campesinos y soldados, y así el comienzo de la gran hazaña y desafío de empezar la construcción del primer Estado Obrero Socialista, después del efímero "asalto al cielo" que representó la experiencia de la Comuna de París en 1871.

Al tiempo, hacemos la reflexión de que la tarea de construir el socialismo en un solo país no es una labor fácil, cuando se está rodeado de un océano capitalista. Podemos afirmar que la complejidad de este proceso de la edificación del socialismo, llevó a cometer los llamados "errores necesarios" obligados por las difíciles circunstancias y contextos que los sobredeterminaron.

El heroísmo del pueblo soviético, no solo fue en el terreno militar, sino sobre todo, en los quehaceres del campo, las fábricas, los servicios públicos, el desarrollo científico y tecnológico, en el ámbito de la educación, la salud, la vivienda, y la gran audacia que significó la lucha por construir una sociedad sin explotados ni explotadores.

Después de la desaparición del campo socialista que inició en 1989 con la caída del Muro de Berlín y terminó en 1991 con la desintegración de la Unión Soviética en 15 Estados independientes, hacer el balance de la Revolución de Octubre y de su obra nos genera sentimientos encontrados, toda vez que el proyecto de Nación por el que lucharon los bolcheviques, encabezados por el gran Lenin, fue un enorme esfuerzo y sacrificio que terminó en catástrofe.

Nos duele profundamente aceptar que el modelo de socialismo realmente existente haya fracasado y enfrentar la realidad de lo que fue esa gran epopeya que significó la Revolución Bolchevique de Octubre y que permitió la fundación de las URSS, también que el llamado socialismo de los países de Europa oriental haya terminado en una brutal involución a la injusticia, barbarie y ferocidad del capitalismo.

¿Se puede concluir que la lucha por la construcción del socialismo es un proyecto fracasado e inviable?

¿Podemos afirmar que la lucha de los socialistas y comunistas no tiene ya razón de ser ni perspectiva histórica?

En un primer momento, ¿se puede llegar a la conclusión que la lucha por el socialismo, entendido por la construcción de una sociedad sin explotados ni explotadores, es una utopía irrealizable?

¿Será verdad, como dicen los apologistas de la derecha que el capitalismo es el fin de la historia y que es eterno? Consideramos que esas afirmaciones son simplistas y apresuradas, que la lucha por construir una sociedad socialista y comunista sigue siendo el futuro luminoso de la humanidad, y del mundo del trabajo.

El fracaso del llamado socialismo real solo fue la derrota del proyecto denominado socialismo eurosoviético, y al igual que la Comuna de París, el modelo del socialismo eurosoviético debe servir de base para hacer una evaluación crítica que nos permita discernir entre los aciertos y errores y las insuficiencias de este modelo, en aras de edificar a futuro un esquema socialista moderno, productivo, rentable, democrático y libertario, que sea capaz de superar en el orden económico, social y político al injusto sistema de explotación capitalista.

La crítica a los errores históricos de la izquierda, en primer lugar es un derecho y un deber de la propia izquierda.

Es tarea de los revolucionarios de hoy y de siempre no abandonar el sueño, la lucha ideológica fraterna y la esperanza de que un mundo mejor es posible, con la crítica y la autocritica debemos reformular un modelo socialista exitoso, que responda a los grandes reclamos históricos del pueblo trabajador.

La antología que presentamos en esta obra contiene un conjunto de textos de gran importancia para entender y valorar su verdadera magnitud, el significado y trascendencia de la Revolución Bolchevique de 1917.

El primer texto es una magistral exposición de las distintas etapas de la Revolución de Octubre reseñada en la "Cronología", cuya compilación fue presentada por Sonia Almazán del Olmo y Jacinto Valdés-Dapena Vivanco, del texto *Bolcheviques en el Poder*.

En el primer Capítulo que se presenta, intitulado "El Partido Bolshevique durante el período de la preparación y realización de la Revolución Socialista de Octubre (Abril 1917-1918)", Jossif V. Stalin realiza una brillante síntesis de la etapa precursora y de la Revolución Socialista.

En el Capítulo II llamado "Lenin como organizador del Partido", Nadieszhda Krupskaya expone en forma sintética la pasión, la perseverancia y las distintas expresiones de militancia y cualidades organizativas y de agitación de Lenin que igual desde la cárcel, la deportación, la clandestinidad, siempre tuvo una gran capacidad de dirección.

En el Capítulo III se presentan un conjunto de artículos, cartas y materiales, entre ellos destaca: "La dualidad de poderes"; "El Estado y la Revolución"; "¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?"; "Por el pan y la paz", que van desde la Revolución de Febrero en 1917 a las primeras semanas después del asalto al Palacio de Invierno de San Petersburgo y la toma del Poder por los bolcheviques.

El Capítulo IV está compuesto por un texto de León Trotski intitulado "La Insurrección de Octubre", en el que nos hace una reseña de los movimientos, acciones conspirativas y actividades preparatorias, así como la forma en que se desenvolvieron desde el período de la Revolución de Febrero 1917 a la toma por los Soviets dirigidos por los bolcheviques que desembocaron el 25 de octubre en la insurrección final de San Petersburgo.

En el Capítulo V se presenta un artículo de Antonio Gramsci con el nombre de "La Revolución contra *El Capital*", en donde hace unas reflexiones en torno a la gran tarea que tienen los bolcheviques de pasar de un país evidentemente rural a un desarrollo industrial en donde el proletariado ruso juega un papel sobresaliente.

En el Capítulo VI se presenta el texto de Rosa Luxemburgo sobre "La Revolución Rusa", en el que hace un análisis crítico de la misma. Llama la atención de que los grandes méritos y errores que expone, lo hace tanto de Lenin como de Trotski, poniéndolos prácticamente al mismo nivel. Advierte que con la suspensión de la libertad de expresión y la libertad de elección en la formación de los Soviets de obreros, campesinos y soldados, se genera ya el embrión de la burocracia, quedando en este grupo social el verdadero ejercicio del Poder, despojando a los Soviets de esa función.

En el texto del Capítulo VII de Samir Amin, cuyo nombre es "Octubre 1917", el autor hace una ponderación del modelo soviético, señalando que "la humanidad entera debe mucho a la Unión Soviética surgida de esta revolución, pues fue el Ejército Rojo, y solo él, el que derrotó a las hordas nazis. El modelo de la Unión Soviética, el de un Estado plurinacional basado en el apoyo aportado por los menos necesitados a los más necesitados, sigue al día de hoy sin haber sido igualado. El apoyo de la Unión Soviética a las luchas de liberación nacional de los pueblos de Asia y África obligó en su momento a las potencias imperialistas a retroceder y a aceptar una mundialización policéntrica, menos desequilibrada, más respetuosa con la soberanía de las naciones y con sus culturas". Sin embargo, también criticó el proceso de burocratización de la Unión Soviética que tiene como consecuencia despojar de los Soviets de obreros, campesinos y soldados, el ejercicio de Poder sobre la base de la propiedad social generando una suerte de burguesía de Estado, y reseña cómo fue perdiendo la carrera económica, de desarrollo social y armamentista, situación que llevó a la desaparición del campo socialista a partir de 1989 y la desintegración de la Unión Soviética en 1991.

En conmemoración de la Revolución de Octubre, el Partido del Trabajo edita esta compilación de textos con el propósito de que sean de utilidad para orientar el quehacer político de las personalidades democráticas, de los partidos y revolucionarios que hoy buscan un mejor futuro para la humanidad trabajadora.

Gonzálo Yáñez

# CRONOLOGÍA

## Revolución bolchevique

### 1917

**Abril:** *Tesis de abril*, esbozadas por Lenin para la Revolución rusa.

**Junio:** Acciones espontáneas de los grupos bolcheviques en Petrogrado. La dirigencia bolchevique considera que aún falta el factor subjetivo.

**Septiembre-octubre:** El Gobierno Provisional burgués de Kerenski trata de eliminar la ola revolucionaria bolchevique. Comienza la campaña para acusar a Lenin como «espía alemán».

**Septiembre-octubre:** Los bolcheviques ponderan y reflexionan sobre la Revolución Socialista.

**Octubre:** Se desencadena en Petrogrado la revolución armada bolchevique. El Comité Militar Revolucionario ejecuta las directivas del Comité Central de los bolcheviques.

Se constituye el Consejo de Comisarios del Pueblo: Los bolcheviques en el Poder.

El Estado de los Soviets, como nueva forma de democracia popular, aprobó los decretos sobre la Paz, la Tierra y el Control obrero.

### 1918

**Marzo:** Paz de Brest-Litovsk con Alemania, que Lenin califica de «abyecta».

### 1918-1920

Los bolcheviques establecen el comunismo de guerra como método táctico para salvar el socialismo en período de agresión militar extranjera, contrarrevolución interna y ausencia de revolución europea.

### 1919

**Marzo:** Creación de la III Internacional Comunista, heredera de la I Internacional de Marx y Engels.

### 1921

**Marzo:** X Congreso de los bolcheviques acuerda la Nueva Política Económica (NEP) que combina métodos socialistas y capitalistas para garantizar el desarrollo del socialismo en la URSS. Traza la unidad del Partido como decisiva para los objetivos de la Revolución.

## 1922

En diferentes trabajos teóricos Lenin diseña los retos y desafíos que enfrenta el socialismo en materia de alianza obrero-campesina, democracia, burocracia, nacionalidades, control estatal, economía, educación y cultura.

Con extraordinaria visión de futuro, Lenin pronostica el costo político de una escisión entre los bolcheviques. Propone al XII Congreso de los bolcheviques cambios en la dirección del Partido, en sus cargos dirigentes y la incorporación de cuadros jóvenes y experimentados al Comité Central.

## 1922-1924

Se evidencian serios indicios de discrepancias entre los principales dirigentes bolcheviques: Stalin, Trotski, Bujarin, Kámenev, Zinóviev y otros.

## 1924

**Enero:** Después de una prolongada enfermedad que lo alejó desde 1922 de la escena política, fallece Vladimir I. Lenin, el primero entre los iguales de los bolcheviques, cuya obra y acciones políticas contribuyeron a modelar la historia del siglo xx.

# CAPÍTULO I

# EL PARTIDO BOLSHEVIQUE DURANTE EL PERÍODO DE PREPARACIÓN Y REALIZACIÓN DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA DE OCTUBRE

## (ABRIL 1917-1918)

*Jossif V. Stalin*

Este capítulo del libro J.V. Stalin. *Obras completas* en 17 tomos, Ed. Actividad EDA, México, 1977, se redactó por un grupo bajo la dirección de Stalin. Este es el título original, por ello las palabras "bolshevique" y "menshevique" así escritas.

## 1. Situación del país después de la Revolución de Febrero. - El Partido sale de la clandestinidad y pasa a la labor política abierta. - Llegada de Lenin a Petrogrado. - Sus *Tesis de Abril*. - El Partido se orienta hacia la Revolución Socialista.

Los acontecimientos y la conducta del Gobierno Provisional confirmaban día tras día la justeza de la línea bolshevique. Todos los hechos indicaban que el Gobierno Provisional no estaba con el pueblo, sino en contra de él, no defendía la paz, sino la guerra, no quería ni podía dar al país la paz, ni la tierra, ni el pan. La labor de esclarecimiento de los bolsheviques encontraba un terreno favorable.

Mientras los obreros y los soldados derribaban al gobierno zarista y destruían las raíces de la monarquía, el Gobierno Provisional se inclinaba claramente hacia la conservación del régimen monárquico. El 2 de marzo envió subrepticiamente a Guchkov y Shulguin a entrevistarse con el zar. La burguesía quería entregar el Poder al gran duque Miguel, hermano de Nicolás Romanov. Pero cuando, en un mitin de ferroviarios, Guchkov terminó su discurso con el grito de "¡Viva el emperador Miguel!", los obreros exigieron que el orador fuese inmediatamente detenido y cacheado, y exclamaron indignados: "¡Tan bueno es Juan como Diego!".

Era evidente que los obreros no estaban dispuestos a consentir la restauración de la monarquía.

Mientras los obreros y los campesinos, llevando a cabo la revolución y derramando su sangre, esperaban que se pusiese fin a la guerra, luchaban por el pan y la tierra y reclamaban medidas resueltas en la lucha contra el desastre económico, el Gobierno Provisional permanecía sordo a estas reivindicaciones vitales del pueblo. Aquel Gobierno, formado por los más caracterizados representantes de los capitalistas y terratenientes, no pensaba siquiera en satisfacer las exigencias de los campesinos, entregándoles la tierra. Ni podía tampoco dar pan a los trabajadores, ya que para esto hubiera tenido que lesionar los intereses de los grandes comerciantes en cereales y arrebatar el trigo por todos los medios a los terratenientes y a los kulaks, cosa que no se decidía a hacer un gobierno como aquél, vinculado con los intereses de estas clases. Tampoco podía dar al pueblo la paz. El Gobierno Provisional, enlazado a los imperialistas anglofranceses, no solamente no pensaba en poner fin a la guerra, sino que, lejos de ello, intentaban valerse de la revolución para intensificar todavía más la participación de Rusia en la guerra imperialista y para dar satisfacción a sus ambiciones imperialistas sobre la conquista de Constantinopla y de los Dardanelos y sobre la anexión de Galitzia.

Era evidente que pronto terminaría la actitud de confianza de las masas del pueblo en la política del Gobierno Provisional.

Veíase claramente que la dualidad de poderes, que se había creado después de la Revolución de Febrero, no podría sostenerse ya por mucho tiempo, pues la marcha de los acontecimientos exigía que el Poder se concentrase en uno de los dos sitios: o en el regazo del Gobierno Provisional o en manos de los Soviets.

Es cierto que la política oportunista de los mensheviques y socialrevolucionarios encontraba aún apoyo en las masas del pueblo. Todavía eran muchos los obreros, y más aún los soldados y campesinos, que confiaban en que "pronto vendría la Asamblea Constituyente a arreglarlo todo como era debido", que creían que la guerra no se hacía por obtener conquistas, sino porque era necesaria para la defensa del Estado. A estos era a los que Lenin llamaba defensistas honradamente equivocados. Esta gente consideraba todavía acertada la política de promesas y exhortaciones de los socialrevolucionarios y mensheviques. Pero era indudable que las promesas y las exhortaciones no seguirían surtiendo efecto durante mucho tiempo, pues la marcha de los acontecimientos y la conducta del Gobierno Provisional descubrían y ponían de manifiesto día tras día que la política oportunista de los socialrevolucionarios y mensheviques no hacía otra cosa que postergar la acción y engañar a la gente confiada.

El Gobierno Provisional no siempre se limitaba a seguir una política de lucha solapada contra el movimiento revolucionario de las masas, una política de manejos subrepticios contra la revolución. De vez en cuando, intentaba pasar a la ofensiva franca y abierta contra las libertades democráticas, intentaba "restablecer la disciplina", principalmente entre los soldados, intentaba "imponer el orden", es decir, hacer entrar a la revolución dentro del marco conveniente para la burguesía. Pero, por mucho que se esforzase en lograr esto, no lo conseguía, y las masas populares ponían en práctica celosamente las libertades democráticas: la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de asociación y de manifestación. Los obreros y los soldados se esforzaban en utilizar plenamente los primeros derechos democráticos conquistados por ellos, para participar de un modo activo en la vida política del país, con objeto de poder comprender y esclarecer la situación creada y decidir acerca de su actuación ulterior.

Después de la Revolución de Febrero, las organizaciones del Partido Bolshevique, que bajo las duras condiciones del zarismo habían trabajado ilegalmente, salieron de la clandestinidad y comenzaron a desarrollar abiertamente su labor política y de organización. Por aquel entonces, la cifra de afiliados al Partido Bolshevique era de 40 a 45.000. Pero eran cuadros templados en la lucha. Los Comités del Partido fueron reorganizados sobre la base del centralismo democrático y se estableció el principio de designar por elección de abajo arriba todos los órganos del Partido.

El paso del Partido a la legalidad puso de manifiesto las discrepancias existentes en su seno. Kamenev y algunos militantes de la organización de

Moscú, como, por ejemplo, Rykov, Bubnov y Noguin, abrazaron la posición semimenshevique de apoyo condicionado al Gobierno Provisional y a la política de los defensistas. Stalin, que acababa de regresar del destierro, Molotov y otros, en unión de la mayoría del Partido, defendieron la política de desconfianza en el Gobierno Provisional, se manifestaron en contra del defensismo y preconizaron la lucha activa por la paz y contra la guerra imperialista. Una parte de los militantes del Partido vacilaba, reflejando con ello su atraso político, resultado de su larga estada en la cárcel o en el destierro.

Se notaba la ausencia del jefe del Partido, de Lenin.

El 3 (16) de abril de 1917, después de una larga expatriación, Lenin regresó a Rusia.

La llegada de Lenin tuvo una importancia enorme para el Partido y para la revolución.

Hallándose aún en Suiza, apenas recibió las primeras noticias de la revolución, Lenin escribió al Partido y a la clase obrera de Rusia, en sus "Cartas desde lejos":

> "¡Obreros! Habéis hecho prodigios de heroísmo proletario y popular, en la guerra civil contra el zarismo. Tendréis que hacer prodigios de organización del proletariado y de todo el pueblo para preparar vuestro triunfo en la segunda etapa de la revolución" (*Lenin*, t. XX, pág. 19, ed. rusa).

Lenin llegó a Petrogrado el 3 de abril por la noche. En la estación de Finlandia y en la plaza que da acceso a ella, se congregaron para recibirle miles de obreros, de soldados y de marinos. Un entusiasmo indescriptible se apoderó de las masas, cuando Lenin bajó del tren. El jefe de la revolución fue cogido y llevado en volandas hasta la gran sala de espera, donde aguardaban los mensheviques Chjeidse y Skobelev para dirigirle un saludo de "bienvenida" en nombre del Soviet de Petrogrado, saludo en el que "expresaban la esperanza" de que Lenin "marcharía de acuerdo" con ellos. Pero Lenin, sin escucharles, pasó de largo, dirigiéndose a la masa de los obreros y soldados, y, subido a un carro blindado, pronunció su famoso discurso, en el que llamaba a las masas a luchar por el triunfo de la Revolución Socialista. "¡Viva la Revolución Socialista!", fueron las palabras con que Lenin puso fin a este discurso, el primero que pronunciaba, después de largos años de destierro.

A su llegada a Rusia, Lenin se entregó con toda energía al trabajo revolucionario. Al día siguiente de su llegada, pronunció en una reunión del Partido Bolshevique un informe sobre la guerra y la revolución, volviendo luego a exponer las tesis de este informe en una asamblea a la que asistieron, además de los miembros del Partido, los mensheviques.

Tales fueron las célebres *Tesis de Abril* de Lenin, que trazaron al Partido y al proletariado la línea revolucionaria clara del paso de la revolución burguesa a la Revolución Socialista.

Las *Tesis* de Lenin tuvieron una importancia enorme para la revolución y para el trabajo ulterior del Partido. La revolución significaba un viraje grandioso en la vida del país, y el Partido, en las nuevas condiciones de lucha planteadas después del derrocamiento del zarismo, necesitaba una nueva orientación para marchar con paso audaz y seguro por el nuevo camino. Esta orientación fue dada al Partido por las *Tesis* de Lenin.

Las *Tesis de Abril* de Lenin trazaban un plan genial de lucha del Partido para el paso de la primera a la segunda etapa de la revolución, para el paso de la revolución democráticoburguesa a la Revolución Socialista. Toda la historia anterior del Partido le preparaba para esta misión grandiosa. Ya en 1905, en su folleto titulado: "Las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", decía Lenin que, después de derrotar al zarismo, el proletariado pasaría a la realización de la Revolución Socialista. Lo que las *Tesis* contenían de nuevo era la fundamentación teórica, el plan concreto para abordar el paso a la Revolución Socialista.

En el terreno económico, las medidas de transición podían resumirse así: nacionalización de toda la tierra del país, mediante la confiscación de las tierras de los terratenientes; fusión de todos los bancos en un solo Banco Nacional sometido al control del Soviet de diputados obreros; implantación del control sobre la producción social y el reparto de los productos.

En el terreno político, Lenin preconizaba el paso de la República parlamentaria a la República de los Soviets. Esto significaba un importante avance en el terreno de la teoría y la práctica del marxismo. Hasta entonces, los teóricos marxistas venían considerando la República parlamentaria como la mejor forma política de transición hacia el socialismo. Ahora, Lenin preconizaba la sustitución de la República parlamentaria por la República de los Soviets, como la forma más adecuada de organización política de la sociedad en el período de transición del capitalismo al socialismo.

> "La peculiaridad del momento actual en Rusia –decían las *Tesis*– consiste en el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el Poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a su segunda etapa, que pondrá el Poder en manos del proletariado y de los campesinos más pobres" (*Lenin*, t. XX, pág. 88, ed. rusa).

Y un poco más adelante:

> "No una República parlamentaria –volver a ello desde los Soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás–, sino una República de los Soviets de diputados

obreros, campesinos y jornaleros del campo: en todo el país, de abajo arriba" (Obra citada, pág. 88).

La guerra, decía Lenin, sigue siendo una guerra de rapiña, una guerra imperialista, aun bajo el nuevo gobierno, bajo el Gobierno Provisional. Y es misión del Partido explicar esto a las masas y hacerles comprender que, sin derrocar la burguesía, es imposible poner fin a la guerra, no con una paz impuesta por la fuerza, sino con una paz verdaderamente democrática.

En relación con el Gobierno Provisional, Lenin lanzó esta consigna: "¡Ni el menor apoyo al Gobierno Provisional!".

En sus *Tesis*, Lenin señalaba además que, por el momento el Partido Bolshevique estaba en minoría dentro de los Soviets y que en éstos predominaba el bloque menshevique-socialrevolucionario, que servía de vehículo a la influencia de la burguesía sobre el proletariado. Por tanto, la misión del Partido consistía en:

> "Explicar a las masas que el Soviet de diputados obreros es la única forma posible de gobierno revolucionario, por cuya razón, mientras este gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión solo puede consistir en explicar los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptándose especialmente a las necesidades prácticas de las masas. Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, manteniendo, al mismo tiempo, la necesidad de que todo el Poder del Estado pase a los Soviets de diputados obreros..." (*Lenin*, t. XX, pág. 88, ed. rusa).

Esto quiere decir que Lenin no incitaba a la insurrección contra el Gobierno Provisional, sostenido en aquel momento por la confianza de los Soviets, que no exigía su derrocamiento, sino que aspiraba, por medio de una labor de esclarecimiento y de reclutamiento, a conquistar la mayoría dentro de los Soviets, a cambiar la política de éstos y, a través de ellos, la composición y la política del Gobierno.

El punto de vista que aquí se adoptaba era el del desarrollo pacífico de la revolución.

Lenin exigía, además, que el Partido se quitase la "ropa sucia", que dejase de llamarse Partido socialdemócrata. Socialdemócratas se llamaban también los Partidos de la Segunda Internacional y los mensheviques rusos. Era un nombre manchado, deshonrado por los oportunistas, por los traidores al socialismo. Lenin proponía que el Partido Bolshevique adoptase el nombre de *Partido Comunista*, que era como llamaban a su Partido Marx y Engels. Esta denominación es científicamente exacta, puesto que la meta final del Partido Bolshevique es la consecución del comunismo. La Humanidad, al salir del capitalismo, solo puede pasar directamente al socialismo, es decir, al régimen de propiedad colectiva de los medios de producción y de distribución de los productos en proporción al

trabajo de cada cual. Pero nuestro Partido, decía Lenin, ve más allá. El socialismo deberá inevitablemente irse convirtiendo poco a poco en el comunismo, cuya divisa es: "De cada cual con arreglo a su capacidad, a cada cual con arreglo a sus necesidades".

Finalmente, Lenin en sus *Tesis de Abril* exigía la fundación de la nueva Internacional, de la Tercera Internacional o Internacional Comunista, libre de las taras del oportunismo y del socialchovinismo.

Las Tesis de Lenin levantaron un griterío rabioso entre la burguesía, los mensheviques y los socialrevolucionarios.

Los mensheviques dirigieron un llamamiento a los obreros, poniéndoles en guardia con el grito de que "la revolución estaba en peligro". Para los mensheviques, el peligro consistía en que los bolsheviques lanzasen la reivindicación del paso del Poder a los Soviets de diputados obreros y soldados.

Plejanov publicó en su periódico titulado *Edinstvo* (*Unidad*) un artículo en el que calificaba el discurso de Lenin como "*el discurso de un hombre que deliraba*". Y remitíase a las palabras del menshevique Chjeidse, quien había declarado: "Lenin quedará solo al margen de la revolución, pero nosotros seguiremos nuestro camino".

El 14 de abril se celebró la Conferencia bolshevique de la ciudad de Petrogrado. En esta Conferencia, fueron ratificadas las Tesis de Lenin, que sirvieron de base para sus deliberaciones.

Poco después, las organizaciones locales del Partido ratificaron también las Tesis de Lenin.

Todo el Partido, con excepción de algunos individuos aislados del tipo de Kamenev, Rykov y Piatakov, aprobó las *Tesis* de Lenin con extraordinario entusiasmo.

## 2. Comienza la crisis del Gobierno Provisional. - La Conferencia de Abril del Partido Bolshevique.

Mientras los bolsheviques se preparaban para el desarrollo ulterior de la revolución, el Gobierno Provisional proseguía sus manejos contra el pueblo. El 18 de abril, el ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional, Miliukov, declaró a los aliados que "todo el pueblo aspiraba a proseguir la guerra mundial hasta conseguir un triunfo decisivo" y les aseguraba que era "intención del Gobierno Provisional cumplir escrupulosamente los deberes asumidos para con nuestros aliados".

Es decir, que el Gobierno Provisional juraba lealtad a los tratados zaristas y prometía seguir derramando cuanta sangre del pueblo fuese necesaria para que los imperialistas consiguiesen su "victoria final".

El 19 de abril llegó a conocimiento de los obreros y soldados esta declaración (la "nota de Miliukov"). El 20 de abril, el Comité Central del Partido Bolshevique invitó a las masas a protestar contra la política imperialista del Gobierno Provisional. El 20 y el 21 de abril (3 y 4 de mayo) de 1917, salieron a la calle en manifestación masas de obreros y soldados, en número que no bajaría de 100.000 hombres, movidas por un sentimiento de indignación contra la "nota de Miliukov". En los carteles leíanse estas consignas: "¡Que se publiquen los tratados secretos!", "¡Abajo la guerra!", "¡Todo el Poder a los Soviets!".

Los obreros y los soldados marcharon desde los suburbios hasta el centro de la ciudad, en dirección a la residencia del Gobierno Provisional. En la avenida Nevski y en otros puntos se produjeron choques con algunos grupos sueltos de burgueses.

Los contrarrevolucionarios más descarados, como el general Kornilov, declaraban que debía disolverse a tiros la manifestación, y llegaron incluso a dar las órdenes pertinentes. Pero las tropas, a quienes cursaron estas órdenes se negaron a ejecutarlas.

Un pequeño grupo de miembros del Comité del Partido en Petrogrado (Bagdatiev y otros) lanzó durante esta manifestación la consigna del derrocamiento inmediato del Gobierno Provisional. El C.C. del Partido Bolshevique condenó severamente la conducta de estos aventureros de "izquierda", reputando aquella consigna como extemporánea y falsa, como una consigna que impedía al Partido ganar la mayoría dentro de los Soviets y que se hallaba en contradicción con el punto de vista del desarrollo pacífico de la revolución, adoptado por el Partido.

Los acontecimientos del 20 y 21 de abril marcaron el comienzo de la crisis del Gobierno Provisional.

Era la primera grieta importante que se abría en la política oportunista de los mensheviques y socialrevolucionarios.

El 2 de mayo de 1917, Miliukov y Guchkov fueron separados del Gobierno Provisional bajo la presión de las masas.

Se constituyó el primer Gobierno Provisional de coalición, en el que entraron, al lado de los representantes de la burguesía, los mensheviques (Skobelev y Tsereteli ) y los socialrevolucionarios (Chernov, Kerenski y otros).

Por donde los mensheviques, que en 1905 no admitían que los representantes de la socialdemocracia participaren en un Gobierno Provisional revolucionario, reputaban ahora admisible dar sus representantes a un Gobierno Provisional *contrarrevolucionario*.

Con esto, los mensheviques y los socialrevolucionarios se pasaban al campo de la burguesía contrarrevolucionaria.

El 24 de abril de 1917 inauguró sus tareas la VII Conferencia (Conferencia de Abril) del Partido Bolshevique. Por primera vez, desde que existía el Partido, se reunía abiertamente una conferencia bolshevique, que, por su importancia, ocupa en la historia del Partido el mismo lugar que un congreso.

La Conferencia de Abril, en la que estaban representados los bolsheviques de toda Rusia, reveló el desarrollo impetuoso del Partido. Asistieron a ella 133 delegados con voz y voto y 18 con voz pero sin voto, representando en total a 80.000 miembros organizados del Partido.

La Conferencia de Abril discutió y trazó la línea del Partido en todos los problemas fundamentales de la guerra y la revolución: la situación del momento, la guerra, el Gobierno Provisional, los Soviets, el problema agrario, el problema nacional, etc.

Lenin desarrolló en su informe los puntos de vista expuestos ya por él en las *Tesis de Abril*. La misión del Partido consistía en realizar el paso de la primera etapa de la revolución, "que ha dado el Poder a la burguesía... *a su segunda etapa*, que pondrá el Poder en manos del proletariado y de los campesinos más pobres" (*Lenin*). El Partido deberá poner rumbo hacia la preparación de la Revolución Socialista. Como la tarea más inmediata del Partido, Lenin lanza la consigna de "¡Todo el Poder a los Soviets!".

La consigna de "¡Todo el Poder a los Soviets!" significaba que era necesario acabar con la dualidad de poderes, es decir, con la división del Poder entre el Gobierno Provisional y los Soviets, que era necesario entregar a éstos todo el Poder y expulsar de los órganos del Poder a los representantes de los terratenientes y los capitalistas.

La Conferencia de Abril estableció que una de las tareas más importantes del Partido consistía en explicar incansablemente a las masas la verdad de que "el Gobierno Provisional es, por su carácter, el órgano de dominación de los terratenientes y de la burguesía" y desenmascarar la funesta política oportunista de los socialrevolucionarios y mensheviques, que engañaban al pueblo con

promesas mentirosas y lo sometían a los golpes de la guerra imperialista y de la contrarrevolución.

En esta Conferencia, Kamenev y Rykov se levantaron contra Lenin. Siguiendo las huellas de los mensheviques, repetían que Rusia no estaba preparada para la Revolución Socialista, que en Rusia solo era posible una República burguesa, y proponían al Partido y a la clase obrera limitarse a "controlar" el Gobierno Provisional. En realidad, su posición, al igual que la de los mensheviques, era la de mantener el capitalismo, la de mantener el Poder de la burguesía.

Zinoviev intervino también en la Conferencia de Abril contra Lenin respecto al problema de si el Partido Bolshevique debía continuar dentro de la unión de Zimmerwald o romper con ella, para crear la nueva Internacional. Los años de guerra habían demostrado que aquella organización, aun haciendo propaganda en favor de la paz, no había llegado a romper, de hecho, con los defensistas burgueses. Por eso, Lenin insistía en la necesidad de salir inmediatamente de esta organización, y crear una nueva Internacional, la Internacional Comunista. Zinoviev proponía seguir con los zimmerwaldianos. Lenin condenó enérgicamente esta actitud de Zinoviev, calificando su táctica de "archioportunista y perniciosa".

La Conferencia de Abril enjuició también los problemas agrario y nacional.

Después de escuchar el informe de Lenin sobre el problema agrario, la Conferencia aprobó una resolución sobre la confiscación de las tierras de los terratenientes para ponerlas a disposición de los Comités de Campesinos y sobre la nacionalización de todas las tierras del país. Los bolsheviques llamaban a los campesinos a luchar por la tierra y hacían ver a las masas campesinas que el Partido Bolshevique era el único Partido revolucionario que ayudaba a los campesinos de una manera real a derrocar a los terratenientes.

Tuvo gran importancia el informe del camarada Stalin sobre el problema nacional. Ya antes de la revolución, en vísperas de la guerra imperialista, Lenin y Stalin habían trazado las bases para la política del Partido Bolshevique respecto al problema nacional. Lenin y Stalin decían que el Partido proletario debía apoyar al movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos contra el imperialismo. En relación con esto, el Partido Bolshevique defendía el derecho de autodeterminación de las naciones hasta llegar a la separación del Estado a que pertenecían para formar Estados propios e independientes. Este punto de vista fue el que defendió en la Conferencia, informando por el C.C., el camarada Stalin.

En contra de Lenin y Stalin intervino Piatakov, quien ya durante la guerra había adoptado ante el problema nacional, en unión de Bujarin, una posición nacionalchovinista. Piatakov y Bujarin eran contrarios al derecho de autodeterminación de las naciones.

La posición resuelta y consecuente del Partido ante el problema nacional, la lucha del Partido por la igualdad plena de derechos de las naciones y por la destrucción de todas las formas y modalidades de opresión y desigualdad nacionales, le valieron la simpatía y el apoyo de las nacionalidades oprimidas.

He aquí el texto de la resolución sobre el problema nacional aprobado por la Conferencia de Abril:

> "La política de opresión nacional, herencia de la autocracia y de la monarquía, es defendida por los terratenientes, los capitalistas y la pequeña burguesía en interés de la conservación de sus privilegios de clase y de la desunión de los obreros de distintas nacionalidades. El imperialismo moderno, con su tendencia reforzada a la sumisión de los pueblos débiles, es un nuevo factor, de agudización del yugo nacional.
>
> En la sociedad capitalista es posible acabar con la opresión nacional, en la medida en que ésta lo permite, solo mediante un régimen republicano consecuentemente democrático y un sistema de gobierno que garantice la plena igualdad de derechos de todas las naciones y lenguas.
>
> Debe reconocerse a todas las naciones enclavadas dentro de Rusia el derecho a separarse libremente y a formar Estados independientes. La negación de este derecho y la negativa a tomar las medidas encaminadas a garantizar su realización práctica, equivale a apoyar la política de conquistas o anexiones. El reconocimiento por el proletariado del derecho de las naciones a su separación es lo único que garantiza la plena solidaridad de los obreros de distintas naciones y permite un acercamiento verdaderamente democrático entre éstas...
>
> El problema del derecho de las naciones a separarse libremente, no debe confundirse con el problema de la conveniencia de que se separe tal o cual nación y de que esta separación se lleve a cabo en tal o cual momento. Este problema deberá resolverlo el Partido del proletariado de un modo absolutamente independiente en cada caso concreto, desde el punto de vista de los intereses del desarrollo de toda la sociedad y de la lucha de clases del proletariado por el socialismo.
>
> El Partido exige una amplia autonomía regional, que se acabe con la fiscalización desde arriba, que se suprima la existencia de una lengua oficial obligatoria y se delimiten las fronteras de los territorios descentralizados y autónomos, sobre la base de las condiciones económicas y de vida, apreciadas por la propia población local, del censo nacional de población, etc.
>
> El Partido del proletariado rechaza resueltamente la llamada "autonomía nacional-cultural", que consiste en sustraer de la competencia del Estado los asuntos escolares, etc., para ponerlos en manos de una especie de dietas nacionales. La autonomía nacional-cultural traza fronteras artificiales entre los

obreros que viven en la misma localidad y que incluso trabajan en la misma empresa, según pertenezcan a ésta o a la otra "cultura nacional", con lo que refuerzan los lazos entre los obreros y la cultura burguesa de cada nación por separado, siendo así que la misión de la socialdemocracia consiste en fortalecer la cultura internacional del proletariado del mundo entero.

El Partido exige que se incluya en la Constitución una ley fundamental por la que se declare nula cualquier clase de privilegios a favor de una nación y toda clase de infracciones contra los derechos de las minorías nacionales.

Los intereses de la clase obrera exigen la fusión de los obreros de todas las nacionalidades de Rusia en organizaciones proletarias únicas, tanto políticas como sindicales, cooperativas, culturales, etc. Sin esta fusión de los obreros de diversas nacionalidades en organizaciones únicas, el proletariado no podría mantener una lucha victoriosa contra el capitalismo internacional y contra el nacionalismo burgués" ("Resoluciones del P.C. (b) de la U.R.S.S.", parte I páginas 239-240).

Así fue desenmascarada, en la Conferencia de Abril, la línea oportunista, antileninista, de Kamenev, Zinoviev, Piatakov, Bujarin, Rykov y sus contados adeptos.

La Conferencia marchó unánimemente detrás de Lenin, adoptando una actitud clara y decidida ante todos los problemas fundamentales y trazando el rumbo hacia la victoria de la Revolución Socialista.

## 3. Éxitos del Partido Bolshevique en la capital. - Fracasa la ofensiva de las tropas del Gobierno Provisional en el frente. - Es aplastada la manifestación de julio de los obreros y soldados.

El Partido, tomando como base los acuerdos de la Conferencia de Abril, desplegó una labor intensísima por la conquista de las masas, por su educación combativa y por su organización. La línea del Partido, durante este período, estribaba en conquistar la mayoría dentro de los Soviets y aislar de las masas a los Partidos menshevique y socialrevolucionario por medio del esclarecimiento paciente de la política bolshevique y el desenmascaramiento de la política de compromisos de aquellos Partidos.

Además de su labor en el seno de los Soviets, los bolsheviques desarrollaban un trabajo gigantesco en los sindicatos y en los comités de fábricas y empresas industriales.

Pero donde los bolsheviques realizaban la labor más intensa era en el seno del ejército. Por todas partes comenzaron a crearse organizaciones militares. Los bolsheviques trabajaban incansablemente en los frentes y en la retaguardia por organizar a los soldados y a los marinos. A la obra de revolucionarización de los soldados contribuyó en sumo grado un periódico destinado al frente que publicaban los bolsheviques con el título de *Okopnaia Pravda* (*Pravda de las Trincheras*).

Gracias a esta labor de propaganda y agitación de los bolsheviques, se consiguió que ya en los primeros meses de la revolución los obreros de muchas ciudades procediesen a reelegir los Soviets, en particular los de distrito, expulsando de ellos a los mensheviques y socialrevolucionarios y sustituyéndolos por afiliados al Partido Bolshevique.

La labor de los bolsheviques dio excelente resultado, sobre todo en Petrogrado.

En la Conferencia de Comités de fábricas que se celebró en Petrogrado del 30 de mayo al 3 de junio de 1917, se agrupaban ya en torno a los bolsheviques las tres cuartas partes de los delegados. El proletariado de la capital marchaba ya casi en su totalidad bajo la consigna bolshevique de "¡Todo el Poder a los Soviets!".

El 3 (16) de junio de 1917 se reunió el I Congreso de los Soviets de toda Rusia. Los bolsheviques estaban aún en minoría dentro de los Soviets; en este Congreso contaban con poco más de 100 delegados, contra 700 a 800 que tenían los mensheviques, socialrevolucionarios y otros Partidos.

En el I Congreso de los Soviets, los bolsheviques pusieron al desnudo con gran insistencia lo funesta que era la poIítica de compromisos con la burguesía y desenmascararon el carácter imperialista de la guerra. Lenin pronunció en este Congreso un discurso en el que demostró la justeza de la línea bolshevique,

declarando que solo el Poder de los Soviets podía dar pan a los trabajadores, la tierra a los campesinos, arrancar la paz y sacar al país del desastre económico.

Por aquellos días, desarrollábase en los barrios obreros de Petrogrado una campaña de masas para organizar una manifestación que llevase al Congreso de los Soviets las reivindicaciones del pueblo. Queriendo adelantarse a esta manifestación organizada libremente por los propios obreros y especulando con la idea de utilizar en su provecho la actitud revolucionaria de las masas, el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado acordó convocar una manifestación en la capital para el 18 de junio (1 de julio). Los mensheviques y los socialrevolucionarios creían que esta manifestación desfilaría bajo consignas antibolsheviques. El Partido Bolshevique se entregó con gran energía a la preparación de este acto de masas. El camarada Stalin escribió, por aquel entonces, en la *Pravda* que "...nuestra misión consiste en conseguir que la manifestación del 18 de junio en Petrogrado desfile bajo nuestras consignas revolucionarias".

La manifestación del 18 de junio de 1917, que desfiló por delante de la tumba de las víctimas de la revolución, se convirtió en una verdadera revista de las fuerzas del Partido Bolshevique. Reveló el grado de madurez revolucionaria, cada vez mayor, de las masas y la creciente confianza de éstas en el Partido Bolshevique. Las consignas de los mensheviques y socialrevolucionarios, predicando la confianza en el Gobierno Provisional y la necesidad de continuar la guerra, se perdían entre la inmensa masa de consignas bolsheviques. 400.000 manifestantes marchaban bajo banderas en las que campeaban estas consignas: "¡Abajo la guerra!", "¡Abajo los diez ministros capitalistas!", "¡Todo el Poder a los Soviets!".

Era el fracaso completo de los mensheviques y socialrevolucionarios, el fracaso del Gobierno Provisional en la capital.

No obstante, el Gobierno Provisional, sostenido por el apoyo del I Congreso de los Soviets, decidió proseguir su política imperialista. Y fue precisamente el 18 de junio cuando el gobierno, cumpliendo la voluntad de los imperialistas anglofranceses, lanzó a las tropas del frente a la ofensiva. La burguesía veía en esta ofensiva la única posibilidad de acabar con la revolución. Si la ofensiva tenía éxito, la burguesía confiaba en que podría tomar en sus manos todo el Poder, desalojar a los Soviets y aplastar a los bolsheviques. Si fracasaba, podría echar la culpa de todo a los mismos bolsheviques, acusándoles de desmoralizar al ejército.

No podía caber la menor duda de que la ofensiva se derrumbaría, como, en efecto, se derrumbó. El cansancio de los soldados, su ignorancia de los fines perseguidos con la ofensiva, su desconfianza en los mandos, extraños a la tropa, la escasez de municiones y artillería: todo contribuyó al derrumbamiento de la ofensiva en el frente.

Las noticias acerca de la ofensiva emprendida y luego las de su ruidoso fracaso, excitaron los ánimos de la capital. La indignación de los obreros y

soldados no tenía límites. Dábanse cuenta de que, cuando predicaba una política de paz, el Gobierno Provisional engañaba al pueblo. Dábanse cuenta de que el Gobierno Provisional abogaba por la continuación de la guerra imperialista. Dábanse cuenta de que el Comité Ejecutivo Central de los Soviets y el Soviet de Petrogrado no querían o no podían oponerse a los actos criminales del Gobierno Provisional y marchaban a rastras a la zaga de él.

La indignación revolucionaria de los obreros y soldados de Petrogrado se desbordaba. El 3 (16) de julio, comenzaron a producirse manifestaciones espontáneas en Petrogrado, en la barriada de Víborg. Estas manifestaciones continuaron durante todo el día. Algunas de ellas desembocaron en una grandiosa manifestación general con armas bajo la consigna del paso del Poder a los Soviets. El Partido Bolshevique era contrario a la acción armada en aquel momento, por entender que la crisis revolucionaria no estaba aún madura, que el ejército y las provincias no estaban aún preparados para apoyar la insurrección en la capital, que una insurrección aislada y prematura en Petrogrado solo serviría para facilitar a la contrarrevolución el aplastamiento de la vanguardia revolucionaria. Pero, cuando se vio que era imposible contener a las masas y evitar que se lanzasen a la manifestación, el Partido acordó tomar parte en ella, con el fin de darle un carácter pacífico y organizado. El Partido Bolshevique logró lo que se proponía, y cientos de miles de manifestantes marcharon hacia el Soviet de Petrogrado y hacia el Comité Ejecutivo Central de los Soviets, donde exigieron que éstos se hiciesen cargo del Poder, rompiesen con la burguesía imperialista y emprendiesen una política activa de paz.

A pesar del carácter pacífico de la manifestación, fueron lanzadas contra los manifestantes las tropas de la reacción, los destacamentos de cadetes y de oficiales. Por las calles de Petrogrado corrió abundante la sangre de los obreros y los soldados. Para aplastar a los obreros, se trajeron del frente las unidades militares más retrógradas y contrarrevolucionarias.

Los mensheviques y socialrevolucionarios, unidos a la burguesía y a los generales blancos, después de aplastar la manifestación de los obreros y los soldados, se lanzaron rabiosamente sobre el Partido Bolshevique. La redacción de la *Pravda* fue saqueada y destruida. Fueron suspendidos la *Pravda*, la *Soldatskasia Pravda* (*Pravda del soldado*) y otra serie de periódicos bolsheviques. El obrero Voinov fue asesinado en la calle por los cadetes por el solo hecho de estar vendiendo el *Listok Pravdi* (*Hoja de la Pravda*). Comenzó el desarme de los guardias rojos. Las unidades revolucionarias de la guarnición de Petrogrado fueron alejadas de la capital y enviadas al frente. Menudearon las detenciones, tanto en los frentes como en la retaguardia. El 7 de julio, se dio la orden de detener a Lenin. Fue detenida toda una serie de militantes prestigiosos del Partido Bolshevique. Fue destruida la imprenta "Trud " ("Trabajo"), donde se imprimían las publicaciones

bolsheviques. En la requisitoria del Fiscal de la Audiencia de Petrogrado, se decía que Lenin y gran número de bolsheviques debían comparecer ante los tribunales como reos de "alta traición" y responsables de la organización de un levantamiento armado. La acusación contra Lenin había sido urdida en el Estado Mayor del general Denikin sobre la base de datos inventados por espías y provocadores.

Con esto, el Gobierno Provisional de coalición, del que formaban parte representantes tan caracterizados de los mensheviques y socialrevolucionarios como Tsereteli y Skobelev, Kerenski y Chernov, se sumía en la charca del imperialismo y de la contrarrevolución abierta y descarada. En vez de una política de paz, desarrollaba una política de continuación de la guerra. En vez de defender los derechos democráticos del pueblo, adoptaba la política de liquidación de estos derechos y de represión armada contra los obreros y los soldados.

Lo que no se habían atrevido a hacer los representantes de la burguesía, Guchkov y Miliukov, lo hacían los "socialistas" Kerenski y Tsereteli, Chernov y Skobelev.

Se había acabado la dualidad de poderes.

Y se había acabado en provecho de la burguesía, pues todo el Poder pasó a manos del Gobierno Provisional, y los Soviets, con su dirección social revolucionaria y menshevique, se convirtieron en un apéndice del Gobierno Provisional.

Había terminado el período pacífico de la revolución, poniéndose a la orden del día la fuerza de las bayonetas.

Ante los cambios operados en la situación, el Partido Bolshevique decidió cambiar de táctica. Pasó a la clandestinidad, ocultando a su jefe, Lenin, en un sitio rigurosamente secreto, y comenzó a prepararse para la insurrección, con el fin de derrocar el Poder de la burguesía mediante las armas e instaurar el Poder Soviético.

## 4. El Partido Bolshevique rumbo a la preparación de la insurrección armada. - El VI Congreso del Partido.

En medio de una campaña increíblemente encarnizada de la prensa burguesa y pequeñoburguesa, se reunió en Petrogrado el VI Congreso del Partido Bolshevique. Reuníase este Congreso a los diez años del V Congreso de Londres y a los cinco años de la Conferencia bolshevique de Praga. Sus sesiones duraron desde el 26 de julio hasta el 3 de agosto de 1917, y tuvieron carácter clandestino. La prensa se limitó a anunciar la convocatoria del Congreso, sin indicar el sitio en que había de reunirse. Las primeras sesiones se celebraron en la barriada de Víborg. Las últimas, en la escuela de las inmediaciones de la Puerta de Narva, en el sitio donde ahora se levanta la Casa de Cultura. La prensa burguesa pedía la detención de todos los congresistas. Pero, aunque se pusieron en campaña los sabuesos de la policía para descubrir el sitio en que se reunía el Congreso, no pudieron averiguarlo.

Es decir, que a los cinco meses de derribado el zarismo, los bolsheviques tenían que reunirse subrepticiamente, y el jefe del Partido proletario, Lenin, veíase obligado a vivir oculto en una choza, cerca de la estación de Rasliv.

Lenin, acechado por los esbirros del Gobierno Provisional, no pudo asistir al Congreso, pero dirigió sus tareas desde el retiro clandestino en que se encontraba, por medio de sus discípulos y colaboradores en Petrogrado: Stalin, Sverdlov, Molotov y Ordzhonikidse.

Asistieron al Congreso 157 delegados con voz y voto, y 128 con voz solamente. El Partido contaba, por aquel entonces, con unos 240.000 afiliados. Hacia el 3 de julio, es decir, antes de ser aplastada la manifestación obrera de este mes, cuando los bolsheviques trabajaban aún en la legalidad, el Partido tenía 41 órganos de prensa, de los cuales se publicaban 29 en ruso y 12 en otras lenguas.

La batida contra los bolsheviques y contra la clase obrera en las jornadas de Julio, lejos de disminuir la influencia del Partido Bolshevique, solo sirvió para acrecentarla. Los delegados de base expusieron ante el Congreso multitud de hechos demostrativos de que los obreros y soldados comenzaban a abandonar en masa a los mensheviques y socialrevolucionarios, a los que motejaban despreciativamente con el nombre de "socialcarceleros". Los obreros y, los soldados afiliados a los Partidos menshevique y socialrevolucionario rompían sus carnets y salían con maldiciones de estos Partidos, pidiendo a los bolsheviques que les admitiesen en su filas.

Los problemas fundamentales planteados en el VI Congreso fueron: el informe político del Comité Central y el problema de la situación política. En sus informes sobre estos problemas, el camarada Stalin puso de manifiesto con toda claridad y precisión que, a pesar de todos los esfuerzos de la burguesía por

aplastar la revolución, ésta crecía y se desarrollaba. Señaló que la revolución planteaba el problema de la implantación del control obrero sobre la producción y distribución de los productos, de la entrega de la tierra a los campesinos y del paso del Poder de manos de la burguesía a manos de la clase obrera, y de los campesinos pobres. Y dijo que la revolución se convertía, por su carácter, en una Revolución Socialista.

Después de las jornadas de julio, cambió bruscamente la situación política del país. Ya no existía dualidad de poderes. Por no querer tomar todo el Poder, los Soviets, con su dirección socialrevolucionaria y menshevique, quedaron reducidos a la impotencia. El Poder se concentró en manos del Gobierno Provisional de la burguesía, el cual continuaba desarmando a la revolución, aplastando sus organizaciones y persiguiendo al Partido Bolshevique. La posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución había desaparecido. Solo cabía –decía el camarada Stalin– una solución: derrocar el Gobierno Provisional y tomar el poder por la fuerza. Y solo el proletariado, aliado a los campesinos pobres, podía tomar el Poder por la fuerza.

Los Soviets, cuya dirección seguía en manos de los mensheviques y socialrevolucionarios, se habían ido deslizando al campo de la burguesía y, en la situación existente, solo podían actuar como auxiliares del Gobierno Provisional. Después de las jornadas de julio, la consigna de "¡Todo el Poder a los Soviets!" debía abandonarse, dijo el camarada Stalin, pero sin que el abandono temporal de esta consigna significara, ni mucho menos, que se renunciaba a luchar por el Poder de los Soviets. No se trataba de los Soviets en general, es decir, de los Soviets como órganos de lucha revolucionaria, sino que se trataba solamente de aquellos Soviets concretos, dirigidos por los mensheviques y socialrevolucionarios.

> "El período pacífico de la revolución ha terminado –dijo el camarada Stalin–; ha comenzado el período no pacífico de la revolución, un período de choques y explosiones..." ("Actas del VI Congreso del P.C. (b) de la U.R.S.S.", página 111).

El Partido marchaba hacia la insurrección armada.

En el Congreso hubo gente que, reflejando la influencia burguesa, se manifestó en contra del rumbo hacia la Revolución Socialista.

El trotskista Preobrazhenski propuso que en la resolución sobre la conquista del Poder se dijese que solo se podría encaminar al país por la senda socialista si triunfaba la revolución proletaria en la Europa occidental.

El camarada Stalin rebatió esta proposición trotskista.

> "No está descartada –dijo el camarada Stalin– la posibilidad de que sea precisamente Rusia el país que rompa la marcha hacia el socialismo... Hay que rechazar esa idea caduca de que solo Europa puede señalarnos el camino. Hay

un marxismo dogmático y un marxismo creador. Yo me sitúo en el terreno del segundo" (Obra citada, págs. 233-234).

Bujarin, abrazando posiciones trotskistas, afirmó que los campesinos tenían ideas defensistas, que formaban un bloque con la burguesía y no marcharían con la clase obrera.

Refutando a Bujarin, el camarada Stalin demostró que había diversas clases de campesinos: los campesinos ricos, que apoyaban a la burguesía imperialista, y los campesinos pobres, que deseaban aliarse a la clase obrera y la apoyaban en la lucha por el triunfo de la revolución.

El Congreso rechazó las enmiendas de Preobrazhenski y Bujarin y aprobó el proyecto de resolución del camarada Stalin.

El Congreso examinó y aprobó la plataforma económica del Partido Bolshevique, cuyos puntos fundamentales eran: confiscación de las tierras de los terratenientes y nacionalización de toda la tierra del país, nacionalización de los bancos, nacionalización de la gran industria, control obrero sobre la producción y la distribución.

Subrayó el Congreso la importancia de la lucha por el control obrero sobre la producción, que desempeñaba un gran papel, como medida de transición hacia la nacionalización de la gran industria.

En todos los acuerdos, el VI Congreso insistió de un modo especial en la importancia de la tesis leninista sobre la alianza del proletariado y de los campesinos pobres, como condición para el triunfo de la Revolución Socialista.

La teoría menshevique de la neutralidad de los sindicatos fue condenada por el Congreso. Este señaló que, para poder resolver los grandes problemas que se le planteaban a la clase obrera de Rusia, era indispensable que los sindicatos fuesen organizaciones combativas de clase que acatasen la dirección política del Partido Bolshevique.

El Congreso aprobó una resolución "Sobre las organizaciones juveniles", que por aquel entonces surgían no pocas veces espontáneamente. Con su trabajo sucesivo, los bolsheviques lograron afianzar los lazos de estas organizaciones juveniles con el Partido, convertirlas en reservas de éste.

Uno de los problemas que se examinaron en el Congreso fue el de la comparecencia de Lenin ante los Tribunales. Kamenev, Rykov, Trotski y otros habían sostenido, ya con anterioridad al Congreso, que Lenin debía entregarse a los tribunales de la contrarrevolución. El camarada Stalin se manifestó resueltamente en contra de esta tendencia. El VI Congreso compartió también el punto de vista de Stalin, por entender que lo que se preparaba no era un proceso, sino una represión. El Congreso no dudó ni un momento que el propósito de la burguesía no era otro que el de deshacerse físicamente de Lenin, como de su más peligroso enemigo. Formuló su protesta contra la enconada campaña policíaco-burguesa

de que se hacía objeto a los jefes del proletariado revolucionario y dirigió un saludo a Lenin.

En el VI Congreso fueron aprobados los nuevos estatutos del Partido. En ellos, se determinaba que toda la organización del Partido se basaría en los principios del centralismo democrático.

Esto significaba lo siguiente:

1) Carácter electivo de todos los órganos de dirección del Partido de abajo arriba;
2) rendición periódica de cuentas de la gestión de los órganos del Partido ante las organizaciones del Partido correspondientes;
3) severa disciplina de Partido y sumisión de la minoría a la mayoría;
4) obligatoriedad incondicional de los acuerdos de los órganos superiores para los inferiores y para todos los miembros del Partido.

Los estatutos del Partido disponían que los nuevos afiliados fuesen admitidos por las organizaciones de base, mediante recomendación de dos miembros del Partido y previa ratificación de la Asamblea general de afiliados de la organización de base.

El VI Congreso admitió en el Partido a los llamados "mezhraiontzi", con su líder Trotski. Era éste un pequeño grupo que había sido creado en Petrogrado en 1913 y del que formaban parte elementos trotskistas-mensheviques y algunos antiguos bolsheviques, desviados del Partido. Durante la guerra, esta organización tuvo un carácter centrista. Luchaba contra los bolsheviques, pero sin estar de acuerdo tampoco en muchas cosas con los mensheviques, por lo que ocupaba una posición intermedia, centrista, vacilante. Al celebrarse el VI Congreso, los miembros de esta organización declararon que estaban identificados en un todo con los bolsheviques y pidieron su ingreso en el Partido. El Congreso accedió a su petición, confiando en que con el tiempo llegarían a ser verdaderos bolsheviques. Algunos de ellos, como, por ejemplo, Volodarski, Uritski y otros, llegaron, en efecto, a convertirse en bolsheviques después de su ingreso en el Partido. Pero Trotski y los elementos más afines a él, que no eran muchos, no ingresaron en el Partido, como había de demostrarse andando el tiempo, para trabajar en favor de él, sino para quebrantar y minar su fuerza desde dentro.

Todos los acuerdos del VI Congreso se encaminaban a preparar al proletariado y a los campesinos pobres para la insurrección armada. El VI Congreso encauzó el Partido hacia la insurrección armada, hacia la Revolución Socialista.

El manifiesto del Partido lanzado por el VI Congreso invitaba a los obreros, a los soldados y a los campesinos a preparar sus fuerzas para los encuentros decisivos con la burguesía. Y terminaba con estas palabras:

"¡Preparaos para nuevas batallas, camaradas de lucha! ¡Permaneced firmes, valientes y serenos, sin dejaros llevar de provocaciones, acumulando fuerzas y formando vuestras columnas de combate! ¡Agrupaos bajo la bandera del Partido, proletarios y soldados! ¡Formad bajo nuestra bandera, oprimidos del campo!".

## 5. La intentona del general Kornilov contra la Revolución. - Aplastamiento de la intentona. - Los Soviets de Petrogrado y Moscú se pasan al lado de los bolsheviques.

Después de adueñarse de todo el Poder, la burguesía comenzó a prepararse para aplastar a los ya impotentes Soviets e instaurar una dictadura contrarrevolucionaria descarada. El millonario Riabushinski declaraba cínicamente que no veía más que una salida a la situación, y era que "la mano descarnada del hambre, la miseria del pueblo, agarrase por el cuello a los falsos amigos de éste, los Soviets y Comités democráticos". En el frente hacían estragos los Consejos de Guerra, prodigando la pena de muerte contra los soldados. El 3 de agosto de 1917, el general en jefe Kornilov pidió que se implantase también la pena de muerte en la retaguardia.

El 12 de agosto, se abrió en el Gran Teatro de Moscú la Conferencia de Estado convocada por el Gobierno Provisional para movilizar las fuerzas de la burguesía y de los terratenientes. A esta Asamblea asistieron, principalmente, los representantes de los terratenientes, de la burguesía, del generalato, de la oficialidad y de los cosacos. Los Soviets estuvieron representados en ella por los mensheviques y los socialrevolucionarios.

El día en que comenzaba sus sesiones la Conferencia de Estado, los bolsheviques organizaron en Moscú, en señal de protesta, una huelga general, en la que tomó parte la mayoría de los obreros. Estallaron también huelgas en una serie de ciudades.

El socialrevolucionario Kerenski amenazó fanfarronamente, en su discurso ante la Conferencia, con aplastar "a sangre y fuego" cualquier intento de movimiento revolucionario, incluyendo las tentativas de los campesinos de apoderarse por sí y ante sí de las tierras de los terratenientes.

El general contrarrevolucionario Kornilov pidió, sin andarse con rodeos, que se "suprimiesen los Comités y los Soviets".

En el Estado Mayor del general en jefe pululaban alrededor del general Kornilov banqueros, comerciantes e industriales, con promesas de dinero y ayuda.

También se entrevistaron con él los representantes de los "aliados", es decir, de Inglaterra y Francia, exigiendo que no se demorase el ataque contra la revolución.

Las cosas combinaban para la conspiración contrarrevolucionaria del general Kornilov.

Esta conspiración preparábase sin recato. Con el fin de desviar la atención de lo que tramaban, los conjurados hicieron correr el rumor de que los bolsheviques de Petrogrado preparaban un levantamiento para el 27 de agosto, fecha en que se cumplirían los seis meses del día de la revolución. El Gobierno Provisional, con Kerenski a la cabeza, se lanzó a perseguir rabiosamente a los bolsheviques y acentuó el terror contra el Partido del proletariado. Al mismo tiempo, el general

Kornilov concentraba tropas para hacerlas marchar sobre Petrogrado, con el fin de acabar con los Soviets e instaurar un gobierno de dictadura militar.

Kornilov se puso de acuerdo con Kerenski respecto a su proyectada acción contrarrevolucionaria. Pero, en el mismo momento en que Kornilov comenzó a actuar, Kerenski, dando un brusco viraje, cambió de frente y se separó de su aliado. Temía que las masas del pueblo, después de levantarse contra los kornilovistas y aplastarlos, barriesen también, echándole al mismo montón, al gobierno burgués de Kerenski, si éste no se desentendía a tiempo de los autores de la korniloviada.

El 25 de agosto, Kornilov envió sobre Petrogrado el 3er cuerpo de caballería, al mando del general Krimov, y declaró que se proponía "salvar la Patria". Como respuesta a la sublevación kornilovista, el Comité Central del Partido Bolshevique hizo un llamamiento a los obreros y a los soldados para que opusiesen una resistencia activa y armada a la contrarrevolución. Los obreros comenzaron a armarse y a prepararse rápidamente para la lucha. En estos días, se multiplicaron los destacamentos de guardias rojos. Los sindicatos movilizaron a sus afiliados. Las unidades revolucionarias de tropas de Petrogrado se prepararon también para el combate. Alrededor de Petrogrado se abrieron trincheras, se tendieron alambradas y se levantaron los rieles de las vías férreas. De Cronstadt llegaron unos cuantos miles de marinos armados para la defensa de la capital. Se enviaron al encuentro de la "División salvaje", que avanzaba sobre Petrogrado, delegados que explicaron a aquellos soldados montañeses la intención del movimiento kornilovista, consiguiendo que estas tropas se negasen a marchar sobre la capital. Se enviaron también agitadores a otras unidades kornilovistas. Fueron creados Comités revolucionarios y Estados Mayores para la lucha contra los sublevados en todos los sitios donde había algún peligro.

En aquellos días, los líderes socialrevolucionarios y mensheviques, entre ellos Kerenski, muertos de miedo, iban a buscar amparo en los bolsheviques, convencidos de que éstos eran la única fuerza efectiva de la capital capaz de aplastar a Kornilov.

Pero, aun movilizando a las masas para aplastar el movimiento de Kornilov, los bolsheviques no cejaron en su lucha contra el Gobierno Kerenski, desenmascarando ante las masas a este Gobierno y a los mensheviques y socialrevolucionarios, que, con toda su política, ayudaban objetivamente a la intentona contrarrevolucionaria de Kornilov.

Gracias a todas estas medidas, fue aplastada la intentona de Kornilov. El general Krimov se pegó un tiro. Kornilov y sus cómplices, Denikin y Lukomski, fueron detenidos (aunque pronto habían de ser puestos de nuevo en libertad por Kerenski) .

El aplastamiento de la intentona kornilovista puso al descubierto e iluminó de golpe la correlación de fuerzas entre la revolución y la contrarrevolución.

Demostró el fracaso total de todo el campo contrarrevolucionario, desde los generales y el Partido kadete hasta los mensheviques y los socialrevolucionarios, cogidos en las redes y prisioneros de la burguesía. Era evidente que la política de prolongación de aquella guerra agotadora, que al, alargarse provocaba el desastre económico del país, había quebrantado definitivamente la influencia de estos Partidos entre las masas del pueblo.

El aplastamiento de la korniloviada revelaba, además, que el Partido Bolshevique se había convertido ya en la fuerza decisiva de la revolución, en una fuerza capaz de deshacer los manejos de la contrarrevolución, cualesquiera que ellos fuesen. El Partido Bolshevique no era todavía un Partido gobernante, pero durante los días de la korniloviada actuó como una verdadera fuerza de gobierno, pues sus instrucciones eran seguidas sin vacilar por los obreros y los soldados.

Finalmente, el aplastamiento de la intentona kornilovista vino a demostrar que aquellos Soviets que se creía agonizantes, encerraban en su seno, en realidad, una grandiosa fuerza de resistencia revolucionaria. No cabía dudar de que habían sido precisamente los Soviets y sus Comités revolucionarios los que habían cerrado el paso a las tropas de Kornilov y contra los que se habían estrellado sus fuerzas.

La lucha contra la korniloviada infundió nuevos ánimos en los languidecidos Soviets de diputados obreros y soldados, los arrancó de la política oportunista que los tenía prisioneros, los empujó al ancho camino de la lucha revolucionaria y los colocó junto al Partido Bolshevique.

La influencia de los bolsheviques dentro de los Soviets era mayor que nunca.

Comenzó también a ganar terreno rápidamente la influencia de los bolsheviques en el campo.

La sublevación kornilovista hizo ver a las grandes masas campesinas que los terratenientes y los generales, una vez destrozados los bolsheviques y los Soviets, se cebarían luego en los campesinos. Por eso, las grandes masas de campesinos pobres empezaron a agruparse cada vez más estrechamente en torno a los bolsheviques. Los campesinos medios, cuyas vacilaciones habían frenado el desarrollo de la revolución durante los meses de abril a agosto de 1917, después de la derrota de Kornilov, comenzaron a volverse de un modo decidido hacia el Partido Bolshevique, uniéndose a la masa de los campesinos pobres. Las grandes masas campesinas empezaron a comprender que el Partido Bolshevique era el único que podía liberarlas de la guerra, el único capaz de acabar con los terratenientes y el único que estaba dispuesto a dar la tierra a los campesinos. Los meses de septiembre y octubre de 1917 registraron un alza enorme en el número de incautaciones de tierras de los terratenientes por los campesinos. El cultivo de las tierras de los terratenientes por decisión de los propios campesinos, adquirió un carácter general. Persuaciones y destacamentos de castigo ya no eran capaces de contener a los campesinos en su marcha arrolladora hacia la revolución.

La revolución iba en ascenso.

Comenzó a desarrollarse la fase de animación y renovación de los Soviets, la fase de *bolshevización* de los Soviets. Las fábricas y empresas industriales y las unidades militares, al reelegir a sus diputados, ya no enviaban a los Soviets a mensheviques y socialrevolucionarios, sino a representantes del Partido Bolshevique. Al día siguiente de aplastar la intentona de Kornilov, el 31 de agosto, el Soviet de Petrogrado se pronunció a favor de la política de los bolsheviques. El antiguo Presidium del Soviet de Petrogrado, formado por mensheviques y socialrevolucionarios, con Chjeidse a la cabeza, se retiró, dejando el puesto libre a los bolsheviques. El 5 de septiembre, el Soviet de diputados obreros de Moscú se pasó al lado de los bolsheviques. También se retiró por el foro, dejando el camino abierto a los bolsheviques, el Presidium socialrevolucionario-menshevique de este Soviet.

Esto significaba que se daban ya las premisas fundamentales necesarias para una insurrección victoriosa.

Volvía a estar a la orden del día la consigna de "¡Todo el Poder a los Soviets!".

Pero ya no era la antigua consigna del paso del Poder a manos de los Soviets mensheviques y socialrevolucionarios. No; ahora era la consigna de la insurrección de los Soviets contra el Gobierno Provisional, con el fin de entregar todo el Poder del país a los Soviets dirigidos por los bolsheviques.

Comenzó a producirse la desbandada entre los Partidos oportunistas.

En el seno del Partido socialrevolucionario se formó, bajo la presión de los campesinos de orientación revolucionaria, un ala izquierda, el ala de los socialrevolucionarios de "izquierda" que comenzó a manifestar su descontento por la política de compromisos con la burguesía.

También en el Partido menshevique se definió un grupo de "izquierda", el de los llamados "internacionalistas", que comenzaban a oscilar hacia los bolsheviques.

Los anarquistas, que formaban un grupo insignificante en cuanto a su influencia, se escindieron definitivamente en varios grupitos, de los cuales unos se mezclaron con delincuentes vulgares y provocadores, con los desechos de la sociedad, mientras que otros se convirtieron en expropiadores "ideológicos", que robaban a los campesinos y a las gentes modestas de las ciudades y arrebataban a los clubs obreros sus edificios y sus ahorros, y otros, finalmente, se pasaron sin recato al campo contrarrevolucionario, acoplando su vida personal a la escalera de servicio de la burguesía. Todos ellos eran contrarios a cualquier clase de Poder, pero muy especialmente al Poder revolucionario de los obreros y campesinos, pues estaban seguros de que este Poder revolucionario no les permitiría desvalijar al pueblo ni expoliar los bienes del pueblo.

Después del aplastamiento de la intentona de Kornilov, los mensheviques y socialrevolucionarios hicieron una nueva tentativa para quebrantar el creciente auge de la revolución. Con este fin, convocaron el 12 de septiembre de 1917, a una conferencia democrática de representantes de los Partidos socialistas, de los Soviets oportunistas, de los sindicatos, de los Zemstvos, de los círculos comerciales e industriales y de las unidades militares de toda Rusia. De esta conferencia salió el Preparlamento (Consejo provisional de la República). Con ayuda de este Preparlamento, los oportunistas confiaban en que podrían detener la marcha de la revolución y desviar al país de la senda de la revolución soviética a la del desarrollo burgués-constitucional, a la senda del parlamentarismo burgués. Fue una tentativa desesperada de aquellos políticos fracasados, que se empeñaban en volver atrás la rueda de la revolución. Era una idea condenada a dar en quiebra, como, en efecto, ocurrió. Los obreros, que se burlaban de Ia gimnasia parlamentaria de los oportunistas, pusieron en solfa el Preparlamento, bautizándole con un nombre despectivo ("ante-baño").

El C.C. del Partido Bolshevique acordó boicotear el Preparlamento. Y, aunque la fracción bolshevique de este organismo, en que figuraban individuos como Kamenev y Teodorovich, no quería abandonar sus escaños, el C.C. del Partido la obligó a dejarlos.

Kamenev y Zinoviev defendieron tenazmente la participación en el Preparlamento, confiando en que con ello podrían desviar al Partido de la labor preparatoria de la insurrección. El camarada Stalin intervino enérgicamente en la fracción bolshevique de la Conferencia democrática de toda Rusia en contra de la participación en el Preparlamento, que calificó de "aborto kornilovista".

Lenin y Stalin consideraron un grave error la participación en el Preparlamento, aunque hubiese sido por poco tiempo, ya que aquello pudo infundir a las masas la esperanza engañosa de que aquel organismo era capaz de hacer algo por los trabajadores.

Al mismo tiempo, los bolsheviques preparaban tenazmente la convocatoria del II Congreso de los Soviets, en el que confiaban contar con la mayoría. Y, pese a todos los subterfugios de los mensheviques y socialrevolucionarios encastillados en el Comité Ejecutivo Central, ante la presión de los Soviets bolsheviques, hubo de ser convocado el II Congreso de los Soviets de toda Rusia para la segunda quincena de octubre de 1917.

## 6. La Insurrección de Octubre en Petrogrado. - Detención del Gobierno Provisional. - El II Congreso de los Soviets y formación del Gobierno Soviético. - Decretos del II Congreso de los Soviets sobre la paz y sobre la tierra. - Triunfa la Revolución Socialista. - Causas del triunfo de la Revolución Socialista.

Los bolsheviques comenzaron a prepararse enérgicamente para la insurrección. Lenin señaló que, teniendo como tenían ya mayoría en los Soviets de diputados obreros y soldados de las dos capitales, Moscú y Petrogrado, los bolsheviques podían y debían tomar en sus manos el Poder. Haciendo el balance del camino recorrido, Lenin subrayaba: "La mayoría del pueblo está con nosotros". En sus artículos y cartas al Comité Central y a las organizaciones bolsheviques, Lenin trazaba un plan concreto para la insurrección: decía cómo debían utilizarse las unidades militares, la flota y los guardias rojos, qué puntos decisivos era necesario ocupar en Petrogrado para garantizar el éxito de la insurrección, etc.

El 7 de octubre, Lenin se trasladó clandestinamente de Finlandia a Petrogrado. El 10 de octubre de 1917, se celebró la histórica sesión del Comité Central del Partido Bolshevique, en la que se acordó dar comienzo a la insurrección armada pocos días después. La histórica resolución aprobada por el C.C. del Partido y redactada por Lenin decía:

> "El C.C. reconoce que tanto la situación internacional de la revolución rusa (insurrección de la flota alemana, signo agudo de la marcha ascendente de la Revolución Socialista mundial en toda Europa, luego la amenaza de una paz entre imperialistas con el fin de estrangular la revolución en Rusia), como la situación militar (decisión indudable de la burguesía rusa y de Kerenski y Cía. de entregar Petrogrado a los alemanes) y la conquista por el Partido proletario de la mayoría dentro de los Soviets; unido todo ello a la insurrección campesina y al viraje de la confianza del pueblo hacia nuestro Partido (elecciones de Moscú); y, finalmente, la preparación manifiesta de una segunda korniloviada (evacuación de tropas de Petrogrado, concentración de cosacos en esta capital, cerco de Minsk por los cosacos, etc.), pone a la orden del día la insurrección armada.
>
> Reconociendo, pues, que la insurrección armada es inevitable y se halla plenamente madura, el C.C. insta a todas las organizaciones del Partido a guiarse por esto y a examinar y resolver desde este punto de vista todos los problemas prácticos (Congreso de los Soviets de la región Norte, salida de tropas de Petrogrado, acciones en Moscú y Minsk, etc.)" (*Lenin*, t. XXI. pág. 330, ed. rusa).

Intervinieron y votaron en contra de esta histórica resolución dos miembros del C.C.: Kamenev y Zinoviev. También ellos soñaban, como los mensheviques, con una República parlamentaria burguesa e injuriaban a la clase obrera, afirmando que no era lo bastante fuerte para realizar la Revolución Socialista, que no estaba aún capacitada para tomar el Poder.

Trotski, aunque en esta sesión no votó abiertamente contra la resolución del C.C., presentó una enmienda a ella que, de haberse aceptado, habría reducido a la nada y hecho fracasar la insurrección. Propuso que ésta no comenzase hasta la apertura del II Congreso de los Soviets, lo que equivalía a dar largas a la insurrección, a fijar de antemano el día en que había de estallar, poniendo en guardia con ello al Gobierno Provisional.

El C.C. del Partido Bolshevique envió delegados con plenos poderes a la cuenca del Donetz, al Ural, a Helsingfors, a Cronstadt, al frente sudoccidental, etc., con el fin de organizar sobre el terreno la insurrección. Los camaradas Voroshilov, Molotov, Dzerzhinski, Ordzhonikidse, Kirov, Kaganovich, Kuibyshev, Frunze, Yaroslavski y otros recibieron misiones especiales del Partido para dirigir la insurrección en distintos lugares. En el Ural, en Shadrinsk, entre las tropas, actuó el camarada Zhdanov. En el frente occidental, en Bielorusia, fue el camarada Ezhov el que preparó para la insurrección a la masa de los soldados. Los delegados del C.C. pusieron en conocimiento de los dirigentes de las organizaciones bolsheviques de base el plan de la insurrección y los estimularon a preparar y movilizar sus fuerzas para ayudar al movimiento en Petrogrado.

Se creó, por mandato del Comité Central del Partido, el *Comité Militar Revolucionario* adscrito al Soviet de Petrogrado, que había de asumir las funciones de Estado Mayor legal de la insurrección.

A la par que ocurría esto, la contrarrevolución apresurábase también a concentrar sus fuerzas. La oficialidad del ejército se organizaba en la entidad contrarrevolucionaria titulada "Liga de Oficiales". Los contrarrevolucionarios creaban por todas partes Estados Mayores para la formación de batallones de choque. Hacia fines de octubre, la contrarrevolución disponía de 43 batallones de éstos. Organizáronse, además, batallones formados exclusivamente por los "Caballeros de San Jorge".

El Gobierno de Kerenski planteó el problema de su traslado de Petrogrado a Moscú. Esto indicaba que estaba preparando la entrega de Petrogrado a los alemanes, para atajar la insurrección en esta capital. Pero la protesta de los obreros y soldados de Petrogrado obligó al Gobierno Provisional a permanecer allí.

El 16 de octubre, se celebró una sesión ampliada del C.C. del Partido Bolshevique. En ella se eligió un *Centro del Partido* encargado de dirigir la insurrección, con el camarada Stalin a la cabeza. Este Centro era el núcleo

dirigente del Comité Militar Revolucionario adscrito al Soviet de Petrogrado y fue el que dirigió prácticamente toda la insurrección.

En esta sesión del C.C., los capituladores Zinoviev y Kamenev volvieron a pronunciarse contra la insurrección. Y habiendo obtenido la merecida réplica, combatieron abiertamente desde la prensa a la insurrección y al Partido. El 18 de octubre, un periódico menshevique titulado *Novaia Zhisn* (*Vida Nueva*) publicó una declaración de Kamenev y Zinoviev, manifestando que los bolsheviques preparaban una insurrección y que ellos consideraban esta insurrección como una aventura. Con ello, Kamenev y Zinoviev ponían en conocimiento de los enemigos la decisión del C.C. acerca del movimiento y de su organización para una fecha inmediata. Este acto era una traición. Lenin escribió, a propósito de esto: "Kamenev y Zinoviev han *delatado* a Rodzianko y a Kerenski el acuerdo del C.C. de su Partido sobre la insurrección armada". Y planteó ante el Comité Central la expulsión del Partido de Zinoviev y Kamenev.

Los enemigos de la revolución, prevenidos por los traidores, comenzaron a tomar sin pérdida de tiempo las medidas necesarias para atajar la insurrección y aplastar al Estado Mayor dirigente de la revolución, al Partido Bolshevique. El Gobierno Provisional celebró un Consejo de ministros secreto, en el que se acordaron las medidas de lucha contra los bolsheviques. El 19 de octubre, el gobierno trajo apresuradamente tropas del frente a Petrogrado. Comenzaron a pulular por las calles patrullas reforzadas. En Moscú, es donde la contrarrevolución logró concentrar una cantidad muy grande de fuerzas. El Gobierno Provisional había trazado el plan de atacar y tomar el palacio del Smolny, sede del Comité Central del Partido Bolshevique, la víspera del día en que habían de abrirse las sesiones del II Congreso de los Soviets y aplastar el Centro dirigente de los bolsheviques. Para ello, fueron trasladadas a Petrogrado tropas de cuya lealtad creía estar seguro el gobierno.

Pero los días y las horas de vida del Gobierno Provisional estaban contados. No había ya fuerza capaz de detener la marcha arrolladora de la Revolución Socialista.

El 21 de octubre, fueron enviados a todas las unidades revolucionarias de tropas comisarios bolsheviques del Comité Militar Revolucionario. Durante los días que precedieron a la insurrección, se desarrolló una enérgica labor preparatoria de la lucha en el seno de las unidades militares y en las fábricas y empresas industriales. Se asignaron también misiones concretas a los barcos de guerra, a los cruceros "Aurora" y "Sariá Svobodi" ("Amanecer de la libertad").

En la sesión del Soviet de Petrogrado, a Trotski, fanfarroneando, se le fue la lengua y delató al enemigo la fecha de la insurrección, el día señalado por los bolsheviques para desencadenar el movimiento. Para no dar al Gobierno de Kerenski la posibilidad de hacer fracasar la insurrección armada, el C.C.

del Partido decidió comenzar y llevar a cabo la insurrección antes de la fecha proyectada, la víspera del día en que habían de abrirse las sesiones del II Congreso de los Soviets.

Kerenski comenzó a actuar en las primeras horas de la mañana del 24 de octubre (6 de noviembre), dando orden de suspender el periódico titulado *Rabochi Put* (*La Senda Obrera*), órgano central del Partido Bolshevique, y enviando los carros de asalto al local de la redacción de este periódico y al de la imprenta de los bolsheviques. Pero, hacia las 10 de la mañana, siguiendo instrucciones del camarada Stalin, los guardias rojos y los soldados revolucionarios desalojaron a los carros de asalto y reforzaron la guardia de la imprenta y de la redacción del periódico. Hacia las 11 salió *La Senda Obrera*, con un llamamiento para derribar al Gobierno Provisional. Al mismo tiempo, y siguiendo instrucciones del Centro del Partido para la insurrección, fueron concentrados urgentemente en el Smolny los destacamentos de soldados revolucionarios y de guardias rojos.

La insurrección había comenzado.

En la noche del 24 de octubre, se trasladó Lenin al Smolny, para hacerse cargo personalmente de la dirección del movimiento. Durante toda la noche, no cesaron de llegar al Smolny unidades revolucionarias de tropas y destacamentos de guardias rojos. Los bolsheviques los enviaban al centro de la ciudad, a cercar el Palacio de Invierno, donde se había atrincherado el Gobierno Provisional.

El 25 de octubre (7 de noviembre), la Guardia Roja y las tropas revolucionarias tomaron las estaciones de ferrocarril, las centrales de Correos y Telégrafos, los Ministerios y el Banco del Estado.

Fue disuelto el Preparlamento.

El Palacio del Smolny, residencia del Soviet de Petrogrado y del Comité Central del Partido Bolshevique, convirtióse en Cuartel General de la revolución; era de aquí de donde salían todas las órdenes de batalla.

Los obreros de Petrogrado demostraron en estas jornadas que habían pasado, bajo la dirección del Partido Bolshevique, por una buena escuela. Las unidades militares revolucionarias, preparadas para la insurrección por la labor de los bolsheviques, cumplían exactamente las órdenes de batalla que se les daban y se batían en fraternal compenetración con la Guardia Roja. La marina de guerra no desmereció del ejército. Cronstadt era una fortaleza del Partido Bolshevique, donde hacía ya mucho tiempo que no se reconocía el Poder del Gobierno Provisional. Con el estruendo de sus cañones, enfilados sobre el Palacio de Invierno, el crucero "Aurora" anunció, el 25 de octubre, el comienzo de la nueva era, la era de la Gran Revolución Socialista.

El 25 de octubre (7 de noviembre), se publicó un llamamiento del Partido Bolshevique "A los ciudadanos de Rusia". En él se decía que el Gobierno

Provisional burgués había sido derribado y que el Poder había pasado a manos de los Soviets.

El Gobierno Provisional se había refugiado en el Palacio de Invierno, bajo la protección de los cadetes y de los batallones de choque. En la noche del 25 al 26 de octubre, los obreros, soldados y marinos revolucionarios tomaron por asalto al Palacio de Invierno y detuvieron al Gobierno Provisional.

La insurrección armada en Petrogrado había vencido.

El II Congreso de los Soviets de toda Rusia abrió sus sesiones en el Smolny a las 10 y 45 minutos de la noche del 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, cuando se hallaba en todo su apogeo la insurrección triunfante en Petrogrado, y el Poder, en la capital, había pasado ya de hecho a manos del Soviet de la ciudad.

Los bolsheviques obtuvieron en este Congreso una aplastante mayoría. Los mensheviques, los delegados del "Bund" y los socialrevolucionarios de derecha, viendo que ya no tenían nada que hacer allí, se retiraron del Congreso, no sin antes declarar que renunciaban a tomar parte en sus tareas. En esta declaración hecha pública en el Congreso de los Soviets, calificaban como una "conspiración militar" la Revolución de Octubre. El Congreso puso en la picota a los mensheviques y socialrevolucionarios, manifestando que, no solo no lamentaba su retirada, sino que se congratulaba de ella, ya que, gracias a la retirada de los traidores, el Congreso se convertía en un verdadero Congreso revolucionario de diputados obreros y soldados.

En nombre del Congreso, fue proclamado el paso de todo el Poder a manos de los Soviets.

En el llamamiento del II Congreso de los Soviets, se decía:

> "Apoyándose en la voluntad de la inmensa mayoría de los obreros, soldados y campesinos y en la insurrección triunfante llevada a cabo por los obreros y la guarnición de Petrogrado, el Congreso toma en sus manos el Poder".

En la noche del 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917, el II Congreso de los Soviets aprobó *el decreto sobre la paz*. El Congreso proponía a los países beligerantes concertar inmediatamente un armisticio por un plazo mínimo de tres meses, para entablar negociaciones de paz. Al mismo tiempo que se dirigía a los gobiernos y a los pueblos de todos los países beligerantes, el Congreso hacía un llamamiento a los "obreros conscientes de las tres naciones más adelantadas de la Humanidad y de los tres Estados más importantes que toman parte en la actual guerra: Inglaterra, Francia y Alemania". E invitaba a estos obreros a que ayudasen a "llevar rápidamente a término la causa de la paz y con ella, la causa de la liberación de las masas trabajadoras y explotadas de toda esclavitud y de toda explotación".

En la noche del mismo día, el II Congreso de los Soviets aprobó también *el decreto sobre la tierra*, en el que se declaraba "inmediatamente abolida, sin ningún género de indemnización, la propiedad de los terratenientes sobre la tierra". Esta ley se aprobó, tomando como base un mandato campesino general, redactado con arreglo a los 242 mandatos locales formulados por los campesinos. En él se declaraba abolido para siempre el derecho de propiedad privada sobre la tierra, que pasaba a ser sustituida por la propiedad de todo el pueblo, del Estado. Las tierras de los terratenientes, de la familia imperial y de la Iglesia eran entregadas en disfrute gratuito a todos los trabajadores.

Mediante este decreto, la Revolución Socialista de Octubre entregaba a los campesinos más de 150 millones de hectáreas de tierra, que hasta entonces habían estado en manos de los terratenientes, de la burguesía, de la familia real, de los conventos y de la Iglesia.

Los campesinos quedaban libres del deber de pagar las rentas a los terratenientes, rentas que ascendían a cerca de 500 millones de rublos oro al año.

Todas las riquezas del subsuelo (el petróleo, el carbón y los minerales, etc.), los bosques y las aguas pasaban a ser propiedad del Pueblo.

Finalmente, del II Congreso de los Soviets de toda Rusia salió el primer Gobierno Soviético, el Consejo de Comisarios del Pueblo, formado en su totalidad por bolsheviques. Para presidirlo, fue designado Lenin.

Con esto, terminó sus tareas el histórico II Congreso de los Soviets.

Los delegados del Congreso se diseminaron por el país, para difundir la nueva del triunfo de los Soviets en Petrogrado y asegurar la victoria del Poder Soviético en toda Rusia.

No era, pues, extraño que el pueblo no viese ninguna diferencia esencial entre la política del zar y la de la burguesía y transfiriese al Gobierno Provisional de ésta su odio contra el zarismo.

Mientras los Partidos oportunistas socialrevolucionario y menshevique conservaron cierta influencia sobre el pueblo, la burguesía pudo atrincherarse detrás de ellos y mantener en sus manos el Poder. Pero, después que los mensheviques y socialrevolucionarios se desenmascararon como agentes de la burguesía imperialista, perdiendo con ello su influencia sobre el pueblo, la burguesía y su Gobierno Provisional quedaron en el aire.

2. A la cabeza de la Revolución de Octubre figuraba una clase revolucionaria como la clase obrera de Rusia, templada en las luchas, que había pasado en poco tiempo por dos revoluciones y había sabido conquistar, en vísperas de la tercera revolución, la autoridad de dirigente del pueblo, en su lucha por la paz, por la tierra, por la libertad y por el socialismo.

Si no hubiese existido este dirigente de la revolución, acreedor a la confianza del pueblo, que era la clase obrera de Rusia, no se hubiese logrado tampoco la

alianza entre los obreros y los campesinos, sin la cual no habría podido triunfar la Revolución de Octubre.

3. La clase obrera de Rusia contaba con un aliado tan importante en la revolución como eran los campesinos pobres, que formaban la aplastante mayoría de la población campesina. La experiencia de ocho meses de revolución, que valía, indudablemente, por la de decenas de años de desarrollo "normal", no había pasado en vano para las masas trabajadoras del campo. Durante estos meses, habían tenido ocasión de pulsar en la realidad a todos los Partidos de Rusia y convencerse de que no eran los kadetes, ni los socialrevolucionarios, ni los mensheviques los que pelearían contra los terratenientes ni derramarían su sangre por los campesinos; de que solo había en Rusia un Partido que no se hallaba vinculado con los terratenientes y que estaba dispuesto a aplastar a éstos para satisfacer las necesidades de los campesinos, y este Partido era el Partido Bolshevique. Esta circunstancia fue la que sirvió de base real para la alianza del proletariado con los campesinos pobres. La existencia de esta alianza entre la clase contrarrevolucionaria fue aplastada, y Dujonin pereció a manos de las tropas sublevadas contra él.

Asimismo intentaron una salida contra el Poder Soviético los consabidos oportunistas emboscados en el Partido: Kamenev, Zinoviev, Rykov, Shliapnikov y otros. Estos elementos comenzaron a exigir la formación de "un gobierno socialista homogéneo", con participación de los mensheviques y socialrevolucionarios, a quienes la Revolución de Octubre acababa de derribar. El 15 de noviembre de 1917, el C.C. del Partido Bolshevique aprobó una resolución, desechando todo compromiso con estos Partidos contrarrevolucionarios y declarando a Kamenev y Zinoviev esquiroles de la revolución. El 17 de noviembre, Kamenev, Zinoviev, Rykov y Miliutin, desconformes con la política del Partido, declararon que dimitían sus puestos en el Comité Central. El mismo día, 17 de noviembre, Noguin, en su nombre y en nombre de Rykov, V. Miliutin, Teodorovich, A. Shliapnikov, D. Riazanov, Yurenev y Larin, que habían entrado a formar parte del Consejo de Comisarios del Pueblo, formuló una declaración de desacuerdo con la política del C.C. del Partido, anunciando que los individuos mencionados dimitían sus cargos en el Gobierno Soviético. La huída de este puñado de cobardes produjo gran júbilo entre los enemigos de la Revolución de Octubre. Toda la burguesía y sus lacayos se frotaban las manos de gusto, chillando acerca del derrumbamiento del bolshevismo y pronosticando el naufragio del Partido Bolshevique. Pero este puñado de desertores no consiguió hacer que el Partido vacilase ni un minuto. El Comité Central los cubrió con su desprecio, como a desertores de la revolución y lacayos de la burguesía, sin detenerse un instante en su camino.

En cuanto a los socialrevolucionarios de "izquierda", deseando no perder su influencia entre las masas campesinas, que simpatizaban claramente con los bolsheviques, decidieron no romper con éstos y mantener, por el momento, el frente único con ellos. El Congreso de los Soviets campesinos, celebrado en noviembre de 1917, reconoció todas las conquistas de la Revolución Socialista de Octubre y los decretos del Poder Soviético. Se pactó un acuerdo con los socialrevolucionarios de "izquierda", algunos de los cuales (Kolegaiev, Spiridonova, Proshián y Steinberg) fueron incluidos en el Consejo de Comisarios del Pueblo. Pero este acuerdo solo se mantuvo en pie hasta la firma de la paz de Brest-Litovsk y la constitución de los Comités de campesinos pobres; la profunda diferenciación de clases que se produjo entonces entre los campesinos, hizo que los socialrevolucionarios de "izquierda", cuya posición reflejaba cada vez más acentuadamente los intereses de los kulaks, desencadenaran una sublevación contra los bolsheviques, siendo aplastados por el Poder Soviético.

Desde octubre de 1917 hasta enero-febrero de 1918, la revolución soviética logró extenderse por toda Rusia. Tan rápido fue el ritmo con que el Poder de los Soviets se fue instaurando a lo largo del territorio del inmenso país, que Lenin hablaba de la "marcha triunfal" del Poder Soviético.

La Gran Revolución Socialista de Octubre había triunfado. Entre las diversas causas que determinaron este triunfo tan relativamente fácil de la Revolución Socialista en Rusia, conviene destacar, como fundamentales, las siguientes:

1. La Revolución de Octubre se enfrentó con un enemigo tan relativamente débil, tan mal organizado y tan inexperto políticamente, como la burguesía rusa. La burguesía rusa, económicamente débil aun y enteramente dependiente de los suministros al Gobierno, no tenía ni la independencia política ni la iniciativa necesarias para encontrar una salida a la situación. No poseía esa experiencia en las picardías y en los manejos políticos en gran escala que posee, por ejemplo, la burguesía francesa, ni había pasado por la escuela de cambalaches y granujadas de gran estilo en que es maestra, por ejemplo, la burguesía inglesa. La burguesía rusa que, días antes, se esforzaba en llegar a un acuerdo con el zar, derrocado por la Revolución de Febrero no supo, al subir al Poder, después de esto, hacer cosa mejor que continuar en sus líneas fundamentales la política del aborrecido autócrata. Abogaba, lo mismo que el zar, por la "guerra hasta la victoria final", a pesar de que la guerra arruinaba y agotaba al país y dejaba exhaustas las energías del pueblo y del ejército. Abogaba, lo mismo que el zar, por la conservación en sus líneas fundamentales de la propiedad de los terratenientes sobre la tierra, a pesar de que los campesinos perecían por falta de tierras y sucumbían bajo la opresión de los terratenientes. En cuanto a la política seguida respecto a la clase obrera, la burguesía rusa iba todavía más allá que el zar en su odio contra el proletariado,

pues no solo se esforzó en mantener y robustecer la opresión de los patronos, sino que, además, la hacía insoportable, mediante la aplicación de lockouts en masa.

No en todas partes fue tan rápido el paso del Poder a los Soviets. Ya estaba instaurado en Petrogrado el Poder Soviético, y en las calles de Moscú se reñían todavía empeñados y furiosos combates que duraron aún varios días. Antes de consentir que el Poder pasase a manos del Soviet de Moscú, los Partidos contrarrevolucionarios, mensheviques y socialrevolucionarios, unidos a los guardias blancos y a los cadetes, desencadenaron la lucha armada contra los obreros y los soldados. Costó varios días aplastar a los facciosos e instaurar en Moscú el Poder de los Soviets.

En el propio Petrogrado y en sus inmediaciones, se hicieron, durante los primeros días del triunfo de la revolución, algunas tentativas contrarrevolucionarias para derrocar el Poder Soviético. El 10 de noviembre de 1917, Kerenski, que ya en plena insurrección había huído de Petrogrado a un sector del frente Norte, concentró algunas unidades de cosacos y las envió sobre Petrogrado, con el general Krasnov a la cabeza. El 11 de noviembre de 1917, la organización contrarrevolucionaria titulada "Comité de salvación de la patria y de la revolución", acaudillada por socialrevolucionarios, desencadenó en Petrogrado una sublevación de cadetes. Pero esta sublevación fue aplastada sin gran esfuerzo. Tras un solo día de lucha, al anochecer del 11 de noviembre, los marinos y los guardias rojos liquidaron la sublevación de los cadetes, y el 13 de noviembre era derrotado el general Krasnov cerca de las alturas de Pulkovo. Lenin dirigió personalmente el aplastamiento de esta sublevación antisoviética, lo mismo que había dirigido la Insurrección de Octubre. Su firmeza inquebrantable y su serena seguridad en el triunfo animaban y fundían en un sólido bloque a las masas. El enemigo fue aplastado. Krasnov cayó prisionero y dio su "palabra de honor" de que no volvería a luchar contra el Poder Soviético. Se le puso en libertad bajo esta "palabra de honor"; pero, algún tiempo después, Krasnov traicionaba su palabra de general. Kerenski logró escaparse, disfrazado de mujer, "en dirección desconocida".

También el general Dujonin intentó promover una sublevación en Moguilev, en el Cuartel General del ejército. Cuando el Gobierno Soviético ordenó a Dujonin entablar inmediatamente negociaciones para concertar un armisticio con el mando alemán, este general se negó a cumplir las órdenes del Gobierno. En vista de esto, el Poder Soviético decretó su destitución. El alto mando obrero y los pobres del campo determinó también la conducta de los campesinos medios, que vacilaron durante largo tiempo y solo en vísperas de la Insurrección de Octubre se orientaron debidamente hacia la revolución, uniéndose a los campesinos pobres.

Huelga demostrar que sin esta alianza la Revolución de Octubre no hubiera podido vencer.

4. La clase obrera tenía a su cabeza un Partido tan experto en las luchas políticas como el Partido Bolshevique. Solo un Partido como el bolshevique, suficientemente intrépido para conducir al pueblo al asalto decisivo y suficientemente prudente para sortear todos los obstáculos que se alzaban en el camino hacia la meta; solo un Partido así podía fundir tan hábilmente en un gran torrente revolucionario movimientos revolucionarios tan diversos como el movimiento democrático general por la paz, el movimiento democrático-campesino por la incautación de las tierras de los terratenientes, el movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos por la igualdad de derechos de las naciones y el movimiento socialista de la clase obrera por el derrocamiento de la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado.

Es indudable que la fusión de estas diversas corrientes revolucionarias en un poderoso torrente revolucionario único fue lo que decidió la suerte del capitalismo en Rusia.

5. La Revolución de Octubre estalló en un momento en que la guerra imperialista estaba aún en su apogeo, en que los principales Estados burgueses se hallaban escindidos en dos campos enemigos, en que estos Estados, empeñados en una guerra de unos contra otros y debilitándose mutuamente, no podían inmiscuirse a fondo en los "asuntos de Rusia" interviniendo activamente contra la Revolución de Octubre.

Es indudable que esta circunstancia facilitó considerablemente el triunfo de la Revolución Socialista de Octubre.

## 7. La lucha del Partido Bolshevique por la consolidación del Poder soviético. - La paz de Brest-Litovsk. - El VII Congreso del Partido.

Para consolidar el Poder Soviético, era necesario destrozar, romper el antiguo aparato del Estado burgués y sustituirlo por el nuevo aparato del Estado Soviético. Era necesario, asimismo, destruir los restos del régimen de castas y de opresión nacional, abolir los privilegios de la Iglesia, acabar con la prensa contrarrevolucionaria y con las organizaciones contrarrevolucionarias de todo género, tanto legales como ilegales, y disolver la Asamblea Constituyente burguesa. Por último, era necesario nacionalizar, tras de la tierra, toda la gran industria, y, sobre todo, salir de la situación de la guerra, acabar con la guerra, que era el mayor obstáculo que se oponía a la consolidación del Poder Soviético.

Todas estas medidas fueron llevadas a la práctica en el transcurso de unos cuantos meses, desde fines de 1917 a mediados de 1918.

Fue roto y liquidado el sabotaje de los funcionarios de los viejos ministerios, organizado por los socialrevolucionarios y los mensheviques. Fueron suprimidos los ministerios, creándose, para sustituirlos, aparatos soviéticos de administración y los correspondientes Comisariados del Pueblo. Se creó el Consejo Supremo de Economía nacional, encargado de dirigir la industria del país. Se organizó la Comisión extraordinaria de toda Rusia (la "Cheka") para luchar con la contrarrevolución y el sabotaje, poniéndose al frente de ella a F. Dzerzhinski. Se dio un decreto creando el Ejército y la Flota Rojos. Fue disuelta la Asamblea Constituyente, que había sido elegida, fundamentalmente, antes de la Revolución de Octubre, y se había negado a confirmar los decretos del II Congreso de los Soviets sobre la paz, sobre la tierra y sobre la instauración del Poder Soviético.

Con el fin de liquidar definitivamente los residuos del feudalismo, del régimen de castas y de la desigualdad de derechos en todos los órdenes de la vida social, se dieron una serie de decretos aboliendo los privilegios de casta, suprimiendo las restricciones nacionales y religiosas, separando la Iglesia del Estado y la escuela de la Iglesia y concediendo igualdad de derechos a las mujeres y a las diversas nacionalidades de Rusia.

En un decreto especial del Gobierno Soviético, que se conoce con el nombre de "Declaración de derechos de los pueblos de Rusia", se estatuyó como ley el libre desarrollo de los pueblos de toda Rusia y su plena igualdad de derechos.

Con el fin de minar la fuerza económica de la burguesía y de organizar la nueva Economía nacional soviética, y, sobre todo, la nueva industria soviética, fueron nacionalizados los bancos, los ferrocarriles, el comercio exterior, la marina mercante y toda la gran industria, en sus diversas ramas: industria carbonífera,

metalúrgica, petrolífera, química, de construcción de maquinaria, textil, azucarera, etc.

Con objeto de emancipar al país de su dependencia financiera y de su explotación por los capitalistas extranjeros, fueron anulados los empréstitos exteriores concertados en nombre de Rusia por el zar y el Gobierno Provisional. Los pueblos del País Soviético no tenían por qué pagar las deudas contraídas para prolongar la guerra de rapiña y que habían entregado el país esclavizado a las garras del capital extranjero.

Todas estas medidas y otras semejantes atacaban en su raíz las fuerzas de la burguesía, de los terratenientes, de la burocracia reaccionaria y de los Partidos contrarrevolucionarios, consolidando considerablemente el Poder Soviético en el interior del país.

Pero la situación del Poder Soviético no podía considerarse plenamente afianzada, mientras Rusia se hallase en estado de guerra con Alemania y Austria. Para consolidar definitivamente el Poder Soviético, era necesario poner fin a la guerra. Por eso, el Partido desplegó su lucha por la paz desde los primeros días del triunfo de la Revolución de Octubre.

El Gobierno Soviético propuso "a todos los países beligerantes y a sus gobiernos entablar negociaciones inmediatas para una paz justa y democrática". Pero los "aliados", Inglaterra y Francia se negaron a aceptar la propuesta del Gobierno Soviético. En vista de la negativa de Francia e Inglaterra a entablar negociaciones de paz, el Gobierno Soviético, cumpliendo la voluntad de los Soviets, decidió entrar en negociaciones con Alemania y Austria.

Estas negociaciones comenzaron el 3 de diciembre, en Brest-Litovsk. El 5 de diciembre, se firmó el convenio de armisticio, es decir, de suspensión temporal de las hostilidades.

Las negociaciones de paz se desarrollaron en una situación en que la economía nacional se derrumbaba, en que todo el país estaba cansado de la guerra, las unidades militares abandonaban las trincheras y los frentes se desmoronaban. Durante las negociaciones se puso de manifiesto que los imperialistas alemanes pretendían apoderarse de enormes porciones del territorio del antiguo imperio zarista y convertir a Polonia, a Ucrania y a los países del Báltico en Estados vasallos de Alemania.

Continuar la guerra en estas condiciones equivalía a jugarse a una carta la existencia de la República soviética, que acababa de nacer. Planteábase ante la clase obrera y los campesinos la necesidad de aceptar las duras condiciones de paz, y de replegarse ante el bandolero más peligroso por aquel entonces, el imperialismo alemán, para obtener una tregua, robustecer el Poder Soviético y crear un nuevo ejército, el Ejército Rojo, capaz de defender al país contra los ataques de sus enemigos.

Todos los contrarrevolucionarios, comenzando por los mensheviques y los socialrevolucionarios y acabando por los guardias blancos más caracterizados, desplegaron una campaña rabiosa de agitación contra la firma de la paz. Su línea era clara: aspiraban a romper las negociaciones de paz, provocar la ofensiva de los alemanes y exponer a un golpe al naciente Poder Soviético, poniendo en peligro las conquistas de los obreros y los campesinos.

En esta empresa tenebrosa, tenían por aliados a Trotski y a su escudero Bujarin, quien, en unión de Radek y de Piatakov, acaudillaba el grupo antibolshevique que se disfrazaba con el nombre de grupo de los "comunistas de izquierda". Trotski y el grupo de los "comunistas de izquierda" libraron en el seno del Partido una lucha furiosa contra Lenin, exigiendo la continuación de la guerra. Estas gentes hacían claramente el juego a los imperialistas alemanes y a los contrarrevolucionarios dentro del país, ya que laboraban por exponer a la naciente República Soviética, carente aun de ejército, a los golpes del imperialismo alemán.

Era, verdaderamente, una política de provocadores, hábilmente disfrazada con frases izquierdistas.

El 10 de febrero de 1918, se interrumpieron las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. A pesar de que Lenin y Stalin insistían, en nombre del C.C. del Partido Bolshevique, en que se firmase la paz, Trotski, que era presidente de la delegación soviética de paz enviada a Brest, traicionó abiertamente las instrucciones concretas del Partido Bolshevique. Declaró que la República Soviética se negaba a firmar la paz en las condiciones propuestas por Alemania, y, al mismo tiempo, comunicó a los alemanes que los Soviets no harían la guerra y continuarían desmovilizando su ejército.

La cosa era monstruosa. Ni los mismos imperialistas alemanes podían pedir más de aquel traidor a los intereses del País Soviético.

El gobierno alemán dio por terminado el armisticio y pasó a la ofensiva. Los restos de nuestro antiguo ejército no hicieron frente al empuje de las tropas alemanas y comenzaron a dispersarse. Los alemanes avanzaban rápidamente, ocupando territorios inmensos y amenazando a Petrogrado. El imperialismo alemán, irrumpiendo en el país de los Soviets, se trazaba como objetivo derrocar el Poder Soviético y convertir al país en una colonia suya. El antiguo ejército zarista, que se derrumbaba, no podía hacer frente a las legiones armadas del imperialismo alemán y se replegaba ante los golpes del ejército enemigo.

Pero la intervención armada de los imperialistas alemanes provocó una potente oleada de ardor revolucionario dentro del país. La clase obrera respondió al grito de "¡La patria socialista está en peligro!" lanzado por el Partido y el Gobierno Soviético, poniendo en pie de guerra numerosas unidades del Ejército Rojo. Los jóvenes destacamentos del nuevo ejército, del ejército del pueblo revolucionario, rechazaron heroicamente la acometida del bandolero imperialista

alemán, armado hasta los dientes. En Narva y en Pskov, los invasores alemanes se encontraron con una réplica enérgica. Su avance sobre Petrogrado quedó contenido. El día en que fueron rechazadas las tropas del imperialismo alemán –el 23 de febrero– fue el día en que nació el Ejército Rojo.

Ya el 18 de febrero de 1918, el C.C. del Partido Bolshevique había aprobado la propuesta de Lenin de enviar un telegrama al gobierno alemán sobre la conclusión inmediata de la paz. Para arrancar condiciones más favorables, los alemanes prosiguieron la ofensiva y hasta el 22 de febrero no se mostró el gobierno alemán dispuesto a firmar la paz, señalando, además, condiciones mucho más duras que las primitivas.

Lenin, Stalin y Sverdlov hubieron de mantener una lucha empeñadísima en el seno del Comité Central contra Trotski, Bujarin y demás trotskistas, hasta conseguir que se tomase el acuerdo de concertar la paz. Lenin señaló que Bujarin y Trotski "ayudaban de hecho a los imperialistas alemanes y entorpecían los avances y el desarrollo de la revolución en Alemania" (*Lenin*, t. XXII, pág. 307, ed. rusa).

El 23 de febrero, acordó el C.C. aceptar las condiciones impuestas por el Mando alemán y firmar el tratado de paz. La traición de Trotski y Bujarin le costó cara a la República de los Soviets. Fueron anexionadas por Alemania, Letonia y Estonia, además de Polonia, y Ucrania quedó separada de la República Soviética y convertida en un Estado vasallo de Alemania. Se impuso, además, al País Soviético la obligación de pagar una contribución de guerra a los alemanes.

Entretanto, los llamados "comunistas de izquierda" proseguían su lucha contra Lenin, hundiéndose cada vez más en el pantano de la traición.

El Buró regional del Partido de Moscú, del que lograron adueñarse temporalmente los "comunistas de izquierda" (Bujarin, Osinski, Yakovleva, Stukov, Mantzev), aprobó una resolución escisionista de desconfianza en el C.C. y declaró que consideraba "casi inevitable la escisión del Partido en un plazo inmediato". Y se llegaba hasta el extremo de incluir en esta resolución un acuerdo antisoviético: "En interés de la revolución internacional –declaraban en ella los "comunistas de izquierda"–, consideramos conveniente aceptar la posibilidad de la pérdida del Poder Soviético, que se está convirtiendo en un Poder puramente formal".

Lenin calificó esta resolución de "peregrina y monstruosa". Por aquel entonces, el Partido no veía aún clara la causa real de esta conducta antibolshevique de Trotski y de los "comunistas de izquierda". Pero el proceso del Bloque antisoviético derechista-trotskista, celebrado recientemente (a comienzos de 1938), ha revelado que Bujarin y el grupo de "comunistas de izquierda" acaudillado por él, se hallaban ya en aquel tiempo, juntamente con Trotski y los socialrevolucionarios de "izquierda", en relaciones secretas y conspirativas contra el Gobierno de los

Soviets. Se ha comprobado que Bujarin, Trotski y sus cómplices en la conjura se proponían como objetivo romper el tratado de paz de Brest-Litovsk, detener a V.I. Lenin, I.V. Stalin e I.M. Sverdlov, asesinarlos y formar un nuevo gobierno, compuesto de bujarinistas, trotskistas y socialrevolucionarios de "izquierda".

A la par que organizaba clandestinamente este complot contrarrevolucionario, el grupo de los "comunistas de izquierda", apoyado por Trotski, atacaba abiertamente al Partido Bolshevique, aspirando a escindirlo y a descomponer sus filas. Pero, en aquellos momentos difíciles, el Partido formó un bloque en torno a Lenin, Stalin y Sverdlov y apoyó al Comité Central, tanto en el problema de la paz como en los demás problemas planteados.

El grupo de los "comunistas de izquierda" quedó aislado y derrotado.

Para tomar una decisión definitiva sobre el problema de la paz, se convocó al VII Congreso del Partido Bolshevique.

El VII Congreso del Partido abrió sus sesiones el 6 de marzo de 1918. Era el primer Congreso que se convocaba después de la toma del Poder por el Partido Bolshevique. Asistieron a él 46 delegados con voz y voto y 58, sin derecho a votar. Estuvieron representados en este Congreso 145.000 afiliados. En realidad, el Partido tenía ya más de 270.000 miembros. Esta diferencia se explica por el carácter urgente del Congreso, que impidió a muchas organizaciones enviar delegados, no habiendo podido hacerlo tampoco las enclavadas en el territorio ocupado por los alemanes.

Informando sobre la paz de Brest-Litovsk, Lenin dijo en este Congreso: "... la dura crisis por la que atraviesa nuestro Partido, con motivo de la formación dentro de él de una oposición de izquierda, es una de las mayores crisis por las que ha pasado la revolución rusa" (*Lenin*, t. XXII. pág. 321. ed. rusa).

La resolución presentada por Lenin sobre la paz de Brest-Litovsk fue aprobada por 30 votos contra 12 y 4 abstenciones.

Al día siguiente de aprobarse esta resolución, Lenin escribía en su artículo titulado "Una paz desgraciada":

> "Insoportablemente duras son las condiciones de paz. Pero, a pesar de todo, la historia se impondrá. "¡A trabajar en la organización, en la organización y en la organización!
>
> El porvenir, cualesquiera que sean las pruebas por las que pasemos, es nuestro" (Obra citada, pág. 288).

En la resolución aprobada por el Congreso se advertía que sería inevitable que en el futuro surgiesen también ataques bélicos de los Estados imperialistas contra la República de los Soviets, por cuya razón el Congreso consideraba deber fundamental del Partido tomar las medidas más enérgicas y decisivas con objeto de elevar la disciplina en el seno del Partido y la de los obreros y campesinos en

general, poner a las masas en condiciones de defender abnegadamente la patria socialista, organizar el Ejército Rojo e instruir militarmente a toda la población.

El Congreso, después de ratificar la justeza de la línea leninista en el problema de la paz de Brest-Litovsk, condenó la posición de Trotski y de Bujarin y estigmatizó el intento de los "comunistas de izquierda", derrotados, de proseguir en el mismo Congreso su labor escisionista.

La firma de la paz de Brest-Litovsk dio al Partido la posibilidad de ganar tiempo para afianzar el Poder Soviético y poner en orden la economía del país.

La firma de la paz dio al Partido la posibilidad de aprovecharse de los choques existentes dentro del campo imperialista (continuación de la guerra de Austria y Alemania con la Entente), de descomponer las fuerzas del adversario, de organizar la economía soviética y de crear el Ejército Rojo.

La paz de Brest-Litovsk permitió al proletariado mantener a su lado a los campesinos y acumular fuerzas para aplastar a los generales blancos en el período de la guerra civil.

Durante el período de la Revolución de Octubre, Lenin había enseñado al Partido Bolshevique cómo hay que avanzar resueltamente y sin miedo, cuando se dan las condiciones necesarias para ello. Durante el período de la paz de Brest-Litovsk, le enseñó cómo hay que retroceder, ordenadamente, cuando las fuerzas del adversario superan a ciencia cierta las propias, con el fin de preparar con la mayor energía la nueva ofensiva contra el enemigo.

La historia ha confirmado plenamente la justeza de la línea leninista.

En el VII Congreso se tomó el acuerdo de cambiar el nombre del Partido y de redactar un nuevo programa. El Partido pasó a llamarse Partido Comunista de Rusia (bolshevique) –P.C.R. (b)–. Lenin propuso este nombre, por ajustarse exactamente al objetivo que el Partido Bolshevique se propone, que es la realización del comunismo.

Para la redacción del nuevo programa del Partido fue elegida una Comisión especial de la que formaban parte Lenin, Stalin y otros, tomándose como base el proyecto presentado por Lenin.

Como se ve, el VII Congreso realizó una obra histórica formidable: derrotó a los enemigos emboscados dentro del Partido, a los "comunistas de izquierda" y a los trotskistas, consiguió sacar al país de la guerra imperialista, logró la paz, y con ella una tregua que permitió al Partido ganar tiempo para organizar el Ejército Rojo, e impuso al Partido la misión de implantar un orden socialista en la economía nacional.

## 8. El plan de Lenin para abordar la construcción del socialismo. - Se crean los comités de campesinos pobres y se pone coto a los kulaks. - La sublevación de los socialrevolucionarios de "izquierda" y su aplastamiento. - El V Congreso de los Soviets y aprobación de la Constitución de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia.

Después de concertar la paz y obtener una tregua, el Poder Soviético abordó el problema de desarrollar la construcción del socialismo. Lenin llamaba al período, que va desde noviembre de 1917 hasta febrero de 1918, el período de "ataque de Guardia Roja contra el capital". Durante el primer semestre del año 1918, el Poder Soviético logró destruir la potencia económica de la burguesía, concentrar en sus manos los puestos de mando de la economía nacional (las fábricas y empresas industriales, los bancos, los ferrocarriles, el comercio exterior, la marina mercante, etc.), destrozar el aparato del Estado burgués y liquidar victoriosamente los primeros intentos de la contrarrevolución para derrocar el Poder Soviético.

Pero todo esto distaba todavía mucho de ser suficiente. Para poder avanzar, era necesario pasar del derrumbamiento de lo viejo a la construcción de lo nuevo. Por eso, en la primavera de 1918, se inició el paso a la nueva etapa de la construcción socialista, se pasó de la "expropiación de los expropiadores", al afianzamiento organizado de las victorias conseguidas, a la edificación de la economía nacional soviética. Lenin consideraba necesario aprovecharse hasta el máximum de la tregua para abordar el problema de echar los cimientos de la economía socialista. Los bolsheviques tenían que aprender a organizar de un modo nuevo la producción y a administrarla. Lenin escribía que el Partido Bolshevique había logrado convencer a Rusia y había conseguido arrancarla de manos de los ricos para entregarla al pueblo; ahora, decía Lenin, es necesario que el Partido Bolshevique aprenda a gobernar y administrar a Rusia.

En esta etapa, Lenin reputaba como tareas fundamentales las de contabilizar lo que se producía en la economía nacional y controlar el consumo de todos los artículos producidos. En la economía rusa predominaban los elementos pequeñoburgueses. Millones de pequeños industriales y campesinos formaban el terreno que servía de base para el desarrollo del capitalismo. Estos pequeños empresarios no reconocían ni la disciplina del trabajo ni la disciplina general del Estado; no se sometían a ningún requisito de contabilidad ni de control. En aquellos momentos difíciles, constituía un peligro especialmente grande el elemento pequeño burgués de especulación y mercantilismo, y las tentativas de

estos pequeños industriales y comerciantes de enriquecerse a costa de la miseria del pueblo.

El Partido Bolshevique desplegó una lucha enérgica contra la desidia en la producción, contra la falta de disciplina de trabajo en la industria. Las masas iban asimilando, lentamente, nuevos hábitos de trabajo. Esto hacía que la lucha por una disciplina en el trabajo fuese, durante este período, la tarea central.

Lenin señaló la necesidad de desplegar la emulación socialista en la industria, de implantar el salario a destajo, de luchar contra el igualitarismo, aplicando, a la par con las medidas educativas de persuasión, medidas de coacción contra cuantos pretendieran estafar al Estado, contra los haraganes y los especuladores. Entendía que la nueva disciplina, una disciplina de trabajo, una disciplina de camaradería, una disciplina soviética, sería forjada por los millones de trabajadores en la práctica de su trabajo cotidiano. Y hacía notar que "esta obra llenará toda una época histórica" (*Lenin*, t. XXIII. pág. 44, ed. rusa).

Todos estos problemas de la construcción del socialismo, los problemas de la creación de nuevas relaciones de producción de tipo socialista, fueron esclarecidos por Lenin en su notable trabajo titulado "Las tareas actuales del Poder Soviético".

Los "comunistas de izquierda", del brazo de los socialrevolucionarios y mensheviques, lucharon también contra Lenin respecto a estos problemas. Bujarin, Osinski y otros se manifestaron en contra de la implantación de una disciplina, en contra de la dirección unipersonal de las empresas, en contra del empleo de especialistas en la industria, en contra de la instauración de un régimen de contabilidad y de control financiero. Y calumniaban a Lenin, afirmando que semejante política representaba la vuelta al régimen burgués. Al mismo tiempo, los "comunistas de izquierda" predicaban la tesis trotskista sobre la imposibilidad de que en Rusia saliese adelante la edificación socialista y triunfase el socialismo.

Detrás de las frases "izquierdistas" de los "comunistas de izquierda" se escondía la defensa de los kulaks, de los haraganes, de los especuladores, que eran enemigos de la disciplina del trabajo y veían con hostilidad la reglamentación por el Estado de la vida económica, el régimen de contabilidad y de control.

Después de perfilar los problemas de la organización de la nueva industria soviética, el Partido Bolshevique acometió los problemas del campo. En el campo, estaba en ebullición, por aquel entonces, la lucha de los campesinos pobres contra los kulaks. Estos acaparaban por la fuerza, se apoderaban de las tierras que les habían sido arrebatadas a los terratenientes. Los campesinos pobres estaban necesitados de ayuda. Los kulaks luchaban contra el Estado proletario, negándose a venderle el trigo a precio de tasa. Proponíanse obligar al Estado Soviético, por medio del hambre, a renunciar a la implantación de medidas socialistas. El Partido Bolshevique se trazó el objetivo de aplastar a los kulaks contrarrevolucionarios. Para organizar a los campesinos pobres y luchar con éxito

contra los kulaks, que disponían del trigo sobrante, se organizó una campaña de los obreros en el campo.

> "¡Camaradas obreros! –escribía Lenin– recordad que la revolución atraviesa por una situación crítica. Recordad que sois vosotros y nadie más que vosotros quienes podéis salvar la revolución. Decenas de miles de obreros escogidos, adelantados, entregados a la causa del socialismo, incapaces de rendirse al soborno ni a la rapiña, capaces de crear una fuerza férrea contra los kulaks, los especuladores, los merodeadores, las gentes venales, los desorganizadores: he ahí lo que nos hace falta" *(Lenin*, t. XXIII, pág. 25, ed. rusa).

"La lucha por el pan es la lucha por el socialismo", dijo Lenin, y bajo esta consigna se desarrolló la organización de los obreros para la campaña en las aldeas. Se dictó una serie de decretos por los que se instauraba una dictadura del abastecimiento y se concedían a los órganos del Comisariado de Abastecimiento poderes extraordinarios para comprar trigo a precios de tasa.

Por un decreto del 11 de junio de 1918, fueron creados los Comités de campesinos pobres. Estos Comités desempeñaron un gran papel en la lucha contra los kulaks, en el nuevo reparto de las tierras confiscadas y la distribución de los aperos de labranza y del ganado de labor, en la adquisición a los kulaks de los productos sobrantes y en el avituallamiento de los centros obreros y del Ejército Rojo. Cincuenta millones de hectáreas de tierras detentadas por los kulaks pasaron a manos de los campesinos pobres y medios. Y fue confiscada a los kulaks, en beneficio de los campesinos pobres, una parte considerable de los medios de producción.

La organización de estos Comités de campesinos pobres representó una etapa de avance en la marcha de la Revolución Socialista en el campo. Estos Comités eran los baluartes de la dictadura del proletariado en la aldea. Y fueron, además, en una medida considerable, el cauce a través del cual se reclutaron los cuadros del Ejército Rojo entre la población campesina.

La campaña de los proletarios en las aldeas y la organización de los Comités de campesinos pobres afianzaron el Poder Soviético en el campo y tuvieron una enorme importancia política para atraer a los campesinos medios al lado del Poder Soviético.

A fines de 1918, después de cumplir su misión, los Comités de campesinos pobres dejaron de existir, fundiéndose con los Soviets rurales.

El 4 de julio de 1918, se abrió el V Congreso de los Soviets. Los socialrevolucionarios de "izquierda" desplegaron en este Congreso una lucha rabiosa contra Lenin, en defensa de los kulaks. Exigieron que se pusiese fin a la campaña contra los kulaks y se renunciase a enviar al campo destacamentos obreros encargados del abastecimiento. Y cuando se convencieron de que su

actitud encontraba una resistencia firme por parte de la mayoría del Congreso, organizaron una sublevación en Moscú, se apoderaron de una calle y comenzaron a cañonear desde ella el Kremlin. Pero, en término de pocas horas, esta aventura socialrevolucionaria de "izquierda" fue aniquilada por los bolsheviques. y aunque las organizaciones locales de los socialrevolucionarios de "izquierda" intentaron también sublevarse en una serie de puntos del país, la aventura fue rápidamente liquidada en todas partes.

Como ha venido a demostrar últimamente el proceso contra el Bloque antisoviético derechista-trotskista, la sublevación de los socialrevolucionarios de "izquierda" se produjo con conocimiento y de acuerdo con Bujarin y Trotski, y formaba parte del plan general de un complot contrarrevolucionario de los bujarinistas, los trotskistas y los socialrevolucionarios de "izquierda" contra el Poder Soviético.

Por aquellos mismos días, el socialrevolucionario de "izquierda" Bliumkin, que más tarde había de pasar a ser agente de Trotski, se deslizó en la embajada alemana y, con el fin de provocar una guerra con Alemania, asesinó al embajador alemán en Moscú, Mirbach. Pero el Gobierno Soviético logró evitar la guerra y hacer fracasar la provocación de los contrarrevolucionarios.

En el V Congreso de los Soviets fue aprobada la Constitución de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, la primera de todas las constituciones soviéticas.

## Resumen

Durante los ocho meses que van desde febrero a octubre de 1917, el Partido Bolshevique realiza una dificilísima labor: conquista la mayoría de la clase obrera y, dentro de los Soviets, atrae al lado de la Revolución Socialista a millones de campesinos. Arranca a estas masas a la influencia de los Partidos pequeñoburgueses (socialrevolucionarios, mensheviques, anarquistas) y va desenmascarando, paso a paso, la política de estos Partidos, dirigida contra los intereses de los trabajadores. El Partido Bolshevique despliega una labor política gigantesca en el frente, y en la retaguardia, preparando a las masas para la Revolución Socialista de Octubre.

Los momentos decisivos en la historia del Partido Bolshevique durante este período, fueron: la llegada de Lenin de la emigración, sus *Tesis de Abril*, la Conferencia de Abril del Partido y el VI Congreso de éste. Los acuerdos del Partido infundieron a la clase obrera fuerza y seguridad en el triunfo y le dieron soluciones para los problemas más importantes de la Revolución. La Conferencia de Abril encaminó al Partido hacia la lucha por el paso de la revolución democrática burguesa a la Revolución Socialista. El VI Congreso orientó al Partido hacia la insurrección armada contra la burguesía y su Gobierno Provisional.

Los Partidos oportunistas, socialrevolucionarios y mensheviques, anarquistas y demás Partidos no comunistas, coronaron su trayectoria: todos ellos se convirtieron, ya antes de la Revolución de Octubre en Partidos burgueses, defendiendo la integridad y la conservación del régimen capitalista. Solo el Partido Bolshevique dirigió a las masas en su lucha por el derrocamiento de la burguesía y la instauración del Poder de los Soviets.

Al mismo tiempo, los bolsheviques aplastaron los intentos de los capituladores dentro del Partido, los intentos de Zinoviev, Kamenev, Rykov, Bujarin, Trotski, Piatakov y otros de desviar al Partido del camino de la Revolución Socialista.

La clase obrera, dirigida por el Partido Bolshevique, aliada a los campesinos pobres y apoyada por los soldados y los marinos, derribó el Poder de la burguesía, instauró el Poder de los Soviets, fundó un nuevo tipo de Estado, el Estado soviético socialista, abolió la propiedad de los terratenientes sobre la tierra, entregó ésta en disfrute a los campesinos, nacionalizó toda la tierra del país, expropió a los capitalistas, puso término a la guerra conquistando la paz, obtuvo la necesaria tregua y creó con ello las condiciones indispensables para el desarrollo de la construcción socialista.

La Revolución Socialista de Octubre destruyó el capitalismo, arrebató a la burguesía los medios de producción y convirtió las fábricas y empresas industriales, la tierra, los ferrocarriles y los bancos en propiedad de todo el pueblo, en propiedad social.

Instauró la dictadura del proletariado y entregó la dirección de un inmenso Estado a la clase obrera, convirtiéndola con ello en clase dominante.

Con esto, la Revolución Socialista de Octubre abre en la historia de la Humanidad una nueva era, la era de las revoluciones proletarias.

# CAPÍTULO II

# LENIN COMO ORGANIZADOR DEL PARTIDO*

*Nadieszhda Krupskaya*

* Este texto forma parte del libro de Nadiezhda Krupskaya. *Lenin y el Partido*. El libro fue editado en 1975 por la editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro. Como es sabido Nadiezhda Krupskaya fue compañera de armas y esposa de Lenin.

Si queremos comprender a Lenin como organizador, hay que observar cómo edificó, piedra sobre piedra, la organización del Partido.

Examinemos su labor organizadora en Petersburgo, donde trabajó de 1893 a 1895.

Sabemos que iba a enseñar a los círculos obreros. Leía a los obreros *El capital* de Marx, explicaba la esencia de su teoría, sabía hacerlo de un modo simple e inteligible, invitando a los obreros a opinar, ayudándolos a formular sus pensamientos. Pero, además de propagandista, era un propagandista-organizador, que sabía activar a cada miembro del círculo, encomendarle un determinado trabajo. He aquí lo que escribió en sus memorias el camarada Bábushkin, obrero de la fábrica de Semiánnikov, quien frecuentaba el círculo de Ilich:

> "Pero estas conferencias al mismo tiempo nos enseñaban a realizar una labor independiente, a conseguir materiales. Recibíamos del conferenciante hojas con cuestiones elaboradas, que exigían de nosotros conocer y observar atentamente la vida fabril. Durante el trabajo en la fábrica, a menudo había que ir a otro taller con diferentes pretextos, mas, en realidad, a reunir los datos necesarios mediante observaciones, y a veces, en la ocasión oportuna, también a conversar. Mi cajón de las herramientas estaba siempre lleno de diferentes géneros de notas, y yo procuraba durante la comida copiar imperceptiblemente la cantidad de días y salarios en nuestro taller".

Ilich movilizaba a todo su círculo para reunir datos, y cuando empezaron a salir las hojas escritas sobre la base de los mismos, nos enseñó a difundirlas, a recoger opiniones sobre estas en los amplios sectores obreros.

La labor de Lenin en los círculos obreros constituía un ejemplo para muchos camaradas.

Fue excepcional su trabajo para organizar la labor partidista en Petersburgo, donde no existía hasta entonces ninguna organización socialdemócrata sistemática. Minuciosa e infatigablemente seleccionó a un grupo de correligionarios, examinando a cada hombre. Lenin concedía enorme importancia a la cohesión ideológica. Cuando el grupo maduró lo suficiente, y sus componentes se conocieron unos a otros, Ilich planteó la cuestión de la distribución de las fuerzas. Los hombres fueron distribuidos por distritos. Cada uno estaba adscrito a un distrito determinado –el cual estudiaba– en el que dirigía un círculo. Todas las semanas nos reuníamos y cambiábamos experiencias. Lenin interrogaba a cada uno con pasión, cómo había sostenido la charla con los obreros, qué decían estos, etc. Ilich estaba muy metido en el trabajo conspirativo, y exigía de todos su observancia. Recuerdo cómo nos hablaba, de Mijáilov, populista,[1] apodado Dvórnik, cómo

[1] Populistas. Miembros de la organización clandestina «Voluntad del Pueblo», creada por los populistas revolucionarios en 1879. Sus afiliados luchaban contra la autocracia zarista, empleando el terror

este vigilaba hasta qué punto los afiliados de *La Voluntad del Pueblo* guardaban las reglas de conspiración. A los miembros de nuestro grupo de Petersburgo, al que Lenin instruía en los diferentes métodos conspirativos (cómo utilizar los patios de tránsito, despistar a los chivatos, etc.), les exigía asimismo renunciar al pasatiempo intelectual acostumbrado en aquel tiempo: visitas, conversaciones no prácticas, «palique», como entonces decíamos. En cuanto a ello, llich tenía determinadas tradiciones revolucionarias. Recuerdo cómo me riñó una vez Lidia Mijáilovna Knipóvich, antigua populista, por haber ido al teatro con un hombre que trabajaba conmigo en un círculo. Ilich regañaba a nuestra gente joven por visitarse. Zinaída Pávlovna Krzhizhanóvskaya recuerda que un día, con su amiga Yakúbova, fue a ver a Lenin, que vivía cerca, sin tener nada que tratar con él; no lo encontró en su casa. A eso de las doce de la noche, alguien tocó el timbre. Era Ilich, llegaba de más allá de la Puerta del Neva, cansado, con cierto aspecto de enfermo. Comenzó a preguntar alarmado qué había sucedido, para qué habían ido, y, cuando le dijeron que, simplemente a dar una vuelta, refunfuñó: «No es muy sensato», y se marchó. Zinaída Pávlovna cuenta cómo se quedaron de turbadas. Y evoca otro caso muy interesante. La organización iba creciendo, había que darle la debida forma. Eligieron un trío dirigente (Lenin, Krzhizhanovski y Starkov), que debía ser el centro de organización y literario, ante el cual cada distrito debía, un día determinado de cada semana, informar detalladamente de su trabajo. Los distritos debían reunirse no más de una vez al mes. Todos aceptaron esta nueva organización, pero Stepán Ivánovich Rádchenko, gran organizador de los círculos estudiantiles, acostumbrado al sistema de «dirección unipersonal», no elegido para dicho trío, se agitó y trató de demostrar al auditorio «distrital» que con esa organización los «distritos» eran simplemente ejecutantes, y no camaradas de trabajo, que se dispersarían por completo y se verían privados de la participación en la labor común, la cual se hallaría enteramente en manos del trío, etc., etc. Los «distritos» se inquietaron. Resultó sobre todo ofensivo el paso de «camaradas» a «ejecutores», pues en ello veían un acto de desconfianza. Se acordó protestar de esa actitud del trío. La reunión se celebró en casa de Stepán Ivánovich, y se le leyó la protesta al sorprendido trío. Ilich respondió con un discurso fogoso, en el cual trató de demostrar la imposibilidad, en las condiciones rusas, del «democratismo primitivo»; habló de la necesidad de la organización, de que esa organización era motivada por las necesidades de la causa, y, en absoluto, por la desconfianza hacia nadie. Los camaradas se tranquilizaron. Aquella noche, Lenin vino a referirme dicho incidente, que lo había emocionado; decía que el malentendido surgido era característico en extremo, y me repitió el ardiente discurso que acababa de pronunciar. Dicho sea en honor a la verdad, yo no concedí entonces especial

individual. Después del asesinato de Alejandro II (10 de marzo de 1881), el gobierno zarista destruyó a esta organización.

importancia a ese incidente; pero se trataba de algo muy típico: en él, como en una gota de agua, se reflejaban las dificultades que surgían en los primeros años en la organización de los organismos dirigentes. En los primeros pasos de la formación de las organizaciones del Partido, resultaba difícil superar la falta de costumbre de trabajar en una organización bajo una dirección determinada.

En diciembre de 1895, el núcleo rector del grupo, encabezado por Lenin, fue encarcelado. Pero también desde la cárcel Ilich dirigía el movimiento.

Al resto del grupo se sumaron nuevos hombres, convirtiéndose en la «Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera». Según se desarrollaba el movimiento, también iban formándose grupos en otras ciudades: Moscú, Kíev, etc.

Desde la cárcel, Ilich empezó a insistir en la convocatoria del Primer Congreso, a escribir un programa popular del Partido; hablaba de la enorme significación organizadora que revestía el programa. Este congreso se reunió en 1898, cuando Lenin ya estaba en la deportación, pero la mayoría de sus delegados fueron detenidos poco después del cónclave. En el congreso no se adoptó ni el programa, ni los estatutos. En el destierro, Lenin empezó a meditar, en todos los aspectos, la enorme labor organizadora que hacía falta para preparar como era debido el congreso del Partido. Encontrándose todavía en Siberia, comenzó a reunir fuerzas para la organización del órgano central en el extranjero, *Iskra*, en torno al cual proyectó crear el propagandista, agitador y organizador colectivo de la organización del Partido. No examinaré en detalle la extraordinaria labor de organización realizada por Lenin para convertir a *Iskra* en un auténtico centro organizador, pues la misma ha sido suficientemente elucidada en la prensa. Ilich no le temía a la labor más ingrata, modesta. Sin ese trabajo ingrato, cotidiano, invisible, no podía conseguirse nada por aquellos tiempos. Dicha cotidiana e invisible labor se conjugaba con la comprensión meridiana de lo que había que hacer, con la destreza de agrupar alrededor del trabajo fundamental nuevos y nuevos cuadros.

Es del dominio público el papel que desempeñaron en la organización del Partido los «agentes» de *Iskra*. Se conservan cartas escritas por Lenin en aquella época a diferentes camaradas y organizaciones, las cuales demuestran claramente cómo meditaba sobre cada pequeñez organizativa, cómo se desvelaba por preparar una organización que estuviese soldada estrechamente con las masas obreras, que fuese la verdadera dirigente de la clase obrera, su destacamento de vanguardia.

En el folleto *¿Qué hacer?*, escrito en 1902, se reflejaron de manera inmejorable los conceptos organizativos de Lenin. Este folleto, que lleva el subtítulo de «Problemas candentes de nuestro movimiento», aborda las cuestiones de organización no de modo estrecho, sino que concede a todas ellas una enorme amplitud de principio, demuestra cómo todos los eslabones de organización

deben estar ligados conjuntamente, cómo debe ser el miembro del Partido y cómo debe ser la organización del Partido, para ser una organización combativa, capaz de realizar las colosales tareas que la historia planteaba al movimiento obrero ruso.

El folleto *¿Qué hacer?* imprimió un impulso considerable a la comprensión de los problemas de organización.

La dirección del trabajo del comité de organización para la convocatoria del congreso hizo posible, al fin, el Segundo Congreso.

No me detendré detalladamente en el Segundo Congreso. Se desarrolló la lucha en torno al primer artículo de los Estatutos del Partido; la importancia de esta batalla ha sido suficientemente elucidada en nuestra prensa.

Cuando en 1904 se aclaró ya definitivamente que la línea de los bolcheviques y mencheviques iba divergiendo cada vez más, que los mencheviques no estaban creando, ni mucho menos, el Partido que necesitaba el proletariado, Lenin efectuó una intensa labor de organización en la fracción bolchevique. Era indudable que se acercaba la revolución y que era indispensable crear, a toda costa, un grupo dirigente que fuese fiel, sin reservas, a la causa de la clase obrera, enérgico, audaz, ligado estrechamente a las masas. Dicho grupo no se podía crear sin antes hacer una gran labor de organización. Y de nuevo Lenin acomete la ingrata e infatigable tarea de seleccionar a los hombres, cohesionarlos e instruirlos. Otra vez se funda en el extranjero un periódico clandestino –*Vperiod* (*Adelante*)–, de nuevo se prepara otro congreso, que se reúne en la primavera de 1905, al que se niegan a asistir los mencheviques y el cual examinó el estado de cosas y elaboró una serie de resoluciones importantísimas sobre problemas relativos a lo que era preciso hacer en la próxima revolución. Lenin atribuía enorme significado a los congresos del Partido. En ellos se elabora la táctica, o sea, la imagen de la acción del Partido en las nuevas condiciones. Estimaba que el Partido debe tener en cuenta todas las condiciones de la lucha, todas las posibilidades, la experiencia de las masas, lo que los inquieta en el momento dado, etc. Lenin consideraba que la clase obrera debe, en función de las circunstancias, ora atacar –además, atacar de modo distinto, considerando todas las coyunturas–; ora retroceder por cierto tiempo –«retroceder, para saltar más lejos», según decía él–. La táctica debe ser muy flexible. De la táctica acertada depende la victoria del proletariado, su capacidad de avanzar...

A juicio de Ilich, los congresos tienen excepcional significado para la elaboración de la táctica. Es importante, no simplemente convocar el congreso: es importante convocarlo en el momento necesario, es importante plantear en él el momento oportuno, es importante preparar la solución acertada de esos problemas. Todo esto requiere una gran labor de organización. Y para comprender el papel de Lenin como organizador del Partido, hace falta observar cuándo y por

qué cuestiones se convocaban, en vida de Lenin, los congresos y conferencias del Partido, advertir el trabajo preparatorio que se hacía. Tomemos el Tercer Congreso del Partido. ¿Se podía aplazar o no? Los mencheviques no se apresuraban por celebrarlo. Los bolcheviques, encabezados por Lenin, al percatarse de que se acercaba la revolución, decidieron convocar el congreso a todo trance, modificaron en él los Estatutos del Partido en el espíritu que quería Lenin, convirtiéndolo así en un Partido combativo, discutieron cuestiones importantísimas respecto a la actitud hacia el campesinado, cómo incorporar a las masas campesinas a la lucha, examinaron el problema de la insurrección armada.

Si examinamos la actitud de Lenin en el período de la revolución de 1905, veremos la inmensa labor instructiva que realizó para preparar la insurrección armada: escribió cartas a la organización de combate, ayudó a conseguir armamento, se entrevistó con Krasin[2] –especialista en los preparativos de la insurrección armada–, con otros responsables militares, con miembros de los destacamentos obreros armados, etc. Luego, cuando se aclaró, que la revolución no podía triunfar en la lucha armada, ¡cómo peleó Lenin por la utilización de la tribuna de la Duma, qué lucha ideológica y de organización sostuvo contra los ultimistas[3] y otzovistas! Se equivoca profundamente quien piensa que la lucha fue puramente teórica; la lucha fue no solo teórica, sino también de organización: convocatoria de diferentes reuniones y conferencias, selección de los hombres, su instrucción, entrevistas, reuniones con los miembros de la minoría de la Duma, etc., etc. Lenin actuó poco en forma abierta en la revolución de 1905 –pues era imposible por las condiciones policíacas–; sobre todo escribía, pero confiscaban sistemáticamente los periódicos, y muchos de sus artículos se publicaban bajo distintos seudónimos. La actividad organizadora, en realidad, es un trabajo invisible, y por eso, en varias ocasiones, nos hemos encontrado con la subestimación de la labor de Ilich en la revolución de 1905. Entretanto, precisamente, la labor de organización de 1905 pertrechó al Partido con la profunda comprensión de toda una serie de tareas, que le resultó tan vital ulteriormente, incluido el período de preparación de la Revolución de Octubre.

Los años de la reacción fueron años en que Lenin agudizó, de manera especial, la lucha en el frente ideológico, teniendo en cuenta la importancia que la organización desempeña en la cohesión del Partido; al mismo tiempo resumió la experiencia de organización de 1905. Desde el comienzo mismo de la segunda emigración, Ilich efectuó una gran labor para reunir las fuerzas partidistas

[2] Krasin, L.B. (1870-1926). Destacado dirigente del Partido Comunista, diplomático soviético.

[3] Los ultimistas eran una variedad de otzovistas (Grupo oportunista surgido entre los bolcheviques en 1908, después de la derrota de la primera revolución rusa de 1905-1907. Encubriéndose con frases revolucionarias, los otzovistas exigían la retirada de los diputados socialdemócratas de la Tercera Duma de Estado y el cese de la labor en las organizaciones legales).

dispuestas a proseguir la lucha, para formar cuadros obreros con vistas a la nueva revolución (escuela de Longjumeau).[4] La Conferencia de Praga, que revistió un significado extraordinario, se preparó cuidadosamente durante largo tiempo; la línea de trabajo pensada y discutida de antemano fue aprobada en ella de manera nueva. Después, Lenin se trasladó a Cracovia, donde realizó un enorme trabajo de organización para dirigir directamente la labor rusa en las condiciones del nuevo ascenso revolucionario. Allí se celebraban regularmente reuniones con los activistas rusos y la minoría bolchevique de la Duma.

Luego, los años de la guerra. El trabajo se desplegó en escala internacional, exigiendo de nuevo realizar una inmensa labor de organización para preparar las conferencias de Zimmerwald y Kientbal:[5] la labor rusa se coordinaba estrechamente con la lucha internacional del proletariado.

La labor organizadora de Lenin se entrelaza del modo más estrecho con el estudio de la realidad, con el trabajo de propaganda y agitación; pero, precisamente, esa coordinación infundía a la labor organizadora de Lenin una fuerza singular, la hacía especialmente eficaz.

Nuestro Partido llegó a la Insurrección de Octubre con una experiencia enorme de organización, la cual le dio la posibilidad de conducir a la clase obrera a la victoria. El papel de Lenin en la obra de acumulación de dicha experiencia y de su análisis es muy grande.

[4] La escuela de Longjumenau, fue organizada por el centro bolchevique en el verano de 1911 para los obreros que llegaban de Rusia. Lenin dio en ella varias conferencias sobre Economía Política, la cuestión agraria y la teoría y la práctica del socialismo.

[5] Conferencias de Zimmerwald y Kienthal. Conferencias socialistas internacionales celebradas en las ciudades de Zimmerwald y Kienthal (Suiza) en 1915 y 1916. Estas conferencias contribuyeron a la cohesión, sobre la base del marxismo-leninismo, de los socialdemócratas de izquierda europeo-occidentales.

# CAPÍTULO III

# TEXTOS DE LENIN

*V. I. Lenin*

## 1. La dualidad de poderes

El problema del Poder del Estado es el fundamental en toda revolución. Sin comprenderlo claramente no puede ni pensarse en participar de modo consciente en la revolución y mucho menos en dirigirla.

Una particularidad notable en grado sumo de nuestra revolución consiste en que ha engendrado *una dualidad de poderes*. Es necesario, ante todo, explicarse este hecho, pues sin ello será imposible seguir adelante. Es menester saber completar y corregir las viejas "fórmulas", por ejemplo, las del bolchevismo, acertadas en general, como se ha demostrado, pero cuya realización concreta *ha resultado* ser diferente. *Nadie* pensaba ni podía pensar antes en la dualidad de poderes.

¿En qué consiste la dualidad de poderes? En que junto al Gobierno Provisional, junto al gobierno *de la burguesía*, se ha formado *otro gobierno*, débil aún, embrionario, pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los Soviets de diputados obreros y soldados.

¿Cuál es la composición de clase de este otro gobierno? El proletariado y los campesinos (con uniforme de soldado). ¿Cuál es el carácter político de este gobierno? Es una dictadura revolucionaria, es decir, un Poder que se apoya directamente en la conquista revolucionaria, en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo, *y no en la ley* promulgada por el Poder centralizado del Estado. Es un Poder completamente diferente del de la república parlamentaria democrático-burguesa del tipo general que impera hasta ahora en los países avanzados de Europa y América. Esta circunstancia se olvida con frecuencia, no se medita sobre ella, a pesar de que en ella reside toda la esencia del problema. *Este* Poder es un Poder *del mismo tipo* que la Comuna de París de 1871. Los rasgos fundamentales de este tipo de Poder son: 1. La fuente del Poder no está en una ley, previamente discutida y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas populares desde abajo y en cada lugar, en la "toma" directa del Poder, para emplear un término en boga. 2. Sustitución de la policía y del ejército, como instituciones apartadas del pueblo y contrapuestas a él, por el armamento directo de todo el pueblo; con este Poder guardan el orden público los *mismos* obreros y campesinos armados, el *mismo* pueblo en armas. 3. Los funcionarios y la burocracia son sustituidos también por el Poder directo del pueblo o, al menos, sometidos a un control especial, se transforman en simples mandatarios, no solo elegibles, sino *amovibles* en todo momento, en cuanto el pueblo lo exija; se transforman de casta privilegiada, con una elevada retribución, con una retribución burguesa de sus "puestecitos", en obreros de un "arma" especial, cuya remuneración *no exceda* al salario corriente de un obrero calificado.

En esto, y *solo* en esto, radica la *esencia* de la Comuna de París como tipo especial de Estado. Y esta esencia es la que han olvidado y desfigurado los señores

Plejánov (los chovinistas manifiestos, que han traicionado al marxismo), Kautsky (los "centristas", es decir, los que vacilan entre el chovinismo y el marxismo) y, en general, todos los socialdemócratas, socialrevolucionarios, etc., que dominan hoy día.

Salen del paso con frases, se refugian en el silencio, escurren el bulto, se felicitan mutuamente una y mil veces por la revolución y no quieren *reflexionar en lo que son* los Soviets de diputados obreros y soldados. No quieren ver la verdad manifiesta de que en la medida en que esos Soviets existen, *en la medida* en que son un Poder, existe en Rusia un Estado *del tipo* de la Comuna de París.

Subrayo "en la medida", pues solo se trata de un Poder en estado embrionario. De un Poder que, pactando directamente con el Gobierno Provisional burgués y haciendo una serie de concesiones de hecho, *ha cedido y cede* sus posiciones a la burguesía.

¿Por qué? ¿Quizá porque Chjeídze, Tsereteli, Steklov y Cía. cometan un "error"? ¡Tonterías! Así puede pensar un filisteo, pero no un marxista. La causa está en el *insuficiente grado de conciencia* y en la insuficiente organización de los proletarios y de los campesinos. El "error" de los jefes mencionados reside en su posición pequeñoburguesa, en que *embotan* la conciencia de los obreros en vez de abrirles los ojos, en que les *inculcan* ilusiones pequeñoburguesas en vez de destruírselas, en que *refuerzan* la influencia de la burguesía sobre las masas en vez de emancipar a éstas de esa influencia.

Lo dicho debiera bastar para comprender por qué también nuestros camaradas cometen tantos errores al formular "simplemente" esta pregunta: ¿se debe derribar inmediatamente al Gobierno Provisional?

Respondo: 1) se le debe derribar, pues es un gobierno oligárquico, un gobierno burgués, y no del pueblo; un gobierno que *no puede* dar ni paz, ni pan, ni plena libertad; 2) no se le puede derribar inmediatamente, pues se sostiene gracias a un *pacto* directo e indirecto, formal y efectivo, con los Soviets de diputados obreros y, sobre todo, con el principal de ellos, el Soviet de Petrogrado; 3) en general, no se le puede "derribar" por la vía habitual, pues se asienta en el *"apoyo"* que presta a la burguesía el *segundo* gobierno, el Soviet de diputados obreros, y éste es el único gobierno revolucionario posible, que expresa directamente la conciencia y la voluntad de la mayoría de los obreros y campesinos. La humanidad no ha creado hasta hoy, ni nosotros conocemos, un tipo de gobierno superior ni mejor que los Soviets de diputados obreros, braceros, campesinos y soldados.

Para convertirse en Poder, los obreros conscientes tienen que ganarse a la mayoría: *mientras* no exista violencia contra las masas, no habrá otro camino para llegar al Poder. No somos blanquistas[1], no somos partidarios de la toma del Poder

[1] *Blanquismo*: corriente del movimiento socialista francés, encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés.

por una minoría. Somos marxistas, partidarios de la lucha proletaria de clase contra la embriaguez pequeñoburguesa, contra el defensismo chovinista, contra las frases hueras, contra la dependencia respecto de la burguesía.

Creemos un Partido comunista proletario; los mejores militantes del bolchevismo han creado ya los elementos de ese Partido; unámonos estrechamente en la labor proletaria de clase y veremos cómo vienen a nosotros, en masas cada vez mayores, los proletarios y los campesinos *pobres*. Porque la *vida* se encargará de destruir cada día las ilusiones pequeñoburguesas de los "socialdemócratas", de los Chjeídze, de los Tsereteli, de los Steklov, etc., de los "socialrevolucionarios", de los pequeños burgueses todavía más "puros", etc., etc.

La burguesía defiende el Poder único de la burguesía.

Los obreros conscientes defienden el Poder único de los Soviets de diputados obreros, braceros, campesinos y soldados, el Poder único que es necesario preparar *esclareciendo* la conciencia proletaria, *emancipando* al proletariado de la influencia de la burguesía, y no por medio de aventuras.

La pequeña burguesía –los "socialdemócratas", los socialrevolucionarios, etc., etc.– vacila, *entorpeciendo* este esclarecimiento, esta emancipación.

Tal es la verdadera correlación de las fuerzas *de clase*, que determina nuestras tareas.

*Pravda*, núm. 28, 9 de abril de 1917. Firmado: N. Lenin.
V. I. Lenin, *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 31, págs. 145-148.

## 2. El Estado y la revolución. La experiencia de la Comuna de París de 1871. El análisis de Marx

### 1. ¿En que consiste el heroísmo de la tentativa de los comuneros?

Es sabido que algunos meses antes de la Comuna, en el otoño de 1870, Marx previno a los obreros de París, aduciendo que la tentativa de derribar el gobierno sería un disparate dictado por la desesperación. Pero cuando, en marzo de 1871, *se impuso* a los obreros el combate decisivo y ellos lo aceptaron, cuando la insurrección fue un hecho, Marx saludó la revolución proletaria con el más grande entusiasmo, a pesar de todos los malos augurios. Marx no se aferró a la condena pedantesca de un movimiento "extemporáneo", como el tristemente célebre Plejánov, renegado ruso del marxismo, que en noviembre de 1905 escribió alentando a la lucha a los obreros y campesinos y después de diciembre de 1905 se puso a gritar como un liberal cualquiera: "¡No se debía haber empuñado las armas!".

Marx, sin embargo, no se contentó con entusiasmarse ante el heroísmo de los comuneros, que, según sus palabras, "asaltaban el cielo". Marx veía en aquel movimiento revolucionario de masas, aunque no llegó a alcanzar sus objetivos, una experiencia histórica de grandiosa importancia, un cierto paso adelante de la revolución proletaria mundial, un paso práctico más importante que cientos de programas y de raciocinios. Analizar esta experiencia, sacar de ella las enseñanzas tácticas, revisar a la luz de ella su teoría: he aquí cómo concebía Marx su misión.

La única "corrección" que Marx consideró necesario introducir en el *Manifiesto Comunista* se la sugirió la experiencia revolucionaria de los comuneros de París.

El último prefacio a la nueva edición alemana del *Manifiesto Comunista*, suscrito por sus dos autores, lleva fecha 24 de junio de 1872. En este prefacio, los autores, Carlos Marx y Federico Engels, dicen que el programa del *Manifiesto Comunista* ha quedado "ahora anticuado en ciertos puntos".

> "... La Comuna ha demostrado, sobre todo –continúan–, que "la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines"…".

Las palabras puestas entre comillas en el interior de esta cita fueron tomadas por sus autores de la obra de Marx *La guerra civil en Francia*.

Así, pues, Marx y Engels atribuían una importancia tan gigantesca a esta enseñanza fundamental y principal de la Comuna de París, que la introdujeron como corrección esencial en el *Manifiesto Comunista*.

Es sobremanera característico que precisamente esta corrección esencial haya sido tergiversada por los oportunistas y que su sentido sea, probablemente, desconocido para las nueve décimas partes, si no para el noventa y nueve por ciento de los lectores del *Manifiesto Comunista*. De esta tergiversación trataremos en detalle más abajo, en un capítulo consagrado especialmente a las tergiversaciones. De momento bastará señalar que la manera corriente, vulgar, de "entender" las notables palabras de Marx citadas por nosotros consiste en suponer que Marx subraya aquí la idea del desarrollo lento, por oposición a la toma del Poder y otras cosas por el estilo.

En realidad, es *precisamente lo contrario*. La idea de Marx consiste en que la clase obrera debe *destruir, romper*, la "máquina estatal existente" y no limitarse simplemente a apoderarse de ella.

El 12 de abril de 1871, es decir, en plena época de la Comuna, Marx escribió a Kugelmann:

> "... Si te fijas en el último capítulo de mi *Dieciocho Brumario*, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa, no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino *demolerla*" (subrayado por Marx; en el original: *zerbrechen*), "y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto, precisamente, consiste la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París" (pág. 709 de la revista *Neue Zeit*, t. XX, 1, año 1901- 1902). (Las cartas de Marx a Kugelmann han sido publicadas en ruso no menos que en dos ediciones, una de ellas redactada por mí y con un prólogo mío).[2]

En estas palabras: "romper la máquina burocrático-militar del Estado", se encierra, concisamente expresada, la enseñanza fundamental del marxismo en cuanto a las tareas del proletariado respecto al Estado durante la revolución. ¡Y esta enseñanza es la que no solo ha sido olvidada en absoluto, sino tergiversada directamente por la "interpretación" imperante, kautskiana, del marxismo!

En cuanto a la referencia de Marx a *El Dieciocho Brumario*, más arriba hemos citado en su integridad el pasaje correspondiente.

Interesa señalar especialmente dos lugares en el mencionado razonamiento de Marx. En primer término, Marx limita su conclusión al continente. Esto era lógico en 1871, cuando Inglaterra era todavía un modelo de país netamente capitalista, pero sin casta militar y, en una medida considerable sin burocracia. Por eso, Marx excluía a Inglaterra donde la revolución, e incluso una revolución popular, se consideraba y era entonces posible *sin* la condición previa de destruir la "máquina estatal existente".

[2] Véase V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 14, págs. 371-379. *(N. de la Edit.)*

Hoy, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista, esta limitación hecha por Marx no tiene razón de ser. Inglaterra y Norteamérica, los más grandes y los últimos representantes –en el mundo entero– de la "libertad" anglosajona en el sentido de ausencia de militarismo y de burocratismo, han ido rodando hasta caer al inmundo y sangriento pantano, común a toda Europa, de las instituciones burocrático-militares, que todo lo someten y lo aplastan. Hoy, también en Inglaterra y en Norteamérica es "condición previa de toda verdadera revolución popular" el *romper*, el *destruir* la "máquina estatal existente" (que allí ha alcanzado, en los años de 1914 a 1917, la perfección "europea", la perfección común al imperialismo).

En segundo lugar, merece especial atención la profundísima observación de Marx de que la demolición de la máquina burocrático-militar del Estado es "condición previa de toda verdadera revolución *popular*". Este concepto de revolución "popular" parece extraño en boca de Marx, y los adeptos de Plejánov y los mencheviques rusos, esos discípulos de Struve que quieren hacerse pasar por marxistas, podrían tal vez calificar de "lapsus" esta expresión de Marx. Esa gente ha hecho una tergiversación tan liberal e indigente del marxismo, que para ellos no existe nada sino la antítesis entre revolución burguesa y revolución proletaria, y hasta esta antítesis la conciben de un modo escolástico a más no poder.

Si tomamos como ejemplos las revoluciones del siglo XX, tendremos que reconocer como burguesas, naturalmente, las revoluciones portuguesa y turca. Pero ni la una ni la otra son revoluciones "populares", pues ni en la una ni en la otra actúa perceptiblemente, de un modo activo, por propia iniciativa, con sus propias reivindicaciones económicas y políticas, la masa del pueblo, la inmensa mayoría de éste. En cambio, la revolución burguesa rusa de 1905 a 1907, aunque no registrase éxitos tan "brillantes" como los que alcanzaron en ciertos momentos las revoluciones portuguesa y turca, fue, sin duda, una revolución "verdaderamente popular", pues la masa del pueblo, la mayoría de éste, las "más bajas capas" sociales, aplastadas por el yugo y la explotación, levantáronse por propia iniciativa, estamparon en todo el curso de la revolución el sello de *sus* reivindicaciones, de *sus* intentos de construir a su modo una nueva sociedad en lugar de la sociedad vieja que querían destruir.

En la Europa de 1871, el proletariado no formaba en ningún país del continente la mayoría del pueblo. La revolución no podía ser "popular", es decir, arrastrar verdaderamente a la mayoría al movimiento, si no englobaba tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban entonces el "pueblo". Une a estas clases el hecho de que la "máquina burocrático-militar del Estado" las oprime, las esclaviza, las explota. *Destruir, demoler* esta máquina, eso es lo que aconsejan los verdaderos intereses del "pueblo", de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos, y tal es la "condición previa" para una alianza libre

de los campesinos pobres con los proletarios, y sin esa alianza, la democracia es precaria y la transformación socialista, imposible.

Hacia esta alianza, como es sabido, se abría camino la Comuna de París, si bien no alcanzó su objetivo por una serie de causas de carácter interno y externo.

En consecuencia, al hablar de una "verdadera revolución popular", Marx, sin olvidar para nada las peculiaridades de la pequeña burguesía (de las cuales habló mucho y con frecuencia), tenía en cuenta, con la mayor precisión, la correlación efectiva de clases en la mayoría de los Estados continentales de Europa en 1871. Y, de otra parte, comprobaba que la "destrucción" de la máquina estatal responde a los intereses de los obreros y campesinos, los une, plantea ante ellos la tarea común de suprimir al "parásito" y sustituirlo por algo nuevo. ¿Con qué sustituirlo concretamente?

## 2. ¿Con qué sustituir la máquina del Estado, una vez destruida?

En 1847, en el *Manifiesto Comunista*, Marx daba a esta pregunta una respuesta todavía completamente abstracta, o, para ser más exactos, una respuesta que señalaba las tareas, pero no los medios para cumplirlas. Sustituir la máquina del Estado, una vez destruida, por la "organización del proletariado como clase dominante", "por la conquista de la democracia": tal era la respuesta del *Manifiesto Comunista*.

Sin perderse en utopías, Marx esperaba de la *experiencia* del movimiento de masas la respuesta a la pregunta de qué formas concretas habría de revestir la organización del proletariado como clase dominante y de qué modo esta organización habría de coordinarse con la "conquista de la democracia" más completa y más consecuente.

En *La guerra civil en Francia,* Marx somete al análisis más atento la experiencia de la Comuna, por breve que haya sido dicha experiencia. Citemos los pasajes más importantes de esta obra:

> En el siglo XIX se desarrolló, procedente de la Edad Media, "el Poder estatal centralizado con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura". Con el desarrollo del antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, "el Poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de Poder público para la opresión del trabajo, el carácter de una máquina de dominación de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente opresor del Poder del Estado". Después de la revolución de 1848-1849, el Poder del Estado se convierte en un "arma nacional de guerra del capital contra el trabajo". El Segundo Imperio lo consolida.

> "La antítesis directa del Imperio era la Comuna". "Era la forma definida" "de aquella república que no había de abolir tan solo la forma monárquica de la dominación de clase, sino la dominación de clase misma...".

¿En qué consistió, concretamente, esta forma "definida" de la república proletaria, socialista? ¿Cuál era el Estado que ella comenzó a crear?

> "... El primer decreto de la Comuna fue... la supresión del ejército permanente para sustituirlo por el pueblo armado...".

Esta reivindicación figura hoy en los programas de todos los Partidos que desean llamarse socialistas. ¡Pero lo que valen sus programas nos lo dice mejor que nada la conducta de nuestros eseristas y mencheviques, que precisamente después de la revolución del 27 de febrero han renunciado de hecho a poner en práctica esta reivindicación!

> "... La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera...
>
> "... En vez de continuar siendo un instrumento del gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento... y lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración... Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos debían desempeñarlos con *salarios de obreros*. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos... Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo gobierno, la Comuna estaba impaciente por destruir la fuerza espiritual de represión, el poder de los curas... Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia... En el futuro habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables...".[3]

Por tanto, al destruir la máquina estatal, la Comuna la sustituye aparentemente "solo" por una democracia más completa: supresión del ejército permanente y completa elegibilidad y amovilidad de todos los funcionarios. Pero, en realidad este "solo" representa un cambio gigantesco de unas instituciones por otras de tipo distinto en esencia. Nos hallamos precisamente ante un caso de "transformación de la cantidad en calidad": la democracia, llevada a la práctica del modo más completo y consecuente que puede concebirse, se convierte de

[3] Veáse C. Marx. *La guerra civil en Francia* (C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en dos tomos, ed. en español, t. I, págs. 494-498, Moscú).

democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado (fuerza especial de represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho.

Todavía es necesario reprimir a la burguesía y vencer su resistencia. Esto era especialmente necesario para la Comuna, y una de las causas de su derrota radica en no haberlo hecho con suficiente decisión. Pero aquí el órgano represor es ya la mayoría de la población y no una minoría, como había sido siempre, lo mismo bajo la esclavitud y la servidumbre que bajo la esclavitud asalariada. ¡Y, desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime *por sí misma* a sus opresores, *no es ya necesaria* una "fuerza especial" de represión! En este sentido, el Estado *comienza a extinguirse*. En vez de instituciones especiales de una minoría privilegiada (la burocracia privilegiada, los jefes del ejército permanente), esta función puede ser realizada directamente por la mayoría, y cuanto más intervenga todo el pueblo en la ejecución de las funciones propias del Poder estatal, tanto menor es la necesidad de dicho Poder.

A este respecto, es singularmente notable una de las medidas decretadas por la Comuna, que Marx subraya: la abolición de todos los gastos de representación, de todos los privilegios pecuniarios de los funcionarios, la reducción de los sueldos de *todos* los funcionarios del Estado hasta el nivel del *"salario de un obrero"*. Aquí es donde se expresa de un modo más evidente el *viraje* de la democracia burguesa hacia la democracia proletaria, de la democracia de los opresores hacia la democracia de las clases oprimidas, del Estado como *"fuerza especial"* de represión de una determinada clase hacia la represión de los opresores por la *fuerza conjunta* de la mayoría del pueblo, de los obreros y los campesinos. ¡Y es precisamente en este punto tan evidente –al vez el más importante, en lo que se refiere a la cuestión del Estado– en el que las enseñanzas de Marx han sido más relegadas al olvido! En los comentarios de popularización –cuya cantidad es innumerable– no se habla de esto. "Es uso" guardar silencio acerca de esto, como si se tratase de una "ingenuidad" pasada de moda, algo así como cuando los cristianos, después de convertirse el cristianismo en religión del Estado, se "olvidaron" de las "ingenuidades" del cristianismo primitivo y de su espíritu democrático-revolucionario.

La reducción de los sueldos de los altos funcionarios del Estado parece "simplemente" la reivindicación de una democracia ingenua, primitiva. Uno de los "fundadores" del oportunismo moderno, el ex socialdemócrata E. Bernstein, se ha dedicado más de una vez a repetir esas triviales burlas burguesas sobre la democracia "primitiva". Como todos los oportunistas, como los actuales kautskianos, no comprendía en absoluto, en primer lugar, que el paso del capitalismo al socialismo es *imposible* sin un cierto "retorno" al democratismo "primitivo" (pues ¿cómo, si no, pasar a la ejecución de las funciones del Estado

por la mayoría de la población, por toda ella?), y, en segundo lugar, que esta "democracia primitiva", basada en el capitalismo y en la cultura capitalista, no es la democracia primitiva de los tiempos prehistóricos o de la época precapitalista. La cultura capitalista *ha creado* la gran producción, fábricas, ferrocarriles, el correo, el teléfono, etc., y *sobre esta base*, la enorme mayoría de las funciones del antiguo "Poder estatal" se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillas de registro, contabilidad y control, que son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir, que pueden ejecutarse por el "salario corriente de un obrero", que se las puede (y se las debe) despojar de toda sombra de algo privilegiado y "jerárquico".

La completa elegibilidad y la amovilidad *en cualquier momento* de todos los funcionarios, la reducción de su sueldo hasta los límites del "salario corriente de un obrero", estas medidas democráticas, sencillas y "comprensibles por sí mismas", al mismo tiempo que unifican en absoluto los intereses de los obreros y de la mayoría de los campesinos, sirven de puente que conduce del capitalismo al socialismo. Estas medidas atañen a la reorganización estatal, puramente política de la sociedad, pero es evidente que solo adquieren su pleno sentido e importancia en conexión con la "expropiación de los expropiadores" ya en realización o en preparación, es decir, con la transformación de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción en propiedad social.

> "La Comuna –escribió Marx– convirtió en una realidad ese tópico de todas las revoluciones burguesas que es un gobierno barato, al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado".

Entre los campesinos, al igual que en las demás capas de la pequeña burguesía, solo una minoría insignificante "se eleva", "se abre paso" en sentido burgués, es decir, se convierte en gente acomodada, en burgueses o en funcionarios con una situación estable y privilegiada. La inmensa mayoría de los campesinos de todos los países capitalistas en que existe una masa campesina (y estos países capitalistas forman la mayoría) se halla oprimida por el gobierno y ansía derrocarlo, ansía un gobierno "barato". Esto puede realizarlo *solo* el proletariado y, al realizarlo, da un paso hacia la reestructuración socialista del Estado.

## 3. La abolición del parlamentarismo

> "La Comuna –escribió Marx– no había de ser una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo...
>
> ... En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar (*ver un zertreten*) al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal había de servir al pueblo, organizado en

comunas, para encontrar obreros, inspectores y contables con destino a su empresa, de igual modo que el sufragio individual sirve a cualquier patrono para el mismo fin".

Esta notable crítica del parlamentarismo, hecha en 1871, también figura hoy, gracias al predominio del socialchovinismo y del oportunismo, entre las "palabras olvidadas" del marxismo. Los ministros y parlamentarios profesionales, los traidores al proletariado y los "mercachifles" socialistas de nuestros días han dejado por entero a los anarquistas la crítica del parlamentarismo, y sobre esta base asombrosamente juiciosa han declarado que *toda* crítica del parlamentarismo es ¡¡"anarquismo"!! No tiene nada de extraño que el proletariado de los países parlamentarios "adelantados", lleno de asco al ver a "socialistas" como los Scheidemann, los David, los Legien, los Sembat, los Renaudel, los Henderson los Vandervelde, los Stauning, los Branting, los Bissolati, y Cía., haya puesto cada vez más sus simpatías en el anarcosindicalismo, a pesar de que éste es hermano carnal del oportunismo.

Mas para Marx la dialéctica revolucionaria no fue nunca esa vacua frase de moda, esa bagatela en que la han convertido Plejánov, Kautsky y otros. Marx sabía romper implacablemente con el anarquismo por la incapacidad de éste para aprovechar hasta el "establo" del parlamentarismo burgués –sobre todo cuando se sabe que no existe una situación revolucionaria–, pero, al mismo tiempo, sabía también hacer una crítica auténticamente revolucionaria, proletaria, del parlamentarismo.

Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el Parlamento: he aquí la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, no solo en las monarquías constitucionales parlamentarias, sino en las repúblicas más democráticas.

Pero si planteamos la cuestión del Estado, si enfocamos el parlamentarismo –como una institución del Estado– desde el punto de vista de las tareas del proletariado en este terreno, ¿dónde está, entonces, la salida del parlamentarismo? ¿Cómo es posible prescindir de él?

Hay que decirlo una y otra vez: las enseñanzas de Marx, basadas en la experiencia de la Comuna, están tan olvidadas, que para el "socialdemócrata moderno" (léase: para el actual traidor al socialismo) es sencillamente incomprensible otra crítica del parlamentarismo que no sea la anarquista o la reaccionaria.

La salida del parlamentarismo no está, naturalmente, en abolir las instituciones representativas y la elegibilidad, sino en transformar las instituciones representativas de lugares de charlatanería en corporaciones "de trabajo". "La Comuna no había de ser una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo".

"No una corporación parlamentaria, sino una corporación de trabajo": ¡este tiro va derecho al corazón de los parlamentarios modernos y de los "perrillos falderos" parlamentarios de la socialdemocracia! Fijaos en cualquier país parlamentario, de Norteamérica a Suiza, de Francia a Inglaterra, Noruega, etc.: la verdadera labor "estatal" se hace entre bastidores y la ejecutan los ministerios, las oficinas, los Estados Mayores. En los parlamentos no se hace más que charlar, con la finalidad especial de embaucar al "vulgo". Y tan cierto es esto, que hasta en la República Rusa, república democrático-burguesa, antes de haber conseguido crear un verdadero Parlamento, se han puesto de relieve en seguida todas estas lacras del parlamentarismo. Héroes del filisteísmo podrido como los Skóbelev y los Tsereteli, los Chernov y los Avxéntiev se las han arreglado para envilecer hasta los Soviets, según el patrón del más sórdido parlamentarismo burgués, convirtiéndolos en lugares de charlatanería huera. En los Soviets, los señores ministros "socialistas" engañan a los ingenuos aldeanos con frases y con resoluciones. En el gobierno se desarrolla un rigodón continuo, de una parte, para "cebar" alternativamente, con puestecitos bien retribuidos y honrosos, al mayor número posible de eseristas y mencheviques y, de otra, para "distraer la atención" del pueblo. ¡Mientras tanto, en las oficinas y en los Estados Mayores "se lleva a cabo" la labor "estatal"!

*Dielo Naroda*, órgano del Partido gobernante, de los "socialistas revolucionarios", reconocía no hace mucho en un editorial –con esa sinceridad inimitable de la gente de la "buena sociedad" en la que "todos" ejercen la prostitución política– que hasta en los ministerios regentados por "socialistas" (¡perdonad la expresión!), que hasta en estos ministerios ¡todo el aparato burocrático sigue siendo, de hecho, viejo, funcionando a la antigua y saboteando con absoluta "libertad" las iniciativas revolucionarias! Y aunque no tuviésemos esta confesión, ¿acaso no lo demuestra la historia real de la participación de los eseristas y los mencheviques en el gobierno? Lo único que hay de característico en esto es que los señores Chernov, Rusánov, Zenzínov y demás redactores del *Dielo Naroda*, en asociación ministerial con los demócratas constitucionalistas, han perdido el pudor hasta tal punto que no se avergüenzan de decir públicamente, sin rubor, como si se tratase de una pequeñez, ¡¡que en "sus" ministerios todo está igual que antes!! Para engañar a los campesinos ingenuos, frases revolucionario-democráticas, y para complacer a los capitalistas, el papeleo burocrático-oficinesco: he ahí la *esencia* de la "honorable" coalición.

La Comuna sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de opinión y de discusión no degenera en engaño, pues aquí los parlamentarios tienen que trabajar ellos mismos, tienen que ejecutar ellos mismos sus leyes, tienen que comprobar ellos mismos los resultados, tienen que responder directamente ante sus electores. Las

instituciones representativas continúan, pero *desaparece* el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputados. Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aún la democracia proletaria; sin parlamentarismo, sí puede y *debe* concebirse, si la crítica de la sociedad burguesa no es para nosotros una frase vacua, si la aspiración a derrocar el dominio de la burguesía es en nosotros una aspiración seria y sincera, y no una frase "electoral" para cazar los votos de los obreros, como lo es en los labios de los mencheviques y los eseristas, como lo es en los labios de los Scheidemann y los Legien, los Sembat y los Vandervelde.

Es sobremanera instructivo que, al hablar de las funciones de *aquella* burocracia que necesita la Comuna y la democracia proletaria, Marx tome como punto de comparación a los empleados de "cualquier otro patrono", es decir, una empresa capitalista corriente, con "obreros, inspectores y contables".

En Marx no hay ni rastro de utopismo, pues no inventa ni saca de su fantasía una "nueva" sociedad. No, Marx estudia, como un proceso histórico-natural, cómo *nace* la nueva sociedad *de* la vieja, estudia las formas de transición de la segunda a la primera. Toma la experiencia real del movimiento proletario de masas y se esfuerza por sacar las enseñanzas prácticas de ella. "Aprende" de la Comuna como no temieron aprender todos los grandes pensadores revolucionarios de la experiencia de los grandes movimientos de la clase oprimida ni les dirigieron nunca "sermones" pedantescos (por el estilo del: "No se debía haber empuñado las armas", de Plejánov, o del: "Una clase debe saber moderarse", de Tsereteli).

No cabe hablar de la abolición de la burocracia de golpe, en todas partes y hasta sus últimas raíces. Esto es una utopía. Pero *destruir* de golpe la vieja máquina burocrática y comenzar acto seguido a construir otra nueva, que permita ir reduciendo gradualmente a la nada toda burocracia, *no es* una utopía; es la experiencia de la Comuna, es la tarea directa, inmediata, del proletariado revolucionario.

El capitalismo simplifica las funciones de la administración "del Estado", permite desterrar la "administración jerárquica" y reducirlo todo a una organización de los proletarios (como clase dominante) que toma a su servicio, en nombre de toda la sociedad, a "obreros, inspectores y contables".

No somos utopistas. No "soñamos" en cómo podrá prescindirse *de golpe* de todo gobierno, de toda subordinación; estos sueños anarquistas, basados en la incomprensión de las tareas de la dictadura del proletariado, son fundamentalmente ajenos al marxismo y, de hecho, solo sirven para aplazar la Revolución Socialista hasta el momento en que los hombres sean distintos. No, nosotros queremos la Revolución Socialista con hombres como los de hoy, con hombres que no puedan arreglárselas sin subordinación, sin control, sin "inspectores y contables".

Pero a quien hay que someterse es a la vanguardia armada de todos los explotados y trabajadores: al proletariado. La "administración jerárquica" específica de los funcionarios del Estado puede y debe comenzar a sustituirse inmediatamente, de la noche a la mañana, por las simples funciones de "inspectores y contables", funciones que ya hoy son plenamente accesibles al nivel de desarrollo de los habitantes de las ciudades y que pueden ser perfectamente desempeñadas por el "salario de un obrero".

Organicemos la gran producción nosotros *mismos*, los obreros, partiendo de lo que ha sido creado ya por el capitalismo, basándonos en nuestra propia experiencia de trabajo, estableciendo una disciplina rigurosísima, férrea, mantenida por el Poder estatal de los obreros armados; reduzcamos a los funcionarios públicos al papel de simples ejecutores de nuestras directivas, al papel de "inspectores y contables" responsables, amovibles y modestamente retribuidos (en unión, naturalmente, de los técnicos de todos los géneros, tipos y grados): ésa es *nuestra* tarea proletaria, por ahí se puede y se debe *empezar* cuando se lleve a cabo la revolución proletaria. Este comienzo, sobre la base de la gran producción, conduce por sí mismo a la "extinción" gradual de toda burocracia, a la creación gradual de un orden –orden sin comillas, orden que no se parecerá en nada a la esclavitud asalariada–, de un orden en que las funciones de inspección y de contabilidad, cada vez más simplificadas, se ejecutarán por todos siguiendo un turno, se convertirán luego en costumbre y, por último, desaparecerán como funciones *especiales* de una capa especial de la población.

Un ingenioso socialdemócrata alemán de la década del 70 del siglo pasado dijo que *el correo* era un modelo de economía socialista. Esto es muy exacto. Hoy, el correo es una empresa organizada al estilo de un monopolio *capitalista* de Estado. El imperialismo va transformando poco a poco todos los trusts en organizaciones de este tipo. En ellos vemos esa misma burocracia burguesa entronizada sobre los "simples" trabajadores, agobiados por el trabajo y hambrientos. Pero el mecanismo de la administración social está ya preparado aquí. No hay más que derrocar a los capitalistas, destruir, con la mano férrea de los obreros armados, la resistencia de estos explotadores, romper la máquina burocrática del Estado moderno, y tendremos ante nosotros un mecanismo de alta perfección técnica, libre del "parásito" y perfectamente susceptible de ser puesto en marcha por los mismos obreros unidos, contratando a técnicos, inspectores y contables y retribuyendo el trabajo de *todos* éstos, como el de *todos* los funcionarios "del Estado" en general, con el salario de un obrero. He aquí una tarea concreta, una tarea práctica, inmediatamente realizable con respecto a todos los trusts, que libera a los trabajadores de la explotación y que tiene en cuenta la experiencia iniciada ya prácticamente (sobre todo en el terreno de la organización del Estado) por la Comuna.

Organizar *toda* la economía nacional como lo está el correo, para que los técnicos, los inspectores, los contables y *todos* los funcionarios en general perciban sueldos que no sean superiores al "salario de un obrero", bajo el control y la dirección del proletariado armado: ése es nuestro objetivo inmediato. Ese es el Estado que necesitamos y la base económica sobre la que debe descansar. Eso es lo que darán la abolición del parlamentarismo y la conservación de las instituciones representativas; eso es lo que librará a las clases trabajadoras de la prostitución de estas instituciones por la burguesía.

## 4. Organización de la unidad de la nación

> "... En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser... la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña". "Las comunas elegirían también la "delegación nacional" de París.
>
> "... Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central no se suprimirían –como se ha dicho, falseando de intento la verdad–, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables...
>
> "... No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el Poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria"... "Mientras que los órganos puramente represivos del viejo Poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirlas a los servidores responsables de esta sociedad".

Hasta qué punto los oportunistas de la socialdemocracia actual no han comprendido –tal vez fuera más exacto decir que no han querido comprender– estos razonamientos de Marx, lo revela mejor que nada el libro erostráticamente célebre del renegado Bernstein *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Refiriéndose a las citadas palabras de Marx, Bernstein escribía que en ellas se desarrolla un programa "que, por su contenido político, presenta, en todos los rasgos esenciales, grandísima semejanza con el federalismo de Proudhon... Pese a todas las demás diferencias que separan a Marx y al "pequeñoburgués" Proudhon (Bernstein pone "pequeñoburgués" entre comillas, queriendo darle una intención irónica), en estos puntos el curso de sus pensamientos es lo más afín que cabe". Naturalmente, prosigue Bernstein, la importancia de las municipalidades ya en aumento, pero "a mí me parece dudoso que la primera tarea de la democracia

sea esta abolición (*Auflösung* literalmente: disolución) de los Estados modernos y la transformación completa (*Umwandlung* cambio radical) de su organización, tal como Marx y Proudhon la conciben (formación de la Asamblea Nacional con delegados de las asambleas provinciales o regionales, integradas a su vez por delegados de las comunas), desapareciendo completamente todas las formas anteriores de las representaciones nacionales" (Bernstein *Las premisas*, págs. 134 y 136, edición alemana de 1899).

Esto es sencillamente monstruoso: ¡confundir las concepciones de Marx sobre la "destrucción del Poder estatal, del parásito", con el federalismo de Proudhon! Pero esto no es casual, pues al oportunista no se le pasa siquiera por las mientes que aquí Marx no habla en manera alguna del federalismo por oposición al centralismo, sino de la destrucción de la vieja máquina burguesa del Estado, existente en todos los países burgueses.

Al oportunista solo se le viene a las mientes lo que ve en torno suyo, en medio del filisteísmo mezquino y del estancamiento "reformista", a saber: ¡solo las "municipalidades"! El oportunista ha perdido la costumbre de pensar siquiera en la revolución del proletariado.

Esto es ridículo. Pero lo curioso es que nadie haya discutido con Bernstein acerca de este punto. Bernstein fue refutado por muchos, especialmente por Plejánov en la literatura rusa y por Kautsky en la europea, pero *ni* el uno *ni* el otro han hablado de *esta* tergiversación de Marx por Bernstein.

El oportunista se ha desacostumbrado hasta tal punto de pensar en revolucionario y de reflexionar acerca de la revolución, que atribuye a Marx el "federalismo", confundiéndole con Proudhon, el fundador del anarquismo. Y Kautsky y Plejánov, que pretenden pasar por marxistas ortodoxos y defender la doctrina del marxismo revolucionario, ¡guardan silencio acerca de esto! Aquí encontramos una de las raíces de ese extraordinario bastardeamiento de las ideas acerca de la diferencia entre marxismo y anarquismo, bastardeamiento característico tanto de los kautskianos como de los oportunistas y del que habremos de hablar todavía.

En los citados pasajes de Marx sobre la experiencia de la Comuna, no hay ni rastro de federalismo. Marx coincide con Proudhon precisamente en algo que no ve el oportunista Bernstein. Marx discrepa de Proudhon precisamente en aquello en que Bernstein ve una afinidad.

Marx coincide con Proudhon en que ambos abogan por la "destrucción" de la máquina moderna del Estado. Esta coincidencia del marxismo con el anarquismo (tanto con el de Proudhon como con el de Bakunín) no quieren verla ni los oportunistas ni los kautskianos, pues los unos y los otros han desertado del marxismo en este punto.

Marx discrepa de Proudhon y de Bakunin precisamente en la cuestión del federalismo (no hablando ya de la dictadura del proletariado). El federalismo es una derivación de principio de las concepciones pequeñoburguesas del anarquismo. Marx es centralista. En los pasajes suyos citados más arriba no se aparta lo más mínimo del centralismo. ¡Solo quienes se hallen poseídos de la "fe supersticiosa" del filisteo en el Estado pueden confundir la destrucción de la máquina estatal burguesa con la destrucción del centralismo!

Y bien, si el proletariado y los campesinos pobres toman el Poder del Estado, se organizan de un modo absolutamente libre en comunas y *unifican* la acción de todas las comunas para dirigir los golpes contra el capital, para aplastar la resistencia de los capitalistas, para entregar a *toda* la nación, a toda la sociedad, la propiedad privada sobre los ferrocarriles, las fábricas, la tierra, etc., ¿acaso esto no será el centralismo? ¿Acaso esto no será el más consecuente centralismo democrático y, además, un centralismo proletario?

A Bernstein no le cabe, sencillamente, en la cabeza que sea posible el centralismo voluntario, la unión voluntaria de las comunas en la nación, la fusión voluntaria de las comunas proletarias para aplastar la dominación burguesa y la máquina estatal burguesa. Para Bernstein, como para todo filisteo, el centralismo es algo que solo puede venir de arriba, que solo puede ser impuesto y mantenido por la burocracia y el militarismo.

Marx subraya intencionadamente, como previendo la posibilidad de que sus ideas fuesen tergiversadas, que el acusar a la Comuna de querer destruir la unidad de la nación, de querer suprimir el Poder central, es una falsedad consciente. Marx usa intencionadamente la expresión "organizar la unidad de la nación" para contraponer el centralismo consciente, democrático, proletario, al centralismo burgués, militar, burocrático.

Pero... no hay peor sordo que el que no quiere oír. Y los oportunistas de la socialdemocracia actual no quieren, en efecto, oír hablar de la destrucción del Poder estatal, de la eliminación del parásito.

## 5. La destrucción del Estado parásito

Hemos citado ya, y vamos a completarlas aquí, las palabras de Marx relativas a este punto.

> "... Es habitual que a las nuevas creaciones históricas –escribió Marx– se las tome por una reproducción de las formas viejas, y aun caducas, de vida social con las cuales las nuevas instituciones presentan cierta semejanza. También esta nueva Comuna, que destruye (*bricht:* rompe) el Poder estatal moderno, ha sido considerada como una resurrección de la comuna medieval…, como una federación de pequeños Estados (Montesquieu, los girondinos)..., como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo...

> ... El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas, que hasta entonces venía absorbiendo el "Estado", excrecencia parasitaria que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia...
>
> ... EI régimen comunal colocaría a los productores del campo bajo la dirección espiritual de las capitales de sus provincias, ofreciéndoles aquí, en los obreros de la ciudad, los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, como algo evidente, un régimen de autonomía local, pero ya no como contrapeso a un Poder estatal que ahora sería superfluo".

"Destrucción del Poder estatal", que era una "excrecencia parasitaria"; "amputación", "destrucción" de él; "un Poder estatal que ahora sería superfluo": así se expresa Marx al hablar del Estado, valorando y analizando la experiencia de la Comuna.

Todo esto fue escrito hace casi medio siglo, y ahora hay que proceder a verdaderas excavaciones para llevar a la conciencia de las grandes masas un marxismo no falseado. Las conclusiones que permitió hacer la observación de la última gran revolución vivida por Marx fueron dadas al olvido precisamente al llegar el momento de las siguientes grandes revoluciones del proletariado.

> "... La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, *un gobierno de la clase obrera*, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo...
>
> Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido una imposibilidad y una impostura..." .

Los utopistas se dedicaron a "descubrir" las formas políticas bajo las cuales debía producirse la transformación socialista de la sociedad. Los anarquistas se han desentendido del problema de las formas políticas en general. Los oportunistas de la socialdemocracia actual han tomado las formas políticas burguesas del Estado democrático parlamentario como un límite insuperable y se han roto la frente de tanto prosternarse ante este "modelo", considerando como anarquismo toda aspiración a *romper* estas formas.

Marx dedujo de toda la historia del socialismo y de las luchas políticas que el Estado deberá desaparecer y que la forma transitoria para su desaparición (la forma de Marx dedujo de toda la historia del socialismo y de las luchas políticas que el Estado deberá desaparecer y que la forma transitoria para su desaparición

(la forma de transición del Estado al no Estado) será "el proletariado organizado como clase dominante". Pero Marx no se proponía *descubrir las formas* políticas de este futuro. Se limitó a hacer una observación precisa de la historia de Francia, a su análisis y a la conclusión a que llevó el año 1851: se avecina la *destrucción* de la máquina estatal burguesa.

Y cuando estalló el movimiento revolucionario de masas del proletariado, Marx, a pesar del revés sufrido por este movimiento, a pesar de su fugacidad y de su patente debilidad, se puso a estudiar qué formas *había revelado*.

La Comuna es la forma "descubierta, al fin", por la revolución proletaria, bajo la cual puede lograrse la emancipación económica del trabajo.

La Comuna es el primer intento de la revolución proletaria de *destruir* la máquina estatal burguesa, y la forma política, "descubierta, al fin", que puede y debe *sustituir* a lo destruido.

Más adelante, en el curso de nuestra exposición, veremos que las revoluciones rusas de 1905 y 1917 prosiguen, en otras circunstancias, bajo condiciones diferentes, la obra de la Comuna y confirman el genial análisis histórico de Marx.

## 3. Los bolcheviques deben tomar el Poder[4]

### Carta al Comité Central y a los Comités de Petrogrado y Moscú del POSD(b) de Rusia

Después de haber conquistado la mayoría en los Soviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales, los bolcheviques pueden y *deben* tomar en sus manos el Poder del Estado.

Pueden, pues la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de ambas capitales es suficiente para arrastrar a las masas, vencer la resistencia del enemigo, derrotarlo, conquistar el Poder y sostenerse en él; pueden, pues al proponer en el acto la paz democrática, entregar en el acto la tierra a los campesinos y restablecer las instituciones y libertades democráticas, aplastadas y destrozadas por Kerenski, los bolcheviques formarán un gobierno que *nadie* podrá derrocar.

La mayoría del pueblo nos *apoya*. Así lo ha demostrado el largo y difícil camino recorrido desde el 6 de mayo hasta el 31 de agosto y hasta el 12 de septiembre[5]: la mayoría en los Soviets de ambas capitales es el *fruto* de la evolución del pueblo *hacia nosotros*. Lo mismo demuestran las vacilaciones de los eseristas y mencheviques y el fortalecimiento de los internacionalistas entre ellos.

La Conferencia Democrática *no* representa a la mayoría del pueblo revolucionario, sino *únicamente a las cúspides pequeño-burguesas conciliadoras.* No debemos dejarnos engañar por las cifras de las elecciones, pues el quid de la cuestión no está en las elecciones: comparad las de las Dumas urbanas de Petrogrado y Moscú y las de los Soviets. Comparad las elecciones en Moscú y la huelga moscovita del 12 de agosto: ahí tenéis los datos objetivos referentes a la mayoría de los elementos revolucionarios que guían a las masas.

La Conferencia Democrática engaña a los campesinos, no dándoles ni la paz ni la tierra.

El gobierno bolchevique es el único que satisfará a los campesinos.

---

[4] Las cartas de Lenin "Los bolcheviques deben tomar el Poder" y "El marxismo y la insurrección" fueron discutidas en la reunión celebrada por el Comité Central del Partido Bolchevique el 15 (28) de septiembre de 1917. Kámenev, que se pronunció contra las directrices acerca de la insurrección armada dadas por Lenin es estas cartas históricas, propuso que fueran ocultadas al Partido y destruidos todos los ejemplares de las mismas. La proposición de Kámenev fue rechazada. El Comité Central envió las cartas de Lenin a las organizaciones más importantes del Partido Bolchevique.

[5] Las fechas citadas por Lenin se refieren a los siguientes acontecimientos: el 6 (19) mayo fue hecha pública la composición del primer Gobierno Provisional de coalición; el 31 de agosto (13 de septiembre), el Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado aprobó una resolución bolchevique que exigía la formación de un Gobierno soviético; el 12 (25) de septiembre era la fecha fijada por el CEC de los Soviets de diputados obreros y soldados y el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados campesinos de toda Rusia, ambos de tendencia eserista-menchevique, para la inauguración de la Conferencia Democrática. Dicha Conferencia se celebró en Petrogrado del 14 al 22 de septiembre (27 de septiembre-5 de octubre) de 1917.

* * *

¿Por qué deben tomar los bolcheviques el Poder precisamente *ahora*?

Porque la inminente entrega de Petrogrado hará cien veces más difíciles nuestras posibilidades.

Y existiendo un ejército encabezado por Kerenski y Cía., *no estamos en condiciones* de impedir la entrega de Petrogrado.

No se puede "esperar" a la Asamblea Constituyente, ya que Kerenski y Cía. *podrán frustrarla* siempre con esa misma entrega de Petrogrado. Solo nuestro Partido, tomando el Poder, puede asegurar la convocatoria de la Asamblea Constituyente y, después de tomar el Poder, acusará de demora a los demás Partidos y demostrará su acusación.[6]

La paz por separado entre los imperialistas ingleses y alemanes puede y debe ser impedida únicamente si se actúa con rapidez.

El pueblo está cansado de las vacilaciones de los mencheviques y eseristas. Solo nuestra victoria en ambas capitales hará que los campesinos nos sigan.

* * *

No se trata del "día" de la insurrección, de su "momento", en el sentido estrecho de la palabra. Eso lo decidirá únicamente la voluntad común de los que *tienen contacto* con los obreros y los soldados, con *las masas*.

Se trata de que nuestro Partido tiene ahora, de hecho, en la Conferencia Democrática *su Congreso*, y este Congreso *debe* (quiéralo o no, pero debe) decidir el *destino de la revolución*.

Se trata de hacer clara esta *tarea* para el Partido: plantear a la orden del día la *insurrección armada* en Petrogrado y Moscú (comprendida la región), conquistar el Poder, derribar el gobierno. Hay que pensar en *cómo* hacer agitación en pro de esta tarea, sin expresarse así en la prensa.

Recordad y reflexionad sobre las palabras de Marx respecto a la insurrección: "la insurrección es un arte"[7], etc.

* * *

Es ingenuo esperar la mayoría "formal" de los bolcheviques: ninguna revolución espera *eso*. Tampoco lo espera Kerenski y Cía., sino que preparan la entrega de

[6] El Gobierno Provisional anunció la convocatoria de la Asamblea Constituyente en su declaración del 2 (15) de marzo de 1917; se fijó la fecha de las elecciones para el 17 (30) de septiembre del mismo año. Sin embargo, el Gobierno Provisional aplazó la convocatoria de la Asamblea, anunciando que las elecciones de demoraban hasta el 12 (25) de noviembre. La Asamblea Constituyente fue abierta por el Gobierno soviético el 5 (18) de enero de 1918 en Petrogrado. En vista de que la Asamblea Constituyente se negó a discutir la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado* y a ratificar los decretos del II Congreso de los Soviets acerca de la paz, la tierra y el paso del Poder a los Soviets, fue disuelta el 6 (19) de enero de 1918 por acuerdo del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia.

[7] Véase F. Engels. *Revolución y contrarrevolución en Alemania*.

Petrogrado. ¡Precisamente las ruines vacilaciones de la "Conferencia Democrática" deben agotar y agotarán la paciencia de los obreros de Petrogrado y Moscú! La historia no nos perdonará si no tomamos ahora el Poder.

¿Que no existe un aparato? Ese aparato existe: los Soviets y las organizaciones democráticas. La situación internacional *precisamente* ahora, en *vísperas* de la paz por separado de los ingleses y alemanes, *nos es favorable*. Precisamente ahora, proponer la paz a los pueblos significa *triunfar*.

Tomando el Poder simultáneamente en Moscú y Petrogrado (no importa quién empiece; quizá pueda empezar incluso Moscú), triunfaremos *de modo absoluto y seguro*.

N. Lenin

Escrito el 12-14 (25-27) de septiembre de 1917. Publicado por vez primera en 1921, en el núm. 2 de la revista *Proletárskaya Revolutsia*.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, págs. 239-241.

## 4. ¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?[8]

Escrito a finales de septiembre - 1 (14) de octubre de 1917. Publicado en octubre de 1917 en el núm. 1-2 de la revista *Prosveschenie*.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 58 ed. en ruso, t. 34, págs. 287-339.

[8] Lenin escribió el artículo "¿Se sostendrán los Bolcheviques en el Poder?" en Víborg entre fines de septiembre y el 1 (14) de octubre de 1917. Se publicó por primera vez en octubre de 1917 en el número 1-2 de la revista *Prosveschenie* (*La Ilustración*). *Prosveschenie:* revista teórica mensual de los bolcheviques que se publicó legalmente en Petersburgo desde diciembre de 1911 hasta junio de 1914. Su tirada llegaba a 5000 ejemplares.
Esta revista se fundó a iniciativa de Lenin, quien encargó a Máximo Gorki la dirección de la sección literaria. Lenin dirigía la revista, redactaba los artículos y mantenía una correspondencia regular con los miembros del consejo de Redacción desde París, y luego desde Cracovia y Porónino.
Desde las páginas de la revista, Lenin desenmascaraba a los oportunistas "liquidadores, otzovistas y trotskistas"y a los nacionalistas burgueses, explicaba la lucha de la clase obrera en las condiciones del nuevo auge revolucionario y propagaba las consignas bolcheviques en la campaña electoral para la IV Duma de Estado; criticaba el revisionismo y el centrismo de los Partidos de la II Internacional. La revista *Prosveschenie* desempeñó un gran papel en la educación marxista internacionalista de los obreros de vanguardia de Rusia. En vísperas de la primera guerra mundial, en junio de 1914, fue clausurada por el gobierno zarista. En el otoño de 1917 se reanudó su publicación, pero no salió más que un número (doble).

## Prólogo a la segunda edición

Como se desprende del texto, el presente folleto fue escrito entre finales de septiembre y el 1º de octubre de 1917.

La Revolución del 25 de Octubre ha hecho pasar la cuestión planteada en este folleto del dominio de la teoría al de la práctica.

A esta cuestión hay que responder ahora con actos, y no con palabras. Los argumentos teóricos contra el Poder bolchevique son endebles hasta el extremo y han sido rebatidos.

La tarea consiste en estos momentos en demostrar con la *práctica* de la clase de vanguardia –el proletariado– la vitalidad del Gobierno Obrero y Campesino. Todos los obreros conscientes, todo lo que hay de vivo y honesto en el seno del campesinado, todos los trabajadores y explotados pondrán en tensión todas sus energías para resolver prácticamente esta cuestión histórica de la más alta trascendencia.

¡Manos a la obra, manos a la obra todos, la causa de la Revolución Socialista mundial debe vencer y vencerá!

Petersburgo, 9 de noviembre de 1917.
N. Lenin

Publicado en 1918 en el folleto: N. Lenin. *¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?*, "Biblioteca del soldado y del campesino". Petersburgo.
Se publica según el texto del folleto.

¿En qué coinciden todas las tendencias, desde *Riech* hasta *Nóvaya Zhizn* inclusive, desde los demócratas constitucionalistas partidarios de Kornílov hasta los semibolcheviques, *todos*, menos los bolcheviques?

Todos están de acuerdo en que los bolcheviques jamás se atreverán a hacerse cargo ellos solos de todo el Poder del Estado, o, si se atreven y se llegan a adueñar de él, no lograrán mantenerlo ni durante un período de tiempo fugaz.

Y si alguien objetase que el problema de la toma de todo el Poder del Estado por los bolcheviques solos es un problema político completamente irreal, que solo puede cobrar realidad en la presunción más absurda de algún "fanático", refutaremos esta objeción reproduciendo al pie de la letra las manifestaciones de los Partidos y tendencias políticas más responsables e influyentes de distintos "matices".

Pero antes diremos dos palabras acerca de la primera de las cuestiones planteadas: ¿se atreverán los bolcheviques a tomar ellos solos todo el Poder del Estado? Ya en el Congreso de los Soviets de toda Rusia, en una interrupción que hube de hacer a uno de los discursos ministeriales de Tsereteli[9], tuve ocasión de contestar a esa pregunta con un categórico "sí". Y no sé que los bolcheviques hayan dicho nunca, ni en la prensa ni de palabra, que no debamos tomar nosotros solos el Poder. Sigo sosteniendo el punto de vista de que un Partido político en general, y en particular el Partido de la clase de vanguardia, no tendría derecho a existir, sería indigno de considerarse como un Partido y representaría en todos los aspectos un triste cero a la izquierda, si renunciase al Poder en momentos en que tiene la posibilidad de conquistarlo.

Recojamos ahora las manifestaciones de los demócratas constitucionalistas, eseristas y semibolcheviques (aunque yo diría mejor bolcheviques en una cuarta parte) respecto al problema que nos ocupa.

El 16 de septiembre leíamos en el artículo editorial de *Riech*:

> "... En la sala del Teatro Alejandro reinaban el desacuerdo y la confusión, y la prensa socialista ofrece el mismo cuadro. Solo la posición de los bolcheviques se distingue por su carácter concreto y rectilíneo. En la Conferencia, éstos representan la posición de la minoría; en los Soviets constituyen una corriente cada vez más fuerte. Pero, no obstante todo su ardor oratorio, pese a sus frases jactanciosas, a su ostentosa confianza en sí mismos, los bolcheviques, exceptuando unos cuantos fanáticos, solo son valientes de palabra. Por su propia iniciativa, jamás intentarían hacerse cargo de "todo el Poder". Desorganizadores

[9] El hecho que recuerda Lenin tuvo lugar el 4 (17) de junio de 1917 en la sesión del I Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia. Durante un discurso del menchevique Tsereteli, ministro del Gobierno Provisional, quien afirmó que en Rusia no existía ningún Partido político que aceptara tomar en sus manos todo el Poder, Lenin contestó desde su escaño que ese Partido existía, refiriéndose al Partido Bolchevique.

> y destructores por excelencia, son en el fondo cobardes, y allá en lo profundo de su alma están perfectamente convencidos de su ignorancia y de lo efímero de sus triunfos de hoy. Saben, tan bien como todos nosotros, que el primer día de su triunfo definitivo sería a la vez el primer día de su rápido ocaso. Irresponsables por naturaleza, anarquistas por sus métodos y procedimientos, no se les puede concebir más que como una de las tendencias del pensamiento político, mejor dicho, como una de sus aberraciones. El mejor método para librarse por muchos años del bolchevismo, para extirparlo, sería poner los destinos del país en manos de sus líderes. Y si no fuese por la conciencia de lo inadmisible y funesto de semejantes experimentos, la desesperación podría llevarle a uno a emplear ese remedio heroico. Por fortuna, repetimos, estos tristes héroes del día no aspiran, ni mucho menos, a adueñarse realmente de todo el Poder. En ninguna circunstancia son capaces de una labor creadora. Por eso, todo su espíritu concreto y rectilíneo se circunscribe a la esfera de la tribuna política, al campo de la fraseología mitinesca. Prácticamente, su posición no puede ser tomada en consideración desde ningún punto de vista. Sin embargo, en un solo sentido tiene cierta eficacia real: en que concita contra su actitud a todos los demás matices del "pensamiento socialista"...".

Así piensan los demócratas constitucionalistas. Veamos ahora cuál es el punto de vista del Partido más importante de Rusia, del Partido "dominante y gobernante", del Partido de los "socialistas revolucionarios", punto de vista mantenido también en un artículo sin firma, y por tanto editorial, de *Dielo Naroda*, órgano oficial de ese Partido, en el número del 21 de septiembre:

> "... Si la burguesía no accede a colaborar con la democracia, entretanto que la Asamblea Constituyente se reúne, sobre la base de la plataforma refrendada por la Conferencia, *la coalición deberá surgir en el seno de la Conferencia*. Es, para los defensores de la coalición, un duro sacrificio, *pero con ello tienen también que estar necesariamente de acuerdo los que abogan por la idea de una "línea pura" del Poder*. Pero tememos que no se llegue en este punto a una inteligencia. En este caso, cabe una tercera y última combinación: el Poder *deberá* ser organizado por aquel sector de la Conferencia que ha defendido en *principio* la idea de que es necesario un Poder homogéneo.
>
> Digámoslo sin ambages: *los bolcheviques se verán obligados a formar gobierno*. Fueron ellos quienes, con la mayor energía, infundieron a la democracia revolucionaria el odio contra la coalición, prometiéndole todas las bienandanzas después de la eliminación de la "política de componendas" y atribuyendo a esa política todos los males que aquejaban al país.
>
> Si se daban cuenta del alcance de su *agitación*, si *no engañaban a las masas están obligados* a recoger ahora las letras que libraron a diestro y siniestro.

El problema está planteado con claridad.

Y es inútil que se esfuercen por atrincherarse detrás de cualquier teoría improvisada para demostrar la imposibilidad de la toma del Poder.

La democracia no aceptará esas teorías.

Pero, al mismo tiempo, es necesario que los partidarios de la coalición les garanticen todo su apoyo. He ahí las tres combinaciones, los tres caminos que se abren ante nosotros. ¡Más caminos, más combinaciones no hay!". (Subrayado por el propio *Dielo Naroda*).

Así piensan los eseristas. Veamos ahora, por último, cuál es la "posición", si puede darse ese nombre al intento de sentarse entre dos sillas, de los "bolcheviques en una cuarta parte" de *Nóvaya Zhizn*, según el editorial publicado por este periódico el 23 de septiembre:

"... Restaurar la coalición con Konoválov y Kishkín equivaldría sencillamente a una nueva capitulación de la democracia y a la revocación del acuerdo adoptado por la Conferencia acerca de la formación de un Poder responsable a base de la plataforma del 14 de agosto...

Un gobierno homogéneo de mencheviques y eseristas no se sentiría obligado a rendir cuentas, como no se sintieron obligados a ello los ministros socialistas responsables del gabinete de coalición... Un gobierno de ese tipo no solo no sería capaz de reunir en torno suyo las "fuerzas vivas" de la revolución, sino que no podría tampoco contar ni con el mínimo apoyo activo de su vanguardia, del proletariado.

No obstante, no sería una solución mejor, sino, por el contrario, peor todavía, la constitución de un gabinete homogéneo de otro tipo, de un gobierno "del proletariado y de los campesinos pobres"; en realidad no sería una solución, sino sencillamente un fracaso. Por cierto, nadie lanza semejante consigna, preconizada solamente en alguna que otra casual y tímida observación de *Rabochi Put*, observaciones que son luego sistemáticamente "explicadas"".

(Con este "valor" escriben, faltando con descaro a la verdad, publicistas responsables, que se han olvidado hasta del artículo editorial publicado el 21 de septiembre por *Dielo Naroda*...).

"... Formalmente, los bolcheviques han resucitado ahora la consigna de "Todo el Poder a los Soviets", consigna que abandonaron después de las jornadas de julio, cuando los Soviets, por medio de su Comité Ejecutivo Central, abrazaron de una manera resuelta la senda de una activa política antibolchevique. Pero hoy, no solo puede considerarse enderezada la "línea del Soviet", sino que hay muchas razones para suponer que el proyectado Congreso de los Soviets arrojará una mayoría bolchevique. En estas condiciones, la consigna de "Todo el Poder

a los Soviets", resucitada por los bolcheviques, representa una "línea táctica" encaminada directamente a la dictadura del proletariado y de los "campesinos pobres". Claro está que por Soviets se entienden también los Soviets de diputados campesinos, y de esta manera la consigna bolchevique presupone un Poder apoyado en la inmensa mayoría de toda la democracia de Rusia. Pero, en este caso, la consigna de "Todo el Poder a los Soviets" pierde su sentido propio, toda vez que, dada su composición, viene a identificar casi a los Soviets con el "Anteparlamento" formado por la Conferencia...." (Esta afirmación de *Nóvaya Zhizn* es una mentira desvergonzada, equivalente a afirmar que la imitación y falsificación de la democracia son "casi idénticas" a la misma democracia. El tal Anteparlamento es una *mixtificación* en que se quiere hacer pasar la voluntad de una minoría del pueblo, particularmente la de Kuskova, Berkenheim, los Chaikovski y Cía., por la voluntad de la mayoría del pueblo. Esto en primer lugar. En segundo lugar, hasta los Soviets campesinos, adulterados por los Avxéntiev y los Chaikovski, han arrojado en la Conferencia un contingente tan elevado de adversarios de la coalición, que, junto con los Soviets de diputados obreros y soldados, originarían un *fracaso seguro de la coalición*. En tercer lugar, "el Poder a los Soviets" significa que el Poder de los Soviets campesinos se extendería primordialmente en el campo, y en éste quedaría asegurada la preponderancia de los campesinos *pobres*). "... Si lo uno equivale a lo otro, es menester retirar inmediatamente del orden del día la consigna bolchevique. Y si la consigna del "Poder a los Soviets" no hace más que encubrir la dictadura del proletariado, ese Poder representará en realidad el fracaso y el naufragio de la revolución.

¿Hace falta demostrar que, en la situación actual, extraordinariamente complicada, el proletariado, aislado no solo de las demás clases del país, sino también de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia, no conseguirá adueñarse técnicamente del aparato del Estado ni ponerlo en marcha, ni será políticamente capaz de hacer frente al empuje de todas las fuerzas enemigas que barrerá no solo la dictadura del proletariado, sino, con ella, toda la revolución?

El único Poder que hoy responde a las exigencias del momento es una coalición realmente honrada dentro de la democracia".

* * *

El lector nos perdonará estos largos extractos, no podíamos prescindir de ellos. Era necesario exponer con toda exactitud la posición de los distintos Partidos hostiles a los bolcheviques. Era necesario demostrar con toda exactitud el hecho extraordinariamente importante de que *todos* esos Partidos han reconocido, no ya como un problema perfectamente real, sino más aún como un problema

actual, como un problema del día, la toma de todo el Poder del Estado por los bolcheviques solos.

Pasemos ahora al análisis de los argumentos en que se apoyan "todos", desde los demócratas constitucionalistas hasta los de *Nóvaya Zhizn*, para llegar al convencimiento de que los bolcheviques no podrán sostenerse en el Poder.

Un periódico tan serio como *Riech* no aduce absolutamente ningún argumento. No hace más que echar sobre los bolcheviques un chorro de insultos de los más escogidos y furibundos. El pasaje que citamos demuestra, entre otras cosas, cuán profundamente erróneo sería pensar que si *Riech* "provoca" a los bolcheviques a que tomen el Poder hay que responder: "¡Mucho cuidado, camaradas, pues si el enemigo lo aconseja, es seguro que no nos conviene!". Si, en vez de analizar con sentido práctico todas las razones, lo mismo las de carácter general que las de orden concreto, nos dejamos "convencer" de que la burguesía nos "provoca" a la toma del Poder, saldremos burlados por ella, pues bien puede asegurarse que la burguesía, henchida de odio, dirá siempre que la toma del Poder por los bolcheviques producirá desgracias sin fin; gritará siempre furiosa que "para deshacerse de los bolcheviques de una vez y "por muchos años", lo mejor es dejarles tomar el Poder, para luego aniquilarlos por completo". Estos clamores, si se quiere, también constituyen una "provocación", pero a la inversa. Los demócratas constitucionalistas y los burgueses no nos "aconsejan", ni nos "han aconsejado" jamás que tomemos el Poder; lo que hacen es intentar *amedrentarnos* con los supuestos problemas irresolubles del Poder.

No, no debemos dejarnos amedrentar por los clamores de los burgueses aterrados. Debemos tener siempre presente que jamás nos hemos planteado problemas sociales "insolubles" y que los problemas *perfectamente* susceptibles de solución de los pasos inmediatos al socialismo, única salida de una situación muy difícil, *solo los resolverá* la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres. Hoy más que nunca y más que en parte alguna, el proletariado de Rusia, si se adueña del Poder, tiene asegurada la victoria y, además, una victoria firme.

Examinemos con un criterio puramente práctico las circunstancias *concretas* que hacen desfavorable tal o cual factor, pero sin dejarnos intimidar ni un solo instante por los furiosos bramidos de la burguesía y sin olvidar que el problema de la toma de todo el Poder por los bolcheviques pasa a ser realmente el *problema del día*. Hoy es inconmensurablemente más peligroso para nuestro Partido olvidar esto que considerar "prematura" la toma del Poder. En este sentido, ahora no puede haber nada "prematuro"; todas las probabilidades hablan a favor, y entre un millón, seguramente, no habrá más que una o dos que hablen en contra.

Por lo que a los insultos rabiosos de *Riech* se refiere, podemos y debemos repetir:

¡No es en el suave tributo del aplauso,

sino en la voz tonante del odio y de la ira
donde buscamos nuestro homenaje![10]

El hecho de que la burguesía nos odie de un modo tan furibundo es uno de los signos más evidentes de la verdad de que indicamos con acierto al pueblo el camino y los medios para derrocar el dominio de la burguesía.

* * *

*Dielo Naroda*, esta vez, por rara excepción, no se ha dignado honrarnos con sus insultos, pero tampoco nos ofrece ni sombra de argumentación. Solo intenta *amedrentarnos* indirectamente, mediante alusiones, con la perspectiva de que "los bolcheviques se verán obligados a formar gobierno". Admito por completo que, al tratar de atemorizarnos, los eseristas mismos están sinceramente asustados, muertos de pánico ante el espectro de los liberales asustados. Asimismo admito que los eseristas logren infundir miedo a ciertos bolcheviques, en alguno que otro organismo muy elevado y muy podrido, como el Comité Ejecutivo Central y las comisiones de "contacto" semejantes a él (es decir, en las comisiones que mantienen relación con los demócratas constitucionalistas o, por decirlo en términos más sencillos, que se codean con ellos). Y me explico que así sea, pues, en primer lugar, en todos estos Comités Ejecutivos Centrales, en el "Anteparlamento", etc., la atmósfera es repulsiva y asfixiante hasta dar náuseas, y respirar esos aires durante largo tiempo es pernicioso para *toda* persona, y, en segundo lugar, porque la sinceridad es contagiosa, y un filisteo sinceramente aterrado es capaz de convertir, por cierto tiempo, en filisteo hasta a un revolucionario.

Pero, por muy "humanamente" explicable que sea ese pánico sincero del eserista a quien ha cabido la desgracia de ser ministro con los demócratas constitucionalistas o de estar a la disposición de éstos como ministrable, no por ello deja de ser un error político, error que puede muy fácilmente rayar en traición al proletariado, el dejarse aterrar. ¡Vengan vuestros argumentos prácticos, señores! ¡No esperéis que nos dejemos aterrar por vuestro pánico!

* * *

Por esta vez no encontramos argumentos prácticos más que en *Nóvaya Zhizn*, Por esta vez, dicho periódico asume el papel de abogado de la burguesía, que le sienta mucho mejor que el de defensor de los bolcheviques, manifiestamente "comprometedor" para esta dama agradable en todos los aspectos.[11]

Seis son los argumentos que aduce dicho abogado:

1. El proletariado "está aislado de las demás clases del país".

[10] Lenin cita los versos de N. Nekrásov *Dichoso es el poeta sin malicia*.

[11] *Dama agradable en todos los aspectos*: personaje de la obra del escritor ruso N. Gógol *Almas muertas.*

2. El proletariado "está aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia".

3. "No conseguirá adueñarse técnicamente del aparato del Estado".

4. "No será capaz de poner en marcha" ese aparato.

5. "La situación es extraordinariamente complicada".

6. El proletariado "no será capaz de hacer frente a todo el empuje de las fuerzas enemigas que barrerá no solo la dictadura del proletariado, sino, con ella, toda la revolución".

El primer argumento de *Nóvaya Zhizn* es torpe hasta el ridículo, pues en la sociedad capitalista y semicapitalista no conocemos más que tres clases: la burguesía, la pequeña burguesía (cuyo principal exponente son los campesinos) y el proletariado. Pues bien, ¿qué sentido tiene hablar del aislamiento del proletariado respecto a las demás clases, cuando en realidad se trata de la lucha del proletariado contra la burguesía, de la revolución contra la burguesía?

*Nóvaya Zhizn* quiso decir probablemente que el proletariado está aislado de los campesinos, pues no iba a referirse aquí a los terratenientes. Pero no podía tampoco decir clara y taxativamente que el proletariado está en la actualidad aislado de los campesinos, porque la falsedad de semejante afirmación es tan evidente que salta a los ojos.

Difícilmente podrá concebirse ningún país capitalista en que el proletariado –y en momentos, adviértase bien, de revolución *contra la burguesía*- esté menos aislado de la pequeña burguesía que lo está hoy el proletariado de Rusia. Como datos objetivos e indiscutibles que lo confirman, tenemos los últimos resultados de la votación *a favor y en contra* de la coalición con la burguesía obtenidos en las "curias" de la "Duma bulyguiniana" de Tsereteli,[12] o sea de la célebre Conferencia "Democrática". Las curias de los Soviets arrojaron los resultados siguientes:

| | A favor de la coalición | En contra |
|---|---|---|
| Soviets de diputados obreros y soldados | 83 | 192 |
| Soviets de diputados campesinos | 102 | 70 |
| Total | 185 | 262 |

Como se ve, la mayoría, en su conjunto, ha votado a favor de la consigna proletaria, es decir, *en contra* de la coalición con la burguesía. Y ya hemos visto que hasta los demócratas constitucionalistas se ven obligados a reconocer la influencia

[12] *Duma de Bulyguin*: "organismo representativo" consultivo que el gobierno zarista prometió convocar en 1905. El proyecto de ley creando la Duma consultiva de Estado y el reglamento electoral para la Duma fueron elaborados por una comisión que presidía Bulyguin, ministro del Interior, y publicados el 6 (19) de agosto de 1905. Los bolcheviques declararon y llevaron a cabo el boicot de la Duma bulyguiniana. El gobierno no consiguió convocar la Duma, que fue barrida por la huelga política general de octubre.

creciente de los bolcheviques en los Soviets. Téngase en cuenta, además, que se trata de una Conferencia convocada por los que hasta ayer eran líderes en los Soviets, por los eseristas y mencheviques, que cuentan con una mayoría segura en las instituciones centrales. Es evidente que estos datos *no acusan en todo su alcance* la superioridad *efectiva* de los bolcheviques dentro de los Soviets.

Los bolcheviques cuentan ya hoy con la *mayoría* dentro de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, con la *mayoría del pueblo*, con la mayoría de la pequeña burguesía, tanto en lo referente a la coalición con la burguesía como en lo tocante a la entrega inmediata de las tierras señoriales a los comités de campesinos. *Rabochi Put*, en su número 19, del 24 de septiembre, cita, tomándolos del número 25 de *Znamia Trudá*,[13] órgano de los eseristas, los datos de la Conferencia de los Soviets locales de diputados campesinos, celebrada en Petrogrado el 18 de septiembre. En esta Conferencia se pronunciaron a favor de la coalición, sin restricciones, los comités ejecutivos de cuatro Soviets campesinos (los de las provincias de Kostromá, Moscú, Sámara y Táurida). En favor de la coalición, sin los demócratas constitucionalistas, se pronunciaron los comités ejecutivos de *tres* provincias (de Vladímir, de Riazán y del Mar Negro) y de *dos* ejércitos. En cambio, votaron en contra de la coalición los comités ejecutivos de *veintitrés* provincias y de *cuatro* ejércitos.

*¡De modo que la mayoría de los campesinos es contraria a la coalición!*

He ahí el pretendido "aislamiento del proletariado".

Por lo demás, es necesario subrayar que a favor de la coalición se pronunciaron tres provincias distantes del centro, la de Samara, la de Táurida y la del Mar Negro, donde es relativamente grande el número de campesinos ricos y de grandes terratenientes que emplean obreros asalariados, y también cuatro provincias industriales (las de Vladímir, Riazán, Kostromá y Moscú), en las que la burguesía rural es también más fuerte que en la mayoría de las provincias de Rusia. Sería interesante reunir datos más detallados acerca de este punto y averiguar si existen pormenores relativos precisamente a los campesinos *pobres* en las provincias donde el campesinado es más "*rico*".

Otro dato interesante es que, en los "grupos nacionales", los adversarios de la coalición cuentan con una mayoría muy importante. 40 votos contra 15. La política anexionista y brutalmente opresora del bonapartista Kerenski y consortes contra las naciones que no tienen plenitud de derechos en Rusia, ha dado sus frutos. La gran masa de la población de las naciones oprimidas, es decir, su masa pequeñoburguesa, confía más en el proletariado de Rusia que en la burguesía, pues

[13] *Znamia Trudá (La Bandera del Trabajo)*: diario eserista de izquierda. Empezó a publicarse el 23 de agosto (5 de septiembre) de 1917 como órgano del Comité de Petrogrado del Partido eserista. Después de I Congreso eserista de izquierda de toda Rusia pasó a ser su órgano central. Clausurado en julio de 1918 durante la sublevación antisoviética de los eseristas de izquierda.

la historia ha puesto sobre el tapete en nuestro país la lucha por la emancipación de las naciones oprimidas contra las naciones que las oprimen. Y si la burguesía ha traicionado infamemente la causa de la libertad de las naciones oprimidas, el proletariado permanece fiel a esta causa.

El problema nacional y el problema agrario son, en la actualidad, los problemas cardinales para las masas pequeñoburguesas de la población de Rusia. Esto es indiscutible. Y el proletariado "*no* se halla aislado", ni mucho menos, ante ninguno de los dos problemas. Tiene consigo a la mayoría del pueblo. *Solo* el proletariado es capaz de mantener ante estos dos problemas una política tan resuelta, tan verdaderamente "democrático-revolucionaria", que el Poder proletario del Estado no solo se ganaría inmediatamente el apoyo de la mayoría de la población, sino que provocaría una verdadera tempestad de entusiasmo revolucionario en las masas. Pues las masas, por vez primera, no encontrarían en el gobierno una opresión despiadada de los campesinos por los terratenientes, de los ucranianos por los rusos, como sucedía bajo el zarismo, ni una tendencia –disfrazada con frases altisonantes– a seguir esa misma política bajo la república, ni enredos, afrentas, embrollos leguleyescos, dilaciones, zancadillas y evasivas (que es todo lo que Kerenski puede ofrecer a los campesinos y a las naciones oprimidas), sino una cálida simpatía demostrada con hechos, medidas prontas y revolucionarias contra los terratenientes, la inmediata restauración de la *plena* libertad de Finlandia, de Ucrania, de Bielorrusia, de los musulmanes, etc.

Los señores eseristas y mencheviques lo saben perfectamente y por lo mismo procuran utilizar a los dirigentes semidemócratas constitucionalistas de las cooperativas en auxilio de su política democrático-*reaccionaria* aplicada *contra* las masas. Por eso no se atreverán jamás a consultar a las masas, a realizar un referéndum o tan siquiera una simple votación en todos los Soviets y organizaciones locales acerca de determinados puntos de la política práctica, por ejemplo, acerca de si todas tierras señoriales deben o no pasar inmediatamente a manos de los comités campesinos, acerca de si debe o no darse satisfacción a tales o cuales reivindicaciones de los finlandeses o de los ucranianos, etc.

Y en cuanto al problema de la paz, problema cardinal de toda la vida actual, dicen que el proletariado "está aislado de las demás clases"... En realidad, el proletariado actúa aquí como un representante de *toda* la nación, de todo lo que hay de vital y honrado en *todas* las clases, como representante de la inmensa mayoría de la pequeña burguesía, pues solo el proletariado, *en cuanto* conquiste el Poder, ofrecerá a todos los pueblos beligerantes una paz justa, solo el proletariado tomará medidas verdaderamente *revolucionarias* (publicación de los tratados secretos, etc.) para conseguir cuanto antes una paz lo más justa posible.

No. Los señores de *Nóvaya Zhizn*, que claman acerca del aislamiento del proletariado, solo expresan con ello su propio pánico subjetivo, infundido por la

burguesía. La situación objetiva en Rusia es indudablemente tal que *precisamente hoy* es cuando el proletariado *no* está "aislado" de la mayoría de la pequeña burguesía. Es precisamente hoy, después de la triste experiencia de la "coalición", cuando el proletariado cuenta con las simpatías de la *mayoría* del pueblo. Esta condición necesaria para que los bolcheviques se sostengan en el Poder *existe*.

* * *

El segundo argumento consiste en decir que el proletariado está "aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia". No hay manera de saber qué se quiere decir con eso. Debe ser probablemente "griego", como suelen decir en casos semejantes los franceses.

Los escritores de *Nóvaya Zhizn* son gente ministrable. Harían magníficos ministros en un gobierno democonstitucionalista, pues lo que se les exige a esos ministros es precisamente talento para amasar bellas frases, pulidas y que no digan absolutamente nada, pero con ayuda de las cuales se pueda disfrazar cualquier infamia y que, por tanto, tienen asegurado el aplauso de los imperialistas y de los socialimperialistas. Las gentes de *Nóvaya Zhizn* pueden estar seguras del aplauso de los demócratas constitucionalistas, de Breshkóvskaya, de Plejánov y Cía., como premio a su afirmación de que el proletariado está aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia. Pues, *indirectamente*, con eso viene a decirse –o, por lo menos, esas palabras se interpretan como si lo dijesen– que los demócratas constitucionalistas, Breshkóvskaya, Plejánov, Kerenski y Cía. son "las fuerzas vivas de la democracia".

Pero eso es falso. Son fuerzas muertas. La historia de la coalición lo ha demostrado.

Las gentes de *Nóvaya Zhizn*, intimidadas por la burguesía y por el ambiente burgués-intelectual, reputan "viva" el ala *derecha* de los eseristas y mencheviques, representada por *Volia Naroda,*[14] *Edinstvo*, etc., y que no se distingue en nada sustancial de los demócratas constitucionalistas. En cambio, nosotros consideramos como vivo solo lo que se asocia a las masas y no a los kulaks, solo lo que se ha apartado de la coalición, repelido por sus enseñanzas. Las "fuerzas eficaces y vivas" de la democracia pequeñoburguesa están representadas por el ala izquierda de los eseristas y mencheviques. El afianzamiento de esa ala izquierda, sobre todo después de la contrarrevolución de julio, es uno de los síntomas objetivos más seguros de que el proletariado *no* está aislado.

Así lo demuestran, con mayor claridad todavía, las oscilaciones más recientes de los eseristas centristas hacia la izquierda, confirmadas por la declaración hecha

[14] *Volia Naroda (La Voluntad del Pueblo)*: órgano diario del ala derecha del Partido eserista. Se editó en Petrogrado en 1917. Fue suspendido en noviembre de 1917, después de lo cual apareció con otros títulos, siendo clausurado definitivamente en febrero de 1918.

el 24 de septiembre por Chernov, diciendo que su grupo no podía apoyar la nueva coalición con Kishkín y Cía. Estas oscilaciones hacia la izquierda manifestadas entre los eseristas centristas, que hasta aquí venían siendo la aplastante mayoría de los representantes del Partido eserista –del Partido que va en cabeza y predomina por el número de votos obtenidos en las ciudades y, sobre todo, en el campo–, demuestran que las manifestaciones de *Dielo Naroda* que más arriba citábamos, según la cuales la democracia debía, en ciertas condiciones, "garantizar su pleno apoyo" a un gobierno puramente bolchevique, son, en todo caso, algo más que simples frases.

Hechos como el de la negativa de los eseristas centristas a apoyar la nueva coalición con Kishkín, o la preponderancia de los *adversarios* de la coalición entre los *mencheviques defensistas* en provincias (Zhordania, en el Cáucaso, etc.), son una prueba objetiva de que una parte de las masas que hasta ahora siguen a los mencheviques y a los eseristas, *apoyará* a un gobierno puramente bolchevique.

Es precisamente de las fuerzas *vivas* de la democracia de las que no está aislado hoy el proletariado de Rusia.

* * *

Tercer argumento: el proletariado "no conseguirá adueñarse técnicamente del aparato del Estado". Es quizá el argumento más corriente y generalizado. Merece que se le consagre la mayor atención no solo por esta causa, sino porque atañe a una de las tareas más *importantes* y más *arduas* con que habrá de enfrentarse el proletariado victorioso. Estas tareas, sin duda alguna, serán muy difíciles; pero si nosotros, que nos llamamos socialistas, señalásemos esta dificultad solo para *esquivar* el cumplimiento de semejantes tareas, en la práctica se borraría toda diferencia entre nosotros y los criados de la burguesía. La dificultad de las tareas de la revolución proletaria debe servir para estimular a los partidarios del proletariado a un estudio más atento y más concreto de los medios para cumplir esas tareas.

Por aparato del Estado se entiende, ante todo, el ejército permanente, la policía y los funcionarios. Cuando los escritores de *Nóvaya Zhizn* afirman que el proletariado no podrá adueñarse técnicamente de ese aparato, revelan la más crasa ignorancia, a la par que la falta de deseo de tener en cuenta la realidad de la vida y las consideraciones hechas ya hace mucho tiempo en las publicaciones bolcheviques.

Los colaboradores de *Nóvaya Zhizn* se consideran todos, si no precisamente marxistas, por lo menos conocedores del marxismo, socialistas cultos. Pues bien, Marx, basándose en la experiencia de la Comuna de París enseña que el proletariado *no puede* simplemente tomar posesión de la máquina del Estado ya existente y ponerla en marcha para sus propios fines; que el proletariado debe

*destruir* esa máquina y sustituirla por otra nueva (de eso trato más por extenso en un trabajo, cuyo primer cuaderno está ya terminado y que pronto se publicará con el título: *El Estado y la Revolución. La doctrina del marxismo sobre el Estado y las tareas del proletariado en la revolución*). Esa nueva máquina del Estado fue creada por la Comuna de París, y los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos de Rusia representan también un "aparato del Estado" *del mismo tipo*. Este hecho lo he venido señalando reiteradamente desde el 4 de abril de 1917 y a él se refieren también los acuerdos de las conferencias bolcheviques e igualmente nuestras publicaciones. *Nóvaya Zhizn*, naturalmente, podía haberse declarado en completo desacuerdo tanto con Marx como con los bolcheviques, pero no eludir de lleno este problema, ya que hacer esto un periódico que con tanta frecuencia y tan desdeñosamente reprocha a los bolcheviques el no asumir, según él, posición seria ante problemas difíciles, equivale a otorgarse un certificado de pobreza espiritual.

El proletariado *no* puede "adueñarse" del "aparato del Estado" y "ponerlo en marcha". Pero sí puede *destruir* todo lo que hay de opresor, de rutinario, de incorregiblemente burgués en el antiguo aparato del Estado, sustituyéndolo por uno nuevo, por *su propio aparato*. Este aparato lo constituyen precisamente los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

No se puede dejar de señalar como absolutamente monstruoso el que *Nóvaya Zhizn* se haya olvidado por completo de este "aparato del Estado". Las gentes de *Nóvaya Zhizn*, que razonan teóricamente de este modo, proceden en el campo de la teoría política, en sustancia, como los demócratas constitucionalistas en el terreno de la práctica política. En efecto, si el proletariado y la democracia revolucionaria *no necesitan* ningún nuevo aparato del Estado, entonces los Soviets pierden toda razón de ser, todo derecho a la existencia, y siendo así, ¡los demócratas constitucionalistas partidarios de Kornílov *tienen razón* cuando pretenden reducir a la nada a los Soviets!

Este monstruoso error teórico y la ceguera política de *Nóvaya Zhizn* son tanto más abominables, cuanto que hasta los mencheviques internacionalistas (con quienes *Nóvaya Zhizn* fue a las últimas elecciones de la Duma municipal de Petrogrado formando un bloque), en esta cuestión, se aproximan en cierto grado a los bolcheviques. Así, en la declaración de la mayoría de los Soviets, leída por el camarada Mártov en la Conferencia Democrática, se dice:

> "... Los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, creados en los primeros días de la revolución por el potente impulso del verdadero genio creador del pueblo, han formado la nueva armazón del sistema de Estado revolucionario, que ha venido a sustituir a la armazón caduca del sistema de Estado del viejo régimen...".

Es un modo de expresarse demasiado elegante, es decir, lo ampuloso de la expresión encubre aquí la falta de claridad del pensamiento político. Los Soviets *no* han sustituido todavía a la vieja "armazón" y esta vieja "armazón" *no* es el sistema de Estado del viejo régimen, sino el sistema de Estado *tanto* del zarismo *como* de la república burguesa. Sin embargo, Mártov se sitúa aquí a mucha mayor altura que la gente de *Nóvaya Zhizn*.

Los Soviets son un nuevo aparato del Estado que, en primer lugar, proporciona la fuerza armada de los obreros y de los campesinos, fuerza que no está, como lo estaba la del viejo ejército permanente, apartada del pueblo, sino ligada a él del modo más estrecho; en el sentido militar, esta fuerza es incomparablemente más poderosa que las anteriores; en el sentido revolucionario, no puede ser reemplazada por ninguna otra. En segundo lugar, este aparato proporciona una ligazón tan estrecha e indisoluble con las masas, con la mayoría del pueblo, una ligazón tan fácil de controlar y renovar, que en vano buscaremos nada análogo en el viejo aparato del Estado. En tercer lugar, este aparato, por ser elegibles y revocables a voluntad del pueblo, sin formalidades burocráticas, los hombres que lo integran, es mucho más democrático que los aparatos anteriores. En cuarto lugar, este aparato asegura una sólida ligazón con las profesiones más diversas, facilitando de este modo, sin burocracia, las más distintas y más profundas reformas. En quinto lugar, constituye una forma de organización de la vanguardia, es decir, de la parte más consciente, más enérgica y más avanzada de las clases *oprimidas*, de los obreros y de los campesinos, siendo de este modo un aparato mediante el cual la vanguardia de las clases oprimidas puede elevar, educar, instruir y llevar tras de sí a *toda la gigantesca masa* de estas clases que hasta hoy permanecía completamente al margen de la vida política, al margen de la historia. En sexto lugar, brinda la posibilidad de conjugar las ventajas del parlamentarismo con las ventajas de la democracia inmediata y directa, es decir, de reunir en la persona de los representantes elegidos por el pueblo la función legislativa *y la ejecución de las leyes*. Comparado con el parlamentarismo burgués, es un avance de trascendencia histórica mundial en el desarrollo de la democracia.

En 1905, nuestros Soviets no fueron, por decirlo así, más que un embrión, pues existieron solo unas semanas. Es evidente que en las condiciones de entonces no podía ni pensarse en su desarrollo completo. Otro tanto acontece en la revolución de 1917, pues el término de varios meses es extremadamente corto y, sobre todo, porque los dirigentes eseristas y mencheviques *prostituían* los Soviets, los convertían en corrillos de parlanchines, en apéndices de la política conciliadora de los caudillos. Bajo la dirección de los Líber, Dan, Tsereteli y Chernov, los Soviets se iban descomponiendo y pudriendo en vida. Los Soviets solo podrán desarrollarse verdaderamente, desplegar a fondo sus fuerzas potenciales y su capacidad al adueñarse de *todo* el Poder del Estado, pues de otro modo *no tienen*

*nada que hacer* y quedan reducidos a simples células embrionarias (estado que no puede durar mucho tiempo) o juguetes. La "dualidad de Poder" es la parálisis de los Soviets.

Si la iniciativa popular de las clases revolucionarias no hubiera creado los Soviets, la revolución proletaria en Rusia se vería condenada al fracaso, pues, con el viejo aparato, el proletariado no podría, indudablemente, mantenerse en el Poder, y en cuanto al nuevo aparato, es imposible crearlo de golpe. La triste historia de la prostitución de los Soviets por Tsereteli y Chernov, la historia de la "coalición", es al mismo tiempo la historia de la emancipación de los Soviets de las ilusiones pequeñoburguesas, de su peregrinación por el "purgatorio" del estudio práctico de toda la vileza y de toda la impureza de *todas y cada una* de las coaliciones burguesas. Confiemos en que el fuego de ese "purgatorio", lejos de debilitar a los Soviets, los haya templado.

* * *

La dificultad principal de la revolución proletaria estriba en realizar en escala nacional el sistema más preciso y concienzudo de contabilidad y control, de *control obrero* sobre la producción y distribución de los productos.

Cuando los escritores de *Nóvaya Zhizn* nos acusaban de caer en el sindicalismo al lanzar la consigna del "control obrero", nos ofrecían un ejemplo típico de la aplicación escolar-simplista de ese "marxismo" no estudiado ni meditado, sino *aprendido de memoria* a la manera de Struve. El sindicalismo desecha la dictadura revolucionaria del proletariado o la relega, lo mismo que el Poder político en general, al último plano. Nosotros, en cambio, la colocamos en primer lugar. Y si, inspirándonos en las ideas de *Nóvaya Zhizn*, dijésemos: "¡*nada* de control obrero, sino control del Estado!", lanzaríamos una frase reformista burguesa, una fórmula que en el fondo sería perfectamente democonstitucionalista, pues los demócratas constitucionalistas no tienen nada que oponer a la *participación* de los obreros en el control del "Estado". Los demócratas constitucionalistas kornilovistas saben muy bien que semejante participación es, para la burguesía, el mejor medio de engañar a los obreros, el mejor método de *sobornar* refinadamente, en el sentido político, a toda esta pandilla de los Gvózdiev, Nikitin, Prokopóvich, Tsereteli y demás.

Cuando nosotros decimos: "control obrero", colocando siempre esta consigna *junto* a la de dictadura del proletariado, *inmediatamente* después de ella, damos a entender con nitidez a qué Estado nos referimos. El Estado es el órgano de la dominación de *una clase*. ¿De qué clase? Si es de la burguesía, es precisamente un sistema de Estado democonstitucionalista-kornilovista-"kerenskiano", a causa del cual el pueblo obrero de Rusia padece hace ya más de medio año el mal kornilovista y kerenskiano. Si es del proletariado, si se trata de un Estado proletario, *es decir*,

de la dictadura del proletariado, entonces *sí puede* el control obrero erigirse en un régimen general, universal, omnipresente, minucioso y concienzudo *de cálculo* de la producción y distribución de los productos.

En ello radica la dificultad principal, la tarea esencial de la revolución proletaria, es decir, de la Revolución Socialista. Sin los Soviets esta tarea sería, a lo menos para Rusia, insoluble. En los Soviets *apunta* esa labor organizativa del proletariado gracias a la cual *se puede* resolver esta tarea de alcance histórico-universal.

Aquí llegamos a otro aspecto del problema relativo al aparato estatal. Además del aparato de "opresión" por excelencia, que forman el ejército permanente, la policía y los funcionarios, el Estado moderno posee un aparato enlazado muy íntimamente con los bancos y los consorcios, un aparato que efectúa, si vale expresarse así, un vasto trabajo de cálculo y registro. Este aparato no puede ni debe ser destruido. Lo que hay que hacer es arrancarlo de la supeditación a los capitalistas, *cortar, romper, desmontar* todos los hilos por medio de los cuales los capitalistas influyen en él, *subordinarlo* a los Soviets proletarios y darle un carácter más vasto, más universal y más popular. Esto *se puede* hacer, apoyándose en las conquistas ya realizadas por el gran capitalismo (así como la revolución proletaria, en general, solo es capaz de lograr su objetivo apoyándose en estas conquistas).

El capitalismo creó *aparatos* de cálculo en forma de bancos, consorcios, el correo, las cooperativas de consumo y los sindicatos de funcionarios. *Sin los grandes bancos, el socialismo sería irrealizable*.

Los grandes bancos *constituyen* el "aparato del Estado" que *necesitamos* para realizar el socialismo y que *tomamos ya formado* del capitalismo; aquí nuestra tarea consiste en *extirpar* todo aquello que *desfigura al modo capitalista* ese magnífico aparato, en hacerlo *aún mayor*, aún más democrático, aún más universal. La cantidad se trocará en calidad. Un banco único del Estado, el más grande de los grandes, con sucursales en cada distrito, en cada fábrica, supone ya nueve décimas partes del aparato *socialista*. Supone una *contabilidad* nacional, un *cálculo* nacional de la producción y distribución de los productos; es, por decirlo así, como el *esqueleto* de la sociedad socialista.

De este "aparato del Estado" (que bajo el capitalismo no es totalmente del Estado, pero que en nuestras manos, bajo el socialismo, será íntegramente del Estado) podemos "apoderarnos" y "ponerlo en marcha" de un solo golpe, con un solo decreto, pues el trabajo efectivo de contabilidad, de control, de registro, de estadística y de cálculo corre aquí a cargo de *empleados*, la mayoría de los cuales son por sus condiciones de vida proletarios o semi proletarios.

Con un solo decreto del gobierno proletario se podrá y se deberá hacer de todos esos empleados funcionarios del Estado, exactamente lo mismo que los perros guardianes del capitalismo, por el estilo de Briand y de otros ministros

burgueses, convierten a los ferroviarios huelguistas, por medio de un decreto, en funcionarios públicos. Nosotros necesitaremos y *podremos* tener semejantes funcionarios del Estado en número mucho más considerable, pues el capitalismo ha simplificado las funciones de cálculo y de control, reduciéndolas a *asientos* relativamente sencillos, al alcance de cualquier persona que sepa leer y escribir.

A condición de que esto se haga bajo el control y la inspección de *los Soviets*, será perfectamente factible, tanto técnicamente (gracias a la labor previa realizada para nosotros por el capitalismo y el capitalismo financiero) como políticamente, convertir en funcionarios del Estado a la masa de los empleados de banca, personal de los consorcios, empleados de comercio, etc., etc.

Contra los altos empleados, que son muy poco numerosos, pero que tienden hacia los capitalistas, no habrá más remedio que proceder con "rigor", lo mismo que contra los capitalistas. Unos y otros opondrán *resistencia*. Esta resistencia habrá que *vencerla*. Y si el inmortalmente ingenuo Peshejónov, ya en junio de 1917, balbuceando como un auténtico "niño político", afirmaba que "la resistencia de los capitalistas ya está vencida", *el proletariado hará en serio una realidad* de esa frase pueril, de esa jactancia infantil, de esa salida propia de un chiquillo.

Nosotros podemos hacerlo, pues se trata de vencer la resistencia de una minoría insignificante de la población, literalmente de un puñado de hombres sobre cada uno de los cuales las organizaciones de empleados, los sindicatos, las cooperativas de consumo y los Soviets establecerán un *control* tal, que cada Tit Títych quedará *cercado* como los franceses en Sedán.[15] A estos Tit Títych los conocemos por sus nombres: no hay más que repasar las listas de los directores, miembros de los consejos de administración, principales accionistas, etc. No pasarán de unos cuantos cientos o, a lo sumo, de unos cuantos miles en *toda* Rusia; el Estado proletario, con el aparato de los Soviets, organizaciones de empleados, etc., puede poner junto a cada uno de ellos a diez y hasta cien encargados de su control, de modo que el *control obrero* (sobre los capitalistas) quizá consiga no ya "vencer", sino *imposibilitar* cualquier resistencia.

La "clave" de la cuestión no consistirá siquiera en la confiscación de bienes de los capitalistas, sino precisamente en el control obrero omnímodo; ejercido en escala nacional, sobre los capitalistas y sus posibles adeptos. La confiscación por sí sola no basta, pues no encierra ningún elemento de organización y de cálculo de una distribución equitativa. Sustituiremos fácilmente la confiscación por la imposición de un gravamen *justo* (aplicando, aunque solo sea, la tarifa de "Shingariov"), pero a condición de excluir la posibilidad de eludir el control, de

[15] *Sedán*: ciudad de Francia, en cuya zona fue derrotado en toda la línea por la tropas prusianas el ejército francés, al mano de Mac-Mahon el 1-2 de septiembre de 1870 durante la guerra franco-prusiana. Cayeron prisioneros más de 100.000 hombres, con el emperador Napoleón III a la cabeza.

ocultar la verdad, de esquivar la ley. Y esto *se conseguirá solo* mediante el control obrero *del Estado obrero*.

*La sindicación obligatoria*, es decir, la organización obligatoria en consorcios bajo el control del Estado, es una medida preparada ya por el capitalismo; ha sido realizada ya en Alemania por el Estado de los junkers y será completamente realizable en Rusia, para los Soviets, para la dictadura del proletariado; he aquí lo que *nos proporcionará un "aparato del Estado"* universal, moderno y exento de todo burocratismo.

* * *

El cuarto argumento de los abogados de la burguesía es que el proletariado no podrá "poner en marcha" el aparato del Estado. Después del anterior, este argumento no dice nada nuevo. Naturalmente, no podríamos adueñarnos del viejo aparato ni ponerlo en marcha. El nuevo aparato, los Soviets, ha sido puesto *ya* en marcha por el "potente impulso del verdadero genio creador del pueblo". Solo es necesario librarlo de las *ataduras* que le impusieron, durante su caudillaje, los líderes eseristas y mencheviques. Este aparato está *ya* en marcha y solo es necesario arrojar de él los monstruosos aditamentos pequeñoburgueses que le impiden marchar a todo vapor, siempre adelante y adelante.

Dos circunstancias hemos de analizar aquí, para completar lo que dejamos expuesto: primero, los nuevos recursos de control creados *no* por nosotros, sino por el capitalismo en su fase militar-imperialista; segundo, la importancia de vigorizar la democracia en la obra de *gobierno* de un Estado de tipo proletario.

El monopolio del trigo y el sistema de racionamiento del pan no fueron implantados por nosotros, sino por el Estado capitalista beligerante. Este ha creado ya, en el marco del capitalismo, el servicio general obligatorio de trabajo, que es un régimen presidiario militar para los obreros. Pero también aquí, como en toda su obra histórica de creación, el proletariado toma sus armas del capitalismo, no las "inventa" ni las "crea de la nada".

El monopolio del trigo, el sistema de racionamiento del pan, el servicio general obligatorio de trabajo son, en manos del Estado proletario, en manos de los Soviets investidos de todo el Poder, el medio más eficaz de cálculo y de control. Un medio que, hecho extensivo a los capitalistas y *a los ricos en general*, aplicado *por los obreros*, representará una fuerza jamás vista en la historia "para poner en marcha" el aparato del Estado, para vencer la resistencia de los capitalistas y para someter a éstos al Estado proletario. Este recurso del control y del *trabajo obligatorio* es más fuerte que las leyes de la Convención[16] y su guillotina. La

[16] Convención: Tercera Asamblea Nacional durante la revolución burguesa francesa de fines del siglo XVIII. La convención fue creada en calidad de máxima institución representativa en Francia como resultado de la insurrección popular del 10 de agosto de 1792, que derrocó la monarquía. Las elecciones

guillotina *solo* servía para intimidar, para vencer la resistencia *activa*. *Y a nosotros no nos basta eso*.

No nos basta, pues no solo necesitamos "intimidar" a los capitalistas, a fin de hacerles sentir la omnipotencia del Estado proletario y de que no se atrevan a pensar en desplegar una resistencia activa contra él. Necesitamos vencer también la resistencia *pasiva*, indudablemente más peligrosa y más nociva todavía. Pero no basta con que venzamos todo género de resistencias, sino que, además, debemos *obligarles a trabajar* dentro de los nuevos límites de organización del Estado. No basta con "echar" a los capitalistas, sino que hay que ponerlos *al nuevo servicio del Estado* (después de deshacernos de los inservibles, de los "resistentes" incorregibles). Y esto se refiere a los capitalistas y también a cierto sector elevado de los intelectuales burgueses, de los funcionarios, etc.

Disponemos de los medios necesarios para ello. El propio Estado capitalista beligerante ha puesto en nuestras manos los medios y las armas. Estos medios son: el monopolio del trigo, el racionamiento del pan y el servicio general obligatorio de trabajo. "El que no trabaja no come": he ahí la norma fundamental, primerísima y más importante que los Soviets de diputados obreros pueden implantar e implantarán tan pronto como se adueñen del Poder.

Cada obrero tiene un carnet de trabajo. No le humilla este documento, aunque *hoy*, indudablemente, es un documento acreditativo de la esclavitud asalariada capitalista, testimonio de que el trabajador a cuyo nombre está extendido pertenece a tal o cual parásito.

Los Soviets implantarán el carnet de trabajo *para los ricos*, y *luego*, paulatinamente, para toda la población (en un país agrario, probablemente, pasará mucho tiempo antes de que el carnet de trabajo sea necesario para la inmensa mayoría de los campesinos). El carnet de trabajo dejará de ser el signo distintivo de los "parias", dejará de ser el documento de las castas "inferiores", prueba de la esclavitud asalariada. Se convertirá en prueba de que en la nueva sociedad no hay "obreros", pero, en cambio, no hay nadie que no sea *trabajador*.

---

a la Convención se celebraron en agosto y septiembre de dicho año. Los diputados elegidos a ella formaron tres grupos: los jacobinos, ala izquierda; los girondinos, ala derecha, y el "pantano", integrado por la mayoría vacilante. El 21 de septiembre, bajo la presión de las masas populares, la Convención proclamó la abolición del Poder del rey en el país y el día 22 proclamó la república. La Convención existió hasta el 26 de octubre de 1795. Su labor más fecunda tuvo lugar en el período de la dictadura jacobina (31 de mayo-2 de junio de 1793-27 de julio de 1794), durante la cual los girondinos fueron expulsados de la Convención. La Convención acabó definitivamente con el feudalismo, reprimió despiadadamente a todos los elementos contrarrevolucionarios y conciliadores y luchó contra la intervención extranjera. Al mismo tiempo, la Convención afirmó la intangibilidad del derecho de propiedad privada.
Después del golpe de Estado contrarrevolucionario del 9 de termidor (27 de julio de 1794) y una vez adoptada la llamada constitución del III año, la Convención termidoriana fue disuelta el 26 de octubre de 1795.

Los ricos deberán recibir del sindicato de obreros o empleados que más afinidad tenga con la esfera de su actividad, un carnet de trabajo, y cada semana, o en los plazos que se determinen, el sindicato correspondiente deberá certificar que cumplen honradamente con su trabajo; sin esta condición no podrán obtener la tarjeta de pan ni víveres en general. Necesitamos –dirá el Estado proletario– buenos organizadores de bancos y consorcios industriales (los capitalistas tienen en este sentido más experiencia, y con gente experta el trabajo marcha mejor), necesitamos cada vez más y más que antes ingenieros, agrónomos, técnicos, especialistas de todo género con una formación científica. A todos estos trabajadores les asignaremos tareas adecuadas a sus fuerzas y a sus hábitos; probablemente no estableceremos sino en forma gradual la igualdad absoluta de la remuneración, dejando a estos especialistas una remuneración más alta para el período de transición, pero los someteremos al control obrero en todos los aspectos de su actividad y conseguiremos la aplicación plena e incondicional del principio de que "el que no trabaja no come". La forma de organización del trabajo no la inventamos, sino que la tomamos ya hecha del capitalismo: bancos, consorcios, las mejores fábricas, estaciones experimentales, academias, etc. No tendremos más que adoptar lo mejor de la experiencia de los países avanzados.

Y, desde luego, no pecaremos en lo más mínimo de utopismo, ni nos saldremos del terreno de las consideraciones prácticas más sensatas, si decimos: toda la clase capitalista nos opondrá la resistencia más tenaz, pero la organización de toda la población en Soviets quedará esa resistencia. A los capitalistas que opongan una resistencia especialmente tenaz, a los más insubordinados, habrá que castigarlos, claro está, con la confiscación de todos sus bienes y con pena de cárcel, pero, en cambio, la victoria del proletariado *multiplicará* los casos como el siguiente, que he leído en *Izvestia* de hoy.

> "El 26 de septiembre se han presentado al Consejo Central de Comités de Fábrica dos ingenieros, declarando que un grupo de colegas suyos ha decidido constituir una asociación de ingenieros socialistas. Considerando que el momento actual es en realidad el comienzo de la revolución social, la asociación se pone a disposición de las masas obreras y desea, en defensa de los intereses de los obreros, actuar de pleno acuerdo con las organizaciones obreras. Los representantes del Consejo Central de Comités de Fábrica han contestado que el Consejo formará con mucho gusto en su organización una sección de ingenieros, cuyo programa contenga las tesis fundamentales de la I Conferencia de Comités de Fábrica sobre el control obrero de la producción. Próximamente se celebrará una reunión conjunta de los delegados del Consejo Central de Comités de Fábrica con el grupo iniciador de la asociación de ingenieros socialistas" (*Izvestia* del 27 de septiembre de 1917)".

* * *

Se nos dice que el proletariado no será capaz de poner en marcha el aparato del Estado.

Después de la revolución de 1905, gobernaban a Rusia 130.000 terratenientes, y gobernaban sobre 150 millones de personas, con un sinfín de violencias, con escarnios sin límites, obligando a una inmensa mayoría a trabajar como forzados y a vivir semihambrientos.

Y ahora resulta que no podrán gobernar a Rusia 240.000 miembros del Partido Bolchevique, gobernar en interés de los pobres y contra los ricos. Esas 240.000 personas tienen ya ahora a su favor, por lo menos, un millón de votos de la población adulta, porque la experiencia de Europa y la de Rusia –por ejemplo, las elecciones de agosto a la Duma de Petrogrado– establecen precisamente esa proporción entre los efectivos del Partido y los sufragios emitidos a su favor. Ya tenemos un "aparato estatal" de *un millón* de personas, fieles al Estado socialista por convicción, y no por embolsar el 20 de cada mes una bonita suma.

Es más, tenemos un "recurso maravilloso" para *decuplicar* en seguida, de golpe, nuestro aparato estatal, un recurso del que nunca ha dispuesto ni puede disponer ningún Estado capitalista. Este recurso maravilloso es la incorporación de los trabajadores, de los pobres, al trabajo cotidiano de dirección del Estado.

Para explicar cuán fácil es de aplicar ese maravilloso recurso, cuán infalible es su eficacia, escogeremos el ejemplo más sencillo y más claro.

El Estado necesita desahuciar de su vivienda, valiéndose de apremio, a una familia, para alojar en ella a otra. Esto lo hace a cada paso el Estado capitalista, y lo hará también nuestro Estado proletario o socialista.

El Estado capitalista desahucia a una familia obrera que, habiendo perdido a la persona que la mantenía, deja de pagar el alquiler. Aparece el alguacil, un policía o un guardia, o un pelotón entero. En un barrio obrero, para ejecutar un desahucio, tiene que acudir un destacamento de cosacos. ¿Por qué? Porque el alguacil y el guardia se niegan a ir sin el auxilio de una nutrida escolta militar. Saben que el espectáculo del desahucio suele provocar en toda la población de los alrededores, en miles y miles de personas, llevadas casi a la desesperación, una ira tan furiosa, un odio tal contra los capitalistas y contra el Estado capitalista, que el alguacil y todo el pelotón de guardias pueden quedar despedazados en un momento. Hacen falta importantes fuerzas armadas, hay que traer a una gran ciudad unos cuantos regimientos, precisamente de alguna zona alejada, para que los soldados no sepan nada de la vida de los pobres de la ciudad, para que no puedan "contagiarse" de socialismo.

El Estado proletario recurre a la coerción para instalar en la vivienda de un rico a una familia extremadamente necesitada. Nuestro destacamento de la milicia

obrera se compone, supongamos, de 15 personas: dos marinos, dos soldados, dos obreros conscientes (bastará que uno de ellos sea miembro de nuestro Partido o simpatizante), un intelectual y ocho trabajadores pobres, y entre ellos, por lo menos, cinco mujeres, criados, peones, etc. El destacamento se presenta en la casa de la familia rica, la revisa y se encuentra con cinco habitaciones ocupadas por dos hombres y dos mujeres. "Ciudadanos –les dicen–, acomódense ustedes por este invierno en dos habitaciones y dejen otras dos para alojar en ellas a dos familias que viven en el sótano. Temporalmente, mientras con la ayuda de los ingenieros (¿usted es ingeniero, verdad?) no hayamos construido buenas viviendas para todos, forzosamente tendrán ustedes que estrecharse un poco. Su teléfono se pondrá a disposición de diez familias, con lo cual se economizarán unas cien horas de trabajo, caminatas por tiendas, etc. Además, hay en su familia dos semiobreros desocupados, que pueden ejecutar un trabajo fácil: una ciudadana de 55 años y un ciudadano de 14. Harán diariamente una guardia de 3 horas para velar por la distribución justa de víveres entre las 10 familias y llevar el correspondiente registro. El ciudadano estudiante que forma parte de nuestro destacamento redactará ahora en dos copias esta orden oficial, y ustedes tendrán la bondad de firmarnos una declaración, por la que se comprometan a cumplirla exactamente".

Tal podría ser, a mi juicio, expuesta en ejemplos concretos, la diferencia entre el aparato y la administración estatal vieja, burguesa, y la nueva, socialista.

Nosotros no somos utopistas. Sabemos que cualquier peón y cualquier cocinera no son capaces ahora mismo de ponerse a dirigir el Estado. En eso estamos de acuerdo con los demócratas constitucionalistas, con Breshkóvskaya y con Tsereteli. Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos por el hecho de que exigimos que se rompa inmediatamente con el prejuicio de que *administrar* el Estado, llevar a cabo el trabajo cotidiano de administración es cosa que solo pueden hacer los ricos o funcionarios procedentes de familias ricas. Nosotros exigimos que el *aprendizaje* de la administración del Estado corra a cargo de obreros y soldados conscientes y que se acometa sin demora, es decir, que se *empiece* inmediatamente a hacer participar en este aprendizaje a todos los trabajadores, a toda la población pobre.

Ya sabemos que los demócratas constitucionalistas están también dispuestos a enseñar al pueblo los principios de la democracia. Las damas democonstitucionalistas están dispuestas a dar conferencias a las criadas sobre la igualdad de derechos de la mujer, inspirándose en las mejores fuentes inglesas y francesas. Y quizá, en un próximo concierto-mitin, miles de espectadores verán en el escenario dar un "ósculo de paz": la señora conferenciante democonstitucionalista besará a Breshkóvskaya, Breshkóvskaya al ex ministro

Tsereteli, y el pueblo, agradecido, aprenderá de este modo prácticamente lo que son la igualdad, la libertad y la fraternidad republicanas...

Sí, reconocemos que los demócratas constitucionalistas, Breshkóvskaya y Tsereteli son, a su modo, fieles a la democracia.Y la predican al pueblo. Pero ¡qué se le va a hacer!, nosotros tenemos una idea algo distinta de la democracia.

A nuestro modo de ver, para mitigar los inauditos sufrimientos y desgracias originados por la guerra, así como para curar las horribles heridas que ésta ha causado al pueblo, se impone una democracia *revolucionaria*, se imponen medidas *revolucionarias*, cabalmente del tipo de la que hemos puesto como ejemplo en la distribución de viviendas en beneficio de los pobres. *Del mismo modo* hay que proceder en la ciudad y en el campo con los víveres, con las prendas de vestir, con el calzado, etc., y en el campo, con la tierra y lo demás. Para administrar el Estado *en este* sentido, podemos *disponer en seguida* de un aparato *estatal* de unos diez millones de hombres, si no veinte, un aparato como jamás lo ha conocido ningún Estado capitalista. Solo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con la adhesión completa, sin reservas, de la inmensa mayoría de la población. Solo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con obreros conscientes, disciplinados por un largo "aprendizaje" capitalista (no en vano hemos estado estudiando en la escuela del capitalismo), obreros que son *capaces* de formar una milicia obrera y de ampliarla *paulatinamente* (comenzando a ampliarla en seguida) hasta convertirla en milicia *general de todo el pueblo*. Los obreros conscientes deben dirigir, pero pueden incorporar a la labor de administración a verdaderas masas de trabajadores y oprimidos.

Claro que no podrán evitarse los errores en los primeros pasos del funcionamiento de ese nuevo aparato; ¿pero es que no cometieron errores los campesinos cuando, al quedar en libertad después de la servidumbre, empezaban a llevar por cuenta propia sus asuntos? ¿Es que hay otro camino para enseñar al pueblo a gobernarse a sí mismo, para evitar los errores, que no sea el de la práctica, el de instaurar inmediatamente un verdadero autogobierno popular? Hoy por hoy, lo más importante es acabar con el prejuicio intelectual burgués según el cual solo pueden gobernar el Estado funcionarios especiales, totalmente dependientes del capital por la posición social que ocupan. Lo principal es poner término a un estado de cosas en que intentan gobernar como en el pasado los burgueses, los funcionarios y los ministros "socialistas" pero que no pueden gobernar, y a los siete meses se encuentran en un país de campesinos, ¡¡con una sublevación en el campo!! Lo más importante es infundir a los oprimidos y a los trabajadores fe en sus propias fuerzas, demostrarles en la práctica que pueden y deben ellos mismos establecer una distribución *justa*, severísimamente reglamentada, organizada, del pan, de todos los alimentos, de la leche, del vestido, de la vivienda, etc., *en interés de los pobres. No hay otro modo* de salvar a Rusia de la quiebra y de la

perdición, y cuando se inicie honrada y decididamente en todas partes la entrega de la administración a proletarios y semiproletarios, se producirá un entusiasmo revolucionario de las masas nunca visto en la historia, se multiplicarán de tal modo las energías del pueblo en su lucha contra las calamidades, que muchas cosas que parecen imposibles a nuestras mezquinas y viejas fuerzas burocráticas serán realizables para las fuerzas de la masa de millones de hombres que *empiecen a trabajar para sí* y no para el capitalista, para el señorito, para el burócrata, y no a la fuerza.

* * *

Relacionado con el problema del aparato del Estado, se halla también el problema del centralismo, que ha sido planteado de un modo muy enérgico y muy poco feliz por el camarada Bazárov, en el número 138 de *Nóvaya Zhizn* del 27 de septiembre, en un artículo titulado *Los bolcheviques y el problema del Poder*.

El camarada Bazárov razona del modo siguiente: "Los Soviets no constituyen un aparato apto para todas las esferas de la vida del Estado", pues una experiencia de siete meses ha demostrado y lo confirman "decenas y cientos de pruebas documentales que obran en la Sección Económica del Comité Ejecutivo de Petersburgo", que los Soviets, aunque en muchos lugares han tenido efectivamente "todo el Poder", "no han podido conseguir en su lucha contra la ruina económica resultados algo satisfactorios". Hace falta un aparato "dividido por ramas de producción, rigurosamente centralizado dentro de cada rama y subordinado a un centro único del Estado". "No se trata –¡fijaos!– de sustituir el viejo aparato, sino solo de reformarlo... por más que los bolcheviques se burlen de los hombres de planes...".

Todos estos razonamientos del camarada Bazárov son, en verdad, asombrosamente torpes, como eco de las ideas de la burguesía, ¡de cuyo punto de vista de clase son reflejo!

En efecto, es sencillamente ridículo (si no es una simple repetición de la interesada mentira de clase de los capitalistas) afirmar que los Soviets hayan tenido jamás en alguna parte de Rusia "todo el Poder". Tener todo el Poder significa poseer todo el suelo, todos los bancos, todas las fábricas, y quien tenga la menor noción de las enseñanzas de la historia y de los datos científicos concernientes a la relación entre la política y la economía, no podrá "olvidar" este hecho tan "insignificante".

El método engañoso de la burguesía consiste en que sin entregar el Poder a los Soviets, saboteando todas sus medidas serias, reteniendo el gobierno en sus manos, conservando el Poder sobre la tierra y sobre los bancos, etc., ¡¡echa luego sobre los hombros de los Soviets la responsabilidad por la ruina económica!! Esta es cabalmente la triste experiencia de la coalición.

Los Soviets no han tenido jamás en sus manos todo el Poder, y sus medidas no han podido ser más que paliativos, aumentando la confusión.

Querer convencer a los bolcheviques, centralistas por convicción y por el programa y por la táctica de todo su Partido, de la necesidad del centralismo, es, verdaderamente, algo que está de más. Si los escritores de *Nóvaya Zhizn* se dedican a trillar en paja de ese modo, esto sucede solo porque no han comprendido en absoluto el sentido ni el alcance de nuestras burlas contra su punto de vista del interés "general del Estado". Y no lo han comprendido porque la gente de *Nóvaya Zhizn* reconoce la teoría de la lucha de clases solo *de palabra* y no por convicción. Repitiendo unas cuantas frases aprendidas de memoria acerca de la lucha de clases, se desvían a cada paso hacia la tendencia teóricamente ridícula y prácticamente reaccionaria de colocarse "por encima de las clases", y llaman a ese servilismo para con la burguesía plan "general del Estado".

El Estado, amables señores, es un concepto de clase. El Estado es un órgano o un instrumento de violencia de una clase sobre otra. Y mientras sea un instrumento mediante el cual la burguesía ejerza la violencia sobre el proletariado, no habrá más consigna proletaria que una: *destruir* ese Estado. Pero cuando el Estado sea proletario, cuando sea para el proletariado un instrumento de violencia sobre la burguesía, entonces seremos partidarios, íntegra e incondicionalmente, de un Poder firme y del centralismo.

O para decirlo en términos más populares: no nos burlamos de los "planes", sino de que Bazárov y Cía. no comprendan que negando el "control obrero", negando la "dictadura del proletariado", lo que hacen es *defender* la dictadura de la burguesía. No hay término medio; el término medio solo es una ilusión vana de los demócratas pequeñoburgueses.

Ninguno de nuestros órganos dirigentes, ningún bolchevique ha tenido nunca nada que oponer al *centralismo* de los Soviets, a su unificación. Ninguno de nosotros tiene nada que oponer a la organización de los comités de fábrica por ramas de producción y a su centralización. Bazárov *ha errado* el tiro.

Nosotros nos burlamos, nos hemos burlado y nos burlaremos, no del "centralismo", no de los "planes", sino del *reformismo*. Porque, después de la experiencia de la coalición, vuestro reformismo es profundamente ridículo. Y decir que "no se trata de sustituir el aparato, sino de reformarlo", es ser reformista, no es convertirse en demócrata revolucionario, sino en demócrata reformista. Pues el reformismo es precisamente eso: una serie de concesiones de la clase gobernante, y *no* su derrocamiento; una serie de concesiones con tal de conservar el Poder en *sus manos*.

Eso es precisamente lo que ha probado el medio año de gobierno de coalición.

Y de eso es de lo que nos burlamos. Sin meditar en la teoría de la lucha de clases, Bazárov se deja captar por la burguesía, que canta a coro: "Sí, señor, eso es;

nosotros precisamente no nos oponemos a las reformas; somos partidarios de que los obreros intervengan en el control general del Estado; estamos perfectamente de acuerdo". Y, *objetivamente*, el bueno de Bazárov hace el oficio de vocero de los capitalistas.

Es lo que ha sucedido y sucederá siempre con las personas que, en situaciones de aguda lucha de clases, pretenden abrazar una posición "intermedia". Su incapacidad para comprender la lucha de clases es justamente lo que hace que la política de los que escriben en *Nóvaya Zhizn* sea un eterno y ridículo vaivén entre la burguesía y el proletariado.

¡Vengan esos "planes", amables ciudadanos! Aquí ya no se trata de política, ya no se trata de lucha de clases; aquí podéis rendir un buen servicio al pueblo. En vuestro periódico colaboran muchos economistas. Uníos a los ingenieros y demás elementos dispuestos a trabajar en los problemas de la regulación de la producción y de la distribución, consagrad el suplemento de vuestro gran "aparato" (de vuestro diario) al estudio práctico de los datos exactos sobre la producción y la distribución de los productos en Rusia, sobre los bancos y los consorcios, etc., etc., y prestaréis un servicio al pueblo; en ese terreno no resultará demasiado funesto vuestro empeño de sentaros entre dos sillas. Esa labor de formación de "planes" no os valdrá ya las burlas, sino la gratitud de los obreros.

Después de triunfar, el proletariado procederá del siguiente modo: encomendará a los economistas, a los ingenieros, a los agrónomos, etc., *bajo el control* de las organizaciones obreras, que elaboren un "plan" y lo comprueben; los pondrá a arbitrar recursos que permitan ahorrar trabajo mediante la centralización, y a estudiar los medios y métodos conducentes a asegurar el control más sencillo, menos costoso, más cómodo y universal. Estos servicios de los economistas, de los empleados de estadística, de los técnicos serán bien retribuidos, pero... no les daremos de comer si no trabajan a conciencia y sin reservas *en interés de los trabajadores*.

Somos partidarios del centralismo y de un "plan", pero de un centralismo y de un plan del Estado *proletario*; partidarios de la reglamentación proletaria de la producción y de la distribución en interés de los pobres, de los trabajadores y explotados, *contra* los explotadores. Y solo estamos dispuestos a reconocer como "plan general del Estado" el que rompa la resistencia de los capitalistas y ponga todo el Poder en manos de la mayoría del pueblo, es decir, en manos de los proletarios y semiproletarios, de los obreros y de los campesinos pobres.

* * *

El quinto argumento consiste en decir que los bolcheviques no podrán sostenerse en el Poder, pues "la situación es extraordinariamente complicada…".

¡Altísima sabiduría! Ellos estarían dispuestos, tal vez, a avenirse a la revolución, pero sin esta "situación extraordinariamente complicada".

Semejantes revoluciones no existen, y los suspiros por tales revoluciones no son más que lamentaciones reaccionarias de intelectuales burgueses. Aunque la revolución comience en una situación que, al parecer, no sea muy complicada, ella misma, al desarrollarse, crea *siempre* una situación *extraordinariamente* complicada. Porque una verdadera revolución, una revolución profunda, "popular", según expresión de Marx[17], es un proceso increíblemente complicado y doloroso de agonía de un régimen social caduco y de alumbramiento de un régimen social nuevo, de un nuevo régimen de vida de decenas de millones de hombres. La revolución es la lucha de clases y la guerra civil más aguda, más furiosa, más encarnizada. En la historia no ha habido ni una sola gran revolución que se haya desarrollado sin guerra civil. Y solo un hombre enfundado[18] puede pensar que una guerra civil es posible sin una "situación extraordinariamente complicada".

Sin situaciones extraordinariamente complicadas no hubieran estallado jamás revoluciones. Y quien teme a los lobos que no se interne en el monte.

En este quinto argumento no hay nada que analizar, pues no contiene razonamientos de carácter económico, ni político; ni ideas de ningún género. Lo único que contiene son los suspiros de hombres a quienes entristece y alarma la revolución. A modo de ilustración de esos suspiros, me permitiré referir aquí, dos pequeños recuerdos personales.

Poco antes de las jornadas de julio tuve una conversación con un ingeniero rico. Este ingeniero había sido, en un tiempo, revolucionario, afiliado al Partido Socialdemócrata, y hasta Bolchevique. Hoy no acierta a contener su temor, su indignación contra los obreros excitados e indómitos. "¡Si fuesen, por lo menos, como los obreros alemanes!" exclama (pues no en vano se trata de un hombre culto, que ha viajado por el extranjero). "Comprendo, naturalmente, que en general la revolución social es inevitable, pero en nuestro país, con este bajo nivel de nuestros obreros a consecuencia de la guerra..., no es una revolución, es ¡el abismo!".

Él estaría dispuesto a reconocer la revolución social si la historia nos llevase a la revolución tan pacífica, tan serena, tan suave y exactamente como un tren rápido alemán llega al andén de una estación. El mozo de tren, muy digno, va abriendo las portezuelas del coche y exclama: "¡Estación Revolución Social! *Alle aussteigen!* (Todo el mundo debe apearse)". En esas condiciones, ¿por qué no dejar

[17] Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 12.IV.1871.

[18] *El hombre enfundado*: personaje del relato homónimo del escritor ruso A. Chéjov. Tipo del pequeño burgués de cortos alcances, que teme toda innovación e iniciativa.

de ser ingeniero al servicio de los señores Tit Títych para pasar a ser ingeniero al servicio de las organizaciones obreras?

Este hombre ha visto huelgas. Sabe qué huracán de pasiones levanta siempre, hasta en los tiempos más pacíficos la más simple huelga. Y se da cuenta, naturalmente, de que ese huracán tiene que ser muchos millones de veces más fuerte cuando la lucha de clases alce a *todo* el pueblo trabajador de un país gigantesco, cuando la guerra y la explotación hayan llevado casi a la desesperación a millones de hombres, martirizados durante siglos por los terratenientes, saqueados y maltratados durante décadas enteras por los capitalistas y los burócratas del zarismo. Comprende "teóricamente" todo eso, lo reconoce *de palabra*; está simplemente amedrentado por la "situación extraordinariamente complicada".

Después de las jornadas de julio, gracias a la atención particular con que me distinguía el gobierno de Kerenski, hube de refugiarme en la clandestinidad. Ocultaban a los nuestros, naturalmente, los obreros. En un apartado suburbio obrero de Petrogrado, en una pequeña vivienda obrera, nos servían la comida. La dueña de la casa pone el pan en la mesa, y el dueño dice: "¡Mira qué magnífico pan! Es que ahora "ellos" no se atreven a darnos pan malo. Ya nos habíamos olvidado de que en Petrogrado podía haber pan bueno".

Me sorprendió aquella apreciación de clase de las jornadas de julio. Mi pensamiento giraba en torno a la significación política de lo sucedido, valoraba el papel de los acontecimientos en la marcha general de las cosas, analizaba de qué situación había brotado aquel zigzag de la historia y qué nueva situación provocaría, cómo debíamos modificar nuestras consignas y nuestro aparato de Partido para adaptarlo a las nuevas circunstancias. Yo, hombre que no ha conocido la miseria, no había pensado en el pan. Para mí, el pan era como algo que brotase por sí mismo, como una especie de producto accesorio del trabajo del escritor. A lo que es la base de todo, a la lucha de clases por el pan, el pensamiento llega, a través del análisis político, siguiendo un camino extraordinariamente complicado y tortuoso.

Y he aquí que un representante de la clase oprimida, aunque fuese uno de los obreros bien pagados e instruidos, ponía el dedo en la llaga con esa sencillez y esa rectitud admirables, con esa firme decisión y esa asombrosa claridad de pensamientos de la que a nosotros, los intelectuales, nos separa una distancia tan grande como de la tierra al cielo. El mundo entero se divide en dos campos: "nosotros", los trabajadores, y "ellos", los explotadores. Ni rastro de perplejidad por lo sucedido: es una de tantas batallas de la prolongada lucha del trabajo contra el capital. Donde se maneja el hacha, saltan astillas.

"¡Qué dolorosa es la "situación extraordinariamente complicada" de la revolución!", piensa y siente el intelectual burgués". "Les" hemos apretado y

"ellos" no se atreven ya a portarse insolentemente como antes. "¡Apretémosles más todavía y los echaremos definitivamente!", piensa y siente el obrero.

* * *

Sexto y último argumento: el proletariado "no será capaz de hacer frente a todo el empuje de las fuerzas enemigas, que barrerá no solo la dictadura del proletariado, sino, con ella, toda la revolución".

No tratéis de amedrentarnos, caballeros, que no lo conseguiréis. Ya hemos visto esas fuerzas enemigas y su empuje en la korniloviada (de la que la kerenskiada no se diferencia en nada). Todo el mundo ha visto, y el pueblo no lo olvida, cómo el proletariado y los campesinos pobres barrieron la korniloviada, en qué lamentable y ridículo atolladero se ven metidos los adeptos de la burguesía y los pocos representantes de los sectores locales de pequeños propietarios de tierra particularmente acomodados y particularmente "enemigos" de la revolución. Exhortando a los obreros a "tomar con paciencia" la kerenskiada (es decir, la korniloviada) y la falsificada Duma tsereteliana-bulyguiniana hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente (¡convocada al amparo de "medidas militares" contra los campesinos sublevados!), *Dielo Naroda*, en su número del 30 de septiembre, repite hasta la saciedad precisamente el sexto argumento de *Nóvaya Zhizn*, gritando hasta enronquecer: "El gobierno de Kerenski no se someterá bajo ningún concepto" (al Poder de los Soviets, al Poder de los obreros y campesinos, al que *Dielo Naroda*, para no ser menos que los héroes de los pogromos y los antisemitas, los monárquicos y los demócratas constitucionalistas, tilda como Poder "de Trotski y Lenin": ¡¡hasta esos recursos son buenos para los eseristas!!).

Pero ni *Nóvaya Zhizn*, ni *Dielo Naroda* conseguirán amedrentar a los obreros conscientes. "El gobierno de Kerenski –decís– no se someterá bajo ningún concepto", es decir, hablando en términos más sencillos, más sinceros y más claros, volverá a repetir la korniloviada. ¡Y los señores de *Dielo Naroda* se atreven a sostener que esto equivaldrá a una "guerra civil" con "perspectivas aterradoras"!

¡No, señores, no conseguiréis engañar a los obreros! No será una guerra civil, sino un motín desesperado de un puñado de kornilovistas. ¿O es que se empeñan en "no someterse" al pueblo y en provocar a todo trance una nueva edición aumentada de lo que sucedió en Víborg con los kornilovistas? Si es eso lo que los eseristas *desean*, si es eso lo que desea Kerenski, miembro del Partido eserista, puede llevar al pueblo a extremos de furia. Pero con eso, señores, no conseguiréis amedrentar a los obreros ni a los soldados.

Es un cinismo sin límites: han falsificado la nueva Duma bulyguiniana, poniendo en su ayuda, mediante manejos sucios, a cooperativistas reaccionarios y a los kulaks del campo e incorporándoles capitalistas y terratenientes (los

llamados elementos del censo), ¡y con esa banda de kornilovistas quieren *sabotear la voluntad* del pueblo, la voluntad de los obreros y campesinos!

¡Han llevado las cosas a tal extremo, que en un país campesino se levanta una oleada de sublevaciones campesinas que lo inunda todo! Imagínense lo que significa provocar una insurrección de campesinos en una república democrática con un 80% de población campesina... El mismo *Dielo Naroda*, periódico de Chernov, órgano del Partido de los "socialistas revolucionarios", que el 30 de septiembre tenía el cinismo de aconsejar "paciencia" a los obreros y campesinos, en su artículo de fondo del 29 de septiembre se había visto obligado a reconocer:

"Hasta hoy, no se ha hecho *casi nada* para acabar con las relaciones de *avasallamiento* que todavía siguen *imperando* en el campo, precisamente en la Rusia central".

Y en el mismo editorial del 29 de septiembre, el propio *Dielo Naroda* dice que "la impronta de Stolypin se deja sentir todavía con fuerza" en los métodos de los "ministros revolucionarios". O, diciéndolo en términos más claros y más sencillos, el periódico llama *stolypinistas* a Kerenski, Nikitin, Kishkín y Cía.

Los "stolypinistas" Kerenski y Cía., que han obligado a los campesinos a sublevarse, adoptan ahora "medidas militares" contra los campesinos y consuelan al pueblo con la convocatoria de la Asamblea Constituyente (aunque Kerenski y Tsereteli ya *han engañado* una vez al pueblo, cuando declararon solemnemente, el 8 de julio, que la Asamblea Constituyente se reuniría el 17 de septiembre, según lo acordado, y luego, *faltando a su palabra*, y hasta obrando en contra del consejo del *menchevique Dan*, aplazaron la convocatoria de la Asamblea Constituyente, y no hasta fines de octubre, como quería el Comité Ejecutivo Central, por entonces menchevique, sino hasta fines de noviembre). Los "stolypinistas" Kerenski y Cía. consuelan al pueblo con la próxima convocatoria de la Asamblea Constituyente, como si el pueblo pudiese dar crédito a quienes ya le engañaron una vez en un caso semejante, como si el pueblo pudiese creer capaz de convocar *honradamente* la Asamblea Constituyente a un gobierno que impone *medidas* militares en las aldeas más remotas, es decir, que *encubre* con todo descaro los encarcelamientos arbitrarios de campesinos conscientes y la *falsificación* de las elecciones.

¡Se obliga a los campesinos a sublevarse y se tiene el cinismo de decirles: "Hay que "tomar las cosas con paciencia", hay que esperar, hay que tener confianza en un gobierno que reprime "con medidas militares" a los campesinos sublevados!".

¡Se deja que las cosas lleguen hasta el aniquilamiento de cientos de miles de soldados rusos en la ofensiva comenzada después del 19 de junio, hasta la prolongación de la guerra, hasta el alzamiento de los marinos alemanes, que arrojan al agua a sus superiores; hasta ese extremo se deja que lleguen las cosas y no se hace más que hablar y hablar siempre de la paz, *sin proponer* una paz justa *a todos* los Estados beligerantes! ¡Y aún se tiene el cinismo de decir a los obreros y

campesinos, a los soldados que se lanzan a la muerte: "es necesario tomar las cosas con paciencia", tened confianza en el gobierno del "stolypinista" Kerenski, tened confianza un mes más en los generales kornilovistas, que acaso en el transcurso de este mes envíen al matadero a unas cuantas decenas de miles más de soldados!... "Hay que tomar las cosas con paciencia".

¿No es esto cinismo?

¡No, señores eseristas, correligionarios de Kerenski, no conseguiréis engañar a los soldados!

Los obreros y soldados no tolerarán el gobierno de Kerenski ni un solo día, ni una sola hora *de más*, pues saben que un gobierno *de los Soviets* propondrá *inmediatamente* a todos los beligerantes una paz justa y que con ello aportará al país, *según toda probabilidad*, un armisticio inmediato y una rápida paz.

Ni un solo día, ni una sola hora *de más* tolerarán los soldados de nuestro ejército de campesinos que, contra la voluntad de los Soviets, continúe en el Poder el gobierno de Kerenski, un gobierno que sofoca con medidas *militares* la sublevación de los campesinos.

¡No, señores eseristas, correligionarios de Kerenski, no conseguiréis seguir engañando a los obreros y campesinos!

* * *

El argumento que emplea *Nóvaya Zhizn*, mortalmente asustada, al decir que el empuje de las fuerzas enemigas barrerá la dictadura del proletariado, contiene además un monstruoso error lógico y político, que solo puede pasar inadvertido para aquellos a quienes el miedo haya hecho perder la razón.

"El empuje de las fuerzas enemigas barrerá la dictadura del proletariado", decís. Perfectamente. Pero vosotros, amables conciudadanos, sois todos economistas y personas instruidas. Sabéis todos que es un absurdo y una prueba de ignorancia contraponer la democracia a la burguesía que es como comparar la libra con el metro. Hay una burguesía democrática y hay sectores no democráticos (capaces de una Vendée[19]) de la pequeña burguesía.

Lo de "fuerzas enemigas" no es más que una frase. En cambio, la palabra *burguesía* (por la que están, además, los terratenientes) encierra ya un concepto de clase.

La burguesía, con los terratenientes; el proletariado, la pequeña burguesía, los pequeños propietarios y, en primer término, los campesinos: he ahí las tres "fuerzas" fundamentales en que se divide Rusia, como *todo* país capitalista. He ahí

[19] *Vendée*: provincia de Francia, en la que estalló en la época de la Revolución francesa burguesa (fines del siglo XVIII) una insurrección contrarrevolucionaria de los atrasados campesinos reaccionarios contra la Convención revolucionaria. La insurrección transcurrió bajo consignas religiosas y fue dirigida por el clero reaccionario y los terratenientes.

las tres "fuerzas" fundamentales que desde hace mucho tiempo han sido puestas de relieve en todo país capitalista (y en Rusia) no solo por el análisis económico científico, sino también por la *experiencia política* de la historia moderna de *todos* los países, por la experiencia de *todas* las revoluciones europeas, desde el siglo XVIII, por la experiencia de las *dos* revoluciones rusas de 1905 y 1917.

¿Queréis, pues, amenazar a los proletarios con que el empuje de la burguesía barrerá su Poder? A esto, y solo a esto, se reduce vuestra amenaza; no tiene otro sentido.

Perfectamente. Si la burguesía, por ejemplo, puede barrer el Poder de los obreros y campesinos pobres, no queda otro camino que el de la "coalición", es decir, el de concertar una alianza o un pacto entre los pequeños burgueses y la burguesía. ¡¡No se puede concebir otra cosa!!

Pero la coalición ha venido probándose durante medio año y ha llevado al fracaso; hasta vosotros mismos, amables ciudadanos de *Nóvaya Zhizn* que no *sabéis* pensar, *os habéis desentendido* de la coalición.

¿Qué queda, pues?

Os habéis enredado tanto, ciudadanos de *Nóvaya Zhizn*, *os habéis* dejado amedrentar de tal modo, que ya no sois capaces ni del más sencillo razonamiento, que *ni siquiera podéis contar hasta tres, y no digamos hasta cinco*.

O bien se entrega todo el Poder a la burguesía, cosa que vosotros no defendéis desde hace mucho tiempo y que ni la propia burguesía se atreve siquiera a insinuar, pues sabe que el pueblo se ha quitado de encima, de un empujón, ese Poder en los días 20 y 21 de abril y que hoy lo derribaría con triple energía y decisión; o se entrega el Poder a la pequeña burguesía, es decir, a la coalición (alianza, pacto) de ésta con la burguesía, pues la pequeña burguesía por sí sola, independientemente, no quiere y *no* puede tomar el Poder, como lo demuestra la experiencia de todas las revoluciones y como lo enseña también la ciencia económica, demostrando que en un país capitalista se puede estar al lado del capital o al lado del trabajo, pero no en medio. Esta coalición ha probado en Rusia, durante medio año, más de una docena de métodos, y ha fracasado.

O bien, finalmente, se puede entregar todo el Poder a los proletarios y a los campesinos pobres, contra la burguesía, para vencer su resistencia. Eso que no se ha probado aún, y vosotros, señores de *Nóvaya Zhizn, no lo aconsejáis al pueblo*, intentando amedrentarlo con vuestro propio miedo ante la burguesía.

No caben más que estas tres posibilidades.

Si, por lo tanto, *Nóvaya Zhizn* teme la dictadura del proletariado y la rechaza, ante la perspectiva de una supuesta derrota del Poder proletario por la burguesía, ¡¡¡su actitud equivale a *retroceder secretamente* al criterio de *transacción* con los capitalistas!!! Es claro como la luz del sol que quien teme la resistencia, quien no cree en la posibilidad de vencer esa resistencia, quien dice al pueblo: "tened

miedo a la resistencia de los capitalistas, no conseguiréis vencerlos", lo que hace *en realidad* es invitarle, una vez más, a que pacte con los capitalistas.

*Nóvaya Zhizn* se ha embrollado torpe y lamentablemente, como se han embrollado hoy todos los demócratas pequeñoburgueses que ven la bancarrota de la coalición, que no se atreven ya a defenderla abiertamente, pero que, al mismo tiempo, protegidos por la burguesía, temen la omnipotencia del proletariado y de los campesinos pobres.

Temen la resistencia de los capitalistas y, al mismo tiempo, se llaman revolucionarios y quieren figurar entre los socialistas. ¡Qué ignominia! ¡Hasta dónde ha tenido que llegar la postración ideológica del socialismo internacional corroído por el oportunismo, para que *puedan* tener cabida en él esas voces!

Nosotros, y con nosotros el pueblo entero, hemos visto ya la fuerza de resistencia de los capitalistas; pues éstos son más conscientes que las otras clases y se han dado cuenta inmediatamente de la importancia de los Soviets; han puesto en tensión en seguida y hasta un grado extremo *todas sus fuerzas*, han intentado todo lo posible, han puesto en juego todas las palancas, han echado mano de los recursos más inauditos de la mentira y la calumnia, han apelado a conspiraciones militares *para destruir los Soviets*, para reducirlos a la nada, para prostituirlos (con ayuda de los mencheviques y eseristas), para convertirlos en corrillos de parlanchines y agotar la paciencia de los obreros y campesinos con meses y más meses de charla en balde y jugar a la revolución.

Lo que *no hemos visto todavía* es la fuerza de resistencia de los proletarios y de los campesinos pobres, pues esta fuerza no se nos revelará en toda su grandeza mientras el proletariado no tenga en sus manos el Poder, mientras las decenas de millones de hombres que hoy se ven oprimidos por la miseria y la esclavitud capitalista no vean y *sientan* por propia experiencia que el Poder del Estado pertenece a las clases oprimidas, ayuda a los pobres en su lucha contra los terratenientes y los capitalistas y *vence* la resistencia de éstos. Solo entonces podremos ver cuánta fuerza inaprovechada de resistencia contra los capitalistas dormita en el pueblo, solo entonces se revelará a la luz del día lo que Engels llama el "socialismo latente", solo entonces se alzará contra cada *diez mil* enemigos francos o emboscados, activos o pasivos, del Poder de la clase obrera, *un millón* de luchadores nuevos que hasta ahora vivían sumidos en el letargo político, vegetando en los tormentos de su miseria y desesperación, perdida ya la fe en que también ellos son seres humanos, en que también ellos tienen derecho a la existencia, en que todo el Poder de un Estado moderno centralizado puede estar al servicio suyo y los destacamentos de la milicia proletaria les llaman también *a ellos*, con plena confianza, a intervenir en la labor directa más próxima y cotidiana de gobernar el Estado.

Con la colaboración benévola de los Plejánov, Breshkóvskaya, Tsereteli, Chernov y Cía., los capitalistas y terratenientes lo han hecho *todo* para *envilecer* la república democrática, para prostituirla sirviendo a los ricos hasta el punto de que el pueblo cayese en la apatía y en la indiferencia y *todo le diera igual*, pues a quien tiene hambre lo mismo le da república que monarquía, y un soldado que tirita de frío, descalzo y martirizado, a quien se lanza a la muerte para defender intereses que no son los suyos, no está en situación de sentir amor por la república.

Pero cuando el último peón, cualquier parado, cada cocinera, cada campesino arruinado, vean –y no por los periódicos, sino por sus propios ojos– que el Poder proletario no se humilla ante la riqueza, sino que ayuda a la población pobre; cuando vean que este Poder no retrocede ante las medidas revolucionarias, que despoja a los parásitos de los productos que les sobran para entregarlos a los que tienen hambre, que hace instalar en las viviendas de los ricos a los que carecen de techo, que obliga a los ricos a pagar la leche, sin darles una gota de ella mientras no tengan cuanto necesiten los niños de *todas* las familias pobres; cuando vean que la tierra pasa a manos de los trabajadores, que las fábricas y los bancos son puestos bajo el control de los obreros y que se castiga inmediatamente y con severidad a los millonarios que ocultan sus riquezas; cuando la población pobre vea y sienta todo eso, no habrá en el mundo fuerza alguna de capitalistas y de kulaks, fuerza alguna del capital financiero mundial que maneja miles de millones, capaz de derrotar la revolución popular; será *ésta* la que triunfe en el mundo entero, pues la Revolución Socialista madura en todos los países.

Nuestra revolución es invencible, siempre y cuando que no se tenga miedo a sí misma y ponga todo el Poder en manos del proletariado, pues detrás de nosotros están las fuerzas incomparablemente mayores, más desarrolladas, mejor organizadas del proletariado mundial, deprimidas de momento por la guerra, pero no aplastadas, sino, por el contrario, multiplicadas por ella.

* * *

¡Temer que el Poder de los bolcheviques, es decir, el Poder del proletariado, que cuenta con el apoyo entusiasta de los campesinos pobres, sea "barrido" por los señores capitalistas! ¡Qué miopía, qué ignominioso miedo al pueblo, qué hipocresía! Quienes dan pruebas de ese miedo forman parte de la "alta sociedad" (alta según el criterio capitalista; en realidad, *putrefacta*) que pronuncia la palabra "justicia" sin creer en ella, rutinariamente, como una frase a la que no se atribuye sentido alguno.

He aquí un ejemplo:

El señor Peshejónov es un conocido semidemócrata constitucionalista. Sería difícil encontrar un trudovique más moderado, un correligionario de las Breshkóvskaya y de los Plejánov. Jamás ha habido ministro más servil con la

burguesía. No existe en el mundo partidario más fervoroso de la "coalición", del pacto con los capitalistas.

Pues bien: en su discurso en la Conferencia "Democrática" (léase bulyguiniana), este señor *se vio obligado*, según nos informa *Izvestia*, órgano de los defensistas, a hacer la siguiente confesión:

> "... Hay dos programas. Uno es el programa de las pretensiones de grupo, de las pretensiones de clase y de las pretensiones nacionales. Los que más abiertamente defienden este programa son los bolcheviques. Pero tampoco a los otros sectores de la democracia se les hace del todo fácil renunciar a ese programa. Pues se trata de pretensiones de las masas trabajadoras, de pretensiones de las nacionalidades relegadas y oprimidas. Por eso, no es tan fácil para la democracia romper con los bolcheviques ni rechazar estas reivindicaciones de clase; y no lo es, sobre todo, porque en el fondo estas reivindicaciones son justas. Sin embargo, este programa, por el que nosotros luchamos hasta la revolución, por el que hicimos la revolución, y que, bajo otras condiciones, todos defenderíamos con unanimidad, encierra, en las presentes circunstancias, un enorme peligro. Y actualmente este peligro es más fuerte todavía, pues estamos obligados a plantear esas reivindicaciones en un momento en que al Estado le es imposible satisfacerlas. Lo primero es proteger el todo –al Estado–, salvarlo del desastre, y para eso no hay más que un solo camino: no el de satisfacer las reivindicaciones por justas y vigorosas que parezcan, sino, por el contrario, imponer restricciones y sacrificios que todos debemos llevar". (*Izvestia* del CEC del 17 de septiembre).

El señor Peshejónov no comprende que, mientras estén en el Poder los capitalistas, lo que él defiende *no* son los intereses del todo, sino los intereses egoístas del capital imperialista ruso y "aliado". El señor Peshejónov no comprende que la guerra solo perdería su carácter de guerra de anexión, imperialista y rapaz, después de romper con los capitalistas, con sus tratados secretos, con *sus* anexiones (es decir, con la conquista de territorios ajenos), con *sus* estafas financieras bancarias. El señor Peshejónov no comprende que *solo después* de suceder eso, y siempre que el enemigo rechace la paz justa que se le ofreciese en términos formales, la guerra se convertiría en una guerra defensiva, en una guerra justa. El señor Peshejónov no comprende que la capacidad de defensa de un país que ha derrocado el yugo del capital, entregado la tierra a los campesinos y puesto los bancos y las fábricas bajo el control de los obreros, sería *mucho mayor* que la capacidad de defensa de un país capitalista.

Y, sobre todo, el señor Peshejónov *no* comprende que, al verse obligado a reconocer la justicia del bolchevismo, al reconocer que las reivindicaciones bolcheviques son *"de las masas trabajadoras"*, es decir, de la mayoría de la población, *abandona* así todas sus posiciones, o sea, las posiciones de toda la democracia pequeñoburguesa.

En eso radica nuestra fuerza: Por eso será invencible nuestro gobierno: porque hasta nuestros enemigos se ven obligados a reconocer que el programa bolchevique es el programa "de las masas trabajadoras" y "de las nacionalidades oprimidas".

Pues el señor Peshejónov es un amigo político de los demócratas constitucionalistas, de los elementos que se agrupan en torno a *Edinstvo* y a *Dielo Naroda*, de las Breshkóvskaya y los Plejánov; es un representante de los kulaks y de los caballeros cuyas señoras y hermanas sacarían mañana los ojos con sus sombrillas a los bolcheviques agonizantes, si éstos fuesen derrotados por las tropas de Kornílov o (lo que es completamente igual) por las tropas de Kerenski.

Y semejante señor *se ve obligado* a reconocer la "justicia" de las reivindicaciones bolcheviques.

Para él, la "justicia" no es más que una frase. Pero para las masas de los semiproletarios, para la mayoría de los pequeños burgueses de la ciudad y del campo, arruinados, torturados y martirizados por la guerra, es algo más que una frase, es el problema más agudo, más candente, más importante: el problema de la muerte por hambre, de la lucha por un pedazo de pan. Por eso *no puede* cimentarse *ninguna* política sobre la "coalición", sobre el "pacto" concertado entre los intereses de los que tienen hambre, de los que sufren miseria, y los intereses de los explotadores. Por eso también un gobierno bolchevique *tiene asegurado* el apoyo de la inmensa mayoría de *esas* masas.

La justicia es una palabra vacía, dicen los intelectuales y canallas que se las dan de marxistas por la grandiosa razón de haber "echado una mirada a la *parte trasera*" del materialismo económico.

Las ideas se convierten en una fuerza cuando prenden en las masas. Y hoy precisamente los bolcheviques, es decir, los representantes del internacionalismo revolucionario, proletario, encarnan en su política la idea que pone en acción, en el mundo entero, a las inmensas masas trabajadoras.

Por sí sola, la justicia, el sentimiento de las masas sublevadas por la explotación, no las habría traído jamás a la senda certera del socialismo. Pero una vez que, gracias al capitalismo, se ha formado el aparato material de los grandes bancos, de los consorcios, de los ferrocarriles, etc.; una vez que la experiencia sumamente rica de los países avanzados ha acumulado las reservas de las maravillas de la técnica, cuya aplicación *tropieza con las trabas* del capitalismo; una vez que los obreros conscientes han forjado un Partido de un cuarto de millón de militantes para tornar en sus manos de una manera sistemática ese aparato y ponerlo en marcha, con el apoyo de todos los trabajadores y explotados; una vez que *existen* todas estas condiciones previas, no habrá en el mundo fuerza capaz de impedir a los bolcheviques, *si no se dejan amedrentar* y saben adueñarse del Poder, sostenerse en él hasta el triunfo de la Revolución Socialista mundial.

## Epílogo

Escrito lo que antecede, llega a nuestras manos *Nóvaya Zhizn*; del 1° de octubre, con un artículo editorial que es una nueva perla de estupidez, tanto más peligrosa, cuanto que se oculta tras una bandera de simpatía hacia los bolcheviques y bajo un manto de sabiduría filistea: "No os dejéis llevar de provocaciones" (y no caigáis en la trampa de los que levantan clamores acerca de provocaciones con el objeto de asustar a los bolcheviques y *desviarlos* de la toma del Poder).

He aquí la perla:

> "... Las enseñanzas de movimientos como los del 3-5 de julio, de una parte, y de las jornadas de la korniloviada, de otra, han demostrado con plena claridad que una democracia que dispone de los órganos más influyentes en la población es invencible cuando adopta en la guerra civil una posición defensiva, pero, en cambio, sufre una derrota y pierde todos los elementos intermedios y vacilantes, cuando toma en sus manos la iniciativa de una ofensiva".

Si los bolcheviques hiciesen, bajo cualquier forma, la más insignificante concesión a la estupidez filistea expresada en ese razonamiento, echarían a pique su Partido y la revolución.

En efecto, el autor del citado razonamiento, al atreverse a escribir acerca de la guerra civil (¡vaya un tema para la dama agradable en todos los aspectos!), desfigura hasta lo grotesco *las enseñanzas de la historia* en este punto.

He aquí cómo pensaba acerca de *estas* enseñanzas, de las enseñanzas que respecto a este problema nos brinda la historia, el representante y fundador de la táctica proletario-revolucionaria, Carlos Marx:

> "La insurrección es un arte, exactamente igual que la guerra u otro arte cualquiera. Se halla sometida a ciertas reglas, que no deben ignorarse, si no se quiere llevar a la ruina al Partido que incurra en ese abandono. Estas reglas, corolarios lógicos del carácter de los Partidos y de las condiciones con que en tales casos hay que contar, son tan claras y tan sencillas, que la breve experiencia de 1848 ha bastado para revelárselas bastante bien a los alemanes. En primer lugar, jamás hay que jugar a la insurrección si no se está dispuesto a afrontar todas las consecuencias del juego. Las insurrecciones cuentan con magnitudes muy indeterminadas, cuyo valor puede variar de un día para otro. Las fuerzas contra las que hay que luchar tienen íntegramente a su lado las ventajas de la organización, de la disciplina y de la autoridad tradicional" (Marx se refiere aquí al caso más "difícil" de la insurrección: a la insurrección contra el viejo Poder "firme", contra un ejército no minado todavía por la influencia revolucionaria y las vacilaciones del gobierno); "si los insurrectos no pueden reunir contra sus adversarios fuerzas considerables, serán derrotados y aplastados. En segundo lugar, una vez comenzada la insurrección, se debe proceder con la mayor energía

y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de toda insurrección armada; con la defensiva se verá perdida la lucha antes de haber podido medir siquiera sus fuerzas con el enemigo. Sorprender al enemigo cuando todavía están dispersas sus tropas, esforzarse por arrancar todos los días algún triunfo, aunque sea pequeño; mantener la superioridad moral que se haya conseguido con la primera acometida victoriosa; atraerse a esos elementos vacilantes que siguen siempre al más fuerte y se ponen siempre al lado del bando más seguro; obligar al enemigo a batirse en retirada, sin darle tiempo a que pueda reunir sus fuerzas contra los sublevados; en una palabra, proceder de acuerdo con las palabras de Danton, el mayor maestro de táctica revolucionaria que hasta hoy se conoce: *"de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!" (Revolución y contrarrevolución en Alemania,* ed. alemana de 1907, pág. 118.)

Nosotros −podrían decir las gentes de *Nóvaya Zhizn*, "también marxistas"− lo hemos cambiado todo; en vez de la triple audacia, poseemos dos virtudes: "la moderación y la meticulosidad". Para "nosotros" no rige la experiencia de la historia universal, la experiencia de la gran revolución francesa. Para "nosotros", lo que tiene importancia es la experiencia de los dos movimientos de 1917, vistos en caricatura a través de las gafas de Molchalin.[20]

Examinemos esas experiencias, dejando a un lado las bonitas gafas.

Comparáis las jornadas del 3 al 5 de julio con la "guerra civil", porque habéis prestado crédito a Aléxinski, Perevérzev y Cía. Es característico para los caballeros de *Nóvaya Zhizn* el que presten crédito a *tales* gentes (sin molestarse ni lo más mínimo en *informarse* por cuenta propia acerca de los sucesos del 3 al 5 de julio, a pesar de tener a su disposición el enorme aparato de un gran diario).

Pero supongamos por un momento que las jornadas del 3 al 5 de julio no fuesen el simple prólogo de una guerra civil, mantenido por los bolcheviques dentro de esos límites, sino una verdadera guerra civil. Supongámoslo.

¿Qué demuestra, suponiéndolo, esta enseñanza?

Primero, que los bolcheviques *no* pasaron a la ofensiva, pues es indiscutible que en la noche del 3 al 4 de julio, y aun el 4 de julio, hubieran podido ganar mucho lanzándose a la ofensiva. La defensiva, si cabe hablar de guerra civil (como lo hace *Nóvaya Zhizn*, y no de la transformación de un estallido espontáneo en una manifestación semejante a la del 20 y 21 de abril, como lo atestiguan los *hechos*), fue su debilidad.

De modo que la "enseñanza" es *contraria* de lo que los sabios de *Nóvaya Zhizn* nos quieren hacer creer.

En segundo lugar, la causa de que en los días 3 y 4 de julio los bolcheviques no se hubiesen propuesto siquiera como fin la insurrección y de que *ni un solo*

[20] *Las gafas de Molchalin*: se alude a un personaje arribista y adulón de las comedias del escritor ruso de A. Griboiédov *La desgracia de tener ingenio.*

*organismo* bolchevique llegase siquiera a plantear ese problema, queda *al margen* de nuestra polémica con *Nóvaya Zhizn*. Aquí estamos discutiendo acerca de las *enseñanzas* de la "guerra civil", es decir, de la insurrección, y no acerca de los casos en que la conciencia de no tener a su lado a la mayoría hace desistir a un Partido revolucionario de la idea de la insurrección.

Y como todo el mundo sabe que los bolcheviques conquistaron la mayoría en los Soviets de las capitales y en los del resto del país (más del 49 por ciento de votos en el de Moscú), solo *mucho después* de julio de 1917, las "enseñanzas" no son, ni mucho menos, en modo alguno, las que quiere presentar esa dama agradable en todos los aspectos que se llama *Nóvaya Zhizn.*

¡No, ciudadanos de *Nóvaya Zhizn*, es mucho mejor que no os ocupéis de política!

El Partido revolucionario que no cuenta con una mayoría en los destacamentos de vanguardia de las clases revolucionarias y en el país, no debe ni pensar en una insurrección. Además, para la insurrección han de concurrir: 1) la marcha ascendente de la revolución en escala nacional; 2) la total bancarrota moral y política del viejo gobierno, por ejemplo, del gobierno de la "coalición"; 3) grandes vacilaciones entre los elementos intermedios, es decir, aquellos que no están íntegramente con el gobierno, aunque todavía ayer le prestaran un apoyo incondicional.

¿Por qué *Nóvaya Zhizn*, ya que se pone a hablar de las "enseñanzas" del movimiento del 3 al 5 de julio, no ha notado siquiera esta enseñanza tan importante? Porque no se trata de políticos, sino de intelectuales intimidados por la burguesía, metidos a tratar de cuestiones políticas.

Continuemos. En tercer lugar, los hechos demuestran que fue precisamente *después* del 3 y 4 de julio, precisamente porque la política de *julio* vino a desenmascarar a los señores Tsereteli y porque las *masas* empezaron a ver en los bolcheviques a *sus* luchadores de vanguardia, y en los "socialbloquistas", a unos traidores, cuando comenzó la *descomposición* de los eseristas y mencheviques. Esa descomposición se vio con toda claridad *ya antes* de la intentona de Kornílov, en las elecciones celebradas en Petrogrado el 20 de agosto, elecciones que dieron el triunfo a los bolcheviques y acarrearon la derrota de los "socialbloquistas" (*Dielo Naroda* intentaba no hace mucho refutar esto, *silenciando* los resultados electorales de *todos* los Partidos; pero eso es engañarse a sí mismo y engañar a los lectores; según los datos suministrados por *Dien* el 24 de agosto, datos que solo se referían a la ciudad, el tanto por ciento de los votos obtenidos por los demócratas constitucionalistas pasó del 22 al 23%, mientras que el número absoluto de sufragios emitidos a su favor descendió en un 40%; el porcentaje de los votos obtenidos por los bolcheviques subió del 20 al 33%, mientras que el número absoluto de sufragios emitidos a su favor bajó solo en un 10%; la proporción

de los votos reunidos por todos los "Partidos intermedios" descendió del 58 al 44%, y el número absoluto de sus votos experimentó una disminución ¡¡del 60 por ciento!!).

El desplome de los eseristas y de los mencheviques, después de las jornadas de julio y hasta la korniloviada, se pone de manifiesto también por el incremento del ala "izquierda" de ambos Partidos, que llega casi al 40%; he ahí la "venganza" por las persecuciones contra los bolcheviques por los Kerenski.

El Partido proletario ha salido *ganando* extraordinariamente, pese a la "pérdida" de unos cuantos cientos de afiliados, con los sucesos del 3 y 4 de julio, pues fue precisamente en esas duras jornadas cuando las *masas* vieron y comprendieron la lealtad de nuestro Partido y la *traición* de los eseristas y mencheviques. La "enseñanza" dista, pues, mucho de encerrar la significación que *Nóvaya Zhizn* le asigna, y encierra, cabalmente, la contraria: no os separéis de las masas en efervescencia para iros con los "Molchalin de la democracia", y si pasáis a la insurrección, tornad la ofensiva cuando las fuerzas del enemigo estén todavía dispersas y sorprendedle.

¿No es así, caballeros "también marxistas" de *Nóvaya Zhizn*?

¿O es que el "marxismo" consiste en *no* tomar por base para su táctica "la apreciación exacta de la situación *objetiva*, sino en echar en el mismo saco a tontas y a locas, sin espíritu crítico, la "guerra civil" y el "Congreso de los Soviets con la convocatoria de la Asamblea Constituyente"?

¡Pero, caballeros, si eso es sencillamente ridículo, es burlarse del marxismo y de toda lógica!

Si en la situación objetiva de las cosas no existe base para agudizar la lucha de clases hasta el grado de la "guerra civil", ¿por qué hacéis comentarios sobre la "guerra civil" en *relación* con el "Congreso de los Soviets y la Asamblea Constituyente"? (que así es como se titula el artículo editorial de *Nóvaya Zhizn* que examinamos). En ese caso, hubierais debido decir y probar claramente al lector que en la situación objetiva no hay terreno propicio para la guerra civil y que, por tanto, se puede y se debe basar la táctica en medios pacíficos, constitucionales legales, "simples" desde el punto de vista jurídico y parlamentario, como el Congreso de los Soviets y la Asamblea Constituyente. Entonces *podría* opinarse que ese Congreso y esa Asamblea son realmente capaces de *decidir*.

Pero si las condiciones objetivas del momento implican, como algo inevitable o por lo menos probable, la guerra civil, si no os habéis lanzado a hablar de la guerra civil "al buen tuntún", sino porque veis con toda claridad la atmósfera de la guerra civil, porque la sentís, porque la percibís; si es así, ¡¡no se comprende cómo podéis tomar como base el Congreso de los Soviets o la Asamblea Constituyente!! ¡Eso es burlarse de las masas hambrientas y martirizadas! ¿Creéis que los que pasan hambre van a resignarse a "esperar" dos meses más? ¿Es que la ruina

económica, cuyos avances describís vosotros mismos diariamente, va a "esperar" hasta que se reúna el Congreso de los Soviets o la Asamblea Constituyente? ¿O es que la ofensiva alemana, si no damos ningún paso serio hacia la paz (es decir, si no hacemos una oferta formal de paz justa a todos los beligerantes), va a "esperar" al Congreso de los Soviets o a la Asamblea Constituyente? ¿Tenéis alguna razón para creer que la historia de la revolución rusa, que desde el 28 de febrero hasta el 30 de septiembre se ha desarrollado con impulso turbulento, con ritmo verdaderamente inaudito, va a discurrir desde ello de octubre hasta el 29 de noviembre[21] de un modo architranquilo, pacífico, equilibrado desde el punto de vista legal, sin explosiones o saltos, sin derrotas militares ni crisis económicas? ¿Es que el ejército en campaña, uno de cuyos oficiales *no* bolchevique, Dubásov, ha declarado oficialmente, en nombre del frente, que "no luchará", va a seguir pasando hambre y frío tranquilamente hasta la fecha "señalada"? ¿Es que la sublevación campesina, por el mero hecho de que vosotros la califiquéis de "anarquía" y de "pogromo", de que Kerenski envíe fuerzas "militares" contra los campesinos, va a dejar de ser un elemento de guerra civil? ¿Es acaso posible, es concebible que el gobierno realice una labor sosegada y justa, no falsificada, para convocar la Asamblea Constituyente en un país *campesino* en el que ese mismo gobierno *está reprimiendo* las sublevaciones de los campesinos?

¡No os riáis de "la confusión que reina en el Instituto Smolny"[22], señores! La que reina en vuestras cabezas no le va a la zaga. A las preguntas inexorables de la guerra civil, contestáis con frases confusas y mezquinas ilusiones constitucionales. Por eso afirmo que si los bolcheviques se dejasen llevar por ese estado de espíritu, echarían a pique a su Partido y a su revolución.

N. Lenin
1° de octubre de 1917.

[21] Las fechas citadas por Lenin en el texto significan: 28 de febrero (13 de marzo), día de la Revolución Democrático-burguesa de Febrero; 29 de noviembre (12 de diciembre), fecha en que se pensaba reunirá a la Asamblea Constituyente, que fue convocada por el Gobierno Provisional para el 28 de noviembre (11 de diciembre) de 1917.

[22] En octubre de 1917, en el Instituto Smolny tenían su local el C.C. de Partido Bolchevique y Comité Militar Revolucionario adscrito al Soviet de Petrogrado. El Smolny se convirtió en el Estado Mayor de la revolución; en su salón de actos se celebró el 25-27 de octubre (7-9 de noviembre) de 1917 en II Congreso de los Soviets de toda Rusia.

## 5. Carta al C.C., a los Comités de Moscú y Petrogrado y a los bolcheviques miembros de los Soviets de Petrogrado y Moscú

Queridos camaradas:

Los acontecimientos nos prescriben con tanta claridad nuestra tarea que la demora se convierte absolutamente en un *crimen*.

El movimiento agrario crece. El gobierno intensifica las salvajes represalias, entre las tropas aumentan las simpatías hacia nosotros (el 99% de los votos de los soldados a nuestro favor en Moscú, las tropas finlandesas y la flota contra el gobierno, el testimonio de Dubásov acerca del frente en general).

En Alemania es evidente el comienzo de la revolución, sobre todo después del ametrallamiento de los marinos[23]. Las elecciones en Moscú −un 47% de bolcheviques− representan una gigantesca victoria. Junto con los eseristas de izquierda constituimos la *evidente* mayoría *en el país*.

Los ferroviarios y los empleados de Correos se encuentran en conflicto con el gobierno.[24] En vez del Congreso para el 20 de octubre, los Liberdán hablan ya de celebrarlo entre el 20 y el 30, etc., etc.

En tales condiciones, "esperar" es un crimen.

Los bolcheviques no tienen derecho a esperar al Congreso de los Soviets, *deben tomar el Poder inmediatamente*. Con ello salvarán tanto la revolución mundial (pues, de otro modo, existe el peligro de una confabulación de los imperialistas de todos los países, que después de los ametrallamientos en Alemania serán complacientes unos con otros y *se unirán contra nosotros*) como la Revolución Rusa (pues, de otro modo, la ola de la presente anarquía puede ser más fuerte *que nosotros*) y la vida de centenares de miles de hombres en la guerra.

[23] Lenin se refiere a las acciones revolucionarias de los marinos de la flota alemana (julio-agosto de 1917), iniciadas bajo la influencia directa de la revolución en Rusia. El 31 de mayo, los marinos del buque *Príncipe regente Luitpold* declararon una especie de huelga de hambre. La agitación se extendió rápidamente a otras unidades de la flota. Encabezaba el movimiento el marino Reichpietsch, del buque *Federico el Grande*. A comienzos de agosto la organización de los marinos tenía ya 4.000 miembros. En los barcos comenzaron las acciones públicas. El 2 de agosto, 400 marinos del *Príncipe regente Luitpold* desembarcaron para liberar por la fuerza a sus camaradas fogoneros detenidos anteriormente con motivo de la huelga. El 16 de agosto se registró una sublevación en el buque *Westfalia*, cuyos fogoneros se negaron a trabajar. Las acciones revolucionarias de la flota alemana fueron aplastadas con crueldad: los dirigentes de la sublevación, Reichpietsch y Kobis, fueron fusilados, y los demás marinos que participaron activamente en el movimiento, condenados a largas penas de trabajo forzado.

[24] Lenin alude a la huelga de obreros y empleados ferroviarios de toda Rusia, que reclamaban aumento de salario al Gobierno Provisional. La huelga comenzó en la noche del 23 al 24 de septiembre (6 al 7 de octubre) de 1917 y terminó en la noche del 26 de septiembre (9 de octubre) de 1917, después de que el Gobierno Provisional satisfizo parcialmente las reivindicaciones de los ferroviarios.

La demora es un crimen. Esperar al Congreso de los Soviets es un juego pueril al formalismo, un vergonzoso juego al formalismo, una traición a la revolución.

Si no se puede tornar el Poder sin insurrección, hay que *ir a la insurrección inmediatamente*. Es muy probable que precisamente ahora se pueda tornar el Poder sin insurrección: por ejemplo, si el Soviet de Moscú tornara el Poder ahora mismo y se proclamara gobierno (junto con el Soviet de Petrogrado). En Moscú, la victoria está asegurada y no hay quien pueda luchar contra ella. En Petrogrado es posible esperar. El gobierno no puede hacer nada, no tiene salvación y se rendirá.

Porque el Soviet de Moscú, al tomar el Poder, los bancos, las fábricas y Rússkoie Slovo, obtendrá una base y una fuerza gigantescas, haciendo agitación ante toda Rusia y planteando así la cuestión: *mañana* propondremos la paz si el bonapartista Kerenski se rinde (y si no se rinde, lo derribaremos). *La tierra* a los campesinos *inmediatamente*, concesiones a los ferroviarios y empleados de Correos *inmediatamente*, etc.

No es obligatorio "empezar" en Petrogrado. Si Moscú "empieza" sin derramamiento de sangre, le apoyarán sin falta: 1) el ejército en el frente con sus simpatías, 2) los campesinos en todas partes, 3) la flota y las tropas finlandesas *avanzarán sobre Petrogrado*.

Incluso si Kerenski tiene cerca de Petrogrado uno o dos cuerpos de ejército de tropas montadas, se verá obligado a rendirse. El Soviet de Petrogrado puede esperar, haciendo agitación en favor del Gobierno soviético moscovita. Consigna: el Poder a los Soviets, tierra a los campesinos, paz a los pueblos, pan a los hambrientos.

La victoria está asegurada, existiendo el noventa por ciento de posibilidades de conseguirla sin derramamiento de sangre.

Esperar es un crimen ante la revolución.

Os saluda
N. Lenin

Escrito el 1 (14) de octubre de 1917. Publicado por vez primera en 1921, en las Obras de N. Lenin (V. Uliánov), t. XIV, parte 2.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, págs. 340-341.

## 6. Consejos de un ausente

Escribo estas líneas el 8 de octubre, con poca esperanza de que lleguen a manos de los camaradas de Petrogrado para el 9. Es posible que lleguen ya tarde, pues el Congreso de los Soviets de la región del Norte está convocado para el 10 de octubre.[25] Intentaré, sin embargo, acudir con mis "Consejos de un ausente" para el caso de que la acción probable de los obreros y soldados de Petrogrado y de todos sus "alrededores" se realice pronto, pero no se haya realizado todavía.

Que todo el Poder debe pasar a los Soviets, es evidente. Asimismo debe ser indiscutible para todo bolchevique que un Poder proletario-revolucionario (o bolchevique, pues hoy es uno y lo mismo), tendría aseguradas las mayores simpatías y el apoyo abnegado de los trabajadores y explotados del mundo entero en general, de los países beligerantes en particular y, sobre todo, entre los campesinos rusos. No hay para qué detenerse en estas verdades, conocidas por todo el mundo y probadas desde hace ya mucho tiempo.

Sí, hay que detenerse, en cambio, en algo que seguramente no está del todo claro para todos los camaradas, a saber: que el paso del Poder a los Soviets significa hoy, en la práctica, la insurrección armada. Podría creerse que esto es algo evidente, y sin embargo, no todos se han parado ni se paran a meditarlo. Renunciar hoy a la insurrección armada equivaldría a renunciar a la consigna más importante del bolchevismo (todo el Poder a los Soviets) y a todo el internacionalismo proletario-revolucionario en general.

Pero la insurrección armada es un aspecto *especial* de la lucha política; sometido a leyes especiales, que deben ser profundamente analizadas. Carlos Marx expresó esta verdad de un modo muy tangible al escribir que *"la insurrección armada es, como la guerra, un arte"*.

Marx destaca entre las reglas más importantes de este arte las siguientes:

[25] El *Congreso regional de los Soviets de diputados soldados de la zona del Norte*, convocado por acuerdo del C.C. del Partido Bolchevique, se celebró en Petrogrado del 11 al 13 (24-26) de octubre de 1917. En la organización del Congreso tomó parte activa el Soviet de Petrogrado, que envío al mismo 30 representantes. El Comité Ejecutivo Central eserista-menchevique que declaró que el Congreso era una reunión particular y retiró a sus delegados. En el Congreso estuvieron representados más de 23 Soviets: Petrogrado, Moscú, Cronstadt, Reval, Helsingfors, etc. Asistieron 94 delegados, de ellos más de 51 bolcheviques. En el orden del día figuraban las siguientes cuestiones: 1) informe de las organizaciones locales. 2) El momento actual. 3) La situación político-militar del país. 4) El problema agrario. 5) El Congreso de los Soviets de toda Rusia. 6) La Asamblea Constituyente. 7) Cuestiones de organización. El Congreso eligió un Comité Ejecutivo Regional del Norte compuesto de 17 miembros, 11 de los cuales eran bolcheviques. Lenin dirigió al Congreso una carta, titulada *Carta a los camaradas bolcheviques que participan en el Congreso de los Soviets de la región del Norte.* Las resoluciones del Congreso exhortaban a las masas a la insurrección armada. El Congreso desempeñó un importante papel en los preparativos de la insurrección armada desde el puento de vista de la agitación y la organización.

1. *No jugar* nunca a la insurrección y, una vez empezada ésta, saber firmemente que hay que *llevarla a término*.

2. Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivos *fuerzas muy superiores*, porque, de lo contrario, el enemigo, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos.

3. Una vez comenzada la insurrección, se debe proceder con la mayor energía y pasar obligatoria e incondicionalmente *a la ofensiva*. "La defensiva es la muerte de toda insurrección armada".

4. Hay que esforzarse por sorprender al enemigo, hay que aprovechar el momento en que sus tropas se hallen dispersas.

5. Hay que esforzarse por obtener triunfos diarios (incluso podría decirse que a cada hora, si se trata de una sola ciudad), aunque sean pequeños, manteniendo a toda costa la *"superioridad moral"*.

Marx resume las enseñanzas de todas las revoluciones, en lo que a la insurrección armada se refiere, citando las palabras de "Danton, el mayor maestro de táctica revolucionaria que hasta hoy se conoce: *de l'audace, de l'audace, eticore de l'audacel"*[26].

Aplicado a Rusia y al mes de octubre de 1917, esto quiere decir: ofensiva simultánea, y lo más súbita y rápida posible, sobre Petrogrado, ofensiva que deberá partir indefectiblemente de fuera y de dentro, de los barrios obreros, de Finlandia, de Reval, de Cronstadt, ofensiva de toda la flota y concentración de una *superioridad gigantesca* de fuerzas contra nuestra "guardia burguesa" (los junkers), formada por unos 15.000 o 20.000 hombres (acaso más), contra las tropas de nuestra "Vendée" (una parte de los cosacos), etc.

Combinar nuestras *tres* fuerzas principales, la flota, los obreros y las unidades militares, de tal modo, que, por encima de todo, podamos ocupar y conservar, *cualquiera que sea el número de bajas* que ello nos cueste: a) la Central de Teléfonos; b) la Central de Telégrafos; c) las estaciones ferroviarias y d) los puentes en primer término.

Seleccionar a los elementos *más decididos* (nuestras "tropas de choque" y la *juventud obrera*, así como a los mejores marinos) y formar con ellos pequeños destacamentos destinados a ocupar los puntos más importantes y a *participar* en todos los sitios en las operaciones de más importancia, como por ejemplo:

Cercar y aislar a Petrogrado, apoderarse de la ciudad mediante un ataque combinado de la flota, los obreros y las tropas: he aquí una misión que requiere *habilidad y triple audacia*.

Formar con los mejores elementos obreros destacamentos armados de fusiles y bombas de mano para atacar y cercar los "centros" del enemigo (escuelas militares,

[26] Véase F. Engels. *Revolución y contrarrevolución en Alemania.*

centrales de Telégrafos y Teléfonos, etc.). La consigna de estos destacamentos debe ser: *antes perecer todos que dejar pasar al enemigo*.

Hay que confiar en que, si se acuerda la insurrección, los jefes aplicarán con éxito los grandes preceptos de Danton y Marx.

El triunfo de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha.

Escrito el 8 (21) de octubre de 1917. Publicado por vez primera el 7 de noviembre de 1920, en el núm. 250 de *Pravda*. Firmado: Un ausente.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, págs. 382-384.

## 7. Carta a los camaradas bolcheviques que participan en el Congreso de los Soviets de la Región del Norte

Camaradas: Nuestra revolución vive momentos críticos en extremo. Esta crisis ha coincidido con la gran crisis de crecimiento de la Revolución Socialista mundial y de la lucha del imperialismo mundial contra ella. Sobre los dirigentes responsables de nuestro Partido recae una gigantesca tarea, cuyo incumplimiento amenaza con la bancarrota completa del movimiento proletario internacionalista. El momento es tal que la demora equivale verdaderamente a la muerte.

Echad una mirada a la situación internacional. El crecimiento de la revolución mundial es indiscutible. La explosión de indignación de los obreros checos ha sido aplastada con increíble ferocidad, indicadora del extremado temor del gobierno. En Italia, las cosas han llegado también a una explosión masiva en Turín.[27] Pero lo más importante es la sublevación en la flota alemana. Hay que imaginarse las extraordinarias dificultades de la revolución en un país como Alemania y, además, en las condiciones actuales. No se puede dudar de que la sublevación en la flota alemana significa una gran crisis de crecimiento de la revolución mundial. Si nuestros chovinistas, que predican la derrota de Alemania, exigen a los obreros alemanes la insurrección inmediata, nosotros, los revolucionarios internacionalistas rusos, sabemos por la experiencia de 1905-1917 que es imposible imaginarse un síntoma más imponente del crecimiento de la revolución que la sublevación entre las tropas.

Pensad en qué situación nos encontramos ahora ante los revolucionarios alemanes, que pueden decirnos: Tenemos un solo Liebknecht que ha llamado abiertamente a la revolución. Su voz ha sido ahogada en el presidio. No tenemos ni un solo periódico que explique públicamente la necesidad de la revolución, no tenemos libertad de reunión. No tenemos ni un solo Soviet de diputados obreros o soldados. Nuestra voz apenas llega a las verdaderas grandes masas. Y hemos hecho un intento de insurrección, contando con un uno por ciento de posibilidades de éxito. Pero vosotros, los internacionalistas revolucionarios rusos, tenéis a vuestras espaldas seis meses de agitación libre, tenéis dos decenas de periódicos y toda una serie de Soviets de diputados obreros y soldados, habéis triunfado en los Soviets de ambas capitales, tenéis a vuestro lado toda la Flota del Báltico y todas las tropas rusas en Finlandia y, pese a contar con el noventa y nueve por ciento de las posibilidades de triunfo de vuestra insurrección, no respondéis a nuestro llamamiento a la insurrección, no derrocáis a vuestro imperialista Kerenski.

[27] Lenin se refiere a las grandes acciones antibélicas de los obreros de Turín, en agosto de 1917, que declararon la huelga general. La huelga y as manifestaciones callejeras duraron tres días y fueron aplastadas únicamente después de declararse el estado de guerra en la ciudad.

Sí, seremos verdaderos traidores a la Internacional si en un momento así, con condiciones tan favorables, respondemos al llamamiento de los revolucionarios alemanes *solo*... con resoluciones.

Agregad a eso que todos nosotros conocemos perfectísimamente el rápido crecimiento de la confabulación y del complot de los imperialistas mundiales contra la revolución rusa. Ahogarla cueste lo que cueste, ahogarla con medidas militares y con la paz a costa de Rusia: he ahí a lo que se acerca cada día más el imperialismo internacional. He ahí lo que agrava de modo especial la crisis de la Revolución Socialista mundial, lo que hace particularmente peligrosas –y estoy casi dispuesto a decir que criminales por nuestra parte– las demoras de la insurrección.

Tomad, además, la situación interior de Rusia. Ha madurado por completo la bancarrota de los Partidos pequeñoburgueses conciliadores, que expresaban la confianza inconsciente de las masas en Kerenski y en los imperialistas en general. La bancarrota es completa. Votación de la curia de los Soviets contra la coalición en la Conferencia Democrática; votación de la *mayoría* de los Soviets locales de diputados campesinos (a despecho de su Soviet central, en el que se encuentran los Avxéntiev y otros amigos de Kerenski) contra la coalición; elecciones en Moscú, donde la población obrera está más cerca de los campesinos que en ninguna otra parte y donde *más del 49 por 100* ha votado a favor de los bolcheviques (y entre los soldados, 14.000 de 17.000): ¿es que todo eso no representa la bancarrota completa de la confianza de las masas populares en Kerenski y en los conciliadores con Kerenski y Cía.? ¿Acaso es posible imaginarse que las masas populares puedan decir a los bolcheviques de modo más claro que con esa votación: *conducidnos, os seguiremos*?

Y nosotros, después de habernos ganado así la mayoría de las masas populares, después de haber conquistado los Soviets de ambas capitales, vamos a esperar. ¿Esperar a qué? A que Kerenski y sus generales kornilovistas entreguen Petrogrado a los alemanes, confabulándose así directa o indirectamente, descarada o encubiertamente *tanto* con Buchanan *como* con Guillermo II para ahogar por completo la revolución rusa.

El hecho de que el pueblo nos haya expresado su confianza con las elecciones de Moscú y con la renovación de los Soviets no es todo. Existen síntomas de que aumentan la apatía y la indiferencia. Y es comprensible. Eso no significa el decaimiento de la revolución, como proclaman a gritos los demócratas constitucionalistas y sus acólitos, sino el decaimiento de la confianza en las resoluciones y las elecciones. En la revolución, las masas exigen a los dirigentes de los Partidos hechos y no palabras, victorias en la lucha y no pláticas. Se acerca el momento en que puede surgir entre el pueblo la opinión de que tampoco

los bolcheviques somos mejores que los demás, ya que no hemos sabido actuar después de habernos expresado su confianza...

En todo el país toma incremento la insurrección campesina. Está más claro que la luz del día que los demócratas constitucionalistas y sus lacayos tratan de empequeñecerla por todos los medios, reduciéndola a "pogromos" y "anarquía". Esta mentira es refutada por el hecho de que en los centros de la insurrección se ha empezado a entregar la tierra a los campesinos: ¡Los "pogromos" y la "anarquía" no han conducido nunca a tan excelentes resultados políticos! Una demostración de la inmensa fuerza de la insurrección campesina es que los conciliadores, los eseristas en *Dielo Naroda e incluso* Breshko-Breshkóvskaya han hablado de la entrega de la tierra a los campesinos para sofocar el movimiento antes de que les rebase.

Y nosotros ¿vamos a esperar a ver si consiguen aplastar *por partes* esta insurrección campesina las unidades cosacas del kornilovista Kerenski (acusado precisamente en los últimos tiempos de korniloviada por los propios eseristas)?

Por lo visto, muchos dirigentes de nuestro Partido no han observado la importancia *especial* de la consigna que todos hemos reconocido y repetido continuamente: la consigna de "Todo el Poder a los Soviets". Ha habido períodos, ha habido momentos en medio año de revolución en los que esta consigna no significaba la insurrección. Es posible que esos períodos y momentos hayan cegado a parte de los camaradas, haciéndoles olvidar que para nosotros y también ahora, por lo menos desde mediados de septiembre, esta consigna *equivale al llamamiento a la insurrección*.

En esta cuestión no puede haber ni sombra de duda. *Dielo Naroda* lo ha explicado "popularmente" hace poco al decir: "¡Kerenski no se someterá en ningún caso!" ¡No faltaba más!

La consigna de "Todo el Poder a los Soviets" no es otra cosa que un llamamiento a la insurrección. Y sobre nosotros recaerá íntegra y absolutamente la culpa si, luego de haber estado llamando a las masas durante meses a la insurrección, a renunciar al espíritu de conciliación, no conducirnos a esas masas a la insurrección la víspera de la bancarrota de la revolución después de habernos expresado su confianza.

Los demócratas constitucionalistas y los conciliadores asustan con el ejemplo del 3 al 5 de julio, con el incremento de la agitación ultrarreaccionaria, etc. Pero si algún error cometimos del 3 al 5 de julio, fue el de no tomar el Poder. Considero que ese error no existió, pues entonces no teníamos *aún* la mayoría, pero ahora eso sería un error fatal e incluso algo peor que un error. El incremento de la agitación ultrarreaccionaria es comprensible como exacerbación del extremismo en una atmósfera de creciente insurrección campesino-proletaria. Pero hacer de ello un argumento *contra* la insurrección es ridículo, pues la impotencia de los

ultrarreaccionarios sobornados por los capitalistas, *la impotencia de la centuria negra en la lucha*, no exige siquiera demostración. En la lucha es simplemente un cero. En la lucha, Kornílov y Kerenski solo pueden apoyarse en la división salvaje y en los cosacos. Pero la descomposición ha empezado también entre los cosacos y, además, desde el interior de sus regiones cosacas les amenaza la guerra civil campesina.

Escribo estas líneas el domingo, 8 de octubre, y las leeréis no antes del 10 de octubre. Un camarada que ha pasado por aquí me ha comunicado que quienes viajan por la línea de Varsovia dicen: ¡Kerenski está trasladando los cosacos a Petersburgo! Es plenamente posible, y la culpa será exclusivamente nuestra si no lo comprobamos *con todo detalle y no estudiamos las fuerzas y la dislocación de las tropas kornilovistas del segundo reemplazo.*

¡Kerenski ha vuelto a traer tropas kornilovistas a los alrededores de Petersburgo para impedir que el Poder pase a los Soviets, para impedir que este Poder proponga inmediatamente la paz, para impedir la entrega inmediata de toda la tierra a los campesinos, para entregar Petrogrado a los alemanes[28] y él mismo huir a Moscú! He ahí la consigna de la insurrección que debemos poner en circulación con la mayor amplitud posible y que tendrá un éxito inmenso.

No se puede esperar al Congreso de los Soviets de toda Rusia que el Comité Ejecutivo Central puede diferir incluso hasta noviembre; no se puede postergar la insurrección, permitiendo a Kerenski que traslade más tropas kornilovistas. En el Congreso de los Soviets están representados Finlandia, la flota y Reval, que, juntos, pueden emprender el avance inmediato hacia Petrogrado contra los regimientos kornilovistas, el avance de la flota, la artillería, las ametralladoras y dos o tres cuerpos de ejército de soldados que han demostrado, por ejemplo, en Víborg, toda la fuerza de su odio a los generales kornilovistas con los que ha vuelto a entenderse Kerenski.

Sería el mayor error renunciar a la posibilidad de derrotar inmediatamente a los regimientos kornilovistas del segundo reemplazo, basándose en la consideración de que la Flota del Báltico, al zarpar para Petrogrado, abriría con ello el frente a los alemanes. Los calumniadores kornilovistas dirán eso, lo mismo que dirán cualquier mentira en general; mas es indigno de los revolucionarios dejarse intimidar por la mentira y la calumnia. Kerenski entregará Petrogrado a los alemanes, eso está más claro que la luz del día; ninguna aseveración en contra

[28] Con el propósito de impedir por todos los medios la insurrección armada de los obreros y soldados, el Gobierno Provisional de Kerenski y el generalato contrarrevolucionario, de acuerdo con los imperialistas anglo-franceses, se proponían a comienzos de octubre de 1917 entregar Petrogrado a los alemanes para estrangular así la revolución. A este efecto, el Gobierno Provisional acordó en su reunión del 4 de octubre trasladarse a Moscú. La insurrección armada en Octubre frustró los planes de la contrarrevolución.

podrá disipar nuestro pleno convencimiento de ello, que se desprende de toda la marcha de los acontecimientos y de toda la política de Kerenski.

Kerenski y los kornilovistas entregarán Petrogrado a los alemanes. Precisamente para salvar Petrogrado hay que derribar a Kerenski y *los Soviets de ambas capitales* deben tomar el Poder. Estos Soviets propondrán inmediatamente la paz a todos los pueblos y, con ello, cumplirán con su deber ante los revolucionarios alemanes, darán un paso decisivo hacia la frustración de las criminales conjuras contra la revolución rusa, de las conjuras del imperialismo internacional.

Solo el avance inmediato de la Flota del Báltico, de las tropas finlandesas, de Reval y Cronstadt contra las tropas kornilovistas de las cercanías de Petrogrado puede salvar la revolución rusa y mundial. Y ese avance tiene el noventa y nueve por ciento de probabilidades de obligar *en unos cuantos días* a rendirse a una parte de las tropas cosacas y derrotar por completo a la otra parte, derrocar a Kerenski, pues los obreros y los soldados de ambas capitales apoyarán ese avance.

La demora equivale a la muerte.

La consigna de "Todo el Poder a los Soviets" es la consigna de la insurrección. Quien usa de ella sin comprender eso, sin pensar en eso, que se culpe a sí mismo. Y hay que saber considerar la insurrección como *un arte*: he insistido en ello durante la Conferencia Democrática y vuelvo a insistir ahora, pues *así* lo enseña el marxismo, así lo enseña toda la situación actual en Rusia y en el mundo entero.

El quid de la cuestión no está en las votaciones, en atraerse a los "eseristas de izquierda", en la adhesión de los Soviets provinciales, en el Congreso de los mismos. El quid de la cuestión está en la insurrección, que *pueden* y deben decidir Petrogrado, Moscú, Helsingfors, Cronstadt, Víborg y Reval. *Cerca de Petrogrado* y en Petrogrado: ahí es dónde puede y debe ser decidida y realizada esa insurrección con la mayor seriedad, con la mayor preparación, con la mayor rapidez y con la mayor energía posibles.

La flota, Cronstadt, Víborg y Reval pueden y deben avanzar sobre Petrogrado, derrotar a los regimientos kornilovistas, poner en pie ambas capitales, impulsar la agitación de masas en defensa del Poder que entregará inmediatamente la tierra a los campesinos y propondrá inmediatamente la paz, derrocar el gobierno de Kerenski y crear ese Poder.

La demora equivale a la muerte.

8 de octubre de 1917.
N. Lenin

Publicado por vez primera el 7 de noviembre de 1925, en el núm. 255 de *Pravda*.
V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, págs. 385-390.

## 8. Carta a los miembros del Partido Bolchevique[29]

Camaradas: Aún no he podido recibir los periódicos de Petrogrado del miércoles, 18 de octubre. Cuando me comunicaron por teléfono el texto completo de la declaración de Kámenev y Zinóviev, publicada en *Nóvaya Zhizn*, periódico ajeno al Partido, me resistí a creerlo. Pero se ha demostrado que no hay lugar a dudas, y no tengo más remedio que aprovechar una ocasión que se me ofrece para hacer llegar esta carta a los camaradas del Partido el jueves por la noche o el viernes por la mañana, pues sería un crimen guardar silencio ante el hecho de un acto tan inaudito de *esquirolaje*.

Cuanto más grave es el problema práctico y más responsables y "prominentes" los hombres que cometen el acto de esquirolaje, más peligroso es éste, más resueltamente hay que expulsar a los esquiroles, más imperdonable sería cualquier vacilación, aunque inspirada por los antiguos "méritos" de los esquiroles.

¡Increíble! En los medios del Partido se sabe que éste viene discutiendo el problema de la insurrección desde el mes de septiembre. Nadie ha oído nada de ninguna carta ni de ningún manifiesto escrito por alguna de las personas citadas, Y hoy, casi en vísperas del Congreso de los Soviets, dos destacados bolcheviques se alzan *contra* la mayoría y, evidentemente, *contra el C.C.* Pero no lo dicen abiertamente, con lo cual el daño inferido a la causa es todavía mayor, pues hablar con insinuaciones es todavía más peligroso.

Del texto de la declaración de Kámenev y Zinóviev se deduce clarísimamente que éstos se alzan contra el C.C., pues de otro modo su declaración carecería de sentido. Pero no dicen contra qué acuerdo del C.C. luchan.

¿Por qué?

La cosa es clara: porque el C.C. no ha publicado ese acuerdo. ¿Pero qué es esto?

En vísperas del día crítico, 20 de octubre, dos "destacados bolcheviques", ante un problema de lo más candente, de lo más esencial, ¡atacan un acuerdo no publicado de la dirección central del Partido, y lo hacen en un órgano de prensa que *no* es del Partido; más aún, precisamente en un periódico que, en la cuestión dada, marcha *del brazo de la burguesía contra el Partido obrero!*

¡Pero si esto es mil veces más vil y *millones de veces más funesto* que, por ejemplo, todas aquellas manifestaciones de Plejánov en la prensa ajena al Partido, durante los años de 1906 y 1907, manifestaciones que el Partido ha condenado

[29] La "Carta a los miembros del Partido Bolchevique", así como la "Carta al Comité Central del POSDR fueron discutidas en la reunión celebrada por el C.C. del Partido Bolchevique el 20 de octubre (2 de noviembre) de 1917. El C.C. del Partido condenó la conducta de los esquiroles Kámenev y Zinóviev, a quienes se prohibió hacer ninguna declaración contra los acuerdos del C.C. ni contra la línea de trabajo trazada. Kámenev fue excluido del C.C.

con tanta dureza! Pues, al fin y al cabo, entonces, solo se trataba de elecciones, ¡y hoy se trata de la insurrección por la conquista del Poder!

Dado el asunto de que se trata *y después* de haber adoptado un acuerdo la dirección central, ¿cabe conducta más traidora, esquirolaje mayor que atacar ante los Rodzianko y los Kerenski, en un periódico ajeno al Partido, este acuerdo *no publicado*?

Sería para mí un acto vergonzoso si, por causa de las estrechas relaciones que en otro tiempo me unieron a estos ex camaradas, yo vacilase en condenarlos. Declaro abiertamente que he dejado de considerarlos a los dos como camaradas y que lucharé con todas mis fuerzas, tanto en el C.C. como en el Congreso, por conseguir su expulsión del Partido.

Pues un Partido obrero, a quien la realidad coloca cada vez con más frecuencia ante el trance de la insurrección no podrá resolver este difícil problema, si los acuerdos secretos de su dirección central son combatidos, después de aprobados, en la prensa ajena al Partido y si las vacilaciones y la confusión son llevadas a las filas de los combatientes.

Los señores Zinóviev y Kámenev pueden irse a fundar un Partido propio con la docena de individuos que han perdido la cabeza o con los candidatos a la Asamblea Constituyente. Los obreros no irán a ese Partido, a un Partido cuya primera consigna ha de ser la siguiente:

> "A los miembros del C.C., que en la sesión del C.C. hayan sido derrotados en el problema del combate decisivo, les está permitido recurrir a la prensa ajena al Partido para atacar sus acuerdos no publicados".

¡Que formen, si quieren, ese Partido! Nuestro Partido Obrero Bolchevique solo saldrá ganando con ello.

Cuando se publiquen todos los documentos, resaltará todavía con más claridad el acto de esquirolaje cometido por Zinóviev y Kámenev. Por el momento, que los obreros se planteen esta pregunta:

> "Supongamos que la dirección de los sindicatos de toda Rusia, después de todo un mes de deliberaciones, hubiese acordado, por una mayoría de más de un 80 por ciento, la necesidad de preparar una huelga, pero sin publicar, por el momento, ni la fecha ni otras circunstancias, Supongamos que dos miembros, bajo el falso pretexto de tener una "opinión propia", no solo agitasen por escrito a los grupos locales, pidiendo la revisión del acuerdo, después de votado, sino que admitiesen, además, la publicación de sus cartas en la prensa ajena al Partido; supongamos que, por último, llegasen incluso a atacar ellos mismos el acuerdo en la prensa ajena al Partido, a pesar de no estar todavía publicado, y que se dedicasen a denigrar la huelga ante los ojos de los capitalistas.
>
> ¿Vacilarían los obreros en expulsar de sus filas a tales esquiroles?".

* * *

Por lo que se refiere al problema de la insurrección, ahora cuando está tan cerca el 20 de octubre, no puedo juzgar, desde lejos, hasta qué punto habrá contribuido este acto de esquirolaje en la prensa ajena al Partido a estropear la cosa. El daño *práctico* causado es muy grande, sin duda. Y para repararlo, lo primero es restaurar la unidad del frente bolchevique, expulsando a los esquiroles.

La pobreza de los argumentos ideológicos que se aducen contra la insurrección se nos revela con tanta mayor claridad cuanto más a la luz del día los sacamos. Uno de estos días he enviado a *Rabochi Put* un artículo acerca de esto, y si la Redacción del periódico no cree posible publicarlo, seguramente que los miembros del Partido lo podrán leer en el original.[30]

Estos argumentos "ideológicos" −con perdón sea dicho− pueden reducirse a dos. Primero: "esperar" a la Asamblea Constituyente. Esperemos, tal vez logremos ir tirando hasta ese momento. A esto se reduce todo el argumento. Quizá podamos ir tirando, a pesar del hambre, a pesar de la ruina, a pesar de que ya se ha agotado la paciencia de los soldados, a pesar de los manejos de Rodzianko para entregar Petrogrado a los alemanes, a pesar de los lockouts.

Quizá y tal vez; a eso se reduce toda la fuerza del argumento. Segundo: un pesimismo histérico. La burguesía y Kerenski lo tienen todo muy bien; nosotros lo tenemos todo mal. Los capitalistas lo tienen todo preparado de un modo maravilloso, los obreros lo tienen todo mal preparado. Los "pesimistas", en lo que concierne al aspecto militar del asunto, gritan a voz en cuello; en cambio, los "optimistas" callan, pues solo los esquiroles gustan de descubrir ciertas cosas a Rodzianko y Kerenski.

* * *

Tiempos difíciles. Un problema difícil. Una dura traición.

[30] *El Comité Revolucionario adscrito al Soviet de Petrogrado* fue constituido el 12 de octubre de 1917 por indicación del C.C. del Partido Bolchevique. Actuando bajo la dirección inmediata del C.C., el Comité Militar Revolucionario (CMR) dirigió −en estrechismo contacto con la organización militar bolchevique− la formación de los destacamentos de la Guardia Roja y el armamento de los obreros. Era tarea principal del CMR preparar la insurrección armada de acuerdo con las directrices del C.C. del Partido Bolchevique. El CMR llevó a cabo una múltiple labor a fin de organizar las fuerzas de combate para el triunfo de la Revolución Socialista de Octubre. El núcleo del dirigente del CMR era el Centro Militar Revolucionario del Partido, constituido en la reunión ampliada del C.C. el 16 de octubre de 1917 y cuya actividad dirigía Lenin diariamente. Después de formarse el Gobierno Soviético en el II Congreso de los Soviets, el CMR, cumpliendo los mandatos del Consejo de Comisarios del Pueblo, se señaló como tarea fundamental luchar con la contrarrevolución y guardar el orden revolucionario. A medida que se creó y afianzó el aparato de los Soviets, el CMR fue reduciendo gradualmente sus funciones y transfiriéndolas a los comisarios del pueblo que iban organizándose. El CMR fue disuelto el 5 de diciembre de 1917.

¡Y, a pesar de todo, el problema se resolverá; los obreros cerrarán sus filas; la insurrección campesina y la impaciencia extrema de los soldados en el frente harán lo suyo! ¡Apretemos nuestras filas; el proletariado tiene que vencer!

N. Lenin

Escrito el 18 (31) de octubre de 1917. Publicado por vez primera el 1 de noviembre de 1927, en el núm. 250 de *Pravda*.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, págs. 419-422.

## 9. Carta a los miembros del C.C.[31]

Camaradas: Escribo estas líneas el 24 por la tarde. La situación es crítica en extremo. Es claro como la luz del día que hoy todo lo que sea aplazar la insurrección significará verdaderamente la muerte.

Poniendo en ello todas mis fuerzas, quiero convencer a los camaradas de que hoy todo está pendiente de un hilo, de que en el orden del día figuran cuestiones que no pueden resolverse por medio de conferencias, ni de congresos (aunque sean incluso congresos de los Soviets), sino únicamente por los pueblos, por las masas, por medio de la lucha de las masas armadas.

La korniloviada inspirada por la burguesía, la destitución de Verjosvki demuestran que no se puede esperar. Es necesario, a todo trance, detener al gobierno esta tarde, esta noche, desarmando previamente a los cadetes (después de vencerlos, si oponen resistencia), etc.

¡¡No se puede esperar!! ¡¡Nos exponemos a perderlo todo!! ¿Qué se conseguirá con la toma inmediata del Poder? Proteger *al pueblo* (no al Congreso, sino al pueblo, al ejército y a los campesinos, en primer término) contra el gobierno kornílovista, que ha arrojado de su puesto a Verjovski y ha urdido una segunda conspiración kornilovista.

¿Quién ha de hacerse cargo del Poder?

Esto, ahora, no tiene importancia: que se haga cargo el Comité Militar Revolucionario[32] "u otra institución" que declare que solo entregará el Poder a los verdaderos representantes de los intereses del pueblo, de los intereses del ejército (inmediata propuesta de paz), de los intereses de los campesinos (inmediata toma

[31] Después de escribir la carta a los miembros del Comité Central del POSD de Rusia en la tarde del 24 de octubre del 1917 (6 de noviembre) exigiendo que empezase en el acto la insurrección armada, Lenin se trasladó clandestinamente, ya entrada la noche, al Smonly y tomó en sus manos la dirección general de la insurrección.

[32] *El Comité Militar Revolucionario adscrito al Soviet de Petrogrado* fue constituido el 12 (25) de octubre de 1917 por indicación del C.C. del Partido Bolchevique. Actuando bajo la dirección inmediata del C.C., el Comité Militar Revolucionario (CMR) dirigió –en estrechísimo contacto con la organización militar bolchevique– la formación de los destacamentos de la Guardia Roja y el armamento de los obreros. Era tarea principal del CMR preparar la insurrección armada de acuerdo con las directrices del C.C. del Partido Bolchevique. El CMR llevó a cabo una múltiple labor a fin de organizar las fuerzas de combate para el triunfo de la Revolución Socialista de Octubre. El núcleo dirigente del CMR era el Centro Militar Revolucionario del Partido, constituido en la reunión ampliada del C.C. el 16 (29) de octubre de 1917 y cuya actividad dirigía Lenin diariamente. Después de formarse el Gobierno soviético en el II Congreso de los Soviets, el CMR, cumpliendo los mandatos del Consejo de Comisarios del Pueblo, se señaló como tarea fundamental luchar con la contrarrevolución y guardar el orden revolucionario. A medida que se creó y afianzó el aparato de los Soviets, el CMR fue reduciendo gradualmente sus funciones y transfiriéndolas a los comisarios del pueblo que iban organizándose. El CMR fue disuelto el 5 (18) de diciembre de 1917.

de posesión de la tierra, abolición de la propiedad privada), de los intereses de los hambrientos.

Es necesario que todos los distritos, todos los regimientos, todas las fuerzas sean inmediatamente movilizadas y que envían sin demora delegaciones al Comité Militar Revolucionario, al C.C. del Partido Bolchevique, exigiendo insistentemente: no dejar en modo alguno el Poder en manos de Kerenski y Cía. hasta el 25; en modo alguno. Es menester que la cosa se decida a todo trance esta tarde o esta noche.

La historia no perdonará ninguna dilación a los revolucionarios que hoy pueden triunfar (y que triunfarán hoy con toda seguridad) y que mañana correrán el riesgo de perder mucho, tal vez de perderlo todo.

Si hoy nos adueñamos del Poder, no nos adueñamos de él contra los Soviets, sino para ellos.

La toma del Poder debe ser obra de la insurrección; su meta política se verá clara después de que hayamos tomado el Poder.

Aguardar a la votación incierta del 25 de octubre sería echarlo todo a perder, sería un puro formalismo; el pueblo tiene el derecho y el deber de decidir estas cuestiones no mediante votación, sino por la fuerza; tiene, en momentos críticos de la revolución, el derecho y el deber de enseñar el camino a sus representantes, incluso a sus mejores representantes, sin detenerse a esperar por ellos.

Así lo ha demostrado la historia de todas las revoluciones, y los revolucionarios cometerían el mayor de los crímenes, si dejasen pasar el momento, sabiendo que de ellos depende la salvación de la revolución, la propuesta de paz, la salvación de Petrogrado, la salida del hambre, la entrega de la tierra a los campesinos.

El gobierno vacila. ¡Hay que acabar con él, cueste lo que cueste!

Demorar la acción equivaldría a la muerte.

Escrito el 24 de octubre (6 de noviembre) de 1917. Publicado por vez primera en 1924. V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 34, págs. 435-436.

## 10. ¡A los ciudadanos de Rusia![33]

El Gobierno Provisional ha sido depuesto. El Poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado y se encuentra al frente del proletariado y de la guarnición de la capital.

Los objetivos por los que ha luchado el pueblo –la propuesta inmediata de una paz democrática, la supresión de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un Gobierno Soviético– están asegurados.

¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!

*El Comité Militar Revolucionario del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado*

25 de octubre de 1917,10 de la mañana.

*Rabochi y Soidei*, núm. 8, 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, pág. 1.

[33] *"¡A los ciudadanos de Rusia!":* llamamiento lanzado el 25 de octubre (7 de noviembre), las 10 de la mañana, por el Comité Militar Revolucionario adscrito al Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Esa misma mañana, el histórico documento apareció en el periódico *Rabochi y Soldat* (*El Obrero y Soldado*) y fue entregado para su inserción a los demás periódicos.
*Rabochi y Soldat:* diario de la tarde, órgano del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado; se publicó desde el 17 (30) de octubre hasta febrero de 1918.

## 11. Llamamiento del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata (bolchevique) de Rusia

### A todos los miembros del Partido y a todas las clases trabajadoras de Rusia

Camaradas: De todos es sabido que la mayoría de los delegados al Segundo Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia pertenecen al Partido Bolchevique.

Es éste un hecho esencial para comprender la revolución que acaba de desarrollarse y triunfar tanto en Petrogrado y Moscú, como en toda Rusia. Y este hecho es cabalmente el que olvidan de continuo y dejan en silencio todos los partidarios de los capitalistas y sus auxiliares inconscientes, que minan el principio básico de la nueva revolución: *todo el Poder a los Soviets*. En Rusia no debe haber más gobierno que *el Gobierno de los Soviets*. Se ha conquistado en Rusia el Poder soviético, y el paso del Poder de manos de un Partido soviético a las de otro Partido está asegurado sin necesidad de revolución, simplemente por decisión de los Soviets, simplemente por medio de nuevas elecciones de diputados a los Soviets. El Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia ha dado la mayoría al Partido Bolchevique. Así, pues, solo un gobierno formado por este Partido es un gobierno soviético, y todo el mundo sabe que, unas horas antes de la formación del nuevo Gobierno y antes de que la lista de sus miembros hubiese sido sometida al Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, el Comité Central del Partido Bolchevique invitó a la reunión que celebraba a tres de los miembros más destacados del grupo socialrevolucionario de izquierda, a los camaradas Kamkov, Spiro y Karelin, *y les propuso* participar en el nuevo Gobierno.[34] Lamentamos infinito que los camaradas eseristas de izquierda se hayan negado; consideramos su negativa como inadmisible en revolucionarios y partidarios de los trabajadores; estamos dispuestos en todo momento a aceptar en el Gobierno a los eseristas de izquierda, pero declaramos que, por nuestra condición de Partido de la mayoría

[34] Teniendo en cuenta que los eseristas de izquierda gozaban de influencia entre las masas campesinas, los bolcheviques les prepusieron en el II Congreso de los Soviets que formaran parte del Gobierno soviético. Los eseristas de izquierda rechazaron esta propuesta. Sin embargo, bajo la presión de las masas campesinas, concluyeron un acuerdo formal con los bolcheviques y sus representantes fueron incluidos en el Consejo de Comisarios del Pueblo en noviembre de 1917. Los eseristas aprovecharon con fines antipopulares su participación en el Gobierno. Duante el período en que se concertó la paz de Brest, los eseristas se pronunciaron contra la firma de la misma y, en señal de protesta, dimitieron sus cargos en el Consjeo de Comisarios del Pueblo, aunque siguieron participando en los órganos locales de Poder. Al exacerbarse la lucha de clases y constituirse los comités de campesinos pobres en el verano de 1918, los eseristas de izquierda, expresando los intereses de los kulaks, organizaron un levantamiento contrarrevolucionario para derribar el Poder sovético. Después de aplastado el levantamiento, el V Congreso de los Soviets de toda Rusia acordó excluir de los Soviets a los eseristas de izquierda.

del Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, tenemos el derecho *y la obligación* ante el pueblo de formar gobierno.

Todo el mundo sabe que el Comité Central de nuestro Partido ha propuesto al Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia una lista exclusivamente bolchevique de Comisarios del Pueblo y que *el Congreso ha aprobado esa lista gubernamental exclusivamente bolchevique.*

Por eso, las declaraciones engañosas según las cuales el Gobierno Bolchevique *no* es un gobierno soviético son absolutamente falsas y no emanan, ni pueden emanar más que de enemigos del pueblo, de enemigos del Poder de los Soviets. Por el contrario, en los actuales momentos, después del Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia y hasta que se convoque el Tercer Congreso o se celebren nuevas elecciones a los Soviets, o hasta que el Comité Ejecutivo Central forme un nuevo gobierno, *solo* el gobierno bolchevique puede ser reconocido Gobierno *Soviético*.

* * *

Camaradas: Algunos miembros del Comité Central de nuestro Partido y del Consejo de Comisarios del Pueblo −Kámenev, Zinóviev, Noguín, Rykov, Miliutin y unos pocos más− han dimitido ayer, 4 de noviembre, de sus cargos en el Comité Central de nuestro Partido y, los tres últimos, de sus cargos de Comisarios del Pueblo. En un Partido tan numeroso como el nuestro, no podían dejar de encontrarse, a pesar de la orientación proletaria revolucionaria de nuestra política, algunos camaradas insuficientemente firmes y perseverantes en la lucha contra los enemigos del pueblo. Las tareas que se le plantean hoy a nuestro Partido son verdaderamente inmensas, las dificultades enormes, y he aquí que algunos miembros de nuestro Partido, que ocupaban hasta ahora cargos responsables, han vacilado ante el empuje de la burguesía y han desertado de nuestras filas. Toda la burguesía y todos sus auxiliares se regocijan malignamente, saltan de júbilo con este motivo, anuncian la derrota, presagian el fin del gobierno bolchevique.

Camaradas: No prestéis crédito a estas mentiras. Los camaradas que se han ido se han portado como desertores, puesto que no solo han abandonado los puestos que les habían sido confiados, sino que han saboteado, además, el acuerdo explícito del Comité Central de nuestro Partido que les recomendaba esperar, antes de presentar la dimisión, siquiera a las resoluciones de las organizaciones del Partido de Petrogrado y Moscú. Nosotros condenamos enérgicamente esta deserción, y estamos profundamente convencidos de que todos los obreros, soldados y campesinos conscientes, miembros de nuestro Partido o simpatizantes con él condenarán con idéntica energía esta conducta de los desertores.

Pero declaramos que la deserción de algunos militantes destacados de nuestro Partido no quebrantará ni por un minuto, ni en un ápice, la unidad de las *masas* que le siguen, ni quebrantará, por consiguiente, al propio Partido.

Recordad, camaradas, que, ya antes de la insurrección de Petrogrado, dos de los desertores, Kámenev y Zinóviev, habían obrado como desertores y como esquiroles, no solo votando en la reunión decisiva del Comité Central, el 10 de octubre de 1917, contra la insurrección, sino también haciendo agitación contra la insurrección entre los funcionarios del Partido *después* de que el Comité Central hubo tornado el acuerdo. Todo el mundo sabe que los periódicos que temen colocarse al lado de los obreros y se inclinan más bien por la burguesía (por ejemplo, *Nóvaya Zhizn*) armaron entonces una enorme algazara, en coro con toda la prensa burguesa, vociferando sobre el "desmoronamiento" de nuestro Partido, sobre el "fracaso de la insurrección", etc. Pero la realidad se ha apresurado a desmentir las falsedades y calumnias de los unos, las dudas, vacilaciones y cobardía de los otros. La "tempestad" que se pretendía levantar con motivo de la actuación de Kámenev y Zinóviev, tendente a hacer fracasar la insurrección de Petrogrado, no fue más que *una tempestad en un vaso de agua* y el gran ímpetu de las masas, el noble heroísmo de millones de obreros, soldados y campesinos en Petrogrado y Moscú, en el frente, en las trincheras y en el campo, apartó a los desertores tan fácilmente como un tren rechaza una astilla.

Avergüéncense, pues, todos los que no tienen fe, todos los que vacilan, todos los que dudan, todos los que se han dejado intimidar por la burguesía o influir por los gritos de sus auxiliares directos o indirectos. *Entre las masas* de obreros y soldados de Petrogrado, de Moscú, de otras partes, *no hay sombra* de vacilación. ¡Unánime y firme como un solo hombre, nuestro Partido monta la guardia del Poder de los Soviets, de los intereses de todos los trabajadores, de los obreros y campesinos pobres en primer término!

El coro de los escritorzuelos burgueses y de los hombres que se han dejado asustar por la burguesía, nos acusa de intransigencia, de obstinación, de no querer compartir el Poder con otro Partido. ¡Es falso, camaradas! *Hemos propuesto* y seguimos proponiendo a los eseristas de izquierda que compartan con nosotros el Poder. No tenernos la culpa de que *no hayan aceptado*. Hemos entablado negociaciones también después de la clausura del Segundo Congreso de los Soviets y hemos hecho, en el curso de esas negociaciones, concesiones de toda clase, que han llegado hasta a admitir, en ciertas condiciones, a representantes de una parte de la Duma municipal de Petrogrado, refugio de kornilovistas, que será barrido por el pueblo antes que nada, si la canalla kornilovista, si los retoños de los capitalistas y terratenientes, los cadetes, intentan de nuevo oponerse a la voluntad del pueblo, como trataron de hacer el domingo último en Petrogrado y como quieren seguir intentando (la prueba: el complot ya descubierto de

Purishkévich y los documentos que se le cogieron ayer, 3 de noviembre). Pero los que se encuentran detrás de los eseristas de izquierda y trabajan, sirviéndose de ellos, en interés de la burguesía, interpretaron nuestra transigencia como signo de debilidad y la aprovecharon para presentarnos nuevos ultimátums. En la reunión del 3 de noviembre, los señores Abramóvich y Mártov se presentaron con un ultimátum, negándose a entrar en negociaciones mientras nuestro Gobierno no hiciese cesar los encarcelamientos y la suspensión de la prensa burguesa.

Tanto nuestro Partido como el Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets *rechazaron* este ultimátum, que procedía manifiestamente de los partidarios de Kaledin, de la burguesía, de Kerenski y de Kornílov. El complot de Purishkévich y la aparición en Petrogrado, el día 5 de noviembre, de la delegación de una parte del 17 Cuerpo de Ejército, que nos amenaza con una marcha sobre Petrogrado (amenaza ridícula, pues los destacamentos avanzados de estos kornilovistas han sido ya derrotados y dispersados en las inmediaciones de Gátchina y la mayoría se ha negado a luchar contra los Soviets), son hechos que ponen al descubierto quién estaba *efectivamente* detrás del ultimátum de los señores Abramóvich y Mártov y a quiénes servían *realmente* estos individuos.

¡Todos los trabajadores pueden permanecer tranquilos y firmes! Jamás cederá nuestro Partido a ultimátums de la minoría de los Soviets, minoría que se ha dejado asustar por la burguesía y que, en realidad, de hecho, a pesar de sus "buenas intenciones", es un pelele en manos de los kornilovistas.

Somos firmes partidarios del principio del Poder de los Soviets, es decir, del Poder de la *mayoría* triunfante del último Congreso de los Soviets; estábamos y *estamos dispuestos* a compartir el Poder con la minoría de los Soviets, a condición de que esta minoría se comprometa leal y honradamente a someterse a la mayoría y a aplicar el programa *aprobado por todo* el Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, que consiste en dar pasos graduales, pero firmes y consecuentes, hacia el socialismo. Pero no nos someteremos a los ultimátums de pequeños grupos de intelectuales, que no tienen a su lado a las masas, que *en realidad* no tienen a su lado más que a los kornilovistas, a los savinkovistas, a los cadetes, etc.

¡Todos los trabajadores pueden permanecer tranquilos y firmes! ¡Nuestro Partido, el Partido de la mayoría en los Soviets, vela unánime, en apretadas filas, por sus intereses y tiene a su lado, como tenía antes, a millones de obreros en las ciudades, de soldados en las trincheras y de campesinos en las aldeas, resueltos a asegurar, cueste lo que cueste, la victoria de la paz y el triunfo del socialismo!

Escrito el 5-6 (18-19) de noviembre de 1917. Publicado el 20 (7) de noviembre de 1917, en el núm. 182 de *Pravda*.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, págs. 72-76.

## 12. Congreso Extraordinario de los Soviets de diputados campesinos de toda Rusia[35]

### 10-25 de noviembre (23 de noviembre-8 de diciembre) de 1917

### Proyecto de Resolución

El Congreso Campesino apoya plenamente y por todos los medios la ley (decreto) sobre la tierra del 26 de octubre de 1917, aprobada por el Segundo Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia y promulgada por el Consejo de Comisarios del Pueblo como Gobierno Provisional Obrero y Campesino de la República de Rusia. El Congreso Campesino expresa su firme e inquebrantable decisión de defender con toda energía la aplicación de esta ley y exhorta a todos los campesinos a que la apoyen de modo unánime y la lleven a la práctica inmediatamente por sí mismos en todas las localidades. Exhorta también a los campesinos a elegir para todos los puestos y cargos de responsabilidad exclusivamente a quienes han demostrado, no con palabras, sino con hechos, su más absoluta fidelidad a los intereses de los campesinos trabajadores y explotados, su disposición y su capacidad para defender estos intereses cualquiera que haya sido la resistencia de los terratenientes, de los capitalistas y de sus partidarios o cómplices.

Al mismo tiempo, el Congreso Campesino expresa su convencimiento de que la aplicación íntegra de todas las medidas previstas en la ley sobre la tierra solo es posible en el caso de que triunfe la Revolución Socialista obrera iniciada el 25 de octubre, pues únicamente la Revolución Socialista está en condiciones de asegurar el paso de la tierra sin indemnización al campesinado trabajador,

[35] *El Congreso extraordinario de los Soviets de diputados campesinos de toda Rusia* se celebró del 10 al 25 de noviembre (23 de noviembre-8 de diciembre) de 1917 en Petrogrado. Asistieron a él los siguientes delegados: 110 eseristas de izquierda, 40 bolcheviques, 15 simpatizantes de los bolcheviques, (ucranianos), 50 eseristas de derecha y del centro y 40 sin Partido. La víspera de la apertura del Congreso, el viejo Comité Ejecutivo Central de los Soviets de diputados campesinos, de tendencia eserista de derecha, intentó frustar su celebración, pero no lo consiguió.
Pese a los deseos del Comité Ejecutivo eserista de derecha de escindir el Congreso y de las vacilaciones de los eseristas de izquierda, el Congreso Extraordinario de los Soviets de diputados campesinos de toda Rusia adoptó en el problema del poder la misa posición que el II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados. Lenin habló en el Congreso acerca del problema agrario y de la declaración hecha por el representante de CESFR, pronunciando también el discurso de resumen de la discusión sobre el problema agrario. El Congreso aprobó el proyecto de resolución escrito por Lenin.
El Comité Ejecutivo interino elegido en el Congreso se fusionó con el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia; el 15 (28) de noviembre se celebró la primera reunión conjunta del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, del Congreso Extraordinario de los Soviets de diputados campesinos de toda Rusia y del Soviet de Petrogrado. En ella se aprobó una resolución que ratificaba los decretos sobre la paz, sobre la tierra y sobre el control obrero. El Congreso acordó convocar para el 25 de noviembre (8 de diciembre) de 1917 el II Congreso de diputados campesinos de toda Rusia.

la confiscación de los bienes de los terratenientes, la plena protección de los intereses de los obreros asalariados en la agricultura (al mismo tiempo que se sientan inmediatamente las bases de la abolición incondicional de todo el sistema de esclavitud capitalista asalariada), la distribución justa y armónica de los productos de la agricultura y de la industria entre las regiones y los habitantes del Estado, el dominio sobre los bancos (sin el cual es imposible el dominio del pueblo sobre la tierra al abolirse también la propiedad privada de ésta), la ayuda múltiple del Estado a los trabajadores y explotados, etc.

Por eso, el Congreso Campesino, al apoyar sin reservas la revolución del 25 de octubre, y al apoyarla precisamente como Revolución Socialista, expresa su inquebrantable decisión de aplicar con la necesaria gradación, pero sin vacilaciones, las medidas de transformación socialista de la República de Rusia.

Una condición indispensable de la victoria de la Revolución Socialista –única capaz de asegurar el éxito firme y el completo cumplimiento de la ley sobre la tierra– es la plena alianza del campesinado laborioso, explotado y trabajador con la clase obrera –el proletariado– en todos los países avanzados. En la República de Rusia, toda la estructuración y dirección del Estado debe basarse de arriba abajo, a partir de hoy, en esta alianza. Barriendo todos y cada uno de los intentos directos e indirectos, descarados y ocultos de retornar a la conciliación –condenada por la vida– con la burguesía y con los ejecutores de la política burguesa, esta alianza es la única capaz de asegurar la victoria del socialismo en todo el mundo.

Escrito el 14 (27) de noviembre de 1917. Publicado en el periódico *Izvestia del CEC*, núm. 226, 15 de noviembre de 1917.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, págs. 96-97.

# 13. Informe sobre la situación económica de los obreros de Petrogrado y las tareas de la clase obrera, pronunciado en la Reunión de la Sección Obrera del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado

## 4 de diciembre de 1917

### Información periodística

La revolución del 25 de octubre ha mostrado la extraordinaria madurez política del proletariado, que ha probado ser capaz de hacer frente con firmeza a la burguesía. Pero la victoria completa del socialismo requiere un grado colosal de organización, impregnada de la conciencia de que el proletariado debe ser la clase dominante.

El proletariado tiene planteadas las tareas de la transformación socialista del régimen político, pues cualquier decisión intermedia, por fácil que sea aducir argumentos en su favor, es insignificante, ya que la situación económica del país ha llegado a tal punto que son inadmisibles las decisiones intermedias. En nuestra lucha gigantesca contra el imperialismo y el capitalismo no queda lugar para las semimedidas.

El problema está planteado así: vencer o ser vencidos.

Los obreros deben comprenderlo y lo comprenden; así lo prueba con claridad el hecho de que rechacen las decisiones intermedias de transacción. Cuanto más honda es la revolución, más necesarios son los trabajadores activos para culminar la obra de sustituir al capitalismo con el aparato del socialismo. Para ello es insuficiente la fuerza de la pequeña burguesía, incluso no habiendo sabotaje. La tarea solo puede ser cumplida en las entrañas de las masas populares, con su iniciativa. Por eso, el proletariado no debe pensar ahora en mejorar en este mismo momento su situación, sino pensar en convertirse en clase dominante. No puede esperarse que el proletariado rural tenga conciencia clara y firme de sus intereses. Eso puede hacerlo únicamente la clase obrera, y cada proletario, tornando conciencia de la gran perspectiva, debe sentirse un dirigente y llevar tras de sí a las masas.

El proletariado debe convertirse en la clase dominante en el sentido de dirigir a todos los trabajadores y de dominar políticamente.

Es preciso luchar contra el prejuicio de que solo la burguesía puede administrar el Estado. El proletariado debe tornar sobre sí la administración del Estado.

Los capitalistas hacen absolutamente todo lo que pueden para dificultar la tarea de la clase obrera. Y cada organización obrera –sindicatos, comités de fábrica, etc.– deberá librar el combate decisivo en el plano económico. La burguesía lo estropea y sabotea todo con el propósito de frustrar la revolución obrera. Y la tarea de organizar la producción recae por entero sobre la clase obrera. Rompamos para siempre con el prejuicio de que los asuntos del Estado, la administración de los bancos y de las fábricas son una tarea imposible para los obreros. Sin embargo todo ello puede resolverse únicamente con una gigantesca labor cotidiana de organización.

Es imprescindible organizar el intercambio de productos, convertir en sistema la contabilidad y el control. Esta tarea incumbe a la clase obrera, y los conocimientos para cumplirla se los ha proporcionado su vida en las fábricas.

Que cada comité de fábrica no solo se sienta dedicado a los asuntos de su empresa, sino que se considere también una célula organizativa llamada a construir la vida de todo el Estado.

Es fácil promulgar un decreto aboliendo la propiedad privada, pero solo los propios obreros pueden y deben llevarlo a la práctica. No importa que se cometan errores: serán errores de la clase nueva al crear la vida nueva.

No hay ni puede haber un plan concreto de organización de la vida económica.

Nadie puede proporcionar ese plan. Eso puede hacerlo la masa desde abajo, por medio de la experiencia. Naturalmente, se darán indicaciones y se esbozarán los caminos, pero hay que empezar simultáneamente por arriba y por abajo.

Los Soviets deben convertirse en órganos que regulen toda la producción de Rusia, mas para que no se conviertan en un Estado Mayor sin tropas, hay que trabajar en la base…[36]

La clase obrera debe tomar en sus manos la organización del control y de la producción en la amplia escala de todo el Estado. La garantía del triunfo no reside en la organización de personas, sino en la organización de toda la masa trabajadora, y si conseguimos eso, si ponemos en orden la vida económica, se barrerá por sí solo todo lo que nos opone resistencia.

*Pravda*, núm. 208, 20 (7) de diciembre de 1917 y Soldátskaya Pravda. núm. 104, 14 de diciembre de 1917.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, págs. 146-148.

[36] Han sido omitidas algunas palabras del texto ruso debido a la falta de claridad en los apuntes. *(N. de la Edit).*

## 14. Tesis sobre la Asamblea Constituyente

1. Era completamente justo que la socialdemocracia revolucionaria incluyera en su programa la reivindicación de la convocatoria de la Asamblea Constituyente, porque en una república burguesa la Asamblea Constituyente es la forma superior de la democracia y porque, al crear el Anteparlamento, la república imperialista, con Kerenski a la cabeza, preparaba una falsificación de las elecciones y numerosas infracciones de la democracia.

2. Al reclamar la convocatoria de la Asamblea Constituyente, la socialdemocracia revolucionaria, desde los primeros días de la revolución de 1917, subrayó más de una vez que la República de los Soviets es una forma de democracia superior a la república burguesa ordinaria, con su Asamblea Constituyente.

3. Para el tránsito del régimen burgués al socialista, para la dictadura del proletariado, la República de los Soviets (de diputados obreros, soldados y campesinos) no es solo la forma de tipo más elevado de las instituciones democráticas (comparada con la república burguesa ordinaria, coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso posible al socialismo.

4. En nuestra revolución se hace la convocatoria de la Asamblea Constituyente con arreglo a las listas presentadas a mediados de octubre de 1917, en condiciones que imposibilitan que las elecciones a esa Asamblea Constituyente sean una expresión exacta de la voluntad del pueblo en general y de las masas trabajadoras en particular.

5. En primer término, la representación proporcional no manifiesta fielmente la voluntad del pueblo, sino cuando las listas presentadas por los Partidos responden a la división real del pueblo en grupos políticos que sean realmente los mismos que los que se reflejan en las listas. Y es sabido que en nuestro país, el Partido que entre mayo y octubre ha tenido más partidarios en el pueblo y, sobre todo, entre los campesinos, el Partido socialrevolucionario, presentó listas únicas a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917, pero se ha escindido en noviembre de 1917 después de las elecciones a la Asamblea Constituyente y antes de que ésta se hubiese convocado.

Por eso, incluso desde el punto de vista formal, la composición de los elegidos a la Asamblea Constituyente no corresponde ni puede corresponder a la voluntad de la masa de los electores.

6. En segundo término, otra circunstancia aún más importante, no formal ni jurídica, sino económico-social, una circunstancia que constituye el origen de clase de la diferencia entre la voluntad del pueblo y, sobre todo, de las clases trabajadoras, por una parte, y la composición de la Asamblea Constituyente, por

otra, es que las elecciones a la Asamblea Constituyente se han celebrado cuando la enorme mayoría del pueblo no podía conocer todavía toda la extensión y todo el alcance de la Revolución de Octubre, de la revolución soviética, proletaria y campesina, comenzada el 25 de octubre de 1917, es decir, después de haber sido presentadas las listas de los candidatos a la Asamblea Constituyente.

7. La Revolución de Octubre, al conquistar el Poder para los Soviets, arrancar el dominio político a la burguesía y entregarlo al proletariado y a los campesinos pobres, atraviesa ante nuestra vista por sucesivas etapas de su desarrollo.

8. La revolución ha comenzado por la victoria del 24-25 de octubre, conseguida en la capital, cuando el Segundo Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia, congreso de la vanguardia proletaria y de la parte políticamente más activa de los campesinos, dio la mayoría al Partido Bolchevique y lo elevó al Poder.

9. Luego, durante los meses de noviembre y diciembre, se apodera la revolución de toda la masa del ejército y de los campesinos y se traduce ante todo por la destitución o renovación de los viejos organismos directivos (comités de ejército, comités campesinos provinciales, Comité Ejecutivo Central del Soviet de diputados campesinos de toda Rusia, etc.), que constituían la expresión de una etapa de conciliación ya superada de la revolución, de su etapa burguesa y no proletaria, y que por esta razón debían desaparecer inevitablemente bajo el empuje de las masas populares, más profundas y más extensas.

10. Este poderoso movimiento de las masas explotadas, para reconstituir los organismos dirigentes de sus organizaciones, no ha terminado aún hoy, a mediados de diciembre de 1917, y una de sus etapas es el Congreso de los ferroviarios, actualmente reunido.

11. Por consiguiente, el agrupamiento de las fuerzas de clase que se hallan en lucha en Rusia en noviembre y en diciembre de 1917 difiere por principio, en la práctica, del que pudo hallar su expresión en las listas de candidatos presentadas por los Partidos para las elecciones a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917.

12. Los recientes acontecimientos en Ucrania (en parte también en Finlandia y en Bielorrusia, así como en el Cáucaso) indican, asimismo, que se está realizando un nuevo agrupamiento de las fuerzas de clase en el curso de la lucha entre el nacionalismo burgués de la Rada ucraniana[37], de la Dieta finlandesa, etc., por un

[37] Se trata de la *Rada Central* organización nacionalista burguesa, constituida en Kíev en abril de 1917 en el Congreso de Partidos y grupos burgueses y pequeñoburgueses ucranianos. La presidía M. Grushevski, tenía por vicepresidente a V. Vinnichenko y formaban parte de ella Petliura, Efrémov y otros nacionalistas. Después de triunfar la Gran Revolución Socialista de Octubre, la Rada se erigió en órgano supremo de la "Revolución Popular de Ucrania" e inició la lucha abierta contra el Poder soviético. Algunos Estados Extranjeros intentaron crear en Ucrania, apoyándose en la Rada, un centro de lucha contra la revolución proletaria. La Rada Central ayudó a los generales contrarrevolucionarios del Don

lado, y el Poder de los Soviets, la revolución proletaria y campesina de cada una de esas repúblicas nacionales, por otro.

13. Y por último, la guerra civil, comenzada con la sublevación contrarrevolucionaria de los demócratas constitucionalistas y de Kaledin, contra las autoridades soviéticas, contra el Gobierno Obrero y Campesino, ha agudizado definitivamente la lucha de clases y eliminado toda posibilidad de resolver por un camino democrático formal los problemas más candentes que la historia ha planteado ante los pueblos de Rusia y, en primer lugar, ante su clase obrera y sus campesinos.

14. Únicamente la victoria total de los obreros y campesinos sobre la insurrección de los burgueses y de los terratenientes (que ha hallado su expresión en el movimiento de los demócratas constitucionalistas y de Kaledin), solo una implacable represión militar de esa sublevación de esclavistas puede garantizar de hecho el triunfo de la revolución proletaria y campesina. La marcha de los acontecimientos y el desarrollo de la lucha de clases en la revolución han hecho que la consigna de "Todo el Poder a la Asamblea Constituyente", que no tiene en cuenta las conquistas de la revolución obrera y campesina, que no tiene en cuenta el Poder de los Soviets, que no tiene en cuenta las decisiones tomadas por el Segundo Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia, por el Segundo Congreso de los diputados campesinos de toda Rusia, etc., *se haya convertido de hecho* en la consigna de los demócratas constitucionalistas, de los kaledinistas y de sus acólitos. El pueblo entero comienza a comprender claramente que la Asamblea Constituyente quedaría inevitablemente condenada a la muerte política si se divorciase del Poder de los Soviets.

15. El problema de la paz es uno de los más candentes de la vida del pueblo. No se ha emprendido en Rusia una lucha verdaderamente revolucionaria por la paz hasta después del triunfo de la revolución del 25 de octubre, y este triunfo ha tenido como primer resultado la publicación de los tratados secretos, el armisticio y las negociaciones públicas iniciadas con objeto de conseguir una paz general, sin anexiones ni contribuciones.

Solo ahora las grandes masas populares obtienen de hecho, franca y completamente, la posibilidad de ver una política de lucha revolucionaria por la paz y de estudiar sus resultados.

---

y del Kubán en su lucha contra el Poder sovético y desarmó a los regimientos soviéticos y a la Guardia Roja. En un manifiesto del Consejo de Comisarios del Pueblo al pueblo ucraniano, firmado por Lenin el 3 (16) de diciembre de 1917, se denunciaron las acciones antisoviéticas contrarrevolucionarias de la Rada Central (veáse V. I. Lenin, *Obras completas*, 5ª ed. en ruso, t. 26, pags, 143-145). En diciembre de 1917 y enero de 1918, en toda Ucrania tuvieron lugar levantamientos armados contra la Rada contrarrevolucionaria, en el curso de los cuales se fue restableciendo el poder soviético. En enero de 1918, las tropas soviéticas pasaron a la ofensiva en Ucrania y el 26 de enero (8 de febrero) entraron en Kíev, derrocando la dominación de la Rada burguesa.

Durante las elecciones a la Asamblea Constituyente, no tenían las masas populares dicha posibilidad.

Es evidente, pues, que también en este aspecto es inevitable la incompatibilidad entre la composición de la Asamblea Constituyente y la verdadera voluntad del pueblo, en el problema de la terminación de la guerra.

16. El conjunto de circunstancias que acabamos de examinar hace que la Asamblea Constituyente, convocada con arreglo a las listas de los Partidos existentes antes de la revolución proletaria y campesina, bajo el dominio de la burguesía, entre inevitablemente en conflicto con la voluntad y los intereses de las clases trabajadoras y explotadas, que han iniciado el 25 de octubre la Revolución Socialista contra la burguesía. Es natural que los intereses de esta revolución tengan primacía sobre los derechos formales de la Asamblea Constituyente, incluso si estos últimos no hubiesen sido quebrantados por la circunstancia de que en la ley sobre la Asamblea Constituyente no se reconozca el derecho del pueblo a elegir nuevos diputados en cualquier momento.

17. Todo intento, directo o indirecto, de plantear la cuestión de la Asamblea Constituyente desde un punto de vista jurídico formal, en los marcos de la democracia burguesa corriente, sin tener en cuenta la lucha de clases y la guerra civil, es una traición a la causa del proletariado y la adopción del punto de vista de la burguesía. El deber incondicional de la socialdemocracia revolucionaria consiste en poner a todo el mundo en guardia contra ese error que cometen ciertos dirigentes, poco numerosos, del bolchevismo, que no han sabido valorar la Insurrección de Octubre y la misión de la dictadura del proletariado.

18. La única posibilidad de resolver sin dolor la crisis creada como resultado de la divergencia existente entre las elecciones a la Asamblea Constituyente, por un lado, y la voluntad del pueblo y los intereses de las masas trabajadoras y explotadas, por otro lado, consiste en aplicar con la mayor extensión y rapidez posible el derecho del pueblo a proceder a nuevas elecciones de miembros de la Asamblea Constituyente, consiste en que la propia Asamblea Constituyente se adhiera a la ley del Comité Ejecutivo Central relativa a esas nuevas elecciones, declare reconocer sin reservas el Poder de los Soviets, la revolución soviética, su política en el problema de la paz, de la tierra y del control obrero y se coloque resueltamente al lado de los adversarios de la contrarrevolución de los demócratas constitucionalistas y de Kaledin.

19. Si no se cumplen estas condiciones, la crisis planteada en relación con la Asamblea Constituyente no podrá resolverse más que por vía revolucionaria, con las medidas revolucionarias más enérgicas, rápidas, firmes y resueltas, tomadas por el Poder de los Soviets contra la contrarrevolución de los demócratas constitucionalistas y de Kaledin, cualesquiera que sean las consignas y las instituciones (incluso la calidad de miembros de la Asamblea Constituyente) en

que se ampare esa contrarrevolución. Intentar atar, de cualquier manera que sea, las manos del Poder de los Soviets en esta lucha, sería hacerse cómplice de la contrarrevolución.

Escrito el 11 o el 12 (el 24 o el 25) de diciembre de 1917. Publicado el 26 (13) de diciembre de 1917, en el núm. 213 de *Pravda*.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, págs. 162-166.

## 15. Por el pan y la paz

Dos cuestiones ocupan actualmente el primer lugar entre todas las demás cuestiones políticas: la del pan y la de la paz. La guerra imperialista, la guerra de las casas bancarias más importantes y ricas –"Inglaterra" y "Alemania"– por la dominación mundial, por el reparto del botín y por la expoliación de los pueblos pequeños y débiles, esta terrible y criminal guerra ha arruinado a todos los países, ha extenuado a todos los pueblos y ha colocado a la humanidad ante un dilema: sacrificar toda la cultura y perecer o sacudirse por vía revolucionaria el yugo capitalista, acabar con la dominación de la burguesía y conquistar el socialismo y la paz duradera.

Si no triunfa el socialismo, la paz entre los Estados capitalistas significará únicamente una tregua, una pausa, la preparación de una nueva matanza de los pueblos. Paz y pan: tales son las reivindicaciones fundamentales de los obreros y explotados. La guerra ha exacerbado en grado extremo estas reivindicaciones. La guerra ha sumido en el hambre a los países más civilizados, más desarrollados en el aspecto cultural. Mas, de otra parte, la guerra, como un ingente proceso histórico, ha acelerado de modo inaudito el desarrollo social. El capitalismo, que en su desarrollo se ha transformado en imperialismo, es decir, en capitalismo monopolista, se ha convertido bajo el influjo de la guerra en capitalismo monopolista de Estado. Hemos alcanzado ahora este grado de desarrollo de la economía mundial, que es el umbral del socialismo.

Por eso, la Revolución Socialista desencadenada en Rusia representa únicamente el comienzo de la Revolución Socialista mundial. Paz y pan, derrocamiento de la burguesía, medios revolucionarios para curar las heridas causadas por la guerra, victoria completa del socialismo, tales son los objetivos de la lucha.

Petrogrado, 14 de diciembre de 1917.
Escrito en ruso el 14 (27) de diciembre de 1917. Firmado: *Lenin*.
Publicado por vez primera en alemán en mayo de 1918, en el núm. 11 del periódico *Jugend-Internationale*. Firmado: W. Lenin.
Publicado en ruso (traducido del alemán) por vez primera en 1927, en el t. II de *Notas del Instituto Lenin*.
Facsímile del primer párrafo del manuscrito aparecido en 1919 en la publicación *Det röda Ryssland*. 1917 7/11 1919 (Estocolmo).

V. I, Lenin. *Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t. 35, págs. 169-170.

## 16. Proyecto de Decreto sobre la puesta en práctica de la nacionalización de los bancos y las medidas indispensables derivadas de ella[38]

La crítica situación alimenticia y la amenaza de hambre, creada por la especulación y el sabotaje de los capitalistas y funcionarios, así como por el desbarajuste general, hacen imprescindible la adopción de medidas revolucionarias excepcionales para luchar contra este mal.

A fin de que todos los ciudadanos del Estado, y en primer lugar todas las clases trabajadoras, bajo la dirección de sus Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, puedan emprender esa lucha y la organización de la acertada vida económica del país inmediatamente y en todos sus aspectos, sin detenerse ante nada y actuando por la vía más revolucionaria, se dictan las siguientes reglas:

### Proyecto de Decreto

### Sobre la puesta en práctica de la nacionalización de los bancos y las medidas indispensables derivadas de ella

1. Todas las empresas de sociedades anónimas son declaradas propiedad del Estado.

2. Los miembros de los consejos de administración y los directores de las sociedades anónimas, así como todos los accionistas pertenecientes a las clases acaudaladas (es decir, poseedores de más de 5.000 rublos de todos los bienes o ingresos superiores a 500 rublos al mes), están obligados a seguir dirigiendo en perfecto orden los asuntos de las empresas, cumpliendo la ley del control obrero, presentando todas las acciones en el Banco del Estado y facilitando informes semanales de su actividad a los Soviets locales de diputados obreros, soldados y campesinos.

3. Quedan anulados los empréstitos del Estado tanto exteriores como interiores.

4. Se garantizan plenamente los intereses de los pequeños tenedores de obligaciones, así como de acciones de todas clases, es decir, de los pertenecientes a las clases trabajadoras de la población.

5. Se implanta el trabajo obligatorio general. Todos los ciudadanos de ambos sexos comprendidos en la edad de 16 a 55 años están obligados a efectuar los

[38] El *Proyecto de decreto sobre la puesta en práctica de la nacionaliación de los bancos y las medidas indispensables derivadas de ellas* fue sometido por Lenin a la aprobación del CSEN a mediados de diciembre de 1917. Se publicó por vez primera en noviembre de 1918, en el núm. 11 de la revista *Naródnoie Joziaistvo (Economía Nacional)*.
*Naródnoie Joziaistvo:* órgano del Consejo Superior de Economía Nacional; se publicó desde marzo de 1918 hasta diciembre de 1922.

trabajos que les señalen los Soviets locales de diputados obreros, soldados y campesinos u otras organizaciones del Poder soviético.

6. Como primer paso para llevar a la práctica el trabajo general obligatorio, se decreta que las personas de las clases acaudaladas (véase § 2) están obligadas a poseer y rellenar debidamente las libretas de consumo de trabajo o de presupuesto de trabajo, que deben ser presentadas a las correspondientes organizaciones obreras o a los Soviets locales y sus organismos para registrar semanalmente el cumplimiento del trabajo asumido por cada uno de ellos.

7. Para la acertada contabilidad y distribución tanto de los víveres como de otros productos necesarios, todos los ciudadanos del Estado están obligados a adherirse a una sociedad de consumo. Las oficinas de intendencia, los comités de abastos y otros organismos similares, así como los sindicatos de obreros ferroviarios y del transporte, implantarán el control del cumplimiento de esta ley bajo la dirección de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Las personas de las clases acaudaladas quedan obligadas, en particular, a realizar los trabajos que les encomienden los Soviets para la organización y administración de las sociedades de consumo.

8. Los sindicatos de obreros y empleados ferroviarios están obligados a preparar urgentemente y llevar a la práctica sin demora medidas extraordinarias para una organización más perfecta del transporte, en particular del transporte de víveres, combustible y otros artículos de primera necesidad, guiándose en primer lugar por los pedidos y órdenes de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, así como de las instituciones facultadas por ellos y del Consejo Superior de Economía Nacional.

De la misma manera, se impone a los sindicatos de ferroviarios, en colaboración con los Soviets locales, el deber de luchar con la mayor energía contra la especulación, sin detenerse ante las medidas revolucionarias, y perseguir implacablemente a toda clase de especuladores.

9. Las organizaciones obreras, los sindicatos de empleados y los Soviets locales están obligados a incorporar sin tardanza las empresas cerradas y desmovilizadas, así como a los parados forzosos, a trabajos útiles y a la obtención de productos necesarios y a buscar pedidos, materias primas y combustible. Sin aplazar en ningún caso esta actividad, ni el intercambio de productos agrícolas por industriales, hasta que reciban órdenes especiales desde arriba, los sindicatos y los Soviets locales están obligados a ajustarse a las indicaciones y prescripciones del Consejo Superior de Economía Nacional.

10. Las personas de las clases acaudaladas están obligadas a guardar todas sus sumas en metálico en el Banco del Estado y en sus sucursales, así como en las cajas de ahorros, recibiendo para sus necesidades de consumo no más de 100-125 rublos a la semana (según decidan los Soviets locales), y para las necesidades de la

producción y del comercio solo con el aval escrito de las instituciones del control obrero.

A fin de controlar la aplicación del presente decreto, se dictarán reglas para el cambio de la moneda actualmente en circulación por otra, y los culpables de fraude al Estado y al pueblo serán castigados con la confiscación de todos sus bienes.

11. El mismo castigo, así como la reclusión en la cárcel o el envío al frente y a trabajos forzosos, será aplicado a cuantos desobedezcan la presente ley, a los saboteadores, funcionarios huelguistas y especuladores. Los Soviets locales y las instituciones dependientes de ellos se comprometen a determinar con carácter urgente las medidas más revolucionarias de lucha contra estos verdaderos enemigos del pueblo.

12. En colaboración con los Soviets locales, los sindicatos y demás organizaciones de los trabajadores crearán, con la participación de las personas más seguras y recomendadas por las organizaciones del Partido y otras, grupos volantes de controladores para observar el cumplimiento de esta ley, comprobar la cantidad y calidad del trabajo y entregar a los tribunales revolucionarios a los culpables de infringir o esquivar la ley.

Los obreros y empleados de las empresas nacionalizadas tienen el deber de tensar todas sus fuerzas y adoptar medidas extraordinarias para mejorar la organización del trabajo, fortalecer la disciplina y elevar la productividad. Los organismos de control obrero deben presentar semanalmente al CSEN informes de lo conseguido en este terreno. Los culpables de defectos y negligencias responderán ante el tribunal revolucionario.

Escrito no antes del 14 (27) de diciembre de 1917.
Publicado íntegramante por vez primera en noviembre de 1918, en el núm. 11 de la revista *Naródnoie Joziaistvo*.
Publicado íntegramente por vez primera en 1949, en el t. XXVI de la 4ª edición de las *Obras* de V. I. Lenin.

V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 35, págs. 174-177.

# CAPÍTULO IV

# LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE

*León Trotski*

Es a tal punto imperioso aplicar a la revolución analogías extraídas de la historia natural, que algunas de ellas se han convertido en metáforas corrientes: «erupción volcánica», «parto de una nueva sociedad», «punto de ebullición», etc. Esto esconde, bajo la apariencia de una simple imagen literaria, una percepción intuitiva de las leyes de la dialéctica, es decir, de la lógica del desarrollo.

Lo que la revolución en su conjunto es respecto a la evolución, lo es la insurrección armada respecto a la revolución en sí misma: el punto crítico en que la cantidad acumulada deviene explosivamente calidad. Pero la insurrección como tal no constituye un acto homogéneo e indivisible: hay puntos críticos en ella, crisis e impulsos interiores.

Gran importancia política y teórica presenta el breve período inmediatamente anterior «al punto de ebullición", es decir, las vísperas insurreccionales. Se enseña en física que si se abandona la operación de calentar regularmente un líquido, este conserva algún tiempo una temperatura invariable y entra en ebullición al absorber una dosis suplementaria de calor. Aquí también el lenguaje corriente acude en nuestra ayuda, cuando define el estado de falsa tranquilidad y de sosiego anterior al estallido como «la calma que precede la tormenta».

Cuando fue indudable que la mayoría de obreros y soldados de Petrogrado ya apoyaba a los bolcheviques, la temperatura pareció haber alcanzado el punto de ebullición. Justamente entonces, Lenin proclama la necesidad de un levantamiento inmediato. Pero lo sorprendente es que aun faltaba algo para poder llevarlo a cabo. Los obreros y, sobre todo, los soldados, debían absorber todavía una nueva dosis de energía revolucionaria. En las masas no existe contradicción entre la palabra y el acto. Pero hasta en una simple huelga y, más aun, en una insurrección, este pasaje de las palabras a los actos origina inevitables fricciones íntimas y reagrupamientos moleculares: unos quieren avanzar, otros se agolpan a retaguardia. La guerra civil, en sus primeros pasos, se caracteriza casi siempre por una extraordinaria falta de resolución. Ambos campos, en cierto modo, pisan un mismo terreno nacional, y les es difícil sacudir la influencia de las capas intermedias, favorables a la conciliación.

Entre las masas, la calma anterior a la tormenta ponía de manifiesto el grave embarazo del grupo dirigente. Hasta en el Partido mejor templado, los órganos e instituciones que nacen en la época relativamente tranquila de los preparativos –la revolución, como la guerra, también, tiene sus momentos de calma–, resultaban inadecuados o no adecuados del todo para resolver el problema insurreccional: no es posible evitar que en el instante más crítico lleguen a producirse ciertos cambios y desplazamientos. Los mismos integrantes del Soviet de Petrogrado que habían votado por un Poder soviético aun no advertían suficientemente la urgencia inmediata del levantamiento armado. Era preciso reorientarlos, disminuyendo en lo posible los trastornos y transformar el Soviet en una estructura insurreccional.

Tanto había madurado la crisis, que no se necesitaban meses para ello, sino unas pocas semanas. Pero, precisamente en esos últimos días, lo más peligroso era perder pie, dar la orden para el gran salto un poco antes de que el Soviet estuviese dispuesto a darlo, provocar perturbaciones en sus filas, separar el Partido del Soviet, aunque fuese por veinticuatro horas.

Más de una vez Lenin había repetido que las masas estaban infinitivamente más a la izquierda que el Partido, y este más a la izquierda que su Comité Central. Considerada la revolución en su conjunto, la tesis era exactísima. Pero también la relación entre estos elementos experimenta oscilaciones profundas. En abril, en junio, y especialmente a principio de julio, los obreros y soldados se impacientaban y empujaban al Partido para que diese la batalla final. Tras la derrota de Julio, las masas se hicieron más prudentes. Tanto o más que antes, anhelaban la insurrección. Pero se habían quemado los dedos y temían un nuevo fracaso. En Julio, agosto y septiembre, el Partido frenaba a los obreros y soldados, que los kornilovianos provocaban de mil maneras para que se echasen a la calle. La experiencia política de los últimos meses había fortalecido los centros moderadores, no solo entre los dirigentes sino también entre los dirigidos. Por otra parte los éxitos constantes de la agitación, favorecían la inercia de los dispuestos a la expectativa. Para las masas, no era suficiente una nueva orientación política: también precisaba rehacerse psicológicamente. Cuanto más los dirigentes del Partido revolucionario mandan sobre los acontecimientos, más la insurrección engloba a las masas.

En todo el país, bajo diversas formas pero siempre con el mismo sentido, se planteaba el difícil problema de pasar de la política preparatoria a la técnica de la insurrección. Muralov relata que en la Organización Militar bolchevique de Moscú, todos coincidían en la necesidad de tomar el Poder; sin embargo, «cuando había que resolver concretamente el problema de cómo conquistar el Poder, la solución no aparecía». Aún faltaba el último eslabón de la cadena.

En los mismos días en que Petrogrado enfrentaba el peligro de que se evacuase su guarnición, las huelgas arreciaban en Moscú. A iniciativa de los comités de fábrica, la fracción bolchevique del Soviet propuso resolver los conflictos económicos por decreto. Los preparativos insumieron bastantes días. Solo el 23 de octubre los órganos del Soviet de Moscú dictaron el «decreto revolucionario número 1» que prohibía contratar o despedir a los obreros y empleados de las fábricas y usinas sin el consentimiento de los comités de fábrica. Con esto, ya se estaba actuando como Poder de Estado. Para los autores de la iniciativa, la inevitable resistencia del gobierno vincularía aún más estrechamente las masas con el Soviet, precipitando un conflicto abierto. Fue imposible juzgar este pronóstico, pues la insurrección de Petrogrado dio a Moscú y al resto del país, una razón mucho más imperiosa para tomar las armas: urgía correr en apoyo del gobierno soviético recién constituido.

Al bando que ataca le interesa casi siempre mostrarse a la defensiva, al Partido revolucionario, obtener su cobertura legal. El próximo Congreso de los Soviets, que sería de hecho el Congreso de la insurrección, aparecía ante las masas populares, si no como depositario de toda la soberanía, como partícipe primordial de ella. Uno de los términos del Poder dual se alzaba contra el otro. Al par que recurría al Congreso como ante la fuente del Poder, el Comité Militar Revolucionario acusaba de antemano al gobierno de preparar un golpe contra los Soviets. Esta acusación se desprendía de la situación misma. Si el gobierno no esperaba capitular sin lucha, debía prepararse para su propia defensa. Más, por ello mismo, quedaba expuesto a la acusación de complotar contra el órgano supremo de los obreros, los soldados y los campesinos. Al luchar contra el Congreso de los Soviets que debía derrocar a Kerenski, el gobierno se lanzaba contra el mismo poder de donde Kerenski había surgido.

Sería un error grosero no ver en ello más que sutilezas jurídicas que dejan al pueblo indiferente: al contrario, es bajo este aspecto que los hechos esenciales de la revolución se reflejaban en la conciencia de las masas. Había que sacar todo el Partido de una serie de circunstancias inusitadamente ventajosas. Al conferir amplio sentido político al natural deseo de los soldados de no abandonar los cuarteles por el frente y al movilizar a la guarnición en defensa del Congreso de los Soviets, la dirección revolucionaria no se ataba en ningún caso las manos respecto a la fecha de la insurrección. La adopción del día y de la hora dependerían de la marcha ulterior del conflicto. La libertad de maniobra estaba del lado del más fuerte.

«Vencer primero a Kerenski y convocar enseguida el Congreso», repetía Lenin, temeroso de ver la insurrección sustituida por un juego constitucional. Es evidente que Lenin aún no había tenido tiempo de apreciar un nuevo factor que surgía entre los preparativos insurreccionales, para modificar enteramente su carácter: el grave conflicto entre la guarnición de Petrogrado y el gobierno. Si el Congreso de los Soviets debe resolver el problema del Poder; si el gobierno quiere dividir la guarnición para que el Congreso no pueda asumir ese Poder; si la guarnición, sin esperar el Congreso de los Soviets, se niega a someterse al gobierno, ello significa, en suma, que la insurrección ha comenzado, anticipándose al Congreso, aunque bajo el manto de su autoridad. Resultaría erróneo, en consecuencia, establecer un distingo entre los preparativos de la insurrección y los del Congreso de los Soviets.

Para mejor comprender las peculiaridades de la Insurrección de Octubre, es conveniente compararla con la de Febrero. En esta comparación no es necesario, como ocurre otras veces, admitir convencionalmente que todas las condiciones son idénticas. Nos encontramos ante una identidad real, pues en ambos casos se trata de Petrogrado: el mismo terreno de lucha, los mismos grupos sociales,

el mismo proletariado y la misma guarnición. En uno y otro caso la victoria se obtiene porque la mayoría de los regimientos de reserva pasa al bando de los obreros. ¡Pero qué enorme diferencia, pese a estos rasgos comunes de carácter general! Complementándose históricamente en esos ocho meses que las separan, las dos insurrecciones de Petrogrado, por sus contrastes, parecen hechas para que mejor se entienda la naturaleza de una insurrección *in abstracto*.

Suele decirse del levantamiento de febrero que fue una irrupción de fuerzas elementales. Ya hemos expuesto en su lugar las reservas indispensables que suscita esta opinión. Pero es exacto, de todos modos, que nadie se anticipó en febrero a indicar el camino de la insurrección; nadie votó la revolución en las fábricas ni en los cuarteles; nadie, desde arriba, llamó a tomar las armas. La irritación de años estalló como imprevistamente, e incluso, en gran medida, para la masa misma.

De un modo muy distinto pasaron las cosas en octubre. Durante esos ocho meses las masas habían vivido una intensísima vida política. No solo provocaban acontecimientos, sino que aprendían a comprender sus conexiones. Después de cada acción, apreciaban críticamente los resultados. El parlamentarismo soviético se convirtió en el mecanismo cotidiano de la vida política del pueblo. ¿Podían las masas renunciar a resolver ellas mismas el problema de la insurrección, si estaban decidiendo con su voto cuestiones como la huelga, las manifestaciones callejeras, el envío de regimientos al frente?

Pero esta conquista inapreciable y única de la Revolución no dejaba de suscitar nuevas dificultades. No era posible convocar a la lucha a las masas en nombre del Soviets sin haber planteado categóricamente la cuestión ante dicho organismo, es decir, sin haber convertido la insurrección en objeto de debates abiertos, con la participación incluso de representantes del campo enemigo. Era evidente la necesidad de crear un órgano soviético especial, disimulado hasta donde fuera posible, para que se encargase de dirigir la insurrección armada. Pero también este recurso suponía la observancia de los procedimientos democráticos, con todas sus ventajas, pero todas sus dilaciones. La resolución adoptada el 9 de octubre por el Comité Militar Revolucionario, solo entra en ejecución definitiva a partir del día 20. No estaba allí, sin embargo, la principal dificultad. Utilizar la mayoría que se tenía en el Soviet para establecer un comité compuesto únicamente de bolcheviques, sería disgustar a los sin Partido, sin hablar de los socialistas revolucionarios de izquierda y de ciertos grupos anarquistas. Los bolcheviques del Comité Militar Revolucionario se sometían a la decisión de su Partido, y no todos ellos sin resistencia. Pero no cabía exigir ninguna disciplina de los sin Partido ni de los socialrevolucionarios de izquierda, quienes ni siquiera se avendrían a votar una resolución fijando de antemano la fecha del levantamiento; y el solo hecho de plantear ante ellos el asunto hubiera revelado la mayor imprudencia. Lo único que podía hacerse a través del Comité Militar Revolucionario era empujar a las

masas hacia el levantamiento, agravando día tras día la situación de modo que el conflicto terminase por ser inevitable.

En esas circunstancias, ¿no habría resultado más sencillo llamar a la insurrección directamente en nombre del Partido? Son indiscutibles las serias ventajas de semejante procedimiento. Pero quizás las desventajas no son menos evidentes. Entre los millones de hombres sobre los cuales el Partido, con entera razón, esperaba apoyarse, era preciso, sin embargo, distinguir tres sectores: el primero de ellos estaba dispuesto a acompañar a los bolcheviques en todas las circunstancias; un segundo sector, el más numeroso, sostenía a los bolcheviques en la medida en que actuasen a través de los Soviets; el tercero, por último, seguiría a los Soviets aunque los bolcheviques fuesen en ellos mayoría.

Las tres capas se distinguían no solamente por sus niveles políticos sino también, en gran parte, por su composición social. Tras los bolcheviques, como Partido, marchaban en primera fila los obreros industriales, los proletarios por herencia de Petrogrado. Tras los bolcheviques, solo en cuanto tuviesen el respaldo legal de los Soviets, marchaba la mayoría de los soldados. Tras los Soviets, independientemente de que los bolcheviques alcanzasen en ellos la principal influencia, y, aun a pesar de dicha circunstancia, marchaban las formaciones más conservadoras de la clase obrera; los ex mencheviques y socialistas revolucionarios temerosos de separarse del resto de la masa; los elementos más conservadores del ejército comprendidos los cosacos; los campesinos que habían roto con la dirección del Partido socialista revolucionario para ligarse a su ala izquierda.

Sería un error evidente identificar la fuerza del Partido Bolchevique con la de los Soviets a los cuales dirigía: estos últimos representaban una fuerza infinitamente más poderosa; pero faltándoles el Partido se volvían impotentes. Esto no tiene nada de misterioso. La relación entre el Partido y el Soviet derivaba de una incompatibilidad, inevitable en épocas revolucionarias, entre la formidable influencia política del bolcheviquismo y la endeblez de su estructura organizativa. Una palanca exactamente aplicada permite a la mano levantar un peso muy superior al de la fuerza viva que se despliega. Pero si la mano falta, la palanca no es más que una pértiga inanimada.

Uno de los delegados a la Conferencia Regional bolchevique de Moscú, manifestaba a fines de septiembre: «En Egorievsk, nadie se opone a la influencia de los bolcheviques. Pero la organización del Partido es débil en sí misma. Se ha desatendido muchísimo; no hay afiliaciones regulares ni se pagan las cotizaciones». Aunque no siempre de tanta magnitud, esta desproporción entre la influencia y la organización constituía un fenómeno general. Las grandes masas conocían las consignas bolcheviques y la organización soviética, consignas y organización que, para ellas, llegaron a ser una misma cosa entre fines de septiembre y octubre.

El pueblo aguardaba la palabra de los Soviets sobre cuándo y cómo realizar el programa de los bolcheviques.

El Partido mismo educaba metódicamente a las masas en ese espíritu. Cuando se expandió por Kiev el rumor de que se preparaba la insurrección, el Comité Ejecutivo bolchevique opuso un inmediato desmentido: «Abstenerse de toda demostración no convocada por los Soviets... ¡No marchar sin el Soviet!». El 18 de octubre al desmentir rumores sobre una supuesta insurrección fijada para el 22, Trotski manifiesta: «El Soviet es una institución electiva y... no puede adoptar resoluciones a espaldas de obreros y soldados»... Fórmulas de este tipo, repetidas cotidianamente y confirmadas por la práctica, ayudaban a formar una opinión sólida al respecto.

En la Conferencia Militar bolchevique de Moscú celebrada en octubre, el subteniente Berzin resumía con estas palabras los informes de los delegados: "Es dudoso que las tropas se muevan ante un llamado del Comité Bolchevique de Moscú. Pero si las convoca el Soviet, todos, probablemente, marcharán". Y eso que el 90 por ciento de la guarnición de Moscú había votado por los bolcheviques en septiembre. Durante la conferencia del 16 de octubre en Petrogrado, Bokii, en nombre del Partido, informa que los del distrito de Moscú, «se moverán a instancias del Soviet, pero no del Partido»; en el barrio Nevski, «todos marcharán detrás del Soviet», Volodarski resumía en los siguientes términos el ánimo imperante en Petrogrado: «Hay impresión general de que nadie se impacienta por echarse a la calle, pero que si el Soviet, los convoca, todos estarán presentes», Olga Ravich corrige de esta manera: «Algunos dicen que también marcharán si el Partido hace el llamado». En la Conferencia de la guarnición de Petrogrado, celebrada el 18, los delegados informan que sus regimientos aguardan órdenes del Soviet para ponerse en movimiento; nadie habla del Partido, aunque los bolcheviques encabezaban numerosos contingentes: es que para mantener la unidad de los cuarteles era imperioso someter a la común disciplina del Soviet tanto a los partidarios como a los elementos vacilantes o semihostiles. El regimiento de granaderos llegó a declarar que solo marcharía, si se lo ordenaba el Congreso de los Soviets. El solo hecho de que los agitadores y organizadores establecieran una diferencia entre el Soviet y el Partido en todos sus evaluadores acerca del estado de las masas, demuestra la importancia considerable de la cuestión desde el punto de vista del llamado al levantamiento.

El chofer Mitrevich cuenta que en un equipo de camiones donde fue imposible obtener un voto favorable a la insurrección, los bolcheviques consiguieron hacer aprobar el siguiente compromiso: «No marcharemos ni a favor de los bolcheviques ni de los mencheviques, pero... ejecutaremos sin dilaciones todas las órdenes del II Congreso de los Soviets». Los bolcheviques del equipo de camiones empleaban en pequeño la misma táctica envolvente a la que recurría el Comité Militar

Revolucionario. Mitrevich nada quiere demostrar; relata solamente, y esto da a su testimonio mayor Poder de convicción.

Las tentativas para conducir la insurrección directamente, por intermedio del Partido, en ninguna parte dieron resultado. Se ha conservado un testimonio de excepcional interés, referente a los preparativos de levantamiento en Kinechma, núcleo importante de la industria textil. Cuando se puso sobre el tapete la insurrección en la zona de Moscú, el comité partidario de Kinechma eligió un triunvirato especial al que denominó, no se sabe bien por qué, Directorio, al que se encomendó averiguar con qué fuerzas militares y material de guerra se contaba, y emprender los preparativos de la insurrección armada. «Pero debe decirse –escribe uno de los miembros del Directorio– que los tres elegidos no hicieron, al parecer, gran cosa. Los acontecimientos tomaron un curso diferente... La huelga nos absorbió por completo, y al llegar el instante decisivo el centro de organización pasó al Comité de Huelga y al Soviet...». En la modesta escala de un movimiento provincial, se repetía el fenómeno de Petrogrado.

El Partido ponía en movimiento al Soviet. El Soviet, a los obreros, soldados y, parcialmente, a los campesinos. Lo que se ganaba en masa se perdía en rapidez. Si representamos este mecanismo de transmisión como sistema de ruedas dentadas –comparación ya utilizada por Lenin, aunque para otro caso y para un período distinto– puede decirse que una tentativa impaciente de hacer un ajuste directo entre la rueda del Partido y la rueda gigante de las masas, presentaba el riesgo de romper los dientes de la rueda partidaria, sin conseguir con ello una movilización suficiente de las masas.

Así y todo, no era menos real el peligro contrario de dejar escapar una situación favorable como resultado de las fricciones internas del sistema soviético. Teóricamente hablando, el momento más ventajoso para la insurrección puede concebirse como un punto determinado en el tiempo. No se trata, por supuesto, de localizar prácticamente ese punto ideal. La insurrección, en cuanto a sus posibilidades de éxito, puede representarse como una curva ascendente que se aproxima al punto ideal culminante; o como una curva descendente si la relación de fuerzas no ha podido modificarse radicalmente todavía. En vez de «un momento», resulta un espacio de tiempo mensurable en semanas, más raramente en meses.

Los bolcheviques podían haber tomado el Poder en Petrogrado desde principios de julio. Pero en ese caso no lo hubiesen conservado. Desde mediados de septiembre, ya podían esperar no solo conquistar el Poder, sino también retenerlo. Si a fines de octubre los bolcheviques hubiesen dilatado la insurrección, es posible pero no seguro, que aún les habría quedado cierto tiempo para recuperar el terreno perdido. Aunque con ciertas reservas, es posible admitir que durante tres o cuatro meses, de septiembre a diciembre, por ejemplo, se habrían

dado las premisas políticas para un levantamiento: vale decir, condiciones ya suficientemente maduras, pero no tanto que pudiese hablarse de descomposición. Dentro de estos límites, mucho más fáciles de precisar después que durante la acción misma, el Partido gozaba de cierta libertad para elegir el momento, y esto originaba inevitables disidencias prácticas, que a menudo alcanzaban considerable gravedad.

Ya en los días de la Conferencia Democrática Lenin propone desencadenar la insurrección. Piensa desde fines de septiembre que cualquier demora entraña los mayores peligros, «Aguardar el Congreso de los Soviets –escribe en los primeros días de octubre– es un juego pueril, vergonzoso; es traicionar la revolución con formalismos». Es sin embargo dudoso que uno solo de los dirigentes bolcheviques se dejase guiar en este asunto por consideraciones puramente formales. Cuando Zinóviev, por ejemplo, pedía una conferencia preparatoria con la fracción bolchevique del Congreso de los Soviets, no iba en busca de sanciones formales, sino de un apoyo de los delegados de provincia contra la política del Comité Central. Pero es un hecho que la subordinación del Partido al Soviet, y de este al Congreso de los Soviets volvía imprecisa la fecha del levantamiento con la consiguiente alarma de Lenin, no por cierto infundada.

La cuestión de saber cuándo se lanzará el llamado se liga estrechamente con la de saber quién lo lanzará. Lenin no ignoraba las ventajas de la convocatoria por el Soviet; pero más lo preocupaban las dificultades que surgirían en este camino. Sobre todo a distancia, no podía dejar de temer que entre los dirigentes del Soviet las interferencias fuesen aún mayores que en el Comité Central, al que ya acusaba de excesivas vacilaciones. Respecto a saber cuál de los dos, si el Soviet o el Partido, darían el primer impulso, Lenin tenía soluciones alternativas, pero en las primeras semanas se inclinaba resueltamente hacia una iniciativa independiente del Partido. En esto no existía ni la sombra de una oposición de principios, ya que el problema de la insurrección se abordaba sobre la misma base, en circunstancias idénticas y con los mismos fines; pero la manera de hacerlo era, de todos modos, diferente.

La propuesta de Lenin de rodear el teatro Alejandra y arrestar a los miembros de la Conferencia Democrática, suponía que el Partido y no el Soviet dirigiría la insurrección, recurriendo directamente a las fábricas y a los cuarteles. No podía ser de otro modo: era inconcebible que el Soviet pudiese adoptar semejante plan. Lenin advertía perfectamente, que incluso en los grupos dirigentes del Partido su concepción encontraría resistencias. Recomendaba por anticipado a la fracción bolchevique de la Conferencia «no preocuparse por el número»: si se actúa resueltamente desde arriba, el número será suministrado por la base. El audaz plan de Lenin tenía la indiscutible ventaja de ser rápido e imprevisto. Pero dejaba al Partido demasiado a la descubierta, con el peligro, dentro de ciertos límites,

de oponerlo a las masas. Y en el mismo Soviet de Petrogrado tomado de sorpresa un fracaso inicial hubiera podido desvanecer la mayoría bolchevique, que no era demasiado estable todavía.

La resolución del 10 de octubre propone a las organizaciones locales del Partido que resuelvan prácticamente todas las cuestiones desde el punto de vista de la insurrección: en cuanto a los Soviets como órganos del levantamiento, no se los menciona para nada en la resolución del Comité Central. En la Conferencia del 16, Lenin decía: «Los hechos demuestran que tenemos superioridad sobre el enemigo. ¿Por qué el Comité Central no puede comenzar?». En labios de Lenin, la pregunta distaba de tener un carácter retórico; debía entendérsela de este modo: ¿por qué perder tiempo subordinándose a la complicada mediación del Soviet, si el Comité Central puede dar inmediatamente la señal? Así y todo, la resolución propuesta por Lenin se cerraba esta vez expresando «su plena seguridad de que el Comité Central y el Soviet indicarán oportunamente el momento propicio y los métodos más convenientes de acción». La mención al Soviet, junto al Partido, y la fórmula más flexible acerca de la fecha del levantamiento provenían de la resistencia de las masas, que Lenin pulsaba por intermedio de los dirigentes del Partido.

Al día siguiente, en una polémica con Zinóviev y Kámenev, Lenin resumía los debates de la víspera: «*Todos* están de acuerdo en que al llamado de los Soviets y para la defensa de los Soviets, los obreros actuarán como un solo hombre». Esto significaba: aunque no todos concuerden con él, Lenin, en que puede lanzarse el llamado en nombre del Partido, hay unanimidad en que sí puede lanzárselo en nombre de los Soviets.

«¿Quién debe tomar el Poder? –escribe Lenin al atardecer del día 24–. Esto no tiene importancia por el momento: lo haga el Comité Militar Revolucionario u "otra institución" que declare que lo entregará únicamente a los verdaderos representantes del pueblo...». Lo de «otra institución», entre enigmáticas comillas, alude en lenguaje conspirativo al Comité Central de los bolcheviques. Lenin renueva aquí su propuesta de septiembre: actuar directamente, en nombre del Comité Central, si la legalidad soviética llegaba a impedir al Comité Militar Revolucionario poner al Congreso ante el hecho consumado de la insurrección.

Aunque esta lucha sobre los plazos y los métodos de la insurrección se prolongó varias semanas, no todos los participantes se dieron exacta cuenta de su significado e importancia. «Lenin proponía la toma del Poder por los Soviets, el de Leningrado o el de Moscú, y no a espaldas de los Soviets, escribía Stalin en 1924. ¿Por qué Trotski ha tenido necesidad de esta rarísima leyenda acerca de Lenin?". Y todavía: «El Partido conoce a Lenin como al más grande marxista de nuestro tiempo... ajeno a toda sombra de blanquismo». A su vez, Trotski no era

«el gigante Lenin, sino una especie de enano blanquista...».[1] ¡No solo blanquista, sino, además, enano! En realidad, el saber en nombre de quien se lanzará la insurrección y a qué institución le será entregado el Poder, es asunto que ninguna doctrina tiene resuelto de antemano. Si están dadas las condiciones generales para un levantamiento, éste se presenta como un problema de carácter práctico que puede resolverse por diferentes medios. Este capítulo de las divergencias que dividieron al Comité Central se parece a las discusiones entre oficiales de un estado mayor, educados en la misma doctrina militar y que juzgan del mismo modo la situación estratégica en su conjunto, pero que proponen diversas variantes, importantísimas sin duda pero aun así parciales, para resolver un problema de carácter inmediato. Mezclar en esto la cuestión del marxismo y del blanquísimo es demostrar que nada se comprende, ni del uno ni del otro.

El profesor Pokrovski[2] llega hasta a negar todo significado al problema «Soviet o Partido». Los soldados no tienen nada de formulistas, declara con ironía: no necesitaban del Congreso de los Soviets para derrocar a Kerenski. Por espiritual que parezca este modo de plantear la cuestión, deja un punto sin dilucidar: ¿para qué, pues, organizar los Soviets, si el Partido es suficiente? "Resulta curioso –continúa el profesor– que de este esfuerzo por hacerlo todo más o menos legalmente, nada resultara legal desde el punto de vista soviético, y que el Poder, a último momento, no lo tomara el Soviet, sino una organización manifiestamente "ilegal", constituida *ad hoc*».

Pokrovski alega que Trotski fue forzado, «en nombre del Comité Militar Revolucionario», y no en nombre del Soviet, declarar inexistente el gobierno de Kerenski. ¡Argumento realmente imprevisto! El Comité Militar Revolucionario era un órgano electivo del Soviet. Que el Comité hubiese asumido un papel dirigente en la insurrección, no infringía de ningún modo la legalidad soviética, de la que el profesor se burla, a pesar de que las masas se apegasen a ella con extraordinario celo. También el Consejo de Comisarios del Pueblo fue constituido *ad hoc*, lo que no le impidió ser y seguir siendo el órgano del Poder soviético, incluido el mismo Pokrovski, en su calidad de adjunto del comisario de Instrucción Pública.

La insurrección pudo mantenerse en el terreno de la legalidad soviética y aun, en medida considerable, dentro de los marcos creados por la tradición de la dualidad de poderes, gracias principalmente a que la guarnición de Petrogrado se había subordinado al Soviet casi por entero desde antes del levantamiento.

[1] El estilo es el hombre. Un lenguaje insultante contra el organizador del Ejército Rojo solo podía pensar Stalin en emplearlo después de la muerte de Lenin y con el control del aparato en sus manos.

[2] Pokrosvski, M.N. (1868-1932). Viejo bolchevique, historiador. Miembro de Comité Central del Partido de Lenin desde antes de 1914. Después de la revolución, presidente del Soviet de Moscú; más tarde, vicecomisario de Instrucción Pública. Al morir Lenin, se plegó a la fracción stalinista. Sin embargo, su importancia científica era demasiado grande para exigírsele una desfiguración histórica en sus obras. Después de su muerte, sus libros fueron prohibidos por la censura stalinista.

En las primeras *Memorias*, en los primeros artículos de aniversario y ensayos históricos, este hecho, que confirman numerosos documentos, pasaba por indiscutible. «El conflicto de Petrogrado se desarrolló en torno al problema de la suerte de la guarnición», dice un primer folleto sobre Octubre, escrito por el autor de la presente obra en los descansos que le dejaban las negociaciones de Brest-Litovsk, cuando aún estaban frescos los recuerdos de esos acontecimientos; durante varios años, este folleto fue presentado en el Partido como un manual de historia. «El problema básico, en torno al cual se edificó y organizó todo el movimiento de octubre −declara aún más claramente Sadovski, uno de los organizadores inmediatos de la insurrección−, fue el de la tentativa de enviar los regimientos de Petrogrado al frente del Norte...». A ninguno de los dirigentes inmediatos de la insurrección que intervinieron en el coloquio organizado para recomponer la marcha de los acontecimientos, se le ocurrió ni por un instante corregir la exposición de Sadovski. Solo a partir de 1924 se descubre de golpe, que Trotski sobreestimaba a la guarnición campesina, en perjuicio de los obreros de Petrogrado: descubrimiento científico ideal para complementarlo con la acusación de haber subestimado a la clase campesina.

Decenas de jóvenes historiadores, con el profesor Pokrovski a la cabeza, nos han explicado estos últimos años la importancia del proletariado en una revolución proletaria, e indignadísimos, porque no dijésemos obreros allí donde hablábamos de soldados, nos han declarado culpables de examinar la marcha real de los sucesos en vez de repetir lecciones escolares. Pokrovski resume estas críticas en los siguientes términos:

> Aunque Trotski sabe muy bien que fue el Partido el que decidió pasar a la lucha armada..., y aunque el pretexto que entonces se esgrimiese solo podía tener una importancia secundaria, él asigna a la guarnición de Petrogrado el papel de figura principal..., como si a falta de ella no hubiese habido insurrección posible.

Para nuestro historiador, lo único que importa es «la decisión del Partido» a propósito de la insurrección; pero cómo se ha producido en realidad el levantamiento, ése es un problema «de importancia secundaria»: siempre se encontrará un pretexto. Pokrovski denomina pretexto el medio para conquistar a las tropas, es decir, para resolver el problema del cual depende la suerte de cualquier insurrección. No hay duda de que la revolución proletaria se habría producido igualmente de no haber surgido el conflicto sobre la evacuación de las tropas: en esto, el profesor está en lo cierto. Pero habría sido otra insurrección y habría exigido una exposición histórica diferente, y nosotros solo tenemos en vista los acontecimientos tal como se produjeron.

Uno de los organizadores, más tarde historiador de la Guardia Roja, Malajovski, insiste, por su parte, en afirmar que fueron los obreros armados, diferenciándose de la guarnición semiapática, los que desplegaron iniciativa, resolución y firmeza durante el levantamiento. «Los destacamentos de la Guardia Roja –escribe– se movilizaron durante la Insurrección de Octubre para ocupar las instituciones gubernativas, el Correo y el Telégrafo, y tomaron posiciones de vanguardia en el momento del combate...», etc. Todo esto es innegable pero no es difícil comprender, sin embargo, que si a los guardias rojos les bastó «ocupar» las instituciones, fue solamente porque la guarnición de Petrogrado estaba de acuerdo con ellos, los apoyaba o, por lo menos, no les combatía. Esto decidió la suerte de la insurrección.

El solo preguntarse qué era más importante para el levantamiento, si los soldados o los obreros, revela un nivel teórico tan lamentable que casi no permite discusiones. La Revolución de Octubre era la lucha del proletariado contra la burguesía por el Poder. Pero correspondió al mujik, a fin de cuentas, decidir el resultado de esa lucha. Este esquema general, válido para todo el país, encontró en Petrogrado su expresión más acabada. Lo que dio a la insurrección en la capital ese carácter de golpe rápido con un mínimo de víctimas, fue la combinación entre el complot revolucionario, el levantamiento obrero y la lucha en autodefensa de la guarnición campesina. El Partido dirigía la insurrección; la principal fuerza motriz era el proletariado; los destacamentos obreros armados constituían la fuerza de choque; pero el desenlace de la lucha dependía de la guarnición campesina, difícil de mover.

Es aquí donde el paralelo entre ambas insurrecciones, la de febrero y la de octubre, resulta particularmente irreemplazable. En vísperas del derrocamiento de la monarquía, la guarnición era una gran incógnita para ambos bandos. Hasta los soldados ignoraban cuál sería la reacción ante el levantamiento de los obreros. Solo la huelga general hizo posible el contacto masivo entre obreros y soldados, permitiendo que estos últimos fuesen probados en la acción y pasasen al bando de los obreros. Tal fue el contenido dramático de las cinco jornadas de febrero.

En víspera del derrocamiento del Gobierno Provisional, ya la aplastante mayoría de la guarnición estaba abiertamente junto a los obreros. En ninguna parte del país el gobierno se sentía tan aislado como en su propia residencia: no fue por error que intentó escapar de ella pero en vano: la capital hostil no lo dejaba partir. Al procurar sin éxito la evacuación de los regimientos revolucionarios, el gobierno cavó ya para siempre su tumba.

Explicar la política pasiva de Kerenski ante la insurrección solo a la luz de sus cualidades personales, es resbalar por la superficie de las cosas, Kerenski no era el único. Había en el gobierno hombres como Paltchinski, capaces de energía. Los líderes del Comité Ejecutivo no ignoraban que la victoria de los bolcheviques

significaba su muerte política. Todos ellos, sin embargo, separadamente o en conjunto se sintieron paralizados; se sumieron, como el mismo Kerenski, en el sopor penoso de quien no ignora la inminencia del peligro, pero se siente incapaz de alzar la mano para defenderse.

Obreros y soldados no fraternizaron en octubre durante abiertas luchas callejeras, como pasara en febrero, sino con anterioridad a la sublevación. Si los bolcheviques no apelaron a la huelga general, no fue por impotencia, sino porque no la necesitaban. Aun antes de que el levantamiento comenzara, el Comité Militar Revolucionario se sentía dueño de la situación: conocía cada contingente de las tropas, su estado de espíritu, las fracciones internas; recibía diariamente informes verídicos que eran un fiel reflejo de la realidad; cuando lo deseaba, podía mandar comisarios con plenos poderes o motociclistas portadores de órdenes a cualquier regimiento, entablar comunicación telefónica con el Comité de un efectivo o hacer llegar a una compañía sus instrucciones de servicio. Las tropas veían en el Comité Militar Revolucionario un estado mayor gubernativo, y de ningún modo un centro de conspiradores.

Es verdad que el gobierno retenía los puestos de mando del Estado, pero ya sin sus bases de sustentación. Los ministerios y los estados mayores se columpiaban en el vacío. El teléfono y el telégrafo continuaban sirviendo al gobierno, lo mismo que el Banco de Estado. Pero aquel ya no contaba con fuerzas militares suficientes para retener esas instituciones. El Palacio de Invierno y el Instituto Smolny parecían haber trocado sus respectivos emplazamientos. El gobierno fantasma se veía tan rigurosamente jaqueado por el Comité Militar Revolucionario, que le era imposible intentar nada antes de destruir el poderío de la guarnición. Y cualquier movimiento de Kerenski contra las tropas no hacía más que apresurar el desenlace.

Y, sin embargo, nada de esto suprimía la necesidad del levantamiento, problema que aún quedaba por resolver. El Comité Militar Revolucionario tenía en sus manos la cuerda y el mecanismo entero del reloj. Le faltaban el cuadrante y las agujas. Sin estos detalles, el reloj carece de toda utilidad. Privado del telégrafo, del teléfono, de un banco, de un estado mayor, el Comité Militar Revolucionario no podía gobernar. Disponía de casi todas las premisas reales y de los elementos del Poder, no del Poder mismo.

En febrero, los obreros no pensaban en apoderarse del Banco y del Palacio de Invierno, sino en quebrar la resistencia del ejército. No luchaban para conquistar ciertos puestos de mando, sino para atraerse el alma del soldado. Al obtenerse esto último, los demás problemas se resolvieron por sí mismos: abandonada por sus batallones de la Guardia, la monarquía ni siquiera intentó defender sus palacios y sus estados mayores.

En octubre, el gobierno de Kerenski, tras dejar escapar definitivamente el alma del soldado, se aferró todavía a los puestos de mando. Entre sus manos, los estados mayores, los bancos, los teléfonos, solo constituían la fachada del Poder. Al pasar a los Soviets, asegurarían la posesión íntegra de ese Poder. Tal era la situación en vísperas insurreccionales: ella determinaría las modalidades de la acción en las últimas veinticuatro horas.

Casi no hubo manifestaciones, combates callejeros, barricadas, todo lo que es común entender por insurrección; la revolución no necesitaba resolver un problema que ya había sido resuelto. La toma del andamiaje gubernativo podía emprenderse de conformidad con un plan, con el auxilio de destacamentos armados relativamente poco numerosos, a partir de un centro único. Los cuarteles, la fortaleza, los depósitos, todos los establecimientos en que actuaban los obreros y soldados, se tomarían fácilmente desde adentro. No pasaba lo mismo con el Palacio de Invierno, el Preparlamento, el estado mayor de la región, los ministerios y las escuelas de *junkers*. Tampoco, con los teléfonos, telégrafos, correos, el Banco de Estado: los empleados de estos establecimientos, aunque poco pesasen en la combinación general de las fuerzas, eran los dueños detrás de aquellos muros, que estaban, además, celosamente guardados. Había que forzar desde afuera estos altos reductos, burocráticos. Aquí la violencia sustituía la ocupación con recursos políticos. Mas al perder el gobierno sus bases militares, resistir era casi imposible, y de estos últimos puestos cayeron, en general, sin ningún choque.

Verdad es que, con todo, hubo que empeñar ciertos combates: fue preciso un asalto para tomar el Palacio de Invierno. Pero el hecho mismo de que la resistencia gubernativa se concentrase en el Palacio, permite precisar el lugar que el 25 de octubre ocupa en el desarrollo general de la lucha. El Palacio de Invierno aparece como el último bastión de un régimen moribundo a los ocho meses de nacer, definitivamente desarmado durante los últimos quince días.

Los elementos del complot entendidos como tales el plan y una dirección centralizada, ocupaban un lugar insignificante en la Revolución de Febrero. Ello se debía a la debilidad y a la disgregación de los grupos revolucionarios, bajo la pesada carga del zarismo y de la guerra. La tarea se hacía mayor para las masas. Los insurgentes tenían su experiencia política, sus tradiciones, sus consignas, sus jefes anónimos. Pero si los elementos de dirección diseminados en el levantamiento eran suficientes para derribar la monarquía, su número no bastaba para asegurar a los vencedores el fruto de su propia victoria.

La calma callejera en octubre, la ausencia de multitudes, la falta de combates, dio pretexto, a los adversarios para hablar de la conspiración de una insignificante minoría, de la aventura de un puñado de bolcheviques. Una y otra vez se volvió sobre esta fórmula en los días, los meses y aun los años que siguieron a la

insurrección. Evidentemente, para restablecer el buen nombre de la insurrección proletaria, Iaroslavski escribe del 25 de octubre:

«Al escucharse el llamado del Comité Militar Revolucionario, masas compactas de obreros de Petrogrado se pusieron bajo sus banderas e invadieron las calles de la ciudad». El historiador oficial olvida explicar con qué fin el Comité Militar Revolucionario sacaba las masas a la calle y qué hicieron, concretamente, estas.

La mezcla de poderío y debilidad de la Revolución de Febrero determinó que se la idealizase oficialmente como obra del país en su conjunto, en contraste con el levantamiento de octubre, tachado de complot. En realidad, si los bolcheviques, a último momento, consiguieron reducir a un «complot» la lucha por el Poder, no se debió a que fuesen una pequeña minoría, sino a que con ello, en los barrios obreros y en los cuarteles, militaba una aplastante mayoría, férreamente nucleada, organizada y disciplinada.

No se comprenderá profundamente la Insurrección de Octubre si solo se examina la fase final de los acontecimientos. En febrero, la partida de ajedrez de la insurrección se jugó desde la primera a la última movida, es decir, hasta el abandono del adversario; a fines de octubre, la partida principal ya era cosa del pasado y el día de la insurrección solo había que resolver un problema bastante circunscrito: el del mate en dos jugadas. Es indispensable, por lo tanto, hacer arrancar el período insurreccional desde el 9 de octubre, cuando surge el conflicto de la guarnición, o desde el 12, cuando se resolvió crear el Comité Militar Revolucionario. La maniobra envolvente duró más de quince días. La etapa más decisiva duró de cinco a seis días, a partir de la constitución del Comité Militar Revolucionario. Durante todo este período actuaron directamente centenares de miles de soldados y de obreros, formalmente a la defensiva, pero, en realidad, atacando. La última fase, en la cual los sublevados arrojan definitivamente las formas convencionales de la dualidad de poderes, con su legalidad dudosa y su fraseología defensiva, duró exactamente veinticuatro horas: desde las 2 de la mañana del día 25 hasta las 2 de la mañana del día 26. En ese lapso, el Comité Militar Revolucionario recurrió abiertamente a las armas para dominar la ciudad y apoderarse de los integrantes del gobierno: en esta operación solo intervienen las fuerzas necesarias para cumplir una tarea de limitada envergadura, no más de veinticinco a treinta mil hombres.

Un autor italiano que no solo escribe libros sobre *Las noches de los eunucos*, sino también sobre los más importantes problemas de Estado, visitó a Moscú soviético en 1929, embarulló lo poco de izquierda y de derecha que había podido escuchar, con todo lo cual engendró su libro sobre *La técnica del golpe de Estado*. El nombre del escritor, Malaparte, lo distingue fácilmente de otro especialista en golpes de Estado que se llamaba Bonaparte.

En oposición a la «estrategia de Lenin", que se subordina a las condiciones sociales y políticas de Rusia en 1917, «la táctica de Trotski, según Malaparte, no establece relación alguna con las condiciones generales del país». Ante las consideraciones de Lenin sobre las premisas políticas de la insurrección, el autor pone esta réplica en boca de Trotski: «Su estrategia exige demasiadas circunstancias favorables: la insurrección de nada necesita. Se basta a sí misma». Es difícil concebir un absurdo que se baste tan a sí mismo como este. Malaparte repite varias veces que la victoria de octubre no se debió a la estrategia de Lenin sino a la táctica de Trotski. Aún hoy, dicha táctica amenazaría la tranquilidad de los Estados europeos. «La estrategia de Lenin, no constituye un peligro inmediato para los gobiernos de Europa. El peligro actual −y permanente− está en la táctica de Trotski». Más concretamente todavía: «Colocad a Poincaré en el lugar de Kerenski, y el golpe de Estado bolchevique de octubre de 1917 triunfará lo mismo». Inútil investigar de qué podría servir en general la estrategia de Lenin, subordinada a las condiciones históricas, si la táctica de Trotski resolvía el mismo problema en todas las circunstancias. Falta añadir que tan notable libro ya ha sido traducido a varios idiomas. Es evidente que los hombres de Estado aprenden allí cómo defenderse contra los golpes de Estado. Les deseamos mucho éxito.

La crítica de las operaciones puramente militares del 25 de octubre no ha sido hecha hasta el presente. La literatura soviética suministra un material sin carácter crítico, puramente apologético. Frente a las obras de los epígonos, el mismo análisis de Sujánov, con todas sus contradicciones, se distingue por una observación mejor y más atenta de los hechos.

Sobre la organización del levantamiento de octubre, Sujánov, con dos años de diferencia, emitió dos juicios que parecen diametralmente opuestos. Dice en el tomo consagrado a la Revolución de Febrero: «En su lugar habré de referirme, según mis recuerdos, a la Insurrección de Octubre, que fue ejecutada como sobre una partitura». Iaroslavski reproduce literalmente este juicio de Sujánov. «La insurrección de Petrogrado –escribe– estuvo bien preparada y el Partido la ejecutó como ante un cuaderno de música». Más resueltamente todavía se expresa Claude Anet, observador hostil pero atento, aunque sin profundidad: «El golpe de Estado del 7 de noviembre –dice en sustancia– no inspira sino admiración. Ningún quebranto, ni la menor fisura. El gobierno es derrocado sin tener tiempo de decir "¡ay!" siquiera». En cambio, en el tomo consagrado a la Revolución de Octubre, Sujánov cuenta cómo el Smolny, «a hurtadillas, tanteando, prudentemente y en desorden», emprendió la liquidación del Gobierno Provisional.

Hay exageración tanto en un juicio como en el otro. Pero desde un amplio punto de vista puede admitirse que, aunque contradictorios, los dos se apoyan sobre hechos. La racionalidad de la Insurrección de Octubre deriva antes que nada de las relaciones objetivas, de la madurez de la revolución en su conjunto,

del lugar de Petrogrado en el país, del que ocupa el gobierno en Petrogrado, de todo el trabajo previo del Partido y, por último, de la correcta política de la insurrección. Pero aún quedaba un problema de técnica militar. En esto hubo buen número de errores parciales que, en conjunto, pueden dar la impresión de una labor a ciegas.

Sujánov menciona varias veces la impotencia del Smolny desde el punto de vista militar, aun en las jornadas que precedieron inmediatamente a la insurrección. En efecto, todavía el 23 de octubre el estado mayor revolucionario no estaba mejor defendido que el Palacio de Invierno. El Comité Militar se protegía esencialmente robusteciendo sus vínculos con la guarnición, a través de la cual vigilaba todos los movimientos estratégicos del adversario. Veinticuatro horas antes que el Gobierno, el Comité adoptó medidas más serias desde el punto de vista de la técnica militar. Sujánov asegura que de haber resuelto el gobierno tomar el 23 la iniciativa, o en la noche del 23 al 24, le hubiera sido posible capturar al Comité: «Un buen destacamento de quinientos hombres habría bastado para liquidar el Smolny y todo lo que había adentro». Es posible. Pero para ello, precisamente, el gobierno necesitaba resolución, intrepidez, es decir, cualidades extrañas a su naturaleza. Además, era preciso «un buen destacamento de quinientos hombres». ¿Dónde conseguirlo? ¿Organizarlo con oficiales? Ya los hemos visto a fines de agosto en el papel de conspiradores: había que andar buscándolos en los cabarets. Los cuerpos (*dvujiny*) de choque de los conciliadores se habían desintegrado. En las escuelas de *junkers* todo asunto grave originaba nuevos agrupamientos. Peor iban las cosas entre los cosacos. Constituir una brigada por selección de diversos contingentes, significaba denunciarse diez veces antes de poder iniciar la empresa.

Así y todo, la misma existencia de un destacamento no hubiera resuelto la cuestión. Al primer disparo contra el Smolny habrían ardido los barrios obreros y los cuarteles. A cualquier hora del día o de la noche, decenas de miles de hombres armados o a medio armar habrían corrido para defender el centro amenazado de la revolución. Y ni siquiera la toma del Comité Militar Revolucionario habría salvado la existencia del gobierno. Lenin no se encontraba en el Smolny como tampoco el Comité Central y el Comité de Petrogrado. En la fortaleza de Pedro y Pablo había un segundo estado mayor, un tercero en el Aurora y otros aún en diversos barrios. Las masas no habrían quedado sin dirección. Por último, los obreros y los soldados, pese a todas las demoras, estaban dispuestos a vencer a cualquier precio.

No cabe duda, sin embargo, habrían debido adoptarse ciertas medidas complementarias de prudencia estratégica con varios días de anticipación. El aparato militar de la revolución accionaba con impericia, con atrasos y omisiones, y la dirección central se inclinaba demasiado a sustituir la técnica por la política.

Faltaba el ojo de Lenin en el Smolny. Los otros no habían aprendido del todo todavía.

No se equivoca Sujánov cuando dice que la toma del Palacio de Invierno habría sido incomparablemente más fácil en la noche del 24 al 25 o en la mañana de este día que por la tarde o por la noche. El Palacio y el vecino edificio del estado mayor solo estaban custodiados por los habituales junkers. Con un ataque repentino el éxito era casi seguro. Ésa mañana Kerenski había Partido en automóvil sin encontrar obstáculos: el hecho prueba que no se ejercía ninguna vigilancia seria sobre el Palacio de Invierno. ¡Evidente laguna!

La vigilancia sobre el Palacio de Invierno había sido encomendada –a decir verdad, muy tarde: ¡el 24!– a Sverdlov, con la asistencia de Lachevitch y Blagonravov. Es dudoso que Sverdlov, ya saturado de tareas, haya podido ocuparse de esta nueva misión. Y hasta puede pensarse que en la fiebre de aquellas horas la resolución, aunque consignada en las actas, fuese pronto olvidada.

A pesar de todo, en el Comité Militar Revolucionario se sobreestimaban los recursos militares del gobierno, especialmente el poderío de la guardia que custodiaba el Palacio de Invierno. Aunque los jefes inmediatos del asedio hubiesen conocido las fuerzas reales que albergaba el Palacio, aun podía temerse que, a la primera señal de alarma, marchasen sobre él refuerzos de *junkers*, cosacos y tropas de choque. El plan para la toma del Palacio se elaboró a la manera de una vasta operación: cuando los civiles o los civiles a medias abordan un problema puramente militar, es fácil que caigan en excesos de estrategia, uniendo al academicismo una señalada impotencia práctica.

En cierta medida, la incoherencia revelada durante la toma del palacio se explica por las cualidades personales de quienes encabezaron la operación. Podvoiski, Antonov-Ovseenko, Chudnovski, son hombres de temperamento heroico. Pero quizás deba decirse que les falta método, disciplina mental. Podvoiski, todo ardimiento en las jornadas de Julio, se había vuelto más prudente, casi más escéptico ante las perspectivas del futuro próximo. Pero, en el fondo, seguía fiel a sí mismo: puesto a resolver cualquier tarea práctica, sufre la tendencia orgánica a desbordar los límites fijados, a extender el plan, a meter en él a todo el mundo, a aplicar un máximo cuando un mínimo bastaría. No es difícil descubrir el sello de su espíritu en el carácter hiperbólico del plan. Antonov-Ovseenko es, por su carácter, un optimista impulsivo, mucho más capaz de improvisación que de cálculo. Como antiguo oficial subalterno, algo se le alcanzaba del arte militar. Durante la Gran Guerra, como emigrado, había redactado los comentarios militares del diario *Nache Slovo* (*Nuestra Palabra),* publicado en París, revelando más de una vez su perspicacia en puntos de estrategia. Su subjetivismo impresionista no podía ser un dique a la sobreabundancia de Podvoiski. El tercero de los jefes militares, Chudnovski, había vivido varios meses en un frente pasivo,

en calidad de agitador: a esto se limitaba su experiencia de hombre de guerra. Aunque inclinado al ala derecha, era el primero en arrojarse a la lucha por donde más reciamente se peleara. Como es sabido, no siempre marchan de la mano el valor personal y la audacia política. Días después de la insurrección, Chudnovski fue herido cerca de Petrogrado en una escaramuza con los cosacos de Kerenski, y, meses más tarde, encontró la muerte en Ucrania. Lógicamente, el eufórico e impulsivo Chudnovski no podía suministrar lo que a sus dos compañeros les faltaba. Ninguno se inclinaba a tomar en cuenta los detalles, aunque más no fuese que por ignorar los secretos del oficio. Viéndose débiles en exploradores, enlaces y maniobra, los mariscales rojos sintieron la necesidad de abrumar el Palacio de Invierno con tal supremacía de fuerzas, que el problema mismo de la dirección práctica dejara de plantearse: la magnitud desmesurada del plan casi equivalía a su ausencia. Lo que acabamos de decir no significaba que existieran jefes más experimentados para integrar el Comité Militar Revolucionario o servir como asesores; en todo caso, no era posible hallarlos más devotos y abnegados.

La lucha por el Palacio de Invierno empezó con la ocupación de todo el distrito, en un amplísimo radio. La falta de experiencia de los jefes, los enlaces defectuosos, la impericia de los destacamentos de guardias rojos y la falta de vigor de las fuerzas regulares, hizo que la compleja operación se arrastrase con lentitud excesiva. Cuando ya los destacamentos rojos iban cerrando el círculo y acumulaban reservas a sus espaldas, compañías de *junkers*, escuadrones de cosacos, caballeros de San Jorge y un batallón de mujeres pudieron abrirse camino hacia el palacio. La defensa se fortalecía paralelamente al cerco de los atacantes. Puede decirse que el problema surgía de los medios excesivamente indirectos que se empleaban para resolverlo. Sin embargo, una audaz incursión nocturna o un intrépido asalto a la luz del día no hubiesen insumido más víctimas que una operación que se arrastraba lentamente. Fue posible verificar con doce y hasta con veinticuatro horas de anticipación el efecto moral de la artillería del Aurora: el crucero aguardaba la señal de combate desde el Neva y los marineros no se quejaban de no tener con qué engrasar sus piezas. Pero los jefes de la operación aguardaban resolver sin luchas el asunto, mandaban parlamentarios, formulaban ultimátums y desatendían los plazos prefijados. No se les ocurrió inspeccionar a tiempo la artillería de la fortaleza Pedro y Pablo, y ello porque descontaban poder prescindir de ella.

La falta de preparación del mando militar fue en Moscú más evidente todavía, aunque la relación de fuerzas se considerase tan favorable, que Lenin recomendó y hasta insistió comenzar allí el levantamiento. «La victoria es segura; no hay nadie para batirse». Sin embargo, fue precisamente en Moscú donde la insurrección tomó la forma de combates prolongados que duraron, incluidas las treguas, alrededor de ocho días. «En el ardor de nuestra actividad –escribe Muralov,

uno de los principales dirigentes de la insurrección moscovita– no siempre demostrábamos firmeza y resolución en todos los puntos. Pese a la aplastante superioridad numérica que nos favorecía –diez veces la fuerza del adversario– dejamos que los combates se prolongaran toda una semana... debido a nuestra inexperiencia para dirigir a las masas combatientes, a la falta de disciplina de estas últimas, y a la completa ignorancia que jefes y soldados teníamos de la táctica de los combates callejeros». Muralov tiene la costumbre de llamar las cosas por su nombre: esto le ha valido estar actualmente deportado en Siberia.[3] Y eludiendo descargar la responsabilidad sobre otros, Muralov, en el párrafo transcrito, atribuye al comando militar los errores de la dirección política, que en Moscú se distinguía por su inconsistencia y por su permeabilidad ante los elementos conciliadores. No debe olvidarse, sin embargo, que los obreros del viejo Moscú, textiles y curtidores, iban muy a la zaga de los obreros de Petrogrado. Moscú no se sublevó en febrero: el derrocamiento de la monarquía fue obra exclusiva de Petrogrado. En julio, nuevamente, Moscú permaneció tranquila. Cuando se movió en octubre, los obreros y los soldados carecían de experiencia de combate.

La técnica de la insurrección consuma lo que la política no ha llegado a hacer. El gigantesco crecimiento del bolchevismo distraía indudablemente la atención del aspecto militar del asunto. Las exhortaciones apasionadas de Lenin no carecían de fundamento. La dirección militar probó ser incomparablemente más débil que la dirección política. ¿Podía ocurrir de otra manera? Durante muchos meses todavía, el nuevo Poder revolucionario revelará considerable ineptitud siempre que le resulte indispensable recurrir a las armas.

Y a pesar de ello, las autoridades militares del campo gubernativo apreciaban en términos sumamente lisonjeros la jefatura militar insurrecta de Petrogrado. «Los rebeldes mantienen el orden y la disciplina –declaraba por hilo directo, poco después de la caída del palacio, el ministerio de Guerra al Gran Cuartel General– no hay ni saqueos ni pogroms; en cambio, patrullas insurgentes han arrestado a soldados que titubeaban... Es indudable que el plan de la insurrección se preparó por anticipado y fue aplicado con persistencia y buen orden...», No estaba, por cierto, regulado «según la partitura", como han escrito Sujánov y Iaroslavski, pero tampoco había tanto «desorden», como después afirmó aquel.

Y además, aún para el juicio crítico más severo, la eficacia de la empresa debe medirse por su éxito.

[3] Muralov, Nicolás. Viejo bolchevique. Miembro de la Comisión Central de Control, organizador del Ejército Rojo, héroe de la guerra civil, comandante militar de Moscú. Militante de la Oposición de Izquierda, excluido del Partido en 1927, deportado a Siberia en 1928. Fue acusado en el 2do. Proceso de Moscú y ejecutado en 1937.

# CAPÍTULO V

# LA REVOLUCIÓN CONTRA *EL CAPITAL*

*Antonio Gramsci*

La Revolución de los bolcheviques[1] se ha injertado definitivamente en la Revolución general del pueblo ruso. Los maximalistas, que hasta hace dos meses habían sido el fermento necesario para que los acontecimientos no se estancaran, para que no se detuviera la marcha hacia el futuro produciendo una forma definitiva de reajuste −reajuste que habría sido burgués−, se han hecho dueños del Poder, han asentado su dictadura y están elaborando las formas socialistas en las que tendrá que acomodarse, por último, la Revolución para seguir desarrollándose armoniosamente, sin choques demasiado violentos, partiendo de las grandes conquistas ya conseguidas.

La Revolución de los bolcheviques está más hecha de ideología que de hechos. (Por eso, en el fondo, importa poco saber más de lo que sabemos ahora). Es la Revolución contra *El capital*, de Karl Marx. *El capital*, de Marx, era en Rusia el libro de los burgueses más que el de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera pensar siquiera en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado las ideologías. Los hechos han provocado la explosión de los esquemas críticos en cuyo marco la historia de Rusia habría tenido que desarrollarse según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Karl Marx, afirman con el testimonio de la acción cumplida, de las conquistas realizadas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como podría creerse y como se ha creído.

Y, sin embargo, también en estos acontecimientos hay una fatalidad, y si los bolcheviques reniegan de algunas afirmaciones de *El capital*, no reniegan, en cambio, de su pensamiento inmanente, vivificador. No son «marxistas», y eso es todo; no han levantado sobre las obras del maestro una doctrina exterior de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que nunca muere, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, y que en Marx se había contaminado con incrustaciones positivistas y naturalistas. Y ese pensamiento no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva, y entienden los hechos económicos, los juzgan y los adaptan a su voluntad hasta que esta se convierte en motor de la economía, en plasmadora de la realidad objetiva, la cual vive entonces, se mueve y toma el carácter de materia telúrica en ebullición, canalizable por donde la voluntad lo desee, y como la voluntad lo desee.

Marx ha previsto lo previsible. No podía prever la guerra europea, o, mejor dicho, no podía prever que esta guerra habría durado lo que ha durado

[1] La Revolución de Octubre de 1917.

e iba a tener los efectos que ha tenido. No podía prever que en tres años de sufrimientos indecibles, de indecibles miserias, esta guerra iba a suscitar en Rusia la voluntad colectiva popular que ha suscitado. Una voluntad de esa naturaleza necesita normalmente para constituirse un largo proceso de infiltraciones capilares, una larga serie de experiencias de clase. Los hombres son perezosos, necesitan organizarse, exteriormente primero, en corporaciones y ligas, y luego íntimamente, en el pensamiento, en las voluntades [...][2] de una continuidad incesante y múltiple de estímulos exteriores. Por eso *normalmente* los cánones de crítica histórica del marxismo captan la realidad, la aferran en su red y la tornan evidente y distinta. *Normalmente* las dos clases del mundo capitalista producen la historia a través de la lucha de clases en constante intensificación. El proletariado siente su miseria actual, se encuentra constantemente sin asimilar por ella y presiona sobre la burguesía para mejorar sus condiciones. Lucha, obliga a la burguesía a mejorar la técnica de la producción, a conseguir que esta sea más útil para que resulte posible la satisfacción de sus necesidades más urgentes. Es una afanosa carrera hacia el perfeccionamiento que acelera el ritmo de la producción e incrementa constantemente la suma de los bienes que servirán a la colectividad. En esa carrera caen muchos y dan más urgencia al deseo de los que se mantienen, y la masa está constantemente agitada, y va pasando de caos-pueblo a entidad de pensamiento cada vez más ordenado, y cada vez es más consciente de su potencia, de su capacidad de hacerse con la responsabilidad social, de convertirse en árbitro de sus propios destinos.

Eso ocurre normalmente. Cuando los hechos se repiten según cierto ritmo. Cuando la historia se desarrolla según momentos cada vez más complejos y más ricos en significación y valor, pero, a pesar de todo, semejantes. Mas en Rusia, la guerra ha servido para sacudir las voluntades. Estas, a causa de los sufrimientos acumulados en tres años, se han encontrado al unísono mucho más rápidamente. La carestía era acuciante, el hambre, la muerte de inanición podía afectarles a todos, aplastar de un golpe a decenas de millones de hombres. Las voluntades se han puesto al unísono, primero mecánicamente y luego activamente, espiritualmente, a raíz de la primera revolución.

La predicación socialista ha puesto al pueblo ruso en contacto con las experiencias de los demás proletariados. La predicación socialista permite vivir dramáticamente en un instante la historia del proletariado, sus luchas contra el capitalismo, la larga serie de los esfuerzos que ha de realizar para emanciparse idealmente de los vínculos del servilismo que hacían de él algo abyecto, para convertirse así en consciencia nueva, en testimonio actual de un mundo por venir. La predicación socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso. ¿Por qué había de esperar que se renovase en Rusia la historia de Inglaterra, que se formase

[2] Indicado como laguna del original por los editores de las Opere.

en Rusia una burguesía, que se suscitara la lucha de clases y que llegara finalmente la catástrofe del mundo capitalista? El pueblo ruso ha pasado por todas esas experiencias con el pensamiento, aunque haya sido con el pensamiento de una minoría. Ha superado esas experiencias. Se sirve de ellas para afirmarse ahora, como se servirá de las experiencias capitalistas occidentales para ponerse en poco tiempo a la altura de la producción del mundo occidental. América del Norte está, desde el punto de vista capitalista, por delante de Inglaterra, precisamente porque en América del Norte los anglosajones han empezado de golpe en el estadio al que Inglaterra había llegado tras una larga evolución. El proletariado ruso, educado de un modo socialista, empezará su historia partiendo del estadio máximo de producción al que ha llegado la Inglaterra de hoy, porque, puesto que tiene que empezar, empezará por lo que en otros países está ya consumado, y de esa consumación recibirá el impulso para conseguir la madurez económica que, según Marx, es la condición necesaria del colectivismo. Los revolucionarios mismos crearán las condiciones necesarias para la realización *completa y plena* de su ideal. Las crearán en menos tiempo que el que habría necesitado el capitalismo. Las críticas que los socialistas dirigen al sistema burgués para poner de manifiesto sus imperfecciones, su dispersión de la riqueza, servirán a los revolucionarios para hacerlo mejor, para evitar esas dispersiones, para no caer en aquellas deficiencias. Será al principio el colectivismo de la miseria, del sufrimiento. Pero esas mismas condiciones de miseria y de sufrimiento habrían sido heredadas por un régimen burgués. El capitalismo no podría hacer inmediatamente en Rusia más de lo que podrá hacer el colectivismo. Y hoy haría mucho menos que el colectivismo, porque tendría en seguida contra él un proletariado descontento, frenético, incapaz ya de soportar en beneficio de otros los dolores y las amarguras que acarrearía la mala situación económica. Incluso desde un punto de vista humano absoluto tiene su justificación el socialismo en Rusia. El sufrimiento que seguirá a la paz no podrá ser soportado sino en cuanto los proletarios sientan que está en su voluntad, en su tenacidad en el trabajo, el suprimirlo en el menor tiempo posible.

Se tiene la impresión de que los maximalistas han sido en este momento la expresión espontánea, biológicamente necesaria para que la humanidad rusa no cayera en la disgregación más horrible, para que la humanidad rusa, absorbiéndose en el trabajo gigantesco y autónomo de su propia regeneración, pueda sentir con menos crueldad los estímulos del lobo hambriento, para que Rusia no se convierta en una enorme carnicería de fieras que se desgarren unas a otras.

# CAPÍTULO VI

# LA REVOLUCIÓN RUSA
## *(Un análisis crítico)**

***Rosa Luxemburgo***

* Para la presente traducción se han tenido en cuenta las ediciones francesa (Maspero, París, 1964) e italiana (Edicioni Avanti!, Milano, 1963). Los párrafos entre corchetes corresponden a los agregados que a la primera edición de esta obra póstuma (publicada por Paul Levi en 1921) hiciera el grupo *Neuer Weg*, a partir de los nuevos fragmentos publicados por Felix Weil en el *Archiv Grünberg*, en 1928. Como notas de pie de página se incluyen algunos agregados de Weil que no aparecen en otras ediciones.

## I

La Revolución Rusa es el suceso más trascendente de la guerra mundial. Su estallido, su radicalismo sin precedentes y su persistencia constituyen la más terminante refutación al lema con el que la socialdemocracia alemana oficial intentó nutrir ideológicamente la campaña de conquistas del imperialismo nacional: el lema que proclamaba que las bayonetas alemanas tenían la misión de aniquilar al zarismo ruso y de liberar a los pueblos por éste oprimidos. El impetuoso desarrollo que alcanzó la Revolución Rusa, sus hondas repercusiones sobre todas las relaciones de clase, su aptitud para enfrentar el conjunto de los problemas económicos y sociales, su desenvolvimiento coherente desde un primer nivel de república burguesa a estadios cada vez más evolucionados con la determinación de una lógica interna −en relación con la cual el derrocamiento del zarismo resultó ser apenas un hecho anecdótico, casi una nimiedad−, todo esto es prueba evidente de que la liberación de Rusia no fue producto de la guerra ni estuvo supeditada a la derrota bélica del zarismo, ni fue una misión asignada a las "bayonetas alemanas empuñadas por alemanes", como observaba en sus artículos de fondo la Neue Zeit dirigida por Kautsky, sino que tenía una profunda raigambre interna y se manifestaba en toda su madurez. No fue la aventura militar imperialista alemana bajo el escudo ideológico de la socialdemocracia nacional lo que originó la revolución en Rusia; por el contrario, pudo en un principio interrumpirla durante un determinado lapso –luego de su primer embate en los años 1911-1913– y después de su estallido ha fabricado en torno a ella las circunstancias más dificultosas y anormales.

Para cualquier espectador inteligente, esta marcha de los acontecimientos es también un testimonio elocuente contra la teoría doctrinaria compartida por Kautsky y la socialdemocracia, que sostiene que Rusia, por ser un país económicamente no evolucionado y esencialmente agrícola, no estaría madura para la revolución social y para la dictadura del proletariado. Esta teoría, que considera válida en Rusia únicamente una revolución burguesa −y de esta concepción proviene luego la táctica de alianza de los socialistas rusos con el liberalismo burgués−, es la misma que sostiene el ala oportunista del movimiento obrero ruso, los llamados mencheviques, dirigidos por Axelrod y Dan. Tanto los oportunistas rusos como los oportunistas alemanes coinciden completamente con nuestros socialistas gubernamentales en este concepto fundamental de la Revolución Rusa, del que se deriva naturalmente la postura adoptada sobre cuestiones de detalles tácticos. Estas tres tendencias opinan que la Revolución Rusa debería haberse estacionado en su primera fase, que de acuerdo con la mitología social-demócrata alemana, encarnara el noble objetivo del proceder bélico del imperialismo alemán: el derrocamiento del zarismo. Según dicha teoría, el hecho de haber evolucionado, de haberse propuesto la dictadura del

proletariado, significaría un mero yerro del ala radical del movimiento obrero ruso, los bolcheviques, y todos los contratiempos que la revolución sufrió en la marcha ulterior de los acontecimientos, todo el desorden de que fue víctima, se deberían exclusivamente a este funesto desatino. Teóricamente, esta concepción, a la que tanto el Vonwärts de Stampfer[1] como Kautsky recomiendan en calidad de fruto del «pensamiento marxista», desemboca en el original descubrimiento «marxista» de que la revolución social es una cuestión de índole interna, que debe ser superada por así decirlo en familia, una cuestión de cada Estado moderno en particular. En las nieblas de la abstracción esquemática, alguien como Kautsky sabe, naturalmente, retratar con aplicada meticulosidad los vínculos económicos internacionales del capital que reúnen a todas las naciones modernas en un solo organismo. La Revolución Rusa −fruto del desarrollo internacional y de la cuestión agraria− no ofrece, no obstante, posibilidades de solución en el seno de la sociedad burguesa.

*Prácticamente*, esta teoría tiende a liberar al proletariado internacional, y principalmente al alemán, de toda responsabilidad frente a la historia de la Revolución Rusa, pretende negar sus conexiones internacionales. El desarrollo de la guerra y de la Revolución Rusa ha demostrado no la inmadurez de Rusia, sino la del proletariado alemán frente a su propia misión histórica; y la primera y básica obligación de un análisis crítico de la Revolución Rusa es señalarlo claramente. Su suerte estaba totalmente supeditada a los sucesos internacionales. El hecho de que los bolcheviques apoyaran completamente su política en la revolución mundial del proletariado significa en verdad la más espléndida demostración de su perspicacia política y de la solidez de sus principios, del definido rumbo de su política. Aquí es donde se manifiesta el enorme avance del desarrollo capitalista durante la última década. La revolución de 1905-1907 solo encontró una tibia repercusión en Europa y permaneció como un capítulo inconcluso cuya continuación y solución estaban ligadas a la evolución europea.

Obviamente, no es mediante una crítica apologética sino a través de una crítica detallada y reflexiva como se puede acumular experiencias y enseñanzas. En efecto, sería una insensatez suponer que en el primer experimento de dictadura proletaria en la historia del mundo, ejecutado además en las circunstancias más inconcebibles (en medio del desorden de una matanza, imperialista a escala mundial, sujetado entre las fuertes tenazas de la más reaccionaria potencia bélica de Europa y frente a la actitud indiferente del proletariado internacional), que en un experimento de dictadura obrera realizado en tales circunstancias anormales, todo cuanto se hiciera o dejara de hacer fuera una suma de perfección.

[1] En octubre de 1916, Friedrich Stampfer fue nombrado jefe de redacción del *Vorwärts*. órgano central del Partido, y lo fue hasta 1933.

Recíprocamente, los conceptos básicos de la política socialista y el reconocimiento de sus presupuestos históricos necesarios conducen a la hipótesis de que en circunstancias tan adversas ni aun el más enorme idealismo, ni el más inalterable vigor revolucionario, habrían sido capaces de construir la democracia o el socialismo, sino apenas los primeros esbozos impotentes y deformes de ambos.

Tener en cuenta lo que acabamos de indicar con todos sus profundos nexos y consecuencias, no es más que una obligación elemental de los socialistas de todas las naciones, puesto que únicamente partiendo de esta amarga confesión puede sopesarse en toda su magnitud la responsabilidad del proletariado internacional frente a los destinos de la Revolución Rusa. Además, esta es la única forma de afirmar la trascendencia resolutiva de una acción internacional homogénea por parte de la revolución proletaria, como requisito indispensable, ya que, en su defecto, la actividad más enérgica y los más arduos sacrificios del proletariado de una determinada nación acabarían irreversiblemente por perderse en un mar de contradicciones y desaciertos

No cabe duda de que Lenin y Trotsky, los hombres fuertes que encabezan la conducción de la Revolución Rusa, dieron muchos pasos decisivos en su camino abrupto y lleno de obstáculos de toda clase, pero también es cierto que lo hicieron con la mayor indecisión interior y la más extrema repulsión. Igualmente cierto es que nada está más lejos de sus inclinaciones que la adopción por la Internacional de todas sus marchas y contramarchas –condicionadas por presiones y necesidades en la vorágine de los sucesos– como paradigma de política socialista, adopción que únicamente puede tener como efecto una admiración exenta de crítica y una vehemente emulación.

Igualmente equivocado sería temer que un análisis crítico de los caminos transitados hasta el momento por la Revolución de Octubre signifique un acto riesgoso de destrucción de la importancia y del espléndido ejemplo del proletariado ruso, el único capaz de superar la nefasta apatía de las masas alemanas. Nada es más erróneo. El despertar de la fuerza revolucionaria de la clase obrera alemana nunca podría ser provocado, según la herencia espiritual de la socialdemocracia, por alguna sugestión infundida a las masas, por la confianza ciega en alguna autoridad infalible, ya sea la de sus "organismos" o la del "modelo ruso". Es mediante la comprensión de toda la gran seriedad, de toda la complejidad de los trabajos, de la madurez política, independencia espiritual y capacidad de juicio crítico de las masas –oprimidas sistemáticamente durante décadas enteras y bajo los pretextos más diversos por la socialdemocracia alemana–, y no mediante la elaboración artificial de una atmósfera adecuada para los reclamos revolucionarios, como podrá generarse en nuestro proletariado la aptitud para actuar a partir de una perspectiva histórica. Un análisis crítico de la Revolución Rusa en todos sus

nexos históricos constituye la mejor escuela para las masas trabajadoras −tanto alemana como internacional− para la misión que la coyuntura les exige.

## II

La primera fase de la Revolución Rusa, desde su estallido en marzo hasta el levantamiento de octubre, corresponde puntualmente en su desenvolvimiento general al esquema de desarrollo de la gran Revolución Inglesa y al de la Revolución Francesa. Es el proceso característico de todo gran enfrentamiento general entre las fuerzas revolucionarias, nacidas en el marco de la sociedad burguesa, con las cadenas de las viejas estructuras.

Naturalmente, su desarrollo se efectúa siguiendo líneas ascendentes: de los orígenes moderados a objetivos que se van radicalizando progresivamente y, en forma paralela, de la alianza de las clases y de los Partidos a la dictadura del Partido radical.

En los primeros momentos de marzo de 1917, eran los «cadetes»[2], esto es, la burguesía liberal, los que se encontraban a la cabeza de la revolución. La primera gran oleada ascendente excedió todo a todos: la cuarta Duma, el fruto más reaccionario del más reaccionario sistema electoral de cuatro clases brotado del golpe de Estado, se convirtió súbitamente en un órgano revolucionario. Todos los Partidos políticos de la burguesía, incluso las derechas nacionalistas, construyeron inmediatamente un bloque único contra el absolutismo. Éste sucumbió ante el primer embate casi sin ofrecer resistencia, como un organismo muerto, al que basta tocar para que se desintegre. Y el breve intento de la burguesía liberal por salvar siquiera la dinastía y el trono abortó en pocas horas. El impetuoso proceso evolutivo recorrió en unos pocos días, y hasta en horas, distancias que Francia había demorado varias décadas en recorrer. De esta manera se pudo ver que en Rusia se estaban produciendo los resultados del desarrollo europeo de un siglo y, principalmente, que la Revolución de 1917 era una continuación directa de la de 1905-1907, y no un obsequio de los "libertadores" alemanes. El pronunciamiento de marzo de 1917 retomaba el momento exacto en que la revolución anterior se había interrumpido, diez años atrás. La república democrática no fue el fruto maduro y fácil de la primera marea revolucionaria.

Pero entonces se presentó el segundo imperativo, que era el más difícil. Fueron las masas del proletariado urbano las que, desde el primer instante, asumieron la función de fuerza motriz de la revolución. Pero sus reivindicaciones no se limitaban al terreno de la democracia política, sino que se dirigían hacia los problemas candentes de la política internacional: la paz inmediata. Simultáneamente, la revolución se propagaba entre las masas militares, que propusieron la misma reivindicación de paz inmediata, y entre las masas rurales, que colocaron en

[2] Partido Constitucional Democrático.

primer plano la cuestión agraria, elemento clave de la lucha revolucionaria ya desde 1905. Paz inmediata y tierra: estas dos metas convertían en una realidad efectiva la división interna de la falange revolucionaria. El ala imperialista de la burguesía liberal, cuyo portavoz era Miliukov, se oponía tenazmente a la consigna de «paz inmediata»; y la cuestión agraria era en primer término el fantasma de la otra ala de la burguesía, los junker terratenientes, pero luego, en tanto que significaba una agresión contra la «sagrada» propiedad privada en general, fue un elemento irritante para toda la burguesía.

Así, al día siguiente del primer triunfo revolucionario se inició una lucha interna en su seno en torno a esos dos problemas de importancia primordial: la paz y la cuestión agraria. La burguesía liberal estrenó una táctica de dilaciones y subterfugios. El proletariado urbano, los campesinos y el ejército empujaban con vigor cada vez mayor. Es indudable que incluso la suerte de la democracia política republicana estaba subordinada a ambas cuestiones. Las clases burguesas, que superadas por la primera oleada de la revolución se habían dejado llevar hasta la forma republicana de Estado, no tardaron en buscar puntos de sostén a espaldas de las masas y en planear secretamente la contrarrevolución. La incursión cosaca de Kaledin contra Petrogrado demostró elocuentemente esta tendencia. Si dicho levantamiento hubiera sido premiado con el triunfo, no solo las reivindicaciones de la paz y de la tierra sino también la democracia y la república habrían sido heridas de muerte. El resultado inevitable habría sido una dictadura militar con el consecuente imperio del terror contra las masas proletarias y a continuación el retorno a la forma monárquica.

A partir de esto se puede sopesar el grado de utopía y la esencia reaccionaria de la táctica que seguían los socialistas rusos de la tendencia de Kautsky, los mencheviques. Cegados en la ficción de la condición burguesa de la Revolución Rusa (por la cual Rusia estaría aún inmadura para la revolución social) se embarcaron desesperadamente en la alianza con los liberales burgueses, es decir, en la coalición forzada de aquellos elementos que, separados por el natural proceso interno de desarrollo de la revolución, habían pasado a ser totalmente antagónicos. Los Axelrod y los Dan deseaban, contra viento y marea, cooperar con aquellas clases y Partidos, de los que emanaban los mayores riesgos para la revolución y su conquista primera: la democracia.

## [PARA EL PROBLEMA DE LA DEMOCRACIA
### Democracia o dictadura de K. K.[3]

Es un fenómeno asombroso la forma en que este hombre diligente, a través de cuatro años de guerra mundial, con su incansable labor de escriba,

[3] El artículo *Demokratie oder Diktatur* de Kautsky apareció en el periódico *Sozialistische Auslandspolitik Korrespondenz*, de Berlín, en su número 34.

fue abriendo serena y metódicamente uno tras otro los errores teóricos en el socialismo; trabajo del cual el socialismo ha salido reducido como por obra de un tamiz. La imperturbabilidad exenta de crítica con la que sus secuaces asisten a este trabajo eficiente de su teórico oficial y alaban sin parpadear sus siempre originales descubrimientos, es solo comparable a la frialdad con que los secuaces de Scheidemann y Cía. asisten a la labor de demolición del socialismo por parte de éstos. Efectivamente, los dos trabajos son exactamente complementarios y Kautsky, vestal oficial del marxismo, desde la explosión de la guerra se reduce, en realidad, a celebrar a nivel teórico lo que los Scheidemann realizan en la práctica: 1) la Internacional, un instrumento de períodos de paz; 2) el desarme y la sociedad de las naciones, el nacionalismo y, finalmente, 3) la democracia, *no* el socialismo.]

En esta coyuntura pertenece entonces a la corriente bolchevique el mérito histórico de haber proclamado y procurado desde un principio y con sólida coherencia dicha táctica, la única que tenía la posibilidad de salvar la democracia y de llevar hacia adelante la revolución. Todo el Poder exclusivamente en manos de los obreros y de los campesinos, en manos de los Soviets: he ahí, efectivamente la única vía de solución de los problemas que afectaban a la revolución, el golpe de espada con el que se cortó el nudo gordiano. La revolución fue rescatada del *impasse* y ganó terreno libre para su desarrollo ulterior sin impedimentos.

Así, fue el Partido de Lenin el único en Rusia que comprendió desde el primer momento los intereses reales de la revolución; fue su fuerza motriz y en este sentido el único Partido que llevó a cabo una política verdaderamente socialista.

Esto explica también cómo los bolcheviques, que en los orígenes de la revolución eran una minoría proscrita, difamada y acosada por todas partes, hayan sido puestos en poco tiempo a la cabeza, y todos los sectores auténticamente populares −los obreros, los campesinos, el ejército, así como los elementos revolucionarios de la democracia, el ala izquierda de los socialistas revolucionarios– hayan llegado a unirse bajo su bandera.

En pocos meses, la situación concreta de la Revolución Rusa se reduce a la alternativa siguiente: triunfo de la contrarrevolución o dictadura del proletariado, Kaledin o Lenin. Esta es la situación objetiva en que se cristaliza aceleradamente toda revolución, una vez disipada la embriaguez inicial. Dicha situación emanaba en Rusia de las cuestiones acuciantes y concretas de la paz y de la tierra, para las cuales no existía la menor posibilidad de solución en las estructuras de la revolución burguesa.

En este caso, la Revolución Rusa se limitó a confirmar la enseñanza básica de toda gran revolución, cuyo principio vital es el de avanzar con extrema velocidad y decisión, aniquilando con vigor todos los impedimentos y proponiéndose siempre metas ulteriores, o ser rápidamente repelida hacia atrás de las débiles

posiciones de partida, para ser luego abatida por la contrarrevolución. Detenerse, marcar el paso, conformarse con la primera meta alcanzada son fenómenos que no se conocen en las revoluciones. Y aquel que trate de trasplantar esta sabiduría casera de las batracomiomaquias parlamentarias a la táctica revolucionaria solo demuestra hasta qué punto está alejado de la psicología, del principio vital mismo de la revolución, y de qué manera toda la experiencia histórica es para él un libro cerrado con siete sellos.

El desarrollo de la Revolución Inglesa desde su estallido en 1642. Así como la lógica de las cosas lleva a que en un primer período los titubeos y flaquezas de los presbiterianos, la guerra no resuelta contra las fuerzas del rey, en la cual los jefes presbiterianos eludieron ex profeso una batalla decisiva y el triunfo sobre Carlos I, impulsaron la necesidad inevitable de que los Independientes los expulsaran del Parlamento y se apropiaran del Poder. Y de igual manera, en el seno del ejército de los Independientes fueron nuevamente las masas subalternas pequeño-burguesas de soldados, los Niveladores[4] de Lilburn quienes representaron la fuerza de choque de todo el movimiento independiente, del mismo modo que los sectores proletarios de la soldadesca, los elementos socialmente revolucionarios más adelantados, que hallaron su expresión en el movimiento de los Diggers, fueron quienes constituyeron a su vez el fermento del Partido democrático de los Niveladores.

Sin la influencia espiritual de los sectores proletarios revolucionarios y la presión del sector democrático del ejército sobre la capa burguesa superior del Partido de los Independientes, no habría sido posible ni la "depuración" del Long Parliament de los Presbiterianos[5] ni la finalización victoriosa de la guerra contra el ejército de los Caballeros[6] y de los escoceses[7] ni el proceso y ajusticiamiento de Carlos I, ni la supresión de la Cámara de los Lores[8] y la proclamación de la República.

¿Qué sucedió en la gran Revolución Francesa? En este caso, luego de cuatro años de enfrentamientos, la toma del Poder por parte de los Jacobinos fue evidentemente el único medio para salvar los logros de la revolución, instituir la república, abatir al feudalismo, organizar la defensa revolucionaria así en el

[4] Se trata de *the leuellers*, radicales extremistas; uno de sus principales líderes fue John Lilburn. Los Diggers constituían el ala izquierda que soñaba con la república socialista, pero que solo luchaba por tierras de propiedad común.

[5] Parlamento que de 490 miembros que tenía en 1640, se redujo a 125 antes de ser disuelto por Cromwell en 1653.

[6] Se trata de los realistas, despreciativamente llamados *cavaliers.*

[7] Los escoceses trataron de invadir Inglaterra en 1648 para ayudar a los realistas; fueron derrotados por Cromwell.

[8] La Cámara de los Lores fue abolida mediante una ley del 19 de marzo de 1649.

interior como en el exterior, aniquilar las conspiraciones de la contrarrevolución y propagar la oleada revolucionaria desde Francia a toda Europa.

Kautsky y sus prosélitos rusos, que aspiraban a resguardar en la Revolución Rusa el «carácter burgués» de su primera etapa, representan la exacta antítesis de aquellos liberales alemanes e ingleses del siglo pasado que en la gran Revolución Francesa hacían la consabida diferenciación entre dos períodos: la revolución «buena» de la primera etapa girondina y la «mala» a partir del predominio de los jacobinos. La superficialidad de la concepción liberal de la historia no necesita, por supuesto, prevenir que sin la toma del Poder por parte de los jacobinos «exagerados» ni siquiera los tibios logros primeros de la etapa girondina se habrían rescatado de entre los despojos de la revolución, y que la alternativa real de la dictadura jacobina, tal y como el irreversible desarrollo histórico la planteaba en 1793, no era una democracia «moderada», sino... ¡la reposición de los Borbones! En realidad, el «justo medio» no es una solución que posea validez en un período revolucionario, cuya ley natural reclama una pronta resolución: o se lanza la locomotora a toda velocidad por la pendiente histórica hasta la cima, o la fuerza gravitacional la arrastrará nuevamente hacia abajo y se precipitará en el abismo con todos aquellos que con sus vacilantes fuerzas intentaban retenerla a medio camino.[9]

De esta manera se comprende cómo en toda revolución saben apropiarse de la conducción y del Poder únicamente aquellos Partidos que tienen el valor de lanzar la consigna avanzada y de llevar adelante todas las consecuencias. Así se explica el lamentable rol cumplido por los mencheviques rusos, por los Dan, Tsereteli, etc., quienes luego de haber disfrutado en un principio de extraordinario prestigio entre las masas, luego de haber fluctuado largamente entre una postura y otra y de haber luchado arduamente por rechazar la toma del Poder y la adquisición de responsabilidades, fueron excluidos de la acción sin pena ni gloria.

El único que comprendió la ley y las obligaciones de un Partido auténticamente revolucionario y que mediante la consigna de «todo el Poder al proletariado y a los campesinos» reafirmó la continuidad de la revolución, fue el Partido de Lenin.

De tal forma han solucionado los bolcheviques la famosa cuestión de la «mayoría popular», que para los socialdemócratas alemanes fue siempre algo así como una pesadilla. En su carácter de alumnos encarnados del cretinismo parlamentario no hacen más que aplicar al plano revolucionario la sabiduría casera del infantilismo parlamentario: para realizar algo, primero se debe tener la mayoría. En consecuencia, hasta para la revolución debemos primero llegar a ser «mayoría». La dialéctica revolucionaria concreta, no obstante, pone nuevamente a la cabeza este principio de carácter parlamentario: la calle no conduce a la

[9] "Las revoluciones son las locomotoras de la historia". K. Marx, *Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850*, en K. Marx, F. Engels, *Werke*, Dietz Verlag, Berlín, 1960, Band. 7, p. 85.

táctica revolucionaria a través de la mayoría, sino la mayoría a través de la táctica revolucionaria. Solo un Partido que sepa conducir, esto es, impulsar hacia adelante, está capacitado para ganar adeptos en la tempestad. La férrea voluntad con la que Lenin y sus compañeros proclamaron en el momento determinante la única consigna en condiciones de conducir hacia adelante –«todo el Poder al proletariado y a los campesinos!»– los transformó casi inmediatamente, de una rninoría hostigada, difamada e «ilegal», cuyos jefes, como Marat, debían esconderse en las cantinas, en los amos absolutos de la situación.

Además, los bolcheviques propusieron inmediatamente como objetivo de esta toma del Poder todo un extenso programa revolucionario: no un reajuste cualquiera de la democracia burguesa, sino la dictadura del proletariado en marcha al socialismo. Se adjudicaron así el mérito permanente de haber sido los primeros en proclamar, como programa inmediato de política práctica, los objetivos finales del socialismo.

Todo cuanto de valor, energía, coherencia e intuición revolucionaria puede un Partido exhibir en un momento histórico, fue ampliamente mostrado por Lenin, Trotsky y sus compañeros. Todo el honor y la aptitud de acción revolucionarios de que careció la socialdemocracia occidental, halló su expresión en los bolcheviques. El pronunciamiento de octubre no significó solo la salvación real de la Revolución Rusa, sino también la reivindicación del socialismo internacional.

## III

Los herederos históricos de los Niveladores ingleses y de los Jacobinos franceses son los bolcheviques. Pero la misión concreta que tenían éstos en la Revolución Rusa, luego de la toma del Poder, era extraordinariamente más ardua que la de sus antecesores históricos. (Importancia de la cuestión agraria. Ya en 1905. Más tarde, en la III Duma, ¡los campesinos de derecha! Cuestión campesina y defensa, ejército). En verdad, la consigna de la ocupación y distribución inmediata y directa de la tierra por parte de los campesinos era el sistema más expeditivo, simple y contundente para alcanzar dos objetivos: acabar con la gran propiedad terrateniente y ligar de inmediato a los campesinos con el gobierno de la revolución. Como medida política para el afianzamiento del gobierno proletario-socialista constituía un procedimiento excelente. Sin embargo, presentaba doble aspecto, y el reverso de la moneda radica en el hecho de que la ocupación directa de la tierra por los campesinos no tiene nada que ver con la economía socialista.

La modificación de las relaciones económicas en sentido socialista presupone dos medidas en lo que se refiere a las relaciones agrarias. Primero, la nacionalización del gran latifundio como eliminación de la concentración técnica más avanzada de los medios de producción y los sistemas agrícolas, la cual por sí misma puede ser útil en el campo como punto de partida del sistema económico

socialista. Naturalmente, no se trata de arrebatar al pequeño campesino su porción de tierra (y se puede dejar que decida con libertad, a partir de su persuasión de la superioridad de la explotación social, por la unión cooperativa en un primer momento y después por la explotación colectiva), sino que toda reforma económica socialista de la tierra ineludiblemente debe partir, como es obvio, de la grande y mediana propiedad. En este renglón ella debe ceder el derecho de propiedad a la nación o, si se quiere, al Estado, lo que es lo mismo en el caso de un gobierno socialista. Solo un procedimiento de esta naturaleza garantiza la posibilidad de organización de la producción agrícola desde puntos de vista socialistas orgánicos y generales.

El segundo presupuesto de esta transformación es el siguiente: que la separación de la agricultura y de la industria, rasgo característico de la sociedad burguesa, sea abolida para dar origen a una compenetración y fusión, a un desarrollo de la producción agrícola y de la industrial según puntos de vista unitarios. Cualquiera sea a nivel práctico la administración en sus detalles, ya sea mediante comunidades urbanas, como algunos sugieren, ya por un centro estatal, se presupone siempre una reforma dirigida unitariamente y desde el centro, la que a su vez presupone la nacionalización de la tierra. Nacionalización de la grande y mediana propiedad de tierra, unificación de la industria y de la economía agrícola, son los dos puntos básicos de cualquier reforma económica socialista, sin los cuales es imposible el socialismo.

¿Pero se le puede censurar al gobierno socialista ruso que no haya realizado estas impresionantes reformas? Sería demasiado necio pretender o aguardar que, en el pequeño lapso de Poder y en la violenta vorágine de las luchas internas y externas, Lenin y sus compañeros, cercados por innumerables enemigos y obstáculos, pudieran alcanzar una de las metas más difíciles, o mejor dicho, podemos asegurarlo, la meta más difícil de la transformación socialista. Una vez alcanzado el Poder, nosotros mismos en occidente y aun contando con las condiciones más propicias, tendremos oportunidad de rompernos muchos dientes en ese hueso antes de solucionar solo los más comunes de los incontables y complejos problemas de este objetivo gigantesco.

Pero un gobierno socialista en el Poder debe tomar medidas coherentes con estos presupuestos básicos para una reforma socialista ulterior de las relaciones agrarias, y eludir por lo menos todo aquello que dificulte el avance en dicho sentido.

Ahora bien, la consigna lanzada por los bolcheviques de ocupación y distribución inmediata de las tierras por parte del campesinado, no podía menos que actuar exactamente en la dirección opuesta. No solo no significa un procedimiento socialista, sino que ni siquiera despeja el camino, acumulando

obstáculos insalvables para la modificación de las relaciones agrarias en sentido socialista.

La toma de posesión de los latifundios por parte de los campesinos, como resultado de la concisa y contundente consigna de Lenin y sus amigos –"¡Tomad y repartíos la tierra!"–, condujo sencillamente a la transferencia súbita y desordenada de la gran propiedad terrateniente a la propiedad campesina. Sus consecuencias no son la propiedad social, sino una nueva propiedad privada, fruto de la disgregación de la gran propiedad en posesiones de mediana y pequeña extensión, de la transición de la explotación relativamente progresista a la pequeña explotación campesina, a un nivel tecnológico semejante al de la época de los faraones. Es más: mediante estas medidas y mediante la manera desordenada, basada exclusivamente en el arbitrio, de su ejecución, las diferencias de propiedad no fueron eliminadas sino agudizadas. Aunque los bolcheviques exhortaron a los campesinos a crear Comités para que la toma de posesión de los latifundios de los nobles fuese de alguna manera una colectivización, es evidente que este consejo genérico en nada puede modificar la práctica concreta y las relaciones de fuerza concretas en el campo. Indudablemente, con Comités o sin ellos, los campesinos ricos y usureros, que constituían la burguesía campesina y que en cada una de las aldeas de Rusia eran dueños del Poder local efectivo, han pasado a ser los primeros beneficiarios de la revolución agraria. Es obvio, apriorísticamente, que como consecuencia de la distribución de la tierra, las diferencias sociales y económicas entre los campesinos no fueron anuladas sino intensificadas, y las contradicciones de clase se han agudizado. Pero este desplazamiento de fuerzas se produjo en perjuicio de los intereses proletarios y socialistas. Antes, una reforma agraria socialista habría sido resistida a lo sumo por una pequeña secta de grandes terratenientes nobles y capitalistas y por una reducida minoría de burguesía campesina rica; y su expropiación por una masa popular revolucionaria habría sido un juego de niños. Ahora, luego de la «ocupación», opuesta a cualquier socialización de la agricultura, aquélla se ha transformado en una masa tremendamente incrementada y fortalecida de campesinos propietarios que con uñas y dientes defenderá la propiedad recién obtenida contra cualquier atentado socialista. La cuestión de la futura socialización de la agricultura, e incluso de la producción en general, se ha convertido, en la Rusia de hoy, en motivo de disensión y de lucha entre el proletariado urbano y las masas campesinas. El boicot campesino a las ciudades, a las que les niegan medios de subsistencia para poder especular con ellos, de la misma manera exactamente que lo hacían los junker prusianos, demuestra la magnitud de la aspereza actual de la contradicción. El campesino parcelario francés, luego de que la gran Revolución Francesa le hubo otorgado las tierras expropiadas a la emigración, se convirtió en el más valiente defensor de aquélla. Como soldado de Napoleón llevó la bandera de Francia a

la victoria, cruzó toda Europa y aniquiló el feudalismo en cada país. Lenin y sus amigos pueden haber esperado un resultado similar de su consigna agraria. Pero, por el contrario, una vez que tomó materialmente posesión de la tierra, el campesino ruso ni siquiera remotamente ha pensado en defender a Rusia y a la revolución a la que debía esa tierra. Se ha encerrado en su nueva propiedad y ha abandonado la revolución a sus enemigos, el Estado a la ruina, la población urbana al hambre.

[Discurso de Lenin acerca de la centralización necesaria en la industria. Nacionalización de la banca, de la industria y del comercio. ¿Por qué no de la tierra? En este punto, en cambio, descentralización y propiedad privada.

Antes de la revolución, el programa agrario peculiar de Lenin era diferente. El lema ha sido adoptado de los social-revolucionarios, tan calumniados, o más exactamente, del movimiento espontáneo de campesinos.

El gobierno soviético intenta actualmente establecer, con ayuda de los proletarios (que son, por lo demás, elementos urbanos desempleados), comunas agrícolas, a fin de introducir principios socialistas en las relaciones agrarias. Sin embargo es fácil adivinar que los resultados, en comparación con el conjunto de las relaciones agrarias, no pueden dejar de ser imperceptibles, y para una evaluación del problema, absolutamente insignificantes. (Luego de haber dividido en pequeñas explotaciones la gran propiedad agraria –que es el punto de partida más conveniente para una economía socialista– se trata ahora de construir empresas comunistas modelo a partir de pequeños núcleos.) En el sistema de relaciones dado, estas comunas apenas presentan el valor de un experimento, y no de una extensa reforma social. Monopolio de los cereales con primas. ¡Ahora pretenden ellos introducir post festum la lucha de clases en las aldeas!][10]

La reforma agraria de Lenin ha engendrado para el socialismo una nueva y poderosa capa social de enemigos en el campo, cuya oposición habrá de ser mucho más peligrosa y obstinada que la de aquellos grandes terratenientes aristócratas.

Los bolcheviques tienen parte de culpa en la transformación de la derrota militar, en la bancarrota y la división de Rusia. Ellos coadyuvaron a empeorar enormemente los problemas objetivos de la situación mediante una consigna a la que elevaron el primer plano de su política: el llamado derecho de autodeterminación nacional, o lo que realmente se oculta tras esa consigna: la disgregación estatal de Rusia. La fórmula siempre reiterada con obstinación doctrinaria, del derecho de las distintas nacionalidades del Imperio Ruso a disponer independientemente su propio destino, "incluso la separación estatal de Rusia", fue la consigna de lucha particular de Lenin y sus compañeros durante su enfrentamiento con el imperialismo de Miliukov y el de Kerensky; constituyó el centro de gravedad de su política interna luego de la Revolución de Octubre y la

[10] El 11 de junio de 1918 se decretó la creación de los Comités de campesinos pobres.

plataforma bolchevique en Brest-Litovsk, el único instrumento que tenían para oponer a la posición de fuerza del imperialismo alemán.

En la obstinación y en la árida coherencia con que Lenin y sus amigos se sostuvieron en esta consigna, lo que asombra es que ella se contradice tanto con su tan pregonado centralismo como con la conducta que asumieron frente a otros preceptos democráticos. Mientras mostraban un frío desdén ante la Asamblea Constituyente, el sufragio universal, la libertad de prensa y de reunión, en resumen, frente a toda la estructura de las libertades democráticas elementales de las masas populares, que en su conjunto componían el «derecho de autodeterminación» para toda Rusia, conceptuaban al derecho de determinación de las naciones como la niña de los ojos de la política democrática, y por amor a ella debían ser silenciados todos los puntos de vista prácticos de la crítica realista. Mientras que no se habían dejado someter en absoluto por el sufragio popular de la Asamblea Constituyente rusa, sufragio popular basado en el derecho electoral más democrático del mundo y en la plena libertad de una república popular, y mientras que declararon nulos sus resultados en virtud de razonamientos críticos bastante fríos, en Brest-Litovsk defendieron el *referéndum* sobre la pertenencia estatal de las nacionalidades no rusas del imperio como auténtico paladión de toda libertad y democracia legítima quintaesencia de la voluntad popular y suprema instancia que debía resolver en los asuntos del destino político de las naciones.

Esta indiscutible contradicción es tanto más inexplicable en lo que respecta a las formas democráticas de la vida política de cada nación, ya que, como luego veremos, se trata en efecto de principios en extremo válidos, y hasta diría imprescindibles, de la política socialista, en tanto que el famoso «derecho de autodeterminación nacional» no es más que una insustancial fraseología y charlatanería pequeño-burguesa.

Efectivamente, ¿qué significado debería tener tal derecho? Uno de los mandamientos de la política socialista es luchar contra todo tipo de opresión y, por consiguiente, también contra la opresión de una nación por otra.

Si, a pesar de esto, políticos generalmente tan fríos y críticos como Lenin, Trotsky y sus amigos, totalmente contrarios a toda clase de palabrería utópica, como el desarme, la Sociedad de las Naciones, etc., ante las cuales irónicamente lazan los hombros, han hecho de un lema insustancial de la misma especie que los anteriores su grito de batalla, esto se debe –pensamos– a una forma de oportunismo político. Indudablemente, Lenin y compañía dedujeron que no había manera más segura de ligar las distintas nacionalidades extranjeras del imperio ruso a la causa de la revolución, a la causa del proletariado socialista, que garantizarles en nombre de la revolución y el socialismo la más irrestricta y extrema libertad de determinar sus propios destinos. Aquí nuevamente se presenta una actitud similar a la política bolchevique en relación a los campesinos

rusos, cuya sed de tierra fue satisfecha con la consigna de la ocupación directa de las propiedades aristócratas y que de tal forma habrían sido ligados a la bandera de la revolución y del gobierno proletario. No obstante, en ambas circunstancias sus cálculos se mostraron totalmente equivocados. Lenin y sus amigos, en tanto que defensores de la libertad nacional hasta «la separación estatal» esperaban indubitablemente que Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, los Países Bálticos, Caucasia. etc., se convirtieran en aliados leales de la Revolución Rusa; pero hemos presenciado este espectáculo: una después de otra, estas «nacionalidades» emplearon la libertad recién adquirida en donación para aliarse, como mortales enemigos de la Revolución Rusa: con el imperialismo alemán y protegidos por éste, llevaron a la misma Rusia la bandera de la contrarrevolución. Un ejemplo típico de esto es el interludio con Ucrania, que representó un viraje drástico en aquellas relaciones y en toda la situación política interior y exterior de los bolcheviques. La conducta seguida por Finlandia, Polonia, Lituania, los Países Bálticos y las nacionalidades del Cáucaso es la prueba más categórica de que no se trató de un suceso extraordinario y fortuito, sino de un fenómeno típico.

No deja de ser verdad que, en todas estas ocasiones, quienes llevaron a cabo esta política reaccionaria fueron las clases burguesas y pequeño-burguesas, y no las «naciones», fueron aquéllas las que en tajante contradicción con las masas populares hicieron del «derecho de autodeterminación» una herramienta de su política de clase contrarrevolucionaria. Empero –y he aquí justamente el punto crucial del asunto– la naturaleza pequeño-burguesa de esta verborragia nacionalista está precisamente en su transformación (en la difícil realidad de la sociedad de clases, especialmente en un momento de extrema agudización de los conflictos) en un mero instrumento de dominio de clase burgués. A costa de ellos mismos y de la revolución, debieron aprender los bolcheviques que bajo el Poder capitalista no cabe ninguna autodeterminación nacional, que en una sociedad clasista toda clase que es parte integrante de la nacionalidad aspira a «autodererminarse» de diferente manera y que entre las clases burguesas los puntos de vista de la libertad nacional ceden su sitio enteramente a los del dominio de clase. Al igual que la pequeña burguesía ucraniana, la burguesía finlandesa estaba completamente de acuerdo en preferir la tiranía alemana a la libertad nacional, si esta última estaba unida a los peligros de «bolchevismo».

Si existía seriamente en Lenin y Trotsky la fe en trocar estas relaciones de clases efectivas por sus contrarias mediante *referéndum*, fe en torno a la cual giró todo en Brest-Litovsk , y de alcanzar, confiando en las masas populares revolucionarias, un voto de mayoría para la unidad con la Revolución Rusa, si realmente esta fe existía, significa un optimismo incomprensible; y si era sencillamente un amago táctico en la lucha contra la política de fuerza alemana, representó jugar con fuego.

Aun cuando en los países circunvecinos se hubiera llegado al famoso *referéndum*, dada la mentalidad de las masas campesinas y de amplios sectores del proletariado aún insensibles, la tendencia contrarrevolucionaria de la pequeña burguesía y los innumerables medios con que la burguesía contaba para influir sobre la votación, es muy probable que en todas partes el resultado hubiera sido muy poco estimulante para los bolcheviques aún sin la ocupación alemana.

En estos asuntos de *referéndum* sobre la cuestión nacional puede tenerse por seguro, como una norma ineludible, que donde a las clases imperantes no les agrade, lo impedirán o, si lo realizaran, sabrán influir sobre el resultado con todos los manejos e intrigas, y ésta es la causa de que ningún socialismo tenga posibilidades de triunfo por medio de elecciones populares.

El hecho de que el problema de las aspiraciones nacionales y de las corrientes separatistas haya surgido en medio de los enfrentamientos revolucionarios, o más aún, durante la paz de Brest, y de que haya sido puesto a nivel prioritario y directamente ascendido a *Schibboleth* de la política socialista revolucionaria, ha originado la mayor de las confusiones en las filas socialistas y ha debilitado la posición del proletariado justamente en los países periféricos. Mientras luchó como parte del compacto ejército revolucionario de Rusia, el proletariado socialista de Finlandia llegó a alcanzar una posición dominante; tenía la mayoría en la Dieta y en el ejército, había reducido a la burguesía a la impotencia total y tenía las riendas de la situación del país. A principios de siglo, cuando no habían sido inventadas aún las payasadas del «nacionalismo ucraniano» con las *Karvowentzen* y los *Universales*[11] y el prejuicio de Lenin de una «Ucrania autónoma»,[12] la Ucrania rusa era el baluarte del movimiento ruso. De aquí, de Rostov, de Odesa, de las tierras del Donetz surgieron (ya en 1902-1904) las primeras corrientes volcánicas de la revolución, que recubrieron con un manto de llamas a todo el sur de Rusia, preparando el estallido de 1905. El mismo fenómeno se reiteró en la revolución actual, en la que el proletariado de la Rusia austral aportó las tropas de élite de las fuerzas proletarias. Desde 1905, los focos revolucionarios más fuertes y seguros fueron Polonia y los Países Bálticos, y la masa proletaria socialista desempeñó en éstos un rol sobresaliente.

¿Cómo pudo suceder que en estos países venciera inesperadamente la contrarrevolución? El movimiento nacionalista inmovilizó justamente al proletariado, aislándolo de Rusia, y lo entregó con las manos atadas a la burguesía nacional de los países limítrofes. Los bolcheviques, en vez de inclinarse, según el

[11] Decretos de la Rada de Kiev, a partir de junio de 1917. En enero de 1918 fue proclamada la independencia ucraniana.

[12] En junio ele 1917, Lenin atacó desde la prensa al Gobierno Provisional por no haber proclamado la autonomía y la completa libertad de secesión de Ucrania.

espíritu de la política internacionalista de clase a la que además ellos representaban, en vez de inclinarse, decíamos, a agrupar las fuerzas revolucionarias en un cuerpo sólido sobre todo el territorio del imperio, en vez de propugnar con todo el vigor posible la integridad del imperio ruso en tanto que territorio revolucionario, en vez de oponer a todas las ambiciones separatistas, como máxima ley de su política, la unidad y la cohesión indisoluble de los proletarios de todas las naciones en el seno de la Revolución Rusa, no hicieron otra cosa –mediante la grandilocuente verborragia nacionalista del «derecho a la autodeterminación hasta la separación estatal»– que otorgar a la burguesía de los países circunvecinos el mejor de los pretextos, y hasta la bandera, para sus pretensiones contrarrevolucionarias. En vez de prevenir a los proletarios de los países periféricos contra todo separatismo en tanto que éste es un vulgar ardid de la burguesía (y asfixiar desde el embrión las pretensiones separatistas con mano de hierro, cuyo uso había sido propio realmente del sentido y espíritu de la dictadura del proletariado), los bolcheviques han desorientado a las masas de aquellos países con su consigna, abandonándolas de tal manera a la demagogia de las clases burguesas. Con esta reivindicación nacionalista originaron y prepararon la disgregación de la propia Rusia y colocaron en manos de sus propios enemigos el arma que éstos hundirían en el corazón de la Revolución Rusa.

Es verdad que sin el apoyo del imperialismo alemán, sin «las bayonetas alemanas empuñadas por los alemanes» –como dijo la *Neue Zeit* de Kautsky, los Lubinsky y los demás canallas de Ucrania, así como los Erich y los Mannerheim fineses y los barones bálticos–, no habrían podido sofocar a las masas proletarias socialistas de sus países. Mas el caballo de Troya dentro del cual se ocultaron en todos aquellos países, bayonetas en mano, los «compañeros» alemanes fue el separatismo nacional. Las contradicciones reales de clase y las relaciones de fuerza militares llevaron a la intervención alemana, pero fueron los bolcheviques quienes proveyeron la ideología que escudó esta campaña contrarrevolucionaria y fueron también ellos quienes fortalecieron la posición burguesa y vulneraron la del proletariado. Ucrania, que había de representar tan funesto papel en los destinos de la Revolución Rusa, es el mejor testimonio de lo anterior. El nacionalismo ucraniano, enteramente distinto del checoslovaco, polaco o finlandés, no pasó de ser en Rusia una extravagancia, una idiotez de un par de docenas de intelectuales pequeño-burgueses, sin la más insignificante raigambre en la situación económica, política o espiritual del país, sin la menor tradición histórica, dado que Ucrania nunca constituyó una Nación o un Estado, sin ninguna cultura nacional, aparte [de los poemas romántico-reaccionarios de Sevchenko. Es como si un buen día las poblaciones de la costa pretendieran fundar una nueva nación y un nuevo Estado bajo-alemán sobre la base de Fritz Reuter. Y este capricho pueril de un par de profesores y estudiantes universitarios creció artificialmente por obra de

Lenin y sus compañeros hasta llegar al nivel de elemento político con su agitación doctrinaria acerca del «derecho de autodeterminación justo y tolerante, etc». Ellos fueron quienes prestaron importancia a la payasada inicial, hasta que ésta se transformó en un asunto grave y cruento, y no en un movimiento nacional serio, el cual no tuvo ni tiene raíces ¡más que en una insignia y una bandera de unión de la contrarrevolución! De este falso embrión es de donde surgieron las bayonetas alemanas en Brest].

En los anales de las luchas de clase estos lemas guardan en ocasiones una importancia muy concreta. En la actual guerra mundial es una fatalidad del socialismo estar predestinado a abastecer de pretextos ideológicos a la política contrarrevolucionaria. Cuando aquélla estalló, los socialdemócratas alemanes decoraron prestamente el bandolerismo del imperialismo tudesco, exponiéndolo como la cruzada de liberación contra el zarismo ruso auspiciada por nuestros viejos maestros. En el extremo opuesto a los socialistas gubernamentales, los bolcheviques estaban predestinados a llevar agua al molino de la reacción con la consigna de la autodeterminación de las naciones y de facilitar de este modo una ideología no solo para ahogar a la misma Revolución Rusa, sino también para la planeada liquidación en sentido contrarrevolucionario de toda la guerra mundial. Tenemos todos los motivos para hacer un análisis muy profundo desde este punto de vista de la política bolchevique. El «derecho a la autodeterminación nacional», acoplado a la Sociedad de las Naciones y al desarme por obra y gracia de Wilson, viene a ser el grito de guerra luego del cual debería tener lugar la inminente rendición de cuentas del socialismo internacional al mundo burgués. Es obvio que precisamente la Revolución Rusa y las negociaciones de Brest han reforzado extraordinariamente la consigna de la autodeterminación y el conjunto del movimiento nacionalista, que actualmente representa el riesgo más grave para el socialismo internacional. Más adelante nos ocuparemos de esta plataforma en forma más detallada. La trágica suerte de esta fraseología de la Revolución Rusa, cuyas astillas estaban destinadas a desgarrar al bolchevismo, debe valer como enseñanza para el proletariado internacional.

La dictadura alemana es la consecuencia de todo esto. ¡Desde la paz de Brest hasta el «tratado anexo»! Las doscientas víctimas de Moscú. De este estado de cosas provinieron el terror y el sofocamiento de la democracia.

## IV

Analicemos de cerca el problema observando algunos ejemplos.

La famosa disolución de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917 representó un rol sobresaliente en la política bolchevique. Esta resolución fue decisiva para las posiciones subsiguientes: de alguna manera significó el cambio de su táctica. Es un hecho que la convocatoria de la Asamblea Constituyente fue

reivindicada con firmeza hasta el triunfo de octubre por Lenin y sus compañeros. Y la política de dilaciones que a este respecto siguió el gobierno de Kerensky, constituyó uno de los puntos de oposición bolchevique contra él, dando lugar a sus más enérgicos ataques. Trotsky, en el interesante artículo titulado *De la Revolución de Octubre al tratado de la paz de Brest*[13] sostiene directamente que la Insurrección de Octubre puede ser catalogada como «la salvación de la Asamblea Constituyente» y la salvación de la revolución en general. «Cuando afirmábamos –continúa– que la vía hacia la Asamblea Constituyente no pasaría por el Preparlamento[14] de Tsereteli, sino por el *Soviet*, éramos totalmente sinceros».

Luego de todas estas afirmaciones, la primera medida de Lenin después de la Revolución de Octubre fue... la abolición de esta misma Asamblea Constituyente, a la que debía haber apoyado. ¿Cuáles habrían sido las causas que decidieron esta maniobra tan inesperada? Trotsky lo explica detalladamente en el citado escrito. Sus argumentos son los siguientes:

> «Los meses que precedieron a la Revolución de Octubre se distinguieron por una continua inclinación de las masas hacia la izquierda y un incremento de las filas bolcheviques por el incesante ingreso de obreros, soldados y campesinos. Durante el mismo lapso, se presentó un proceso análogo en el seno del Partido socialista revolucionario, la izquierda crecía en tanto que la derecha decrecía. No obstante, las tres cuartas partes de los afiliados al Partido socialista revolucionario eran antiguos dirigentes de la derecha...
>
> Se debe añadir a esto que las elecciones tuvieron lugar en las semanas que sucedieron a la Revolución de Octubre. Lentamente, las noticias de los cambios acaecidos se iban difundiendo por las provincias, cada vez en círculos más amplios, pasando de la ciudades a los pueblos y aldeas. En varios distritos, el campesinado tenía una idea muy difusa de los acontecimientos de Petrogrado y Moscú. En las representaciones de los comités agrícolas, que seguían casi en su totalidad las banderas de los *Narodniki*, votaban por *Tierra y Libertad15*. Sin embargo, también votaban por Kerensky y Avsentiev,16 esto es, por los gobernantes que anulaban esos mismos comités y que encarcelaban a sus integrantes... Los acontecimientos relatados prueban que esa Asamblea

[13] L. Trotsky, *Von der Oktober-Revolution bis zum Brester Friedens-Bertrag*. Belp-Bern, Promachos-Berlag, 1918.

[14] El Preparlamento fue una Asamblea permanente de 555 miembros designados por el Gobierno Provisional a propuesta de las organizaciones sociales y políticas. Se inauguró el 14 de septiembre de 1917 en Petrogrado.

[15] Movimiento de los social-revolucionarios.

[16] N. O. Avsentiev: social-revolucionario de derecha, miembro del Soviet de Petrogrado en 1905. Presidente del Parlamento.

> Constituyente era un fruto tardío, aislado de la realidad de los conflictos de Partido y de sus diferenciaciones».

Todo esto está muy bien expresado y convence. Pero no puede más que asombrar que hombres tan perspicaces como Lenin y Trotsky no hayan arribado a la obvia conclusión que se desprende de los hechos referidos. Puesto que la Asamblea Constituyente reflejaba una opción muy anterior al momento de cambio –la Revolución de Octubre– y puesto que en su integración reflejaba la imagen de una época ya superada y no de la nueva coyuntura, es evidente que lo correcto era disolver la obsoleta, nacida muerta, Asamblea Constituyente y llamar sin demora a nuevas elecciones. Ellos no querían ni podían abandonar los destinos de la revolución en manos de una asamblea espejo de la pasada Rusia kerenskiana, es decir, del período de incertidumbres y de alianza con la burguesía. Antes bien, lo conveniente era realizar sin tardanza una convocatoria para instituir otra asamblea que naciera de la nueva Rusia y continuar adelante con ella.

En lugar de esto, de la específica inadecuación de la Asamblea Constituyente reunida en octubre, Trotsky deduce, e incluso generaliza, la inadecuación de cualquier representación popular surgida de elecciones populares generales durante la revolución.

> «Gracias a la lucha abierta y directa por el Poder, el proletariado acopia en un lapso muy breve una gran experiencia política y escala velozmente un peldaño tras otro. Cuanto más extenso es el país y más imperfecto su aparato técnico, tanto menos fiel a este desarrollo es el pesado mecanismo de las instituciones democráticas». (Trotsky, *op. cit.*, p. 93.).

Hemos llegado ya al «mecanismo de las instituciones democráticas» en general. Se puede hacer a esto la objeción de que dicha apreciación de las instituciones representativas demuestra una concepción algo esquemática y muy poco elástica, a la cual se contrapone enérgicamente la experiencia de todos los períodos revolucionarios. Toda asamblea electa se limita, según la teoría de Trotsky, a reflejar definitivamente la mentalidad, la madurez política y el estado anímico de su electorado en el momento de las elecciones. El organismo democrático perpetuaría la imagen especular de la masa en el momento de concurrir a las urnas, de la misma manera que el firmamento de Herschel nos muestra constantemente los astros no como son en el momento en que los observamos, sino como eran en el momento del envío de sus mensajes luminosos a la Tierra desde incalculables distancias. Todo lazo espiritual existente entre los electos y los electores, toda interacción constante de ambas partes, es aquí excluido.

¡Cuánta contradicción existe entre este hecho y la experiencia histórica! Esta última, por el contrario, nos enseña de qué manera la savia del sentimiento popular fluye constantemente hasta los organismos representativos, se introduce

en ellos y los gobierna. De otra forma, ¿cómo sería posible presenciar de vez en cuando, en todo parlamento burgués, las más divertidas piruetas de los «representantes del pueblo», que súbitamente se manifiestan como animados por un nuevo «espíritu», profiriendo acentos inesperados? ¿Cómo sería posible que los más estériles cadáveres tomen de vez en cuando vigor juvenil y los distintos Scheidemann de pronto encuentren en sus pechos aires revolucionarios cuando la temperatura asciende en las fábricas, en los talleres y en las calles?

¿Y podrían desaparecer ante el esquema rígido de las listas del Partido y de los símbolos electorales, precisamente en momentos de una revolución, estas influencias perpetuas del estado anímico y de la madurez política de las masas sobre los organismos representativos? ¡Todo lo contrario! La revolución, con el calor de su llama crea esa sutil, vibrante y sensible atmósfera política, en la cual las fluctuaciones de la opinión pública y las pulsaciones vitales del pueblo influyen inmediatamente y de la manera más asombrosa sobre los cuerpos representativos. De aquí derivan siempre los espectáculos conmovedores típicos de la fase inicial de toda revolución, cuando inesperadamente viejos parlamentarios reaccionarios o sumamente moderados, surgidos bajo el gobierno precedente, con derecho electoral limitado, se convierten en heroicos sustentadores de la subversión, de los *Stürmer und Dränger*. El modelo típico es presentado precisamente por el Parlamento Largo inglés, que a partir de 1642 permaneció durante siete años, y en cuyo interior se reflejaron todas las diversas fluctuaciones del sentimiento popular, de la madurez política, de los conflictos de clase, del proceso revolucionario hasta el momento cumbre, desde las devotas asperezas de los inicios con la corona bajo un *Speaker* arrodillado[17] hasta la disolución de la Cámara de los Lores, la ejecución de Carlos I y la proclamación de la República.

¿Y no se repitió la misma transformación prodigiosa en los Estados Generales franceses, en el Parlamento censitario de Luis Felipe e inclusive (el último y más asombroso ejemplo tan cercano a Trotsky) con la cuarta Duma que, elegida en el año 1909,[18] bajo el más estricto dominio de la reacción, sufrió en febrero de 1917 una repentina regeneración, transformándose en el punto de origen de la revolución? Todo esto sirve para comprobar que el «pesado mecanismo de las instituciones democráticas» posee un poderoso correctivo, precisamente en el

[17] Se refiere a un episodio crucial del Parlamento Largo. Desde 1640 a 1647 fue *Speaker* del Parlamento William Lenthall (1591-1672). Carlos I, violando las libertades parlamentarias, penetró el 4 de enero de 1642 en la Cámara de los Comunes con una escolta de soldados para arrestar a cinco de sus miembros acusados de traición. Pero éstos, advertidos, se habían refugiado en la City por orden de la Cámara. Carlos I tomó el lugar del *Speaker* e interrogó a Lenthall sobre la presencia o ausencia de los individuos que buscaba. Este, se puso de rodillas y respondió: "No tengo otros ojos para ver, ni otra lengua para hablar que aquellos que la Cámara, de la que soy servidor, se complace en dirigir." Fue luego expulsado por Cromwell en 1653.

[18] Realmente fue elegida en 1912.

movimiento vivo de las masas, en su expresión ininterrumpida. Y cuanto más democráticas son las instituciones, cuanto más vigorosas y vitales se manifiestan las vibraciones de la vida política de las masas, tanto más directa y completa resulta su eficacia, sin que importen las banderas obsoletas del Partido, los padrones electorales perimidos, etc. Es verdad que todo organismo democrático tiene sus restricciones y sus ausencias, circunstancia que lo asocia al conjunto de las instituciones humanas. Sin embargo, el remedio fabricado por Trotsky y Lenin, esto es, la eliminación de la democracia en general, es peor aún que la enfermedad que se quiere evitar: suprime, en efecto, la fuente viva de la cual solo pueden emanar las correcciones de los defectos congénitos a las instituciones sociales, una vida política activa, libre y enérgica de las masas amplias.

El derecho electoral elaborado por el gobierno de la Rusia soviética[19] representa otro ejemplo elocuente. No se ve claramente qué importancia práctica se le adjudica. De la crítica que Lenin y Trotsky hacen de las instituciones democráticas se deriva que ellos rechazan por principio las representaciones populares brotadas de elecciones generales y pretenden respaldarse únicamente en los Soviets. No se explica entonces qué causas los incitaron a elaborar un sufragio universal.

No se conoce siquiera si este derecho electoral fue aplicado en algún otro lugar; no se ha oído hablar acerca de elecciones que se basaran en alguna clase de representación popular. Más digna de crédito parece la hipótesis que sugiere que sencillamente se trata, por así decirlo, de un parto teórico; sin embargo, constituye, tal y como se presenta, un desconcertante fruto de la teoría bolchevique de la dictadura. Todo derecho de sufragar, al igual que todo derecho político, no debe ser evaluado a partir de un esquema abstracto de «justicia» o de cualquier otra palabrería de la democracia burguesa, sino sobre la base de las relaciones económicas y sociales que le sirven de sostén: el sufragio electoral elaborado por el gobierno soviético está programado justamente para la etapa de transición de las estructuras de una sociedad capitalista-burguesa a las estructuras de una sociedad socialista, para la etapa de la dictadura del proletariado. De acuerdo con la manera de Lenin y Trotsky de interpretar esta dictadura, tal derecho electoral se otorga únicamente a aquellas personas que viven de su propio trabajo y se veda a todos los demás.

Pero evidentemente un derecho de voto de esta índole únicamente tiene sentido en una sociedad que esté en condiciones económicas de posibilitar a todos aquellos que así lo deseen, una vida decorosa, digna de la civilización, por medio

[19] La Constitución soviética fue elaborada por el Congreso Panruso de los Soviets, el 12 de julio de 1918. El derecho al voto solo era concedido a quienes realizaban un trabajo productivo y útil, pero no a quienes perseguían fines de lucro. Eran excluidos los comerciantes privados y los rentistas. (Cf. K. Kautsky, *Die Diktatur des Proletariats. 7. Die Sowjetrepublik*).

de su propio trabajo. ¿Es esto posible en la Rusia de hoy? Es indudable que un gran número de individuos se ven desarraigados completamente, arrojados fuera de su marco habitual, sin ninguna posibilidad objetiva de hallar en el mecanismo de la economía alguna manera de ocupar su fuerza de trabajo. Esto es aplicable no solo a las clases capitalista y propietaria de la tierra, sino también a los estratos medios y al proletariado mismo. Es un hecho que la disminución de la actividad industrial ha provocado una corriente masiva del proletariado urbano hacia el campo en busca de fuentes de trabajo. En esta situación, un derecho político al voto que exija como requisito el trabajo obligatorio general, significa una medida absolutamente inconcebible. Tendencialmente, debería despojar de sus derechos políticos únicamente a sus explotadores. Y en tanto se elimina en masa fuerzas de trabajo aprovechables, el gobierno soviético, en cambio, se ve literalmente impelido a confiar el manejo de la industria nacionalizada a los antiguos propietarios capitalistas. También con las cooperativas de consumo burguesas ha debido contraer compromisos el gobierno soviético. Por otra parte, el empleo de los técnicos burgueses se ha manifestado como inevitable. Otro resultado del mismo fenómeno consiste en la manutención, junto con los guardias rojos, etc., por parte del Estado. En realidad, la disposición citada priva de todo derecho a una vasta y creciente fracción de la pequeña burguesía y del proletariado, para la cual el mecanismo económico no tiene prevista disposición alguna que le permita cumplir con la obligación de trabajar.

Se trata de un absurdo que caracteriza esta organización del derecho al voto como un producto fantástico de la imaginación sin ninguna clase de conexión con la realidad social. Y justamente por este motivo no puede ser una herramienta seria de la dictadura del proletariado. La anticipación de una situación jurídica, conveniente para una base económica socialista ya alcanzada y no para la fase de transición de la dictadura proletaria, es un auténtico anacronismo.

Cuando, posteriormente a la Revolución de Octubre, toda la clase media, la *Intelligentzia* burguesa y pequeño-burguesa, sabotearon durante meses al gobierno soviético interrumpiendo las comunicaciones ferroviarias, postales y telegráficas, el sistema escolar y el aparato administrativo, enfrentándose de esa manera al gobierno obrero, todas las medidas de presión adoptadas contra ellos –privación de los derechos políticos, de los medios económicos de supervivencia, etc.– estaban justificadas. En tales circunstancias se revelaba precisamente la auténtica dictadura socialista, que no puede ceder ante ninguna medida de autoridad para forzar o para prohibir determinados comportamientos en bien de la comunidad. Mas un derecho de voto que propone una privación general de derechos a amplios sectores de la población, que los margina políticamente de la sociedad, pero no está en condiciones de ubicarlos en el nuevo mecanismo de la economía, una privación de derechos políticos como norma general de efecto

perdurable, y no como medida concreta para un objetivo concreto, no es una necesidad de la dictadura, sino improvisación no apta. La columna vertebral debe estar constituida por los Soviets, pero también por la Asamblea Constituyente y el sufragio universal.

[Los bolcheviques acusaban a los Soviets de reaccionarios, porque quienes constituían su mayoría eran los campesinos (delegados campesinos y delegados soldados). Una vez que los bolcheviques se encargaron de los Soviets, estos últimos se transformaron en genuinos representantes de la opinión popular. Pero esta modificación repentina está ligada solo con la *paz* y la cuestión agraria].[20]

Mas no se agota el problema con la Asamblea Constituyente y el derecho electoral; no hemos tratado todavía la anulación de las garantías democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas proletarias: libertad de prensa, de asociación y de reunión, de que han sido despojados todos los enemigos del gobierno soviético.

En lo que se refiere a las violaciones, están muy lejos de ser concluyentes los referidos argumentos de Trotsky sobre la pesadez de los organismos electorales de la democracia. Por el contrario, es un hecho patente e irrebatible que sin una irrestricta libertad de prensa, sin posibilidades de libre asociación y reunión, es absolutamente utópico concebir el dominio de las grandes masas populares. Lenin afirma que el Estado burgués es una herramienta para oprimir a la clase obrera, y el Estado socialista una herramienta de opresión de la burguesía. Este último no sería más que el Estado capitalista a la inversa, puesto de cabeza. Esta concepción simplista olvida lo fundamental: el dominio de clase burgués no exigía una instrucción y una educación política de las masas populares, al menos más allá de determinados límites muy reducidos. Para la dictadura del proletariado, por el contrario, ambos asuntos son el elemento vital, el aire, sin el cual no podría sobrevivir.

«Gracias a la lucha abierta y directa por el Poder, el proletariado acopia en un lapso muy breve una gran experiencia política y escala velozmente un peldaño tras otro». Trotsky desdice aquí sus propias palabras y las de sus compañeros de Partido. Precisamente porque lo que afirma es exacto, el sofocamiento de la vida pública entorpece la experiencia política y la continuación del desarrollo. De otra forma, debería suponerse que la experiencia y el proceso de desarrollo eran necesarios hasta el acceso al Poder por parte de los bolcheviques, pero entonces ellos habrían ascendido al más elevado sitio y se habrían vuelto superfluos. (Discurso de Lenin: «¡¡¡Rusia está manifiestamente madura para el socialismo!!!»).

En realidad, ¡sucede todo lo contrario! Las titánicas tareas enfrentadas por los bolcheviques con valor y resolución, demandaban justamente la más intensiva

[20] Este párrafo corresponde a un apunte hecho en un página separada sin número, probablemente destinada a completar la formulación precedente.

educación política de las masas y el acopio de experiencia, irrealizables sin libertad política.

La libertad reservada exclusivamente a los partidarios oficialistas, únicamente a los miembros del Partido gubernamental –por numerosos que sean–, no es libertad. La libertad es siempre únicamente libertad para quien piensa de manera diferente. Y no es por fanatismo de «justicia», sino porque todo lo que de instructivo, sano y purificador puede haber en la libertad política, depende de ella, y pierde toda eficacia en el momento en que la libertad se convierte en un privilegio.

[Los bolcheviques mismos no podrán negar, con la mano en el corazón, que paso a paso han debido calcular, tratar, experimentar, probar en todas las direcciones, y que una considerable parte de sus disposiciones no son precisamente joyas. Las cosas no pueden dejar de suceder de esta manera, y lo mismo nos pasará a todos cuando estemos en las mismas circunstancias, aunque nadie ha dicho que en todas partes deban reinar condiciones tan dificultosas].[21]

El presupuesto implícito de la dictadura en el sentido leninista-trotskista es que la transformación socialista es una cuestión para la cual el Partido revolucionario tiene siempre preparada en la bolsa una receta, y que solo se necesita aplicarla enérgicamente. Por desgracia o por suerte, las cosas no se plantean en este nivel. Muy lejos de ser una serie de soluciones ya preparadas que bastaría aplicar, la consumación práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico, es algo que se desdibuja en las nieblas del porvenir. En nuestro programa apenas poseemos unas pocas observaciones generales, que indican el camino por donde se deben averiguar las medidas a tomar, indicaciones que, por lo demás, presentan carácter sobre todo negativo. Sabemos aproximadamente lo que debemos eliminar en primer lugar para dejar el paso libre a la economía socialista; sin embargo, no hay programa partidario ni texto socialista que pueda enseñarnos algo sobre de qué naturaleza serán las miles de medidas concretas y prácticas, grandes y pequeñas, aptas para insertar los principios socialistas en la economía, en el derecho, en todas las relaciones sociales. Esto no es una carencia, sino justamente un signo de superioridad del socialismo científico sobre el utópico. El sistema socialista será, indefectiblemente, un producto histórico, nacido del aprendizaje de la experiencia, en la hora de la realización, del devenir de la historia viva, que exactamente de la misma manera que la naturaleza orgánica –de la cual, en última instancia, forma parte–, tiene el buen hábito de engendrar ininterrumpidamente una necesidad real al mismo tiempo que el instrumento para su satisfacción, junto al problema su solución. Pero es claro que, si las cosas suceden así, el socialismo, por su propia esencia, no puede ser objeto de autorización ni puede ser introducido por *úkase*. Tiene como presupuesto

[21] Observación en el margen.

medidas de fuerza contra la propiedad, etc. Lo negativo, la destrucción, sí puede ordenarse por decreto; en cambio lo positivo, la construcción, NO. Tierra virgen. Millares de problemas. La experiencia es lo único apto para hacer las correcciones pertinentes y abrir nuevos caminos. Únicamente una vida llena de fermentos, sin obstáculos, proyecta miles de formas nuevas, improvisa, libera una fuerza creadora, rectifica espontáneamente sus pasos en falso. Precisamente por ello es que la vida política de los Estados con la libertad restringida es tan deficiente, pobre, esquemática e infecunda, porque, al excluir la democracia, rechaza el manantial vivo de toda riqueza espiritual y progreso. (Se puede citar como testimonio los años 1905 y subsiguientes, y los meses de febrero a octubre de 1917). Lo que allí hubo de verdadero desde el punto de vista político, es verdadero también desde el punto de vista social y económico. Toda la masa popular debe participar. De otra manera, el socialismo es decidido por decreto y aprobado desde la mesa por una docena de intelectuales.

Es absolutamente imprescindible que haya un control público. De lo contrario, el intercambio de experiencias se paraliza en los límites del círculo cerrado de los funcionarios del nuevo gobierno. Corrupción forzosa. (Palabras de Lenin, *Mitteilungs-Blatt* n. 29).[22] La práctica socialista demanda una cabal transformación espiritual en las masas humilladas por siglos de dominio de la burguesía. Instintos sociales en vez de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de indolencia, idealismo capaz de sobrepasar cualquier padecimiento, etc. Nadie lo sabe mejor ni lo explica con más eficiencia ni lo repite con más obstinación que Lenin. Solo que él se equivoca enteramente en los medios. Decretos, facultades dictatoriales de los inspectores de fábrica, castigos draconianos, imperio del terror, son todos paliativos. La única vía que conduce al renacimiento es la escuela misma de la vida pública, de la más extensa e irrestricta democracia, de la opinión pública. Lo que desmoraliza es justamente el terror.

¿Qué sobrevive si todo esto desaparece? En lugar de los organismos representativos nacidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky han instituido los Soviets como la única representación auténtica de los trabajadores. Pero con la supresión de la vida política en todo el país, los mismos Soviets no podrán evitar sufrir una parálisis cada vez más extendida. Sin elecciones generales, sin libertad de prensa y de reunión irrestrictas, sin el libre enfrentamiento de opiniones, y en toda institución pública, la vida se agota, se vuelve aparente y lo único que permanece activo es la burocracia. La vida política se adormece poco a poco; algunas docenas de jefes del Partido, de inagotables energías y animados por un infinito idealismo, conducen y gobiernan; entre éstos, unos pocos cerebros

[22] *Mitteilungs-Blatt* des Verbandes der sozialdemokratischen Wallvereine Berlins und Umgegend. Unabhängige sozialdemokratische Partei Deutschlands. XIII, n. 29 (Berlín, 20 de octubre de 1918. Beilage zu Nr. 29 der "mitteilungs-Blatt").

superiores constituyen la guía efectiva; y una élite de obreros es congregada de vez en cuando para aplaudir los discursos de los jefes y votar con unanimidad disposiciones fabricadas de antemano: es, en el fondo, el predominio de una pandilla. Una dictadura, es verdad, pero no la dictadura del proletariado sino la de un manojo de políticos, es decir, la dictadura en sentido burgués, en el sentido del dominio jacobino (¡la postergación de tres a seis meses de los congresos de los Soviets!). Y más aún, en tales circunstancias es inevitable que se genere un proceso de barbarie en la vida política: atentados, fusilamientos de rehenes, etc.

Discurso de Lenin sobre la disciplina y la corrupción.

[La lucha contra el *lumpenproletariat* constituye en una revolución un problema aparte y de máxima importancia. También nosotros deberemos ocuparnos de ello en Alemania y en otros lugares. El elemento subproletario tiene profunda raigambre en la sociedad burguesa, no solo como categoría especial, como despojo social, destinado a incrementarse en proporciones descomunales en los momentos en que se rompen las murallas del orden social, sino también como parte integrante del todo de la sociedad. Los sucesos de Alemania, y también los de los otros Estados, han probado con qué facilidad se degradan todos los estratos de la sociedad burguesa. Los matices diferentes entre especulación comercial, especulación de la bolsa, seudo-negocios de ocasión, adulteración de productos alimentarios, chantaje, robo de caudales públicos, hurtos, arribismos y rapiña se confunden entre sí hasta tal punto que se borran los límites que separan a la honorable burguesía de la delincuencia. La revolución del proletariado deberá, por consiguiente, luchas contra este adversario, instrumento de la contrarrevolución.

Pero también en este punto el terror representa un arma peligrosas, por no decir de doble filo. La más severa de las justicias sumarias es impotente contra el estallido de disturbios subproletarios. Más aún, todo régimen de estado de sitio prolongado conduce de manera ineluctable a la arbitrariedad, y ésta ejerce sobre la sociedad una acción corruptora. Los únicos recursos eficaces con que cuenta la revolución proletaria son, como siempre, las medidas radicales de índole política y social, la más pronta transformación de las garantías sociales de existencia para las masas y el estímulo del idealismo revolucionario, que solo se puede mantener a través del tiempo a cambio de una libertad política sin restricciones y de una movilización intensa de las masas.

Así como la medicina más efectiva, purificadora y saludable contra las infecciones y los gérmenes patógenos es la acción libre de los rayos solares, así la revolución y su principio renovador, la vida espiritual, el activismo y el sentimiento de responsabilidad que ella genera en las masas, y por consiguiente la más ilimitada libertad política como su característica son el único sol salvador y purificador].

La anarquía será ineludible también entre nosotros y en todas partes. El subproletariado es inmanente a la sociedad burguesa e inseparable de ella.

Pruebas:

1. Prusia Oriental: los saqueos de los "cosacos";
2. El estallido general de rapiñas y de robos en Alemania (trampas, personal postal y ferroviario, policía, desaparición total de las fronteras que separan la buena sociedad de la cárcel);
3. La rápida corrupción de los líderes sindicales. Contra esto resultan ineficaces las medidas draconianas. Al contrario, ello resulta contraproducente. El único antídoto: idealismo y *activismo* social de las masas, libertad política sin restricciones.

He aquí una ley superior, objetiva, a la que no puede escapar ningún Partido.

El error primordial de la teoría leninista-trotskista consiste precisamente en contraponer, al igual que lo hace Kautsky, dictadura y democracia. «Dictadura o democracia»: tal es el planteamiento que comparten los bolcheviques y Kautsky. Este último, como es de esperarse, opta por la democracia, y justamente por la democracia *burguesa*, dado que la ubica en función alternativa a la subversión socialista. Lenin y Trotsky, en cambio, optan por la dictadura en contradicción con la democracia y, por tanto, por la dictadura de un manojo de individuos, esto es, por la dictadura según el modelo burgués. Se trata de dos polos opuestos, ambos bastante alejados de la verdadera política socialista. Una vez ejecutada la toma del Poder, la masa proletaria ya no podrá seguir el buen consejo de Kautsky y resignar la transformación socialista ante el pretexto de la «inmadurez de la nación», ni podrá dedicarse simplemente a la democracia so pena de traicionarse a sí misma, a la Internacional y a la Revolución. El proletariado tiene el deber y la obligación de emprender medidas socialistas la manera más vigorosa, inflexible y violenta, vale decir, de ejercer la dictadura, pero una dictadura *de clase*, no de un Partido ni de una pandilla, dictadura de clase, vale decir con la mayor publicidad, con la intervención más activa y libre de las masas populares, en un régimen de democracia irrestricta. «Como marxistas –escribe Trotsky–, nunca fuimos fanáticos de la democracia formal». Es verdad, nunca fuimos fanáticos de la democracia formal. Pero tampoco hemos sido, en absoluto, fanáticos del socialismo o del marxismo. ¿Significa esto que tenemos el derecho, a la manera de Cunow-Lensch-Parvus, de tirar por la borda al socialismo o al marxismo en el momento en que nos incomodan? Trotsky y Lenin constituyen la negación encarnada de esta posibilidad. Nunca fuimos fanáticos de la democracia formal, significa solo que siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia burguesa, siempre supimos descubrir la semilla amarga de la desigualdad y del vasallaje que se oculta bajo la dulce piel de la igualdad y

de la libertad formales, no para rechazarlas sino impulsar a la clase obrera a no limitarse a la envoltura, a conquistar primero el Poder político para impregnarlo de un nuevo contenido social. La misión histórica del proletariado, una vez en el Poder, es crear una democracia socialista en lugar de una democracia burguesa, y no eliminar toda democracia. Pero la democracia socialista no empieza solo en la tierra prometida, una vez establecidas las infraestructuras de la economía socialista, como obsequio de Navidad al heroico pueblo que en ese período sostuvo con fidelidad a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el mismo instante de la toma del Poder por el Partido socialista; no es sino la dictadura del proletariado.

Sí, sí, ¡dictadura! Pero esta dictadura consiste en el *sistema de aplicación de la democracia*, y no en su *eliminación*. Consiste en un conjunto de intervenciones enérgicas y determinantes sobre los derechos conquistados y sobre las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual la transformación socialista no es factible. Pero esta dictadura debe ser ejercida por la clase, y no por una pequeña minoría de dirigentes en nombre de la clase, debe contar con la participación activa de las masas, estar bajo su influencia directa, someterse al control de una publicidad completa, emerger de la intensiva instrucción política de las masas populares.

Seguramente los bolcheviques procederían exactamente de esta manera si no padecieran la terrible presión de la guerra mundial, de la ocupación alemana y de todas las exorbitantes complicaciones relacionadas con tales acontecimientos, complicaciones que no pueden dejar de desviar cualquier política socialista por loables que sean sus intenciones y sus principios.

La pródiga aplicación del terror por el gobierno de los consejos, especialmente en el último período anterior a la caída del imperialismo alemán, a partir del atentado contra el embajador de Alemania, es un argumento contundente. La verdad evidente de las revoluciones no son bautizadas con agua de rosas no es en absoluto suficiente.

Lo que sucede en Rusia es explicable: no consiste más que en una cadena inevitable de causas y efectos, cuyos puntos de partida y cuyas claves son la carencia del proletariado alemán y la ocupación de Rusia por el imperialismo alemán. Exigir de Lenin y sus compañeros, en semejantes circunstancias, que sepan crear como por arte de magia la mejor de las democracias, la más ejemplar de las dictaduras del proletariado y una floreciente economía socialista, sería pretender de ellos algo sobrehumano. Con su resuelta actitud revolucionaria, su ejemplar firmeza y su extrema fidelidad al socialismo internacional, hicieron en verdad todo cuanto podía hacerse en una situación tan infernalmente dificultosa. El riesgo comienza cuando, haciendo de la necesidad una virtud,

plasman en la teoría la táctica a la que se vieron empujados por estas dramáticas circunstancias y pretenden recetarla como modelo a emular por el proletariado, como paradigma de la táctica socialista. Al igual que esta pretensión los muestra bajo una luz equívoca y su efectivo e indiscutible mérito histórico pasa por el cedazo de los yerros impuestos por la necesidad, de la misma manera hacen poco favor al socialismo internacional, por amor y por causa del cual lucharon y padecieron, cuando pretenden introducir como nuevas adquisiciones todos los errores cometidos en Rusia por necesidad y fuerza mayor, errores que, en última instancia, fueron solamente reflejos de la bancarrota del socialismo internacional en esta guerra mundial.

Los socialistas gubernamentales alemanes pueden gritar cuantas veces quieran que la dominación bolchevique en Rusia es una caricatura de la dictadura proletaria. El mérito de que lo haya sido o de que lo sea, corresponde al proletariado alemán –del cual los bolcheviques no son más que el producto–, que constituye una caricatura de la lucha de clases socialista. Todos vivimos bajo el signo de la historia, y el ordenamiento socialista únicamente es factible internacionalmente. El bolchevismo se ha demostrado capaz de realizar lo que un Partido auténticamente revolucionario está en condiciones de realizar dentro de los límites de las posibilidades históricas. Una revolución proletaria modelo en un país aislado, consumido por la guerra, asfixiado por el imperialismo y traicionado por el –proletariado internacional, representaría un milagro, y ellos no pueden pretender hacer milagros. Lo esencial es saber distinguir en la política de los bolcheviques lo sustancial de lo accesorio. En este último período, que precede luchas decisivas en todo el mundo, el problema primordial del socialismo es el problema candente del día: no este o aquel detalle táctico, sino la capacidad del proletariado para la acción, la energía de las masas, en general, la voluntad socialista de conquistar el Poder. Los Lenin, los Trotsky y sus amigos fueron, desde este punto de vista, los *primeros* en dar el ejemplo a todo el proletariado mundial, y todavía son los *únicos* que pueden, con Hutten, decir: «¡Yo he osado!».[23]

He aquí lo sustancial y *perdurable* de la política bolchevique. En *este* sentido, su mérito perdurable es haberse ubicado en la vanguardia del proletariado internacional con la toma del Poder político y haberse planteado en la práctica el problema de la concreción del socialismo, colaborando así eficazmente con el ajuste de cuentas entre el capital y el trabajo en todo el mundo. En Rusia el problema solo pudo ser formulado. No podía ser solucionado allí. Y en *este* sentido, el futuro pertenece en todas partes al socialismo.

[23] *Ich habs gewat*, poesía de Ulrich von Hutten. La exclamación expresa la rebelión de la reforma contra el papado.

[*Sobre la cuestión nacional*][24]

Mientras el encono de clase ante el proletariado y su revolución social se ha transformado así en la regla de todos los actos de la burguesía, de su programa de paz y de su accionar futuro, ¿qué hace el proletariado internacional? Totalmente ciego frente a la lección de la Revolución Rusa, luego de echar en el olvido el ABC del socialismo, persigue precisamente el programa de paz de la burguesía, ¡lo adopta como propio! ¡Viva Wilson y la Sociedad de las Naciones! ¡Viva el desarme y la autodeterminación nacional! Ésta es ahora la enseña bajo la cual se encuentran inopinadamente reunidos los socialistas de todas las naciones junto a los gobiernos imperialistas de la Entente, los Partidos contrarrevolucionarios, los oportunistas social-gubernamentales, los socialistas del pantano «fieles a los principios» de la oposición, los utopistas pequeño-burgueses, los pacifistas burgueses, los imperialistas alemanes en quiebra, los Estados nacionales de formación reciente, el Papa, los verdugos finlandeses del proletariado revolucionario, los mercenarios ucranianos al servicio del militarismo alemán.

En Polonia, los Daszynsky en estrecha relación con los pobres nobles galitzianos y la gran burguesía varsoviana; en la Austria alemana, los diversos Adler, Renner, Otto Bauer y Julius Deutsch hombro con hombro con los social-cristianos, agrarios y alemanes nacionales; los Soukup y los Nemec en Bohemia en alianza monolítica con todos los Partidos burgueses: como una repulsiva y general conciliación de las clases. Y sobre toda la embriaguez nacionalista, la bandera internacional de la paz. En todos lados, quienes sacan las castañas del fuego en favor de la burguesía son los socialistas; con su reputación y su ideología contribuyen a disfrazar la quiebra moral de la sociedad burguesa, a salvarla y a colaborar en la renovación y el afianzamiento del dominio de la burguesía.

Y como primer galardón en la práctica para esta untuosa política, presenciamos el desfallecimiento de la Revolución Rusa y la división de Rusia.

Pero se trata de la misma política del 4 de agosto de 1914, aunque invertida en el espejo cóncavo de la paz. Claudicación de la lucha de clases, alianza con las correspondientes burguesías nacionales para una masacre bélica recíproca, convertida en una unión internacional a escala mundial con una «paz de reconciliación». Todo acaba en lo más grosero, en lo más absurdo, en una fábula de niños, en una comedia cinematográfica; el capital inopinadamente desaparecido, los antagonismos de clases sorpresiva mente suprimidos. Desarme, democracia, paz, buena convivencia de las naciones, la fuerza cede ante el derecho, el débil incorpora la cabeza. Krupp fabricará, en lugar de cañones..., fuegos de artificio para navidad; la ciudad de Gary será convertida en un jardín de niños Frobel;

[24] Este título no existe en el manuscrito original. Se encuentra en la edición que publicó en Alemán Jean Flory (París, 1939).

en arca de Noé, pasta el cordero apaciblemente junto al lobo, el tigre ronronea con los ojos entrecerrados cual una enorme rata doméstica, en tanto que al antílope con sus cuernos le rasca detrás de la oreja; el león juega con la cabra a la gallina ciega. Y todo esto hecho realidad gracias a la fórmula mágica de Wilson, el presidente de los multimillonarios estadounidenses; todo esto logrado con la colaboración de Clemenceau, de Lloyd George y del príncipe Max von Baden.

¡Desarme, luego de haberse convertido Inglaterra y los Estados Unidos en dos nuevos imperialismos! El Japón proveedor. Luego de que la técnica se desarrolló descomunalmente. ¡Luego de que, como resultado de la deuda pública, todos los Estados están económicamente sometidos al capital de la industria bélica y financiera! Luego de que las colonias siguen siendo colonias. La idea de la lucha de clases claudica aquí frente a la idea nacionalista. La convivencia de las clases en cada nación surge como presupuesto y complemento de la convivencia entre las naciones que debería nacer de la guerra mundial como «sociedad de las naciones». En este momento el nacionalismo lo absorbe todo. De todos lugares se presentan naciones y nacioncillas a demandar derechos de constitución en Estados. De sus sepulcros seculares resucitan cadáveres rejuvenecidos, imbuidos de un nuevo impulso primaveral; y «pueblos privados de historia», que hasta el momento jamás habían constituido organizaciones estatales autónomas, exhiben una violenta tendencia a la formación de Estados. Polacos, rusos blancos, checoslovacos, ucranianos, lituanos, yugoslavos, diez flamantes naciones en el Cáucaso... Los sionistas establecen ya su ghetto palestino, transitoriamente en Filadelfia... en el Blocksberg nacionalista es actualmente la noche de Walpurgis.

*Traiga la escoba, traiga el bastón,*
*y jamás volarás si no vuelas hoy*[25]

Pero el nacionalismo es apenas una fórmula. La esencia, el contenido histórico que está por debajo, es tan variada y abundante en relaciones como insustancial y mezquina la fórmula de la «autodeterminación nacional» detrás de la cual se oculta.

Como es costumbre en todo gran período revolucionario, las más diversas cuentas, antiguas y recientes, aparecen para ser saldadas: restos seniles del pasado se entrecruzan caóticamente con las cuestiones más actuales y con problemas del futuro apenas esbozados. La bancarrota de Austria y Turquía constituye la última liquidación del feudalismo medieval, una postdata a la labor de Napoleón. No obstante, en relación con la caída y reducción de Alemania, representa la quiebra más reciente y drástica del imperialismo y de sus proyectos de dominación mundial

[25] Versos tomados del episodio de la noche de Walpurgis en la montaña de Harz, en la: primera parte del *Fausto*; en el texto se presentan separados

fraguados durante la guerra. Pero al mismo tiempo, es solamente la quiebra de un sistema particular de dominio imperialista: mediante la reacción y la dictadura militar al este del Elba, el estado de sitio y los métodos de exterminio, es el fracaso de la estrategia Trotha, cedida por los Herero del desierto de Kalahari a Europa. La derrota de Rusia, externa y formalmente idéntica en sus resultados (constitución de pequeños Estados Nacionales) a la derrota de Austria y de Turquía, plantea sin embargo un problema completamente opuesto: la claudicación, por una parte, de la política proletaria ante el imperialismo a nivel nacional; la contrarrevolución capitalista, por otra parte, contra la toma del Poder por el proletariado.

Un Kautsky, en su esquematismo presuntuoso, de maestro de escuela, interpreta esto como la victoria de la «democracia», de la que el Estado nacional sería, sencillamente, el complemento y la manera de manifestarse. Como es natural, el árido formalismo pequeño-burgués olvida dar un repaso al núcleo histórico íntimo. Como vestal del materialismo histórico, olvida que «nacional» y «nacionalismo» significan por sí solos envolturas vacías que cada período histórico y las relaciones de clase de cada país llenan de su contenido material particular. Los «Estados nacionales» alemán e italiano de 1870 fueron la consigna y el programa del Estado burgués, del predominio de la burguesía como clase, y apuntaban contra el pasado medieval-feudal, el Estado patriarcal burocrático y el fraccionamiento de la vida económica. El «Estado nacional» constituía en Polonia la consigna tradicional de la nobleza agrícola y de la pequeña burguesía en contra del desarrollo capitalista moderno, consigna cuyo objetivo negativo consistía precisamente en las manifestaciones de la vida moderna: tanto el liberalismo burgués como su opuesto, el movimiento obrero socialista. El nacionalismo en los Balcanes, en Bulgaria, Servia, Rumania, nacionalismo cuyo comienzo se exhibió representativamente en las dos cruentas guerras balcánicas anteriores a la guerra mundial, fue, por una parte, la manifestación del desarrollo capitalista progresivo y del dominio de clase de la burguesía en estos Estados, la expresión de los intereses antagónicos tanto de estas burguesías entre sí como de su tendencia de desarrollo contra el imperialismo austriaco. Al mismo tiempo, aunque el nacionalismo de estos Estados era esencialmente solo la expresión de un capitalismo joven, apenas en embrión, estuvo y está impregnado de la atmósfera general de las tendencias imperialistas. El nacionalismo en Italia es ya íntegramente y con exclusividad la bandera de ambiciones meramente imperialistas-coloniales; este nacionalismo de la guerra de Trípoli y de las pretensiones albanesas presenta tan poca similitud con el nacionalismo italiano de 1850 a 1860 como el señor Sonnino con Giuseppe Garibaldi.

Hasta el levantamiento de octubre de 1917 en Petrogrado, el nacionalismo era, en la Ucrania rusa, una insignificancia, una burbuja de jabón, una bufonada de algunas docenas de profesores y abogados que, además, ni siquiera sabían hablar

en ucraniano. A partir del levantamiento bolchevique, dicho nacionalismo se ha transformado en la expresión de un interés bastante realista de la contrarrevolución pequeño-burguesa, cuya puntería está enfocada hacia la clase obrera socialista. En la India, el nacionalismo es una manifestación de la burguesía nacional en desarrollo, que ambiciona una explotación autónoma del país por cuenta propia, en vez de servir únicamente como objeto del desangramiento obrero por parte del capitalismo inglés. Por lo tanto, este nacionalismo, por su contenido social y su nivel histórico, corresponde a las luchas independentistas de los Estados Unidos a fines del siglo XVIII.

Así refleja el nacionalismo una diversidad increíble de intereses, las *nuances*, las situaciones históricas. Reluce de todos los colores. No es nada y es todo, es sencillamente la cáscara ideológica; lo importante es determinar en cada momento su esencia.

De esta manera, el estallido simultáneo e instantáneo, a nivel mundial, del nacionalismo esconde en su seno el enlace de los más desiguales intereses particulares y tendencias. Pero a través de todos estos intereses particulares existe un eje de dirección constituido por un interés común, producto de la situación histórica específica: la lucha en contra de la inminente revolución proletaria mundial.

El problema de la revolución social ha sido puesto al orden del día de la historia por la Revolución Rusa con el dominio conquistado por los bolcheviques. En general, la revolución ha exacerbado al extremo el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo. Abrió inesperadamente una brecha, de la que brotan vapores volcánicos y llamas de fuego. Al igual que en su tiempo la insurrección de junio y la consecuente masacre del proletariado parisino fragmentó prácticamente la sociedad burguesa en dos clases opuestas en las que solamente puede regir la ley de la lucha por la vida o la muerte, de la misma manera el dominio bolchevique en Rusia enfrentó prácticamente a la sociedad burguesa con esta lucha determinante por la vida o la muerte. Demolió y disolvió la farsa de una clase obrera dócil, con la cual puede convivir pacífica y armoniosamente; de un socialismo cuyos discursos teóricos son grandilocuentes pero que en la práctica se inclina ante el principio de vivir y dejar vivir. Acabó con aquella farsa nacida de la práctica de las últimas tres décadas de la socialdemocracia alemana y, a partir de ésta, de la Internacional. Con su puño rojo, la Revolución Rusa ha mandado al demonio el *modus vivendi* entre socialismo y capitalismo, fruto de los últimos cincuenta años de parlamentarismo, y ha transformado al socialismo, de un inofensivo lema parlamentario correspondiente al sol del porvenir, en una cuestión sangrientamente seria del presente. Ella reabrió en forma brutal la vieja y terrible herida que la sociedad burguesa sufrió en junio de 1848 en las jornadas parisinas.

Pero, en los primeros momentos, ello se reflejó tan solo en la conciencia de las clases poderosas. Así como las jornadas de junio habrían grabado, con la potencia de una descarga eléctrica, en la burguesía mundial la conciencia de una contradicción irresoluble frente a la clase obrera y habían sembrado en su corazón el odio a muerte contra el proletariado, mientras que a las masas trabajadores de los diferentes países les llevó varias décadas apropiarse de las enseñanzas de las jornadas de junio y la conciencia del enfrentamiento de clases, el mismo fenómeno se repite ahora. La revolución incitó en todas las clases poderosas del mundo un sentimiento violento, furioso, vibrante, mezcla de aborrecimiento y temor, contra el fantasma amenazante de la dictadura del proletariado, sentimiento que solo puede ser parangonado con el que experimentó la burguesía parisina durante las masacres de junio y la carnicería de la Comuna. El «bolchevismo» se ha transformado en el vocablo que designa al socialismo revolucionario práctico, a todas las aspiraciones obreras a la conquista del Poder. En esta brecha social abierta en el seno de la sociedad burguesa, en este ahondamiento y agudización internacional de las contradicciones de clases radica el mérito histórico del bolchevismo, y en esta obra –como sucede siempre en los grandes acontecimientos de la historia– se esfuman por insignificantes todas las equivocaciones y defectos particulares del bolchevismo.

Estos sentimientos representan actualmente la quintaesencia de los delirios nacionalistas que, aparentemente, caracterizan al mundo capitalista; son el contenido histórico objetivo que constituye en realidad el muestrario multicolor de los nacionalismos sediciosos. Todas las nuevas burguesías que pretenden actualmente una existencia autónoma no están inspiradas solamente por el deseo de conquistar un dominio de clase inexpugnable y libre de tutelas, sino también por la búsqueda de la satisfacción tan anhelada de aniquilar con sus propias manos a su mortal enemigo, el proletariado revolucionario, tarea hasta el momento confiada a un ineficiente aparato estatal de dominación extranjera. Ni el odio ni el amor admiten la participación de terceros. Las orgías de sangre de Mannerheim, el Gallifet finlandés, demuestran cuánto odio nacido en el fragor del último año aflora en el pecho de todas estas «pequeñas naciones», de todos los polacos, lituanos, ucranianos, rumanos, checos, croatas, etc., aguardando solo la ocasión de desahogarse de una vez por todas, también con medios «nacionales», en la sangre del proletariado revolucionario.

En todas estas naciones «jóvenes», que brincan como inocentes e ingenuos corderitos sobre el prado de la historia mundial, ya centellea abrasadora la mirada del tigre feroz, que acecha el primer movimiento de los bolcheviques para un «ajuste de cuentas». Detrás de todas las idílicas consignas y las entusiastas fiestas de hermandad en Viena, Praga, Agram y Varsovia, se abren ya las fosas de Mannerheim que los guardias rojos son forzados a cavar para sí mismos,

y como sobras confusas se perciben las horcas de Charkov, a cuya institución fueron invitados los «liberadores» alemanes por los Lubinsky y los Holobovitsch en Ucrania.

Y todo el programa democrático de paz de Wilson está impregnado del mismo pensamiento dominante. En el ambiente de embriaguez de triunfo del imperialismo anglo-americano y del espectro bolchevique en circulación sobre la escena mundial, la «sociedad de las naciones» solo puede dar a luz una cosa: la alianza de la burguesía a escala mundial para la sujeción del proletariado. Las primeras ruinas humeantes, que el *pontifex maximus* Wilson, seguido por sus sacerdotes, llevará al Arca santa de la «sociedad de las naciones», serán las de la Rusia bolchevique, y sobre ellas se lanzarán las «naciones autodeterrninadas», vencedoras y vencidas en un bloque único.

Una vez más las clases poderosas ponen de manifiesto su instinto infalible, su admirablemente fina sensibilidad para captar los peligros que las acechan. Mientras en la atmósfera reina el mejor de los tiempos para la burguesía y mientras el proletariado de todos los países se embriaga con los aires primaverales nacionales y societarios, la sociedad burguesa siente todos sus miembros doloridos, síntoma de la inminente depresión barométrica y de un cambio súbito de atmósfera histórica. Mientras los socialistas, en la función de «ministros nacionales», se aprestan a sacar las castañas de paz del fuego de la guerra mundial con estúpido celo, la sociedad burguesa adivina ya detrás de sus espaldas el futuro ineluctable que se avecina, ve dibujarse el colosal espectro de la revolución social mundial, tácticamente presente desde las sombras.

La ineptitud objetiva de la sociedad burguesa para resolver sus tareas es lo que hace del socialismo un imperativo histórico y de la revolución mundial un hecho indefectible.

Nadie está en condiciones de predecir cuánto ha de durar esta etapa final ni qué formas está destinada a asumir. La historia ha dejado las vías acostumbradas y el paso corto; y nuevas perspectivas y escenarios se abren ante cada nuevo paso, ante cada nuevo cambio de camino.

Lo importante es comprender el *problema* real de este período. Este problema tiene nombre: dictadura del proletariado, concreción del socialismo. El grado de dificultad del objetivo no está sujeto a la fuerza del enemigo, a la resistencia de la sociedad burguesa. Como resultado de la guerra, el ejército, última ratio de aquélla, se ha vuelto una herramienta inútil para los propósitos de dominación del proletariado, se ha vuelto revolucionario. El fundamento de su existencia material, la permanencia de la sociedad, fue deshecho por la guerra. El fundamento de su existencia moral, la tradición, las costumbres, la autoridad, se ha esparcido a los cuatro vientos. Toda la estructura se muestra perturbada, fluida

y en movimiento. Las condiciones de la lucha por el Poder son propicias como nunca en la historia del mundo lo fueron para ninguna clase en ascenso.

Como un fruto maduro, el Poder caerá en el regazo del proletariado. Las dificultades estriban en el propio proletariado, en su inmadurez, o más precisamente, en la inmadurez de sus dirigentes, de los Partidos socialistas. La clase obrera forcejea, se retrae nuevamente atemorizada ante la confusa imponencia de sus metas. Pero ella *debe, debe*. La historia le impide toda posibilidad de evasión a la tarea de conducir a la humanidad avasallada fuera de las tinieblas y del horror, al esplendor de la liberación. El fin de la guerra mundial no puede ser otro que [ilegible, y de [ilegible] se puede [ilegible].

## VIDA Y OBRA DE ROSA LUXEMBURGO

Nace en Zamosc (Polonia) en 1870. Desde muy joven ingresa al Partido Revolucionario. En 1891 huye de Polonia y se refugia en París, donde entra en contacto con destacados marxistas rusos y polacos. En 1895 se traslada a Alemania y se incorpora al Partido Socialdemócrata Alemán. Bajo la impresión de los acontecimientos revolucionarios rusos de 1905 escribe *Huelga de masas, partido y sindicatos*. En 1912 aparece *La acumulación del capital*. La mayor parte de la guerra imperialista la pasa en la cárcel. Funda con Liebknecht la Liga Espartaquista. Participa en los últimos días de 1918 en la fundación del Partido Comunista Alemán, que organiza la insurrección armada en Berlín. Arrestada con Liebknecht es asesinada el 19 de enero de 1919, a golpes de culata y a tiros, por la soldadesca alemana al aplicársele la "ley de fugas".

# CAPÍTULO VII

# OCTUBRE DE 1917

*Samir Amin*

## La Revolución de Octubre de 1917 inició la transformación del mundo

El objetivo de este texto, escrito para conmemorar el centenario de la Revolución de Octubre de 1917, no es por supuesto vilipendiar aquel gigantesco primer proyecto socialista, que se hizo eco de la gloriosa Comuna de París (187l), en ambos casos Partidos dispuestos al "asalto a los cielos". La humanidad entera debe mucho a la Unión Soviética surgida de esta revolución, pues fue el Ejército Rojo, y solo él, el que derrotó a las hordas nazis. El modelo de la Unión Soviética, el de un estado plurinacional basado en el apoyo aportado por los menos necesitados a los más necesitados, sigue al día de hoy sin haber sido igualado. El apoyo de la Unión Soviética a las luchas de liberación nacional de lospueblos de Asia y de África obligó en su momento a las potencias imperialistas a retroceder y a aceptar una mundialización policéntrica, menos desequilibrada, más respetuosa con la soberanía de las naciones y con sus culturas.

Pero el propósito de este estudio tampoco es el de lanzar una mirada nostálgica hacia aquel pasado. Todo lo contrario: pretendo identificar los errores y las flaquezas de la construcción original y de las derivas que inspiraron las tentativas de reformarla, y que, con el fracaso de estas, condujeron a la restauración brutal del capitalismo que puso fin a esta primera gran oleada de avances de la humanidad en dirección al socialismo.

### Los líderes soviéticos frente a los desafíos de la realidad

Lenin y el conjunto de los dirigentes de la corriente bolchevique (más tarde calificada de leninista), y después Stalin, dieron forma en un primer momento a la historia de la revolución rusa seguida de la construcción de laURSS, mientras que en un segundo momento, Kruschov, Breznev y finalmente Gorbachov y Yeltsin acompañaron el declive del proyecto soviético hasta su derrumbe.

Líderes de Partidos comunistas, revolucionarios primero y responsables después del Estado, enfrentados a los problemas de la revolución triunfante en aquel país del capitalismo periférico, los fundadores de la Unión Soviética se vieron obligados a "revisar" (utilizo a propósito esta palabra, considerada por muchos como sacrílega) las tesis heredadas del marxismo histórico de la Segunda Internacional. Lenin y Bujarin, yendo más lejos que los análisis de Hobson y Hilferding relativos al capitalismo de los monopolios y al imperialismo, sacaron la principal conclusión política: la guerra imperialista de 1914-1918 (prevista solo por ellos, o casi) hacía necesaria y posible una revolución guiada por el proletariado. Bujarin lo dejó escrito en 1915 (*El imperialismo y la acumulación del capital*), y Lenin en 1916 (*El imperialismo, fase superior del capitalismo*).

Con el beneficio que me da la perspectiva temporal, señalaré aquí los límites de sus análisis. Lenin y Bujarin consideran el imperialismo como una etapa nueva ("superior"), asociada a la transición al capitalismo de los monopolios. Yo he cuestionado esta tesis y he considerado que el capitalismo histórico ha sido siempre imperialista, en el sentido en que, desde su origen (en el siglo XVI) ha sido el generador de una polarización entre sus centros y sus periferias, polarización que se fue intensificando durante el transcurso de su despliegue mundializado ulterior. El sistema premonopolista del siglo XIX no era menos imperialista, y Gran Bretaña basaba su hegemonía precisamente en su dominación colonial de la India. Lenin y Bujarin pensaban que la revolución, iniciada en Rusia (el "eslabón débil") tenía que proseguir en los centros (en Alemania en particular). Su esperanza se fundamentaba en una estimación a la baja de los efectos de la polarización imperialista, aniquilando la perspectiva revolucionaria en los centros.

Pero Lenin aprende rápidamente la lección que le impone la historia. La revolución,hecha en nombre del socialismo (y del comunismo) es en realidad otra cosa: es en gran parte una revolución campesina. ¿Qué hacer, entonces? ¿Cómo vincular al campesinado a la construcción del socialismo? ¿Haciendo concesiones al mercado y respetando la nueva propiedad campesina adquirida; progresando, pues, lentamente hacia el socialismo?Esta será la estrategia que pondrá en marcha la Nueva Política Económica.

Sí, pero... porque Lenin y Stalin comprenden también que las potencias imperialistas no aceptarán nunca ni la Revolución ni la Nueva Política Económica. Pues la Rusia soviética, por lejos que esté de poder construir el socialismo, se ha liberado ya del yugo que el imperialismo pretende imponer a todas las periferias del sistema mundial que está bajo su dominio; la Rusia soviética se desconecta. Después de las guerras de intervención "calientes", la guerra fría será permanente desde 1920 a 1990. El Occidente imperialista, como los nazis, ni siquiera tolera la existencia de la Unión Soviética. Por su parte, Lenin primero y después Stalin tratan por todos los medios de hacerles comprender que no tienen intención de "exportar" su revolución; buscan la coexistencia pacífica por todos los medios diplomáticos a su disposición.

Durante el período de entreguerras Stalin había buscado desesperadamente la alianza de las democracias occidentales contra el nazismo. Las potencias occidentales no respondieron a la invitación; todo lo contrario, buscaron empujar a la Alemania hitleriana a hacer la guerra a la Unión Soviética. El tristemente célebre Pacto de Múnich en 1937, seguido del rechazo de la mano que Stalin les tiende en 1939, lo atestiguan. Stalin conseguirá afortunadamente hacer fracasar la estrategia de las potencias "democráticas" mediante el acuerdo de última hora firmado con Alemania al día siguiente de la invasión de Polonia. Más tarde, con la entrada en la guerra de Estados Unidos, Stalin renovará sus tentativas

de fundar la posguerra sobre una alianza duradera con Washington y Londres. Nunca renunciará a ello. Pero también en esta ocasión la política de coexistencia y de paz buscada por la Unión Soviética estará condenada al fracaso por culpa de la decisión unilateral de Washington y Londres de poner fin a la alianza de guerra tomando la iniciativa de la guerra fría al día siguiente de Potsdam, dado que Estados Unidos dispone del monopolio de las armas nucleares. Estados Unidos y sus aliados subalternos de la OTAN prosiguen sistemáticamente una política de "roll back", sin interrupción, desde 1946 a 1990 y más allá. La OTAN, presentada a las opiniones ingenuas como un instrumento defensivo contra las ambiciones agresivas atribuidas a Moscú, ha revelado su verdadera naturaleza con la anexión de la Europa oriental y con las nuevas misiones que esta organización agresiva se ha dado en Oriente Medio, en el Mediterráneo, en el Cáucaso, en Asia Central, y de ahora en adelante en Ucrania. (Véase *Les guerres de Staline*, de Geoffrey Roberts, con un importante prefacio de AnnieLacroixRiz).

¿Qué hacer, entonces? ¿Tratar de imponer la coexistencia pacífica haciendo, si es preciso, unas cuantas concesiones, absteniéndose de intervenir demasiado activamente en laescena internacional? Pero al mismo tiempo hay que armarse para hacer frente a nuevas agresiones difíciles de evitar. Y ello implica acelerar la industrialización, lo que a su vez entra en conflicto con los intereses del campesinado, y amenaza por consiguiente con romper la alianza obrera y campesina sobre cuya base funciona el Estado surgido de la revolución.

Desde 1947, la potencia imperialista dominante de la época −Estados Unidos− proclama el reparto del mundo en dos esferas: la del «mundo libre» y la del «totalitarismo comunista». La realidad que representaba el tercer mundo era soberbiamente ignorada, confiriéndole, eso sí, el privilegio de pertenecer al «mundo libre», en tanto que «no comunista»; la libertad en cuestión no era otra que la del despliegue del capital, ignorando totalmente la realidad de la opresión colonial o semi colonial. Al año siguiente, Zdanov (de hecho, Stalin), con su famoso informe, que está en el origen de la creación del Kominform (forma atenuada del renacimiento de la tercera internacional), dividía también él el mundo en dos esferas: la esfera socialista (la URSS y la Europa del Este) y la esfera capitalista (el resto del mundo). El informe ignoraba las contradicciones que, en el seno de la esfera capitalista, oponen a los centros imperialistas y a las naciones de las periferias implicadas en la lucha por su liberación.

La doctrina Zdanov tenía un objetivo prioritario: imponer la coexistencia pacífica y de este modo calmar los ardores agresivos de Estados Unidos y de sus aliados subalternos europeos y japoneses. En contrapartida, la Unión Soviética aceptaría adoptar un perfil bajo, absteniéndose de ingerirse en los asuntos coloniales que las potencias imperialistas consideraban como sus asuntos internos. Los movimientos de liberación, incluida la revolución china, no fueron

apoyados con entusiasmo en aquella época, y se impusieron por sí mismos. Pero su victoria (en particular, evidentemente, la de China) introducía cambios en las relaciones de fuerza internacionales. Moscú solo tomó la auténtica medida de estos cambios después de Bandung, lo que le permitió, mediante su apoyo a los países en conflicto con el imperialismo, romper su aislamiento y convertirse en un actor principal en los asuntos mundiales.

El informe Zdanov fue aceptado sin reservas por los Partidos comunistas europeos y por los de la América Latina de la época. Topó, en cambio, casi inmediatamente con resistencias en los Partidos comunistas de Asia y de Oriente Medio. Resistencias disimuladas en el lenguaje de la época, que invocaba siempre la «unidad del campo socialista», alineado detrás de la URSS, pero que iban a tomar consistencia abiertamente con el desarrollo de las luchas por la reconquista de la independencia, singularmente después de la victoria de la revolución china (1949).

He aportado en mis *Memorias* un testimonio personal relativo a esta historia, pues he tenido la suerte de formar parte desde 1950 de uno de los grupos de reflexión sobre el tema, en el que han participado comunistas egipcios, iraquíes, iraníes y de otros países. La información relativa al debate chino, inspirado por Chu En-lai, solo llegó a nuestro conocimiento mucho más tarde, en 1963, por mediación del camarada Wang Hué (el lazo de unión con la revista *Révolution*, de cuyo comité de redacción formaba parte yo). Teníamos noticia del debate indio y de la fractura que había provocado, confirmada más tarde por la creación del Partido Comunista Marxista de la India. Sabíamos también que los debates en el seno del PC indonesio y en el de las Filipinas se desarrollaban siguiendo líneas en paralelo.

Son comprensibles por tanto los zigzagueos de Lenin, Bujarin y Stalin frente al doble desafío de la cuestión agraria y la agresividad de las potencias occidentales. En términos teóricos se bascula de un extremo a otro: tan pronto se adopta una actitud determinista inspirada en la visión "etapista" del marxismo heredado (la etapa de la revolución democrática burguesa, primero, y la del socialismo después) como se cede al voluntarismo (la acción política permite saltarse etapas). Finalmente, a partir de 1930/1933 (y no sin que ello tenga relación con el ascenso del fascismo), Stalin impone la opción de la industrialización y del armamento acelerados.

La colectivización es el precio a pagar. Pero tampoco en este caso hemos de precipitarnos a emitir un juicio: todos los socialistas de la época (y los capitalistas todavía más) comparten los análisis de Kautsky en este punto y están convencidos de que el porvenir pertenece a la gran explotación agrícola (aludo aquí a las tesis de Kautsky en *La cuestión agraria*, primera edición 1899). La idea de que la explotación familiar modernizada es más eficaz que la gran explotación

tendrá que esperar mucho tiempo antes de ser aceptada. Los agrónomos (en particular los de la escuela francesa) comprendieron antes que los economistas que la división extrema del trabajo del modelo industrial no era conveniente en el caso de la agricultura; el agricultor se enfrenta a las exigencias de unas tareas polivalentes difíciles de prever. Remito al lector a los análisis propuestos por mí respecto a la centralidad de la nueva cuestión agraria (ref. *La crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis*, cap. 5).

Sin embargo, la ruptura de la alianza obrera y campesina que implicó la opción de la colectivización en las formas concretas que adoptó está en el origen del abandono de la democracia y de la deriva autocrática.

Los comunistas chinos aparecen más tarde en la escena revolucionaria. Mao sabe entonces sacar la lección de los zigzagueos de los bolcheviques. China se enfrenta a los mismos problemas que la Rusia soviética: revolución en un país atrasado, necesidad de asociar al campesinado a la transformación revolucionaria, hostilidad de las potencias imperialistas. Pero Mao puede de ahora en adelante ver con más claridad que Lenin, Bujarin y Stalin. Sí, la revolución china es antiimperialista y campesina (anti-feudal). Pero no es democrático-burguesa; es democrático-popular. La diferencia es importante; impone una perspectiva larga de mantenimiento de la alianza obrera y campesina. Esto permitirá a China no cometer el error fatal de la colectivización forzosa, e inventar otra vía que hará conciliable la propiedad del Estado sobre la totalidad del suelo agrícola con el acceso legal de los campesinos al uso de la tierra y con la explotación familiar renovada. Mao da una respuesta nueva a la cuestión agraria, basada en la pequeña explotación familiar renovada sin pequeña propiedad, reduciendo la presión migratoria hacia las ciudades, y haciendo compatible el objetivo estratégico de la soberanía alimentaria con la construcción de un sistema industrial nacional completo y moderno. Por lo que respecta al tratamiento de la cuestión agraria por parte del maoísmo remito a las ideas expuestas en mi artículo «Chine 2013» (*La Pensée*, 2013). La fórmula es ciertamente la única respuesta posible a la cuestión agraria para todos los países del Sur contemporáneo, aunque las condiciones políticas que hacían posible su puesta en práctica solo se dieron en China y en el Vietnam.

## Treinta años de crítica del Sovietismo

1) A excepción de los individuos que tienen un temperamento de profeta, nadie puede jactarse de no haberse sentido de algún modo sorprendido por el hundimiento rápido y total de los sistemas políticos y económicos en la Europa del Este y en la URSS. Sin embargo, una vez pasado el efecto sorpresa, vale la pena retomar los análisis de dichos sistemas que unos y otros habían producido treinta años antes. A riesgo de parecer inmodesto, tendré el atrevimiento de decir

que desde 1960 me situé en una corriente de la izquierda –una corriente muy minoritaria– que había previsto, en líneas generales, lo que finalmente sucedió súbitamente entre 1989 y 1991. Por supuesto, este hundimiento que nosotros considerábamos muy probable, no era la única salida posible a la crisis del sistema soviético. No creo en ningún tipo de determinismo lineal infalible en la historia; las contradicciones que atraviesan a toda sociedad hallan siempre su solución en respuestas diversas por su contenido social, es decir, que cabía siempre la posibilidad de que el régimen soviético cayese a la derecha (y eso fue lo que sucedió) o que evolucionase (y cayese) hacia la izquierda. Esta última posibilidad, que ahora está excluida del porvenir inmediato, sigue sinembargo estando a la orden del día de la historia, no solo porque esta no tiene nunca un final, sino también y sobre todo porque dudo mucho que la solución de derechas que está en marcha pueda estabilizar a las sociedades del Este, ni siquiera a medio plazo. Así pues, la lucha por encontrar otra solución a sus problemas continúa.

Desde la muerte de Stalin (1953) y sobre todo desde el XX Congreso (1956) hasta la caída de la experiencia kruschoviana (1964) el período está marcado por una primera tentativa que pretende superar el estalinismo, y por el conflicto ideológico y político abierto en este terreno entre Moscú y Pekín; el período siguiente –calificado de "glaciación brezneviana"– se prolonga hasta la llegada de Gorbachov (1985); la tentativa ambigua de la "perestroika", iniciada a partir de 1985, se agota hasta acabar en pocos años en el hundimiento (1989-1991). Me referiré más tarde de nuevo al alcance de esta supuesta crítica del estalinismo y al sentido de las reformas emprendidas desde Kruschov a Gorbachov.

Estas evoluciones y fases sucesivas tienen que articularse forzosamente con las que han operado a nivel mundial, tanto en el plano de la expansión capitalista (y particularmente en lo relativo a la evolución de la construcción de la Unión Europea y a las nuevas formas de la mundialización, etc.) como en el de los equilibrios militares entre las dos superpotencias y las respuestas políticas asociadas a la carrera de armamentos (y especialmente en la época de Breznev, a las iniciativas soviéticas en dirección del Tercer Mundo o en el conflicto con China, como las estrategias norteamericanas de guerra fría, hasta la carrera hacia la "guerra de las galaxias" puesta en marcha a partir de 1980 por Reagan). Debido a ello, las opciones internas y las políticas internacionales se entremezclan y se enmarañan a lo largo de estos treinta años.

Desde 1960 ciertamente, e incluso a partir de 1957, dejé de considerar que la sociedad soviética pudiese ser calificada de socialista, y el Poder en ella de obrero, ni siquiera considerando que había sido "deformado por la burocracia", según la célebre expresión trotskista. De entrada califiqué a la clase (y digo bien: a la clase) dirigente de burguesa. Lo hice porque aquella *clase* (la “nomenklatura”), en todas sus aspiraciones, se miraba en el espejo de “Occidente”, cuyo modelo trataba de

reproducir como fuese. Era lo que Mao había formulado perfectamente en una frase pronunciada en 1963 dirigiéndose a los cuadros del Partido Comunista Chino: "Vosotros (es decir, vosotros, los cuadros del PC chino, como en la URSS) habéis construido una burguesía. Y no olvidéis esto: la burguesía no quiere el socialismo; la burguesía quiere el capitalismo".

Yo saqué las conclusiones lógicas de este análisis relativas al Partido y a la actitud de las clases populares respecto a ese Poder. Para mí estaba claro que las clases populares no se reconocían en ese Poder (aunque él seguía proclamándose socialista), que, al contrario, lo consideraban como su adversario social real, y con toda la razón. En estas condiciones el Partido era «un cadáver en descomposición desde hacía mucho tiempo» y se había convertido de hecho en un instrumentodel control social de las clases populares por parte de las clases dirigentes. Completando el trabajo de las instituciones represivas (el KGB), el PC organizaba redes clientelares populares (para la distribución y el control de todas las ventajas sociales, incluso de las más pequeñas), paralizando de este modo su eventual rebelión. En este sentido, este tipo de Partido no era en absoluto diferente, en cuanto a su naturaleza, a muchos de los Partidos únicos del Tercer Mundo, que cumplían las mismas funciones (con la etiqueta del nacionalismo radical, como en el caso del nasserismo, del FNL argelino y el Baaz, o incluso sin esta etiqueta). Se trata, pues, de una forma general propia de aquellas situaciones en que la burguesía está en vías de constitución y no ha establecido todavía su hegemonía ideológica («la ideología de la clase dominante es la ideología dominante de la sociedad», dice Marx a propósito del capitalismo maduro) y, en consecuencia, no parece que esté ejerciendo un Poder legítimo, Poder que implica un consenso creado por la adhesión de la sociedad a la ideología de su clase dominante.

Este tipo de ejercicio del Poder, que divide a las clases populares mediante el clientelismo, tiene un efecto despolitizador, cuyos estragos no conviene subestimar. Los hechos demuestran hoy que esta despolitización en la URSS es de una amplitud tal que las clases populares creen que el régimen del que se han desembarazado era socialista, y por ello aceptan ingenuamente que el capitalismo «será mejor...». Todos los Partidos que siguen este modelo se hunden como un castillo de naipes cuando sus dirigentes pierden el Poder del Estado: nadie está dispuesto a arriesgar su vida para defender a un aparato de este tipo. Es por ello que las luchas en la cúpula de este tipo de Partidos adoptan siempre la forma de revoluciones palaciegas sin intervención de las bases que, indefectiblemente, aceptan el veredicto del que resulta vencedor.

Aunque, a mi modo de ver, era evidente que la sociedad soviética no era una sociedad socialista, me resultaba mucho más difícil calificarla en positivo. Para mí el socialismo implica algo más que la abolición de la propiedad privada (una definición negativa); implica positivamente unas relaciones laborales

diferentes de las que definen el estatus de los trabajadores asalariados, unas relaciones sociales que permitan a la sociedad en su conjunto (y no solo a un aparato que actúa en su nombre) dominar y controlar su devenir social, lo que a su vez implica una democracia avanzada, más avanzada que la mejor democracia burguesa. En ninguno de estos planos difería la sociedad soviética de la sociedad burguesa industrializada, y cuando se apartaba de ella era para peor, y su práctica autocrática la asimilaba en este plano al modelo dominante en los regímenes del capitalismo periférico.

Me negaba, sin embargo, a calificar a la URSS de capitalismo, pese al hecho de que su clase dirigente era –a mi modo de ver– burguesa. Mi argumento es que el capitalismo implica la parcelación de la propiedad del capital, fundamento de la competencia, y que la centralización estatal de esta propiedad exige una lógica de la acumulación diferente. De manera complementaria, en el plano político, mi argumento es que la revolución de 1917 no fue una revolución burguesa, ni por el carácter de las fuerzas sociales que fueron sus actores ni por el de la ideología y el proyecto social de sus fuerzas dirigentes, y que esta es una realidad que no puede menospreciarse de ningún modo.

Yo no atribuyo una gran importancia a la cualificación positiva del sistema. He utilizado, a propósito de eso, las expresiones sucesivas de capitalismo de Estado y capitalismo monopolista de Estado, cuyas ambigüedades yo mismo he criticado, para adoptar finalmente la expresión neutra «modo de producción soviético». Lo que me parecía más importante era la cuestión de los orígenes, la formación y la evolución de este sistema y, en este marco, la de su futuro.

Yo no he sido nunca uno de los que han lamentado la revolución de 1917 («No había que hacerla, porque no existían las condiciones objetivas de una construcción socialista; había que quedarse en la revolución burguesa»). Pues a mi modo de ver la expansión mundial del capitalismo es polarizante, y por ello es inevitable que los pueblos que han sido sus víctimas –en la periferia del sistema se rebelen contra sus consecuencias–. No es concebible otra opción que la de estar con estos pueblos en su rebelión. Detenerse en la revolución burguesa es traicionar a estos pueblos, ya que el capitalismo necesariamente periférico que resultaría de ello no permite dar respuestas aceptables a los problemas que han motivado su revuelta.

Las revoluciones rusa y china, por consiguiente, inauguraron una larga transición cuya salida es fatalmente incierta. La dinámica de su evolución puede conducir al capitalismo (y yo sostengo que solo podrá ser de naturaleza periférica y dominada, y no podrá llegar a ser como el de los centros dominantes), pero también puede favorecer, en su propia sociedad y a escala mundial, la progresión hacia el socialismo. Lo importante, en el marco de esta manera de ver las cosas, es analizar la dirección objetiva en la que se avanza. Las dos tesis que me parecen

importantes en el análisis de la evolución soviética,y que desde siempre comparto (con una minoría, es cierto) de la izquierda comunista, son las siguientes:

—Que la colectivización, tal como la puso en práctica Stalin a partir de 1930, rompió la alianza obrera y campesina surgida de 1917 y abrió la vía, mediante el fortalecimiento del aparato autocrático del Estado, a la formación de la «nueva clase», la burguesía de Estado soviética.

—Que el leninismo, debido a algunas de sus propias limitaciones históricas, había preparado (involuntariamente) el terreno para que se cometiera ese error fatal. Entiendo por ello que el leninismo no rompió radicalmente con el economicismo de la II Internacional (y por consiguiente, todo hay que decirlo, con el del movimiento obrero occidental); entre otras cosas, por ejemplo, lo atestiguan sus concepciones relativas a la neutralidad social de las tecnologías.

La sociedad de la larga transición tiene que hacer frente de forma clara y evidente a unas exigencias contradictorias; por un lado, tiene en cierto modo que «ponerse al día», en el sentido llano y banal de que tiene que desarrollar las fuerzas productivas; por otro lado, se propone –en su tendencia hacia el socialismo– «hacer otra cosa», es decir, construir una sociedad liberada de la alienación economicista que, por su propia naturaleza, sacrifica a «las dos fuentes de la riqueza», el ser humano (reducido a una fuerza de trabajo) y la naturaleza (considerada como un objeto inagotable de la explotación humana). ¿Puede hacerlo? Siempre he pensado que la respuesta a esta pregunta era positiva, pero difícil; constituye un compromiso pragmático a desarrollarse progresivamente en el buen sentido («hacer otra cosa»). El economicismo del leninismo contenía en germen una opción que iba a dar progresivamente preferencia al objetivo de «ponerse al día» por encima del de «hacer otra cosa».

Mi adhesión precoz –desde 1958– al maoísmo, y después –desde 1966– a la Revolución cultural, de la que no reniego, procede de este análisis de que el leninismo no había roto de manera suficiente con el economicismo occidental. (Lo he formulado manifestando mi asombro de que el propio Lenin se sorprendiera en 1914 por la traición de Kautsky). Me adherí, pues, a la tesis según la cual Mao procedía a un verdadero retorno a Marx, deformado por el movimiento obrero occidental (y el imperialismo no ha sido precisamente un factor secundario en esta deriva) antes de serlo (y de continuar siéndolo, parcialmente) por el leninismo.

El maoísmo proponía, pues, una crítica del stalinismo desde la izquierda, mientras que Kruschov lo había hecho por la derecha. Kruschov decía: no se han hecho suficientes concesiones a las obligaciones económicas (la revolución tecnológica y científica, la mundialización) ya sus implicaciones (dar más poderes a los directores de empresa, es decir, a la burguesía soviética). Kruschov decía: en estas condiciones nos pondremos más rápidamente al día. Mao decía: en cada etapa, no hay que perder nunca de vista el objetivo final. Este era el verdadero

significado de la consigna de «situar la política en los puestos de mando» (un significado que no tiene nada que ver con la acusación –fácil– de voluntarismo). Mao estaba convencido –con toda la razón, como ha demostrado la evolución posterior tanto de la URSS como de China– que la cuestión tenía que zanjarse a nivel del Poder, cuestionando el monopolio del Partido comunista, crisol de la formación de la nueva burguesía. De ahí la consigna maoísta que desencadenó la Revolución Cultural:

"¡Disparad contra el cuartel general! (el PC)". Mao pensaba –¿acaso estaba equivocado?– que este era el único medio capaz de hacer progresar el control de los trabajadores sobre la vida social y de hacer retroceder a la burocracia. No pensaba que hacer concesiones a las leyes del mercado –dar más Poder a los directores de empresa, fomentar la competencia entre ellos– haría progresar ese Poder social del pueblo, ¿Estaba equivocado? No estoy diciendo que no hubiese que hacer concesiones al mercado. La Nueva Política Económica las había hecho con éxito en su momento. Había que hacerlas, y tenían que ser más audaces que las que se hicieron. Pero era sobre todo preciso acompañarlas de una democratización política, reforzar el Poder real de los trabajadores en dicha democracia en detrimento de los poderes de la burguesía de los «tecnócratas», y supervisar el mercado mediante una política de Estado firme basada en la ley del valor de la transición socialista.

Los yugoslavos trataron de hacerlo, pero demasiado tímidamente y mal: una apertura exterior excesivamente grande; unas concesiones demasiado grandes que dejaron que se acentuasen las tendencias internas a la desigualdad entre las diversas repúblicas en nombre de la competitividad; una descentralización excesiva que colocó a los colectivos de la auto gestión en una posición de competencia mutua. En Rusia no se hizo nada en estas mismas direcciones.

2) A mi modo de ver, la cuestión central respecto del «modo de producción soviético» era saber si se trataba de una solución inestable, típica de la transición (tiene que evolucionar, ya sea hacia el capitalismo, ya sea hacia el socialismo), o de un modo «estable», nuevo y que –pese a sus defectos– incluso puede prefigurar el porvenir de las otras sociedades (las sociedades capitalistas normales). En este punto tengo que hacer auto crítica. Por un momento –entre 1975 y 1985– pensé que el modo soviético era una forma estable, incluso una forma de vanguardia, de lo que la tendencia normal del capitalismo tenía que engendrar en otra parte gracias al juego mismo de la centralización del capital, que lleva de los monopolios privados al monopolio del Estado. En aquella época había indicios que apuntaban en esta dirección. NO me refiero a la estabilidad aparente de la URSS brezneviana. Me refiero más bien tanto a los antiguos (la teoría de Bujarin sobre el capitalismo monopolista de Estado) como a determinadas propuestas de aquella época: la «convergencia de los sistemas» que JanTinbergen creía detectar

y que no solamente acercaban la URSS al Occidente más avanzado, sino también el Occidente más avanzado a la URSS, posiciones, en este sentido, que fueron adoptadas por el ala izquierda de las socialdemocracias fuertes (en Suecia, por ejemplo, con el proyecto de rescate de la industria por parte de los sindicatos), por el eurocomunismo, etcétera. Ahora bien, parecía que la centralización estatal del capital, al suprimir la competencia –y por consiguiente la opacidad del mercado (iniciada por la proximidad entre los precios administrados por los monopolios y los administrados por el Gosplan)– inauguraba un retorno al dominio de la ideología. Esta ideología no era un retorno a las religiones metafísicas de la época tributaria, sino la ideología de la mercancía triunfante. Tenía la imagen fuerte del *1984* de Orwell (a la rehabilitación del conocimiento del cual yo contribuí en aquella época), el análisis de las bases del consenso monolítico de las sociedades supuestamente liberales y democráticas de Occidente propuesta por *El hombre unidimensional* de Marcuse, que reavivaba en mi recuerdo mi lectura de Polanyi. El "modo estatal, forma superior del capitalismo", ¿por qué no? En este caso, el modo soviético, pese a sus aspectos primitivos (¡Ah, cómo le hubiera gustado a Stalin tener, para moldear una opinión monolítica, una televisión tipo CNN, conspicua desde la guerra del Golfo, en vez del *Pravdà*), prefiguraba el (triste) porvenir. Yo injertaba en estas consideraciones la observación de que en la revolución burguesa, la lucha de los campesinos contra los feudales no se había saldado con una victoria de los oprimidos, sino con el ascenso del "tercero en discordia": la burguesía. ¿Por qué, entonces, la lucha de los obreros (o de los asalariados) contra los capitalistas no iba a incumbir a la "nueva clase"? Los hechos no me dieron la razón. El régimen soviético no solo resultó ser inestable, sino que la ofensiva de la derecha mundial a partir de 1980 va en sentido inverso: la desregulación y la privatización son cuestiones que tienen el viento a favor.

Retomaré de todos modos aquella autocrítica, aunque solo sea para matizarla. Que el modelo soviético ha sido incapaz de erigirse en la alternativa definitiva, progresivamente imitada por los demás: de acuerdo. Los hechos están allí para demostrar que no ha sido así. Pero esto tiene que ver solamente con sus propias debilidades. Y no excluye que en otros lugares –en el mundo desarrollado– se evolucione –más adelante, una vez que la ola de la utopía liberal de estos últimos años haya pasado, y no parece que vaya a tardar mucho en hacerlo– en un sentido prefigurado por el modelo prehistórico ilustrado por la URSS.

Al final del ciclo soviético, a estas alturas ya cerrado, se impone hacer balance. No es ciertamente ni un balance "globalmente positivo" ni, ala inversa, "globalmente negativo". La URSS, y después de ella China e incluso los pequeños países de la Europa oriental, han construido unas economías autocentradas modernas como ningún país del capitalismo periférico ha conseguido hacer. La razón de ello es, según mis análisis, que la burguesía soviética ha sido producida

por una revolución nacional popular (llamada socialista), mientras que las burguesías del Tercer Mundo, constituidas en la estela de la expansión mundial del capitalismo, son, en su naturaleza dominante, de tipo *compradore*.

Conviene recordar aquí la naturaleza excepcional en la historia de la construcción de la Unión Soviética, iniciada por Lenin y finalizada por Stalin. Lenin, comunista internacionalista, no podía imaginar otra cosa que una unión de las naciones comprometidas en pie de igualdad en una construcción socialista común. La Unión Soviética que puso en práctica este principio sin apartarse de él ni un milímetro era, por lo tanto, un Estado plurinacional y no un Imperio constituido por una metrópoli con sus colonias. El sistema económico soviético (tanto si ha sido socialista como si ha sido otra cosa) estaba perfectamente integrado: los salarios y los precios eran rigurosamente idénticos desde Moscú a Bakú o a Takchén. Este no ha sido nunca el caso en los imperios del imperialismo capitalista (¡el mismo salario para el obrero británico que para el obrero de Mumbai!). Por consiguiente, el flujo de los capitales en la Unión Soviética iba desde las regiones avanzadas hacia las periferias pobres, exactamente lo contrario de lo que caracteriza al mundo capitalista. La Unión Soviética inventó la "ayuda internacional" y puso realmente en práctica este principio, mientras que el discurso occidental relativo a la ayuda internacional es un discurso falaz, acompañado en la realidad por el pillaje de los recursos de las periferias dominadas y la sobreexplotación de su trabajo.

La destrucción de la Unión no ha constituido, por tanto, de ninguna manera un progreso que haya permitido a las naciones supuestamente oprimidas liberarse del yugo colonial ruso, como repiten los medios de comunicación imperialistas. Muchas de las naciones implicadas, especialmente en Asia Central, no deseaban abandonar la Unión, de la que Yeltsin las expulsó con el consentimiento tácito de su cómplice Gorbachov. En otros lugares –en las repúblicas bálticas, en Ucrania, en Georgia– las potencias de la OTAN han apoyado abiertamente a grupos nazis y a mafias criminales para lograr sus objetivos (respecto al golpe de Estado euronazi de Kiev remito al lector a mi libro *Rusia en la larga duración*, capítulo 6). El pueblo de la Alemania del Este fue brutalmente desposeído de sus riquezas en beneficio exclusivo de un puñado de oligarcas financieros de la Alemania occidental. Una suerte parecida se reserva hoy al pueblo griego, cuyas hipotéticas riquezas son en beneficio de los oligarcas de la Europa occidental. Pese a su integración formal en la Unión Europea, los países de esta región se han convertido en semicolonias de sus socios occidentales, en particular de Alemania. La relación que la Europa oriental mantiene con la Europa occidental es muy parecida a aquella mediante la cual América Latina ha estado sometida a Estados Unidos.

Incluso hoy, la opción capitalista abierta de la URSS y de la Europa del Este pone de nuevo a la orden del día la *periferización* de su economía y su sociedad

para la que las clases populares (e incluso las burguesías locales), cegadas por la despolitización producida por el despotismo estatal, no están preparadas.

3) Siempre he rechazado (y todavía rechazo) los análisis del sistema propuestos por los aparatos de propaganda del capitalismo popularizados por los medios de comunicación.

—La oposición propuesta entre la "economía de la penuria" (del socialismo) y la "economía de la abundancia" (del capitalismo) constituye un discurso ideológico vacío. Es evidente que la penuria (las colas, etcétera) la producía la fijación (voluntaria) de los precios que permitía un acceso amplio al consumo, una concesión a las presiones igualitaristas ejercidas tanto por las clases populares como por las capas medias. Es evidente que al subir masivamente los precios ya no hay colas ... pero la penuria, que aparentemente había desaparecido, sigue ahí, para quienes ya no tienen acceso al consumo. Las tiendas en México y en Egipto están llenas a rebosar de productos, y no hay colas delante de las carnicerías, aunque el consumo de carne per cápita es en estos países muy inferior al que había en la Europa del Este. Esta tesis infantiloide ha hecho, sin embargo, fortuna en la obra del economista húngaro Iános Kornai, propulsado por el Banco Mundial.

—La "economía de mando" opuesta al "mercado autorregulador", puesto de moda por las universidades norteamericanas, es igualmente de un simplismo ideológico ultrajante. La economía soviética real siempre se ha basado en una mezcla de ajustes por el mercado (operando *ex post* y/o previstos por el Plan, correctamente o no) y de órdenes administrativas (particularmente en materia de inversiones). El mercado, idealizado por la ideología dominante del liberalismo, nunca ha sido autorregulador más allá de las presiones del sistema social en el que opera y de las políticas de Estado que definen su marco. El verdadero problema está en otra parte: la dinámica de la acumulación que opera en el marco de la centralización estatal del capital (correspondiente a una clase-Estado integrada) es diferente de la de la acumulación capitalista que, en la época moderna, no es el resultado de las leyes del mercado definidas en abstracto e idealmente, sino de la competencia de los monopolios.

—La sumisión del conjunto del aparato económico a las exigencias de la prioridad dada a los sectores militares era, hasta cierto punto, un hecho, al menos desde 1935. ¿Equivale ello a decir que el sistema soviético es "militar" y que debido a ello –se sugiere– lleva implícito en sí mismo el expansionismo exterior (mediante la conquista) "como los nubarrones llevan la tormenta"? He criticado estas pamplinas ideológicas, que hacen juego con la simplificación según la cual el capitalismo es, él mismo, necesariamente y siempre, "provocador de guerras". El análisis de la importancia relativa –y del peso social– de los gastos militares no puede llevarse a cabo en el terreno de la lógica pura de los modos de producción; su verdadero terreno es el análisis de la estructura y de la coyuntura de los sistemas

globales, nacionales (locales) e internacional (regional). Desde este punto de vista es evidente que la carrera de armamentos le ha sido impuesta a la URSS por sus verdaderos enemigos (y falsos amigos), que son las potencias capitalistas, con Estados Unidos a la cabeza, que iniciaron la guerra fría.

—El discurso sobre el "totalitarismo", en sus versiones universitarias pretenciosas (al estilo Arendt) o en las versiones infantilizadas por los medios de comunicación (para hacer pasar al adversario como "el imperio del mal", la expresión utilizada por un presidente norteamericano, que no se ha querido relacionar con el discurso del ayatolá Jomeini, que al final solamente utilizaba expresiones de este mismo estilo), no tiene más consistencia. ¿Se ha olvidado lo que pretendía este discurso: que la sociedad, devenida amorfa, no podría jamás liberarse de este tipo de despotismo?

Yo he criticado desde el primer momento –es decir, desde mediados de la década de 1960– las propuestas hechas por los reformadores soviéticos. Yo veía en ellas una tentativa de superar el callejón sin salida del estalinismo por la derecha y no por la izquierda.

Estas propuestas ilustraban lo que yo llamaba "la utopía de la construcción de un capitalismo sin capitalistas". La escuela de Novosibirsk, de la que salieron la mayor parte de los inspiradores de Gorbachov, llevaba la lógica walrasiana a sus últimas consecuencias: imaginaba un mercado autorregulador puro y perfecto, que exige –Walras ya lo había comprendido y Barone lo había expresado desde 1908– no la propiedad privada parcelada, sino la centralización estatal total de la propiedad y la venta en pública subasta permanente del acceso a los medios de producción a todos los individuos, que serían libres de proponerse como vendedores de su fuerza de trabajo o como organizadores de la producción (empresarios). Este viejo sueño saint-simoniano de la gestión científica de la sociedad, retomado por la socialdemocracia alemana (Engels fue el primero en ver en él el sueño de un capitalismo sin capitalistas), expresa, llevado a sus límites extremos, la alienación economicista de toda la ideología burguesa, cuyo carácter irreal y utópico trataba de demostrar el materialismo histórico.

Ahora bien, esta filosofía está en el centro del conjunto de las concepciones reforrnistas desde Kruschov a Gorbachov, pasando incluso por sus versiones edulcoradas de la época de Breznev. La historia ha demostrado que estas concepciones eran insostenibles y que la deriva a la derecha tenía que llegar a su fin: la transformación de la burguesía soviética en una burguesía normal, propietaria privada.

Estas tentativas explican que "la revolución de los años 1989-1991" se hiciera por arriba, por la propia clase dirigente, y no por abajo, por el pueblo. Los medios de comunicación occidentales quieren presentar las revoluciones del Este como las de la libertad, y se guardan mucho de analizar la vulnerabilidad

de la democratización,que corre el riesgo evidente de ser solamente el medio de asegurar la transición al capitalismo salvaje, siempre necesariamente despótico como puede verificarse por la experiencia histórica de las periferias capitalistas. Yo he dicho, en cambio, que estas revoluciones solamente habrían merecido esta calificación si la superación del sistema se hubiese hecho por la izquierda y que, tal como son, solo constituyen aceleraciones (prodigiosas y por ello mismo inesperadas) de la evolución natural del sistema (pese a la tesis del bloqueo totalitario).

4) Gorbachov, que al parecer pensaba que podía controlar este proceso de reformas, no imaginaba que sería desbordado por la mayoría de la clase que él representaba (la nomenklatura), como lo demostró el éxito de Yeltsin, y mucho menos se imaginaba la insignificancia del PC, que iba a revelarse incapaz de operar como correa de transmisión del proyecto a nivel popular. La burguesía soviética (la nomenklatura) será la burguesía del futuro, y se apropiará directamente de los medios de producción, a partir de este momento a título privado y ya no colectivamente mediante el canal de su Estado. Pero si no se trata de una revolución social, sí constituye una conmoción política de una amplitud tal que exige cambios radicales al nivel del personal dirigente. En consecuencia, el ascenso paralelo de una capa de nuevos ricos aventureros (los «oligarcas»), el espectacular estallido político de la antigua nomenklatura, y la manipulación de las aspiraciones nacionales de los pueblos de la difunta Unión, eran muy difíciles de evitar. Esto, por supuesto, conviene mucho a las potencias occidentales, que explotan hábilmente la situación (con el chantaje que ejercen en el terreno de la ayuda financiera) para tal vez hacer retroceder las fronteras de Rusia a las de la Moscovia del siglo XVI, arruinando de este modo toda esperanza de futuro de que este país pueda ser un actor importante en la escena mundial.

La nueva oligarquía establecida por Gorbachov y por Yeltsin y que controla el sistema productivo de Rusia procede de la misma transformación del capitalismo de los monopolios contemporáneos que ha permitido la confiscación del conjunto de los poderes económicos y políticos por parte de las oligarquías que gobiernan en solitario en Estados Unidos, en Europa occidental y en el Japón. Pero mientras que estos últimos disponen de un Estado a su exclusivo servicio, el Poder de las oligarquías fuera de la tríada imperialista solo es aceptada y sostenida por Washington en la medida en que consientan en cumplir sus funciones de correas de transmisión de la dominación imperialista extranjera.

La guerra fría prosigue, pues, pese a la restauración del capitalismo en Rusia, por la única razón de que el Estado ruso, ahora en manos de Putin, no acepta el status de potencia dominada que Estados Unidos había conseguido imponerle durante los años de la presidencia de Yeltsin. Y esto pese a que el sistema económico de Rusia sigue estando dominado por una oligarquía que,

ella sí, aceptaría sin oponer mucha resistencia el estatuto de clase dominante *compradore* sometida a las exigencias de la mundialización imperialista vigente. El conflicto entre esta clase y las ambiciones de Putin de reconstruir una forma independiente de capitalismo de Estado están por tanto condenadas a ampliarse. La prosecución de la guerra fría contra Rusia debería hacer comprender que el objetivo de Washington y de sus aliados subalternos en Europa es simplemente imponer al mundo entero –y en beneficio exclusivo de la tríada Estados Unidos/Europa occidental/Japón– el estatus de periferias dominadas.

5) Para la Unión Soviética como para cualquier sociedad histórica, las elecciones políticas exteriores se articulan estrechamente con las exigencias de la dinámica social interna. Desde 1917 las potencias occidentales –fascistas y democráticas– nunca han renunciado a abatir a la URSS, y esta, pese a su papel determinante en la victoria de 1945, salió agotada de la confrontación y amenazada, por añadidura, por el monopolio nuclear de los Estados Unidos. En estas condiciones, los acuerdos de Yalta no eran un reparto del mundo entre imperialismos victoriosos, sino la serie de garantías mínimas relativas a su propia seguridad que la Unión Soviética había obtenido.

La Unión Soviética, como China, Vietnam o Cuba, nunca han tratado de exportar su revolución; al contrario, siempre han practicado una diplomacia en el fondo prudente, asignándose el objetivo prioritario de proteger a su propio estado. Es por ello que todas las revoluciones se han hecho casi contra la voluntad del "gran hermano": la revolución china se hizo desoyendo los consejos de Moscú, y las del Vietnam y Cuba imponiéndose por ellas mismas. Este hecho nunca me ha parecido chocante, y he tratado de comprender los motivos, sin aceptar, de todos modos, que los revolucionarios tengan que someterse a ellos. Al contrario: tienen que hacer caso omiso de estas consideraciones y, en contrapartida, no contar más que con sus propias fuerzas. Y esto es por otra parte lo que han hecho los revolucionarios que han triunfado (China, Vietnam, Cuba).

La iniciativa de la segunda guerra fría después de la del período de entreguerras, la tomó Washington a partir de 1947. La URSS se atuvo rigurosamente al reparto de Yalta (como lo prueba su actitud en el caso de la revolución griega) y no acarició el proyecto de invadir el Occidente europeo en ningún momento de su historia. El discurso sobre el belicismo soviético es pura propaganda atlantista. El zdanovismo (el mundo dividido en dos campos) es típicamente defensivo (se trata de justificar la no intervención de la URSS fuera de las fronteras de Yalta) y abre un período de aislamiento de la URSS y, a partir de 1949, de China, impuesto por el bloque atlantista que, por su parte, nunca se ha abstenido de intervenir en el tercer mundo (guerras coloniales, guerras de agresión israelianas, etc.).

La URSS y China inician la salida de su aislamiento a partir de la conferencia de Bandung (1955), cuando comprenden el beneficio que pueden obtener de

un apoyo –incluso limitado– a los movimientos de liberación deltercer mundo. Nunca les he reprochado este apoyo, históricamente positivo, pero tampoco he esperado de él más de lo que podía dar, limitado como estaba por la búsqueda activa de una coexistencia pacífica rechazada por el bloque atlantista. Simultáneamente, el esfuerzo militar soviético condujo, aunque solo tardíamente (hacia 1970), a un equilibrio de la disuasión real. A partir de aquel momento, y solo a partir de él, la URSS se convirtió en una superpotencia y debido a ello se entró en un nuevo período.

La bipolaridad que caracteriza a los veinte años que preceden al hundimiento soviético de 1989-1991 sigue siendo asimétrica, debido a que la URSS solo era una superpotencia por su dimensión militar, sin que, en el plano de la capacidad de intervención económica, fuese capaz de competir con los imperialistas occidentales.

Los objetivos de la intervención soviética más allá de las fronteras de Yalta son más difíciles de definir. A mi modo de ver, las intervenciones de la URSS no expresaban una voluntad agresiva de "exportar la revolución" y de imponer su dominio por la vía de los hechos, sino más bien una estrategia defensiva en posición de debilidad relativa, pese a la paridad adquirida en materia de disuasión nuclear. De todos modos, estas intervenciones han sido vistas a veces como la expresión de una fuerza ascendente. Se impone en este contexto un examen del debate relativo al "socialimperialismo", un vocablo acuñado por los chinos en 1963. Se trataba de un proyecto de compromiso social entre la burguesía soviética y su pueblo (el "compromiso revisionista") análogo al fin y al cabo al compromiso socialdemócrata en Occidente, que habría permitido un expansionismo exterior (análogo a la expansión colonial sostenida por el consenso imperialista en Occidente). No había en este concepto nada que fuera sorprendente e imposible de imaginar. La verdadera cuestión, por consiguiente, no era saber si la burguesía soviética habría deseado o no su puesta en práctica, sino saber si era capaz de ello. La respuesta a esta cuestión, a mi modo de ver, sigue abierta.

## De Lenin a Gorbachov: avances magistrales seguidos de retrocesos espectaculares

Los avances en la larga ruta del socialismo implican la puesta en marcha de una planificación que sustituya gradualmente a la gestión de la economía privada por el mercado. La nueva propiedad social de los medios de producción lo impone.

Por supuesto, esta declaración de principio no resuelve en absoluto la cuestión de las formas apropiadas de la planificación, que han de responder a las exigencias de la etapa en cuestión en esta larga ruta; y estas exigencias serán muy diferentes si el punto de partida es el de una economía capitalista avanzada (en la hipótesis imaginaria de un avance revolucionario en Estados Unidos o en

la Europa occidental), o el de una economía periférica en el sistema mundial (como lo eran las economías de Rusia o de China). Pero en ninguno de los casos creo que sea posible imaginar de entrada un Plan técnicamente perfecto, superior inmediatamente en eficacia a la gestión privada de los mercados y que permita, por añadidura, la socialización. La transición no puede ser sino larga, muy larga incluso (¿un siglo?), porque la nueva sociedad en construcción sale de las entrañas nauseabundas del capitalismo, como Marx ya lo había comprendido y afirmado.

Por lo demás, en este avance progresivo de la planificación social (y no simplemente económica) cada etapa ha de permitir el progreso de la socialización de la gestión económica, es decir, ha de reforzar sin interrupción el control de esta por parte de los propios trabajadores, cuyo Poder ha de sustituir al de los empresarios capitalistas. Tampoco en este caso hay una fórmula ya preparada que responda a esta exigencia fundamental. La intervención directa del pueblo trabajador a todos los niveles, desde la empresa a la nación, tiene que ser inventada por la práctica política en marcha. Ni la autogestión de la empresa por parte de sus trabajadores, ni la planificación autoritaria del Estado nacional constituyen respuestas suficientes al desafío, aunque hay elementos de una y otra en elsistema puesto en marcha para avanzar por la ruta del socialismo.

En cualquier caso, el punto de partida ineludible es la nacionalización/estatalización de la propiedad de los principales medios de producción.

Pero esta definición negativa (la abolición de la propiedad privada) no constituye más que la condición que permite eventualmente la socialización progresiva de la nueva propiedad de los trabajadores.

Por mi parte, yo he propuesto por ejemplo las formas concretas que podrían ser el detonante de esta socialización en una economía industrial moderna avanzada, y he calificado a estas formas de puesta en marcha institucionalizada de una regulación social del mercado. Remito al lector a mi libro *El capitalismo contemporáneo*.

El criterio de apreciación de una planificación socialista cualquiera, en cada etapa de su despliegue, tiene que ser este: ¿hace avanzar o no la socialización de la gestión de la vida económica, social y política? La planificación soviética (o china) tiene que valorarse en cada una de las etapas de su historia en función de este criterio.

Con esta idea, el principio de la planificación es proclamado por Lenin al día siguiente mismo de la Revolución de Octubre, y el Gosplan es creado en 1921. Sin embargo, su puesta en práctica efectiva es retrasada por la Nueva Política Económica (NEP): la producción agrícola está demasiado controlada por el sector acomodado del campesinado (los *kulaks*) para permitir la aceleración del desarrollo que necesita la industria. La planificación soviética real solo arranca,

pues, con la colectivización que pone fin a la NEP, es decir, con el primer plan quinquenal (1929-1933).

No voy a repetir aquí lo que ya he escrito más arriba respecto a (i) los objetivos de esta planificación (calificada de "estaliniana"), a saber, la aceleración prodigiosa de la industrialización, la prioridad dada a las industrias pesadas de base y a la modernización del armamento; (ii) la estrategia económica puesta en marcha a su servicio, a saber, la transferencia del excedente agrícola (y a veces incluso más allá) en beneficio de una acumulación industrial extensiva, basada en la transferencia de fracciones importantes de la población desde el campo a la ciudad para constituir una nueva clase obrera urbana, y (iii) las formas de esta planificación centralizada, gestionada autoritariamente por el Estado y solo por él.

Se podrá decir lo que se quiera sobre el carácter socialista o no de esta aventura. No había alternativa a la elección de sus objetivos, aunque es posible imaginar formas de su puesta en práctica que hubiesen hecho posible hacer avanzar su gestión socializada. Fue el éxito de esta opción lo que hizo de la Unión Soviética en 1941 una nueva gran potencia industrial y militar, y lo que permitió, por tanto, al Ejército Rojo derrotar –él solo– a las hordas nazis. Pues la victoria fue obra del Ejército Rojo y solo de él. El supuesto apoyo de los occidentales se redujo a unos cuantos envíos insignificantes. Y la tardía intervención militar de Estados Unidos y de la Gran Bretaña –el segundo frente a partir del desembarco de Normandía en 1944– solo tenía por objetivo impedir que la Unión Soviética liberase ella sola a toda Europa.

Esto no excluye el reconocimiento del admirable coraje manifestado por el pueblo británico al negarse a capitular en 1940. Ni el del coraje de los pueblos de Yugoslavia y de Grecia, que hicieron frente a la invasión nazi mediante una guerra de liberación ininterrumpida. Sí excluye, en cambio, el reconocimiento del papel de Estados Unidos, que solo se movilizó cuando el nazismo estaba ya en la pendiente de su derrota.

La alternativa al «estalinismo» propuesta por Trotsky a partir de 1927-1930 ¿habría permitido hacer «mejor» las cosas? Ciertamente no, sino todo lo contrario. Las decisiones que habría tomado Trotsky si se hubiese hecho con la dirección del Partido y del Estado (lo que a mi modo de ver estaba totalmente descartado, felizmente) habrían conducido a la Unión Soviética a una derrota cierta y habrían facilitado el éxito del proyecto nazi. Trotsky se alimentaba con el mito de una clase obrera europea (y en particular alemana) revolucionaria. No había aprendido la lección del fracaso de la revolución alemana de 1919-1921: el socialismo tenía que avanzar en un solo país, aislado y combatido por todas las potencias occidentales, como Lenin y Stalin ya habían comprendido. Los proyectos de Trotsky desde este momento son bien conocidos, no solo gracias

a los archivos soviéticos, sino también a los de la Alemania nazi y a los de la Gran Bretaña conservadora. Gover Furr ha aportado las pruebas de ello hasta el menor de los detalles (Cf: *Les amalgames de Trotsky*: Trotsky pronosticaba el "derrotismo revolucionario" (tal como era posible admitirlo en 1914). La derrota del Ejército Rojo habría desencadenado entonces, según él, ¡una revolución alemana antinazi!

Trotsky, exiliado desde 1927 y no teniendo ya responsabilidades en la conducción de la nave soviética, podía complacerse en la repetición infinita de los principios sagrados del socialismo. La Cuarta Internacional sucumbió desde el primer momento al mito de la revolución mundial bien encarrilada por las clases obreras de los países capitalistas desarrollados. Estos discursos pueden convenir a determinados marxianos académicos que así pueden permitirse el lujo de afirmar su adhesión a los principios sin preocuparse de ser eficaces en la transformación de la realidad. Por este motivo, la Cuarta Internacional no consiguió nunca salir del gueto intelectual en el que se había encerrado. Hay, por supuesto, unas cuantas excepciones de intelectuales marxistas que, sin haber ejercido responsabilidades en la dirección de un Partido revolucionario, y mucho menos en la dirección de un Estado (como Baran, Sweezy, Hobsbawm y otros) no por ello han estado menos atentos a los desafíos con los que han tenido que enfrentarse los socialismos históricos.

El seguimiento de un método durante la posguerra hizo posible la reconstrucción en un tiempo récord de un país devastado como ningún otro, y por añadidura, hizo igualmente posible la modernización de sus medios militares (armas nucleares y cohetes que prepararon el éxito del *Sputnik*. Pero simultáneamente los métodos de esta planificación iban perdiendo su eficacia a medida que la economía se volvía más compleja. Los objetivos del Plan estaliniano eran definidos de una manera rudimentaria (toneladas de acero, de raíles, de cemento, metros cuadrados de viviendas, toneladas de trigo, metros de tela, etc.), y llegaron a ser completamente insuficientes para responder a una demanda diversificada.

Hay dos maneras de responder a este desafío. Una consiste en hacer sitio a los mecanismos de mercado, sin por ello asociarlos a un retorno a la propiedad privada. Hay que saber, entonces, que el encaje de los mercados afectados por el Plan general y por la preocupación de reforzar la socialización de la gestión de la economía es un asunto delicado. La experiencia de China, que optó por esta vía, lo atestigua; la deriva hacia la emergencia de formas capitalistas privadas está siempre presente. La otra respuesta se basa en la idea de que una buena planificación centralizada, que disponga de los medios más sofisticados de la informática moderna, puede prever con detalle y por anticipado la extrema diversidad de la demanda, y evidentemente corregir los errores, inevitables en toda acción humana. Se trata en este caso de un ideal tecno-matemático, que

no es totalmente nuevo (recordemos en este sentido la fantasía de Saint-Simon de un gobierno de los sabios), pero que ignora, en mi opinión, la realidad del funcionamiento social. Sin embargo, la prueba de que esta fantasía sigue viva viene dada por las propuestas de una planificación socialista «perfecta» (¡o casi!) formuladas, por ejemplo, por Cockshott y por Cottrell, a las que se han sumado algunos visionarios del socialismo del siglo XXI como Jo Cottenier, de quien hablaré más adelante.

El caso es que después de la muerte de Stalin, las llamadas retóricas de la «desestalinización» iniciadas por Kruschov y el XX Congreso del Partido Comunista (1956) ignoraron esta cuestión fundamental.

El proyecto de Kruschov era de una naturaleza completamente diferente; se trataba de vilipendiar a todo el período estaliniano, presentarlo de manera absolutamente negativa en todas sus manifestaciones, hacer caso omiso de los desafíos a los que había tenido que enfrentarse el régimen, e ignorar sus éxitos. Hoy disponemos de una demostración convincente de que «Kruschov ha mentido» (como reza el título de la obra de Gover Furr). Simultáneamente Kruschov se embarcó en una reforma absurda, la descentralización regional de esta misma planificación estaliniana mediante la creación de los famosos *sovnarkozes*, que no produjeron sino un inimaginable desorden y muchas regresiones. Esta "reforma" fue aderezada con un discurso vacío sobre una rápida puesta al día respecto los niveles de desarrollo de los países más avanzados. Estuvo igualmente asociada a un supuesto "deshielo" durante la guerra fría, basado en la ignorancia de los objetivos reales y permanentes de las potencias imperialistas, que desde 1917 nunca han renunciado a extirpar de raíz la esperanza en el socialismo.

Domenico Losurdo (en su obra *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*). Roger Keeran y Thomas Kenny (*El socialismo traicionado*), y Michael Lebowitz (*Contradictions of real socialisrn* permiten corregir las meteduras de pata del antiestalinismo primario tan de moda, incansablemente retomadas por los medios de comunicación occidentales y lamentablemente aceptadas por los herederos del eurocomunismo.

La clase dirigente soviética puso rápidamente fin a las fantasías de Kruschov, sin por ello iniciar las reformas indispensables y elegir entre las dos vías evocadas más arriba. El sistema se encerraría entonces en la "glaciación brezneviana". Jo Cottenier (*L'économie du socialisme*) ha hecho un trabajo profundo de revisión de las reformas de la era post-estaliniana, cuyas valoraciones comparto hasta el punto de retomar el hilo conductor de las mismas en lo que sigue.

Los proyectos de Fedorenko, Nemchinov y Kantorowich, formulados en 1961, se basaban en los métodos matemáticos y en la cibernética, y procedían por tanto de la elección de una centralización reforzada pero hecha más eficaz por su complejidad interiorizada. Estos métodos fueron rechazados por los

dirigentes del Partido y del Estado, que se inclinaban por más descentralización y no tanta centralización, y que prefirieron en consecuencia las reformas propuestas por Liberman en 1962 basadas en el fortalecimiento de la autonomía de las empresas y, por consiguiente, en el recurso a los mecanismos del mercado. La reforma de Kosyguin (1965), que se inspiró en ellas, inició el desmantelamiento de la planificación y, en última instancia, autorizó la liberalización tardía de las relaciones de propiedad (puesta en práctica por Gorbachov siguiendo los consejos del liberal abiertamente procapitalista Aganbeyan).

Durante el largo período de glaciación brezneviana, no se emprendió nada de manera positiva, pero se toleraron muchas cosas en la práctica de los hechos. Unos amigos rusos proponen la imagen de las típicas muñecas rusas ("matriochkas") para explicarlo: dentro de una muñeca que representaba una empresa pública se ocultaba una muñeca privada más pequeña.

El sistema soviético, en declive desde hace tres décadas, incapaz de encontrar una línea de reforma eficaz, se acaba con la perestroika de Gorbachov. Poco importa entonces cuáles eran las intenciones del último secretario general del PCUS, si creía posible salvar de este modo los logros esenciales del socialismo, o si deseaba simplemente el retorno al capitalismo. Pasará a la historia como el arquitecto del desastre: la restauración pura y simple del capitalismo y el estallido de la Unión Soviética. Se comprende que sea considerado por la opinión general de la Rusia contemporánea pura y simplemente como un traidor. Por mi parte tuve ocasión de escuchar a Gorbachov en Rímini poco después del derrumbamiento. La impresión que me produjo fue la de que nunca había sido marxista y que ignoraba los principios más elementales del marxismo. La conclusión que saqué fue que no se trataba más que de un «apparatchik» que hubiera podido hacer carrera en cualquier sistema político. La cuestión es, por consiguiente: ¿cómo es posible que un personaje como él haya podido llegar a ser el secretario general de un Partido que se decía comunista?

## Las características fundamentales del sistema soviético declinante

He reservado para el análisis que sigue los rasgos más relevantes que, a mi modo de ver, permiten captar lo esencial de aquello en que se había convertido el sistema soviético durante su última fase, la del breznevismo. La revolución de 1917 es una de las grandes revoluciones de la historia de la humanidad, portadora de unas promesas necesarias y generosas, y el objetivo de estas páginas no es el de llevar a cabo el proceso de su liquidación, como se estila hacerlo hoy en día, y mucho menos dar a entender que los rasgos destacados subrayados aquí estaban ya contenidos en la revolución, o en el leninismo, o incluso en el estalinismo. La elección de esta caracterización no tiene otra ambición que la de esclarecer la naturaleza de la deriva que preparó el hundimiento.

Yo defino el sistema soviético tardío mediante cinco características fundamentales: el corporativismo, el Poder autocrático, la estabilización social, la desconexión del sistema capitalista mundial y su inserción en este como superpotencia. El concepto de "régimen totalitario", vulgarizado por el discurso ideológico dominante, es, aquí y en todas partes, un concepto superficial y huero, incapaz de dar cuenta de la realidad de la sociedad soviética, de sus modos de gestión y de las contradicciones que han determinado su evolución y su caída final.

### *Uno: un régimen corporativista*

Entiendo por ello que la clase obrera (supuestamente convertida en clase "dirigente") había perdido su conciencia política unificadora, tanto por efecto de las políticas puestas en práctica por el Poder como por las condiciones objetivas propias del rápido crecimiento de sus efectivos producido por la industrialización acelerada. Los trabajadores de cada empresa –o grupo de empresas reunidas en un combinado– formaban con sus cuadros y sus directores un "bloque" social/económico, y defendían conjuntamente su lugar en el sistema. Estos "bloques" se enfrentaban unos con otros a todos los niveles: en las "negociaciones" ("regateos") entre los ministerios y los departamentos del Gosplan, en las relaciones cotidianas con las empresas de los otros combinados. Los sindicatos, reducidos a la gestión del trabajo (condiciones del empleo y del trabajo) y las ventajas sociales de los trabajadores involucrados hallaban su lugar natural en este sistema corporativista.

El corporativismo en cuestión cumplía las funciones decisivas en la reproducción y la expansión del sistema en su conjunto. Constituía un doble sustituto: (i) al principio de la "rentabilidad" que determina en última instancia las decisiones de inversión en el capitalismo; y (ii) al mercado, que define siempre, en el capitalismo, las normas mediante las cuales se determinan los precios. El corporativismo constituía la realidad que "la planificación" ocultaba con sus pretensiones de hacer prevalecer una" racionalidad calificada de científica" de la gestión macroeconómica del sistema productivo.

El corporativismo comportaba la acentuación de las dimensiones regionalistas en las negociaciones/regateos de los bloques competidores. Este regionalismo no tenía como fundamento principal la diversidad "nacional" (como sí lo tenía en la Yugoslavia federal titista). Las relaciones entre Rusia –nación preponderante numérica e históricamente– y las demás naciones no eran de la misma naturaleza que las relaciones "coloniales". Lo atestiguan los flujos de redistribución de las inversiones y de las ventajas sociales que operaban en detrimento de "los rusos" y a favor de las regiones periféricas. En este sentido, yo he rechazado las pamplinas que asimilan la URSS a un sistema "imperial", con Rusia dominando a sus "colonias interiores", pese al sentimiento de "preponderancia" de la nación rusa

(e incluso a la arrogancia de algunas de sus expresiones). Los regionalismos en cuestión eran de hecho los de regiones pequeñas (en el seno de las repúblicas a las que pertenecían) que tenían intereses comunes a defender en el marco del sistema global que garantizaba su interdependencia, siempre más desigual de hecho de lo que pretendía el discurso racionalizador del Gosplan.

### *Dos: un Poder autocrático*

La elección del término no está destinada a debilitar la crítica del sistema. Se constatará sin dificultad "la ausencia de democracia", tanto la de modelo representativo (las elecciones no eran en este caso más que ceremonias sin posibles sorpresas) como la de modelo participativo, más avanzado por naturaleza, como habían imaginado los revolucionarios de 1917, puesto que los sindicatos y todas las formas posibles de organizaciones sociales habían sido domesticadas, prohibiendo con ello la participación efectiva en la toma de decisiones en todos los niveles.

Pero esta constatación no confiere ninguna cualidad explicativa al seudoconcepto de "totalitarismo". El Poder autocrático se disputaba en el seno de la clase dirigente entre los representantes de los bloques corporativistas.

La fachada de autocracia enmascaraba la realidad: un Poder asentado en la resolución "pacífica" de los conflictos corporativistas y que sabía gestionarlos.

### *Tres: un orden social estabilizado*

No pretendo ignorar las violencias extremas que han acompañado la construcción del sistema soviético. Estas han sido de diversos órdenes.

El principal conflicto era el que oponía a los defensores del proyecto socialista que estaba en el origen de la revolución a los "realistas" que, en la práctica sino en su retórica, daban una prioridad absoluta a la "recuperación" mediante la industrialización y una modernización acelerada. Este conflicto era el producto inevitable de la contradicción objetiva a la que se enfrentaba la revolución: tenía que "recuperarse" y ponerse al día (o por lo menos reducir el retraso), dado que la revolución heredaba un país "atrasado" (aunque no me gusta el término; prefiero el de "capitalismo periférico") y simultáneamente tenía que construir "otra cosa" (el socialismo). He insistido en esta contradicción y la he situado en el centro mismo de la problemática de la superación del capitalismo a escala mundial (la larga "transición del capitalismo al socialismo mundial"), por lo que no voy a repetirme aquí. Las víctimas de esta primera causa mayor del recurso a la violencia han sido los militantes comunistas.

Un segundo tipo de violencias ha acompañado a la industrialización acelerada. Estas son en determinados aspectos comparables a las que han acompañado en Occidente a la construcción del capitalismo, la emigración masiva del campo a la

ciudad y la proletarización miserable (superpoblación de las viviendas, etc.). Aún así, la URSS procedió a esta construcción en un tiempo récord –unos decenios–, por comparación con el siglo entero de que dispusieron los países del capitalismo central. Estos disponían, por añadidura, de las ventajas de su posición imperialista dominante y de la posibilidad de dejar que su «excedente» de población emigrase a las Américas. La violencia de la acumulación primitiva en la URSS no parece, en estas condiciones, más trágica de lo que lo fue en otros lugares. Al contrario, sin duda. Pues en la URSS la industrialización acelerada ofreció a los hijos de las clases populares el beneficio de una movilidad social gigantesca, desconocida en los sistemas de los países del capitalismo central dominados por la burguesía. Es esta" especificidad", herencia pese a todo de las intenciones socialistas de origen, lo que unió al sistema –por muy autocrático que fuese– a la mayoría de las clases obreras e incluso del campesinado «colectivizado».

No se trata de pasar por alto estas violencias, y mucho menos las derivas criminales a ellas asociadas y que habrían podido evitarse. Sin embargo, la comparación con las violencias asociadas a la acumulación capitalista se impone. Estas cuentan en su haber el genocidio de los indios americanos, la trata de negros, las masacres coloniales (los soldados de la conquista paseando por la calle las cabezas cortadas de los resistentes). Y esta barbarie prosigue ante nuestros ojos con las intervenciones militares de la OTAN cuyo objetivo es ni más ni menos que destruir sistemáticamente a las sociedades sospechosas de querer ofrecer resistencia, como en Yugoslavia, Libia, Irak y Siria. Las víctimas de la barbarie capitalista se cuentan por centenares de millones.

El sistema soviético, por contradictorio que fuese, consiguió construir un orden social que podía estabilizarse, y se estabilizó efectivamente durante el período post-estaliniano. La paz social fue «comprada» con la moderación del ejercicio del Poder –que nunca dejó de ser autocrático–, con la mejora de las condiciones materiales y con la tolerancia respecto a las desviaciones «ilegales».

Sin duda, una estabilidad de este tipo no está llamada a hacerse «eterna». Pero ningún sistema dispone de una ventaja de esta calidad, pese a las pretensiones de los discursos ideológicos (tanto si es el del «socialismo» como si es el del «liberalismo» capitalista). La estabilidad soviética disimulaba las contradicciones y los límites del sistema, contradicciones que resumen su dificultad para pasar de las formas extensivas a las formas intensivas de la acumulación, y su dificultad para abandonar la autocracia y permitir una democratización de la gestión política. Pero estas contradicciones habrían podido encontrar su solución en una «evolución» hacia lo que yo he calificado de «centro-izquierda»: la apertura de espacios comerciales (sin cuestionar las formas dominantes de la propiedad colectiva) y la democratización. Se habría podido creer que esta era la intención de Gorbachov, el fracaso de cuya tentativa –lo menos que se puede decir de ella

es que era ingenua e incoherente– decantó al régimen hacia la «derecha» a partir de 1990 y restauró el capitalismo.

### *Cuatro: la desconexión del sistema soviético*

El sistema productivo soviético estaba efectivamente y en buena medida desconectado del sistema capitalista mundial dominante. Entiendo por ello que las lógicas que determinaban las decisiones económicas del Poder (inversiones y precios) no procedían de las exigencias de una inscripción" abierta" en la mundialización. Fue gracias a esta desconexión que el sistema consiguió avanzar al ritmo acelerado de todos conocido.

Este sistema, sin embargo, no era "totalmente" independiente del "resto del mundo" (capitalista). Ningún sistema puede serlo, y la desconexión, en mi definición del concepto, no es sinónimo de "autarquía". En su inserción en el sistema mundial, la URSS ocupaba una posición de "periferia, principalmente exportadora de materias primas.

### *Cinco: una superpotencia militar y política*

La URSS, gracias a los éxitos –y no a los fracasos– de su construcción, había conseguido elevarse al rango de superpotencia militar. Fue su ejército el que derrotó a los nazis, y después, durante la posguerra, consiguió en un tiempo récord poner fin al monopolio nuclear y balístico de Estados Unidos.

Estos éxitos están en el origen de su presencia política en el tablero mundial de la posguerra.

El Poder soviético se beneficiaba, además, del prestigio de la victoria que había conseguido contra el nazismo y del prestigio del «socialismo» del que pretendía ser un testimonio, fuesen cuales fuesen las ilusiones relativas a la realidad de dicho «socialismo» (calificado a veces de «realmente existente»). Supo hacer un uso» moderado» del mismo, en el sentido de que, contrariamente a las afirmaciones de la propaganda antisoviética, no se proponía ni «exportar la revolución» ni conquistar la Europa occidental (el falso motivo invocado por Washington y por las burguesías europeas para hacer aceptar la OTAN). Puso en marcha, sin embargo, su potencia política (y militar) para obligar al imperialismo dominante a retroceder en el tercer mundo, abriendo a las clases dominantes (ya los pueblos) de Asia y de África un margen de autonomía que perdieron con la caída de la URSS.

No es casualidad que la ofensiva hegemonista militarizada de Estados Unidos se haya desplegado con la violencia de todos conocida a partir de 1990.

La presencia soviética impuso –desde 1945 a 1990– una organización «multipolar» del mundo.

## Termidor, la restauración; ¿hacia una segunda oleada de avances revolucionarios?

A las revoluciones rusa y china les costó estabilizarse porque se vieron obligadas a conciliar la perspectiva socialista con concesiones al capitalismo. ¿Cuál de estas dos tendencias acabará imponiéndose? Estas revoluciones, por consiguiente, solo se estabilizarán a partir de su "termidor", para retomar el término utilizado por Trotsky. Pero ¿a cuándo se remonta el termidor en cuestión en Rusia? ¿A 1930, como declara Trotsky? ¿A la Nueva Política Económica de los años veinte? ¿O a la glaciación de Breznev?Y en el caso de China, ¿eligió Mao el termidor a partir de 1950? ¿O habrá que esperar a Deng Xiaoping para hablar del termidor de 1980?

La repetición de las lecciones de la Revolución Francesa no tiene nada de casual. Las tres grandes revoluciones de los tiempos modernos (la francesa, la rusa y la china) son grandes precisamente porque se proyectan muy por delante de las exigencias inmediatas del momento. La revolución francesa se afirma con la convención *montagnarde* de Robespierre, una revolución tan popular como burguesa, del mismo modo que las revoluciones rusa y china ambicionan ir al comunismo, aunque este no esté en el orden del día de las exigencias: no ser derrotada, preservar la perspectiva de ir más lejos más tarde. Termidor no es la Restauración. Esta se impone en Francia, no con Napoleón, sino solo a partir de 1815. Pero hay que saber que la restauración no puede borrar completamente la transformación gigantesca de la sociedad producida por la revolución. En Rusia la restauración es todavía más tardía: será obra de Gorbachov y de Yeltsin. Y también en este caso se tratará de una restauración frágil, como lo atestiguan los desafíos a los que Putin tiene que enfrentarse. En China no hay restauración (¡o no la ha habido hasta ahora!). Eric Hobsbawm (*Aux armes, historiens!*, 2013), Florence Gauthier y otros historiadores de la revolución francesa no asimilan Termidor con Restauración, como sugiere la simplificación trotskista.

La Revolución de 1917 ha pasado página, y de una manera más general, la primera oleada de avances revolucionarios hacia la emancipación de los seres humanos y de las sociedades por ella inspirada se ha agotado. ¿Tienen, pues, los pueblos que resignarse definitivamente, renunciar a la utopía creadora del comunismo, contentarse con inscribir sus reivindicaciones en el ajuste permanente a un capitalismo eterno?

Y sin embargo el capitalismo no se constituyó milagrosamente y de golpe en el siglo XVI en el triángulo Londres/ Amsterdam/ París, como da a entender la leyenda eurocéntrica. Su incubación duró diez siglos.

Pero si los avances sucesivos realizados en China a partir del siglo X, en el Califato abasí y después en las ciudades italianas, no desembocaron en la cristalización de esta nueva etapa en la historia de la humanidad, sí produjeron

elementos que hicieron posible esta cristalización más tardía en la Europa atlántica.

¿Por qué, entonces, la invención del comunismo, concebido como una etapa superior de la civilización, no debería, ella también, emerger a través del despliegue de oleadas sucesivas de avances revolucionarios?

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Nikolái Bujarin, *Imperialismo y acumulación del capital* (primera edición en ruso 1915).

V.I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (primera edición en ruso 1916).

Karl Kautsky, *La cuestión agraria* (primera edición en alemán 1899).

Gover Furr, *Khroutchev a menti* (Delga 2016).

Gover Furr, *Les amalgames de Trotsky* (Delga 2016).

Geoffrey Roberts, *Las guerras de Stalin.*

Domenico Losurdo, *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra* (El Viejo Topo 2011).

Roger Keeran y Thomas Kenny, *El socialismo traicionado* (El Viejo Topo 2014).

Michael Lebowitz, *Contradicciones del socialismo real*

Jo Cottenier, *L'économie du socialisme* (manuscrito en francés, de próxima aparición en Bélgica); en esta obra hay una referencia a los trabajos de Cockshott y Cottrell.

Georges Orwell, *1984*.

Eric Hobsbawm, ¡A las armas, historiadores!

Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*.

Florence Gauthier, Albert Mathie (historiador de la revolución francesa), *Annaleshistoriques de la révolutionfrancaise*, no. 3/2008.

Jan Tinbergen, *Shapingtheworldeconomy* (Twentieth Century Fund 1962) .

Samir Amin, *Rusia en la larga duración*, (El Viejo Topo, 2016) (capítulos 3, 4, 5 Y 6).

Samir Amin, *El capitalismo contemporáneo* (El Viejo Topo, 2013).

Samir Amin, *Memorias* (El Viejo Topo 2008).

Samir Amin, "¿China es capitalista o socialista?" El Viejo Topo no. 302, 2013.

Samir Amin, *La crisis, ¿salir de la crisis del capitalismo o del capitalismo en crisis?*, (El Viejo Topo 2009), capítulo 5.

*Révolution*, revista publicada en París en 1963.

# BIBLIOGRAFÍA GENERAL

CAPÍTULO I

Jossif. V. Stalin, "El Partido Bolshevique durante el período de reparación y realización de la Revolución Socialista de octubre" en *Obras Completas*, t. 17, Ediciones Editorial Actividad EDA, México, D. F., 1977 .

CAPÍTULO II

Nadieszhda Krupskaya, "Lenin como organizador del Partido", en *Bolcheviques en el Poder, una antología del pensamiento revolucionario*, Editorial Ocean Sur, México, Querétaro, 2010.

CAPÍTULO III

V. I. Lenin, *Obras escogidas*, t. 2, Editorial Progreso, Moscú, 1960.

CAPÍTULO IV

León Trotski, "La Insurrección de Octubre", en *Bolcheviques en el Poder, una antología del pensamiento revolucionario*, Editorial Ocean Sur, México, Querétaro, 2010.

CAPÍTULO V

Antonio Gramsci, "La revolución contra *El Capital*", en *Antología*, Ediciones Akal, Madrid, España, 2013.

CAPÍTULO VI

Rosa Luxemburgo, "La Revolución Rusa (un análisis crítico)", en Rosa Luxemburgo, Georg Lukacs, *Sobre la Revolución Rusa*, Editorial Grijalbo, colección Textos Vivos, México, D. F., 1980.

CAPÍTULO VII

Samir Amin, *Octubre 2017*, El Viejo Topo, España, 2017.

Este libro se terminó en los Talleres Gráficos del Partido del Trabajo. Oriente 107, No. 3162, Col. Tablas de San Agustín, Del. Gustavo A. Madero, C.P. 07860, Ciudad de México. Se imprimieron 2500 ejemplares

Indudablemente, la Toma del Palacio de Invierno de San Petersburgo, dirigida y encabezada por los Bolcheviques, fue una acción revolucionaria muy meritoria, ya que permitió la toma del poder por los Soviets de obreros, campesinos y soldados, y así el comienzo de la gran hazaña y desafío de empezar la construcción del primer Estado Obrero Socialista, después del efímero "asalto al cielo" que representó la experiencia de la Comuna de París en 1871.

El fracaso del llamado socialismo real sólo fue la derrota del proyecto denominado socialismo eurosoviético, y al igual que la Comuna de París el modelo del socialismo eurosoviético debe servir de base para hacer una evaluación crítica que nos permita discernir entre los aciertos y errores y las insuficiencias de este modelo, en aras de edificar a futuro un esquema socialista moderno, productivo, rentable, democrático y libertario, que sea capaz de superar en el orden económico, social y político al injusto sistema de explotación capitalista.

PT

**PARTIDO DEL TRABAJO**